Mil motivos para odiarte

Arianne Martín



MIL MOTIVOS PARA ODIARTE

SERIE MIL MOTIVOS 2

ARIANNE MARTÍN

Derechos de autor © 2025 ARIANNE MARTÍN

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

© Lorena Agúndez (laranna_Art) - Ilustraciones

Para Lander, Alain y Judith, que estáis tatuados en mi corazón.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO
Acerca del autor

PRÓLOGO

¿QUÉ ES EL AMOR?

LUCAS



El amor es...

... una exageración.

Una historia que la gente se cuenta para darle sentido a las hormonas.

El amor es como esos saltos imposibles que algunos dicen haber clavado, pero que nadie ha visto en realidad.

Es bonito en teoría.

Suena bien en las canciones.

Queda genial en las películas.

Pero, seamos sinceros, en la vida real no existe.

Al menos no como lo pintan.

Lo sé porque estoy tumbado en la cama de Ana —¿o era Alicia? Joder, qué mierda— mirando al techo mientras ella duerme a mi lado. Todo ha ido bien. Técnicamente perfecto. Ella es guapa,

divertida, y besa como los ángeles. Debería estar flotando, o al menos satisfecho.

Pero aquí estoy, contando las grietas del techo, sintiendo que algo falla.

Que algo falta.

Y no es la primera vez.

El amor es como patinar una coreografía técnicamente impecable, pero sin sentirla. Puedes engañar a los jueces, pero no a ti mismo.

Mi abuela Pilar dice que cuando encuentre el amor de verdad, lo sabré. Que será como la primera vez que me puse unos patines: aterrador y emocionante a partes iguales, pero sobre todo, innegablemente real. «Te cambiará la vida, Lucas», me dice siempre con esa sonrisa enigmática suya.

Pero yo no lo creo.

El amor romántico es un cuento.

Una bonita teoría que no resiste el contacto con la realidad.

Lo que sí existe —lo que sí siento— son otras cosas. La adrenalina de un salto perfecto. El orgullo cuando mi padre, por una vez, no encuentra nada que criticar en mi actuación. La calidez del abrazo de mi madre. La complicidad con mis amigos.

Y el odio.

El odio sí que es real. Potente. Eléctrico.

El odio te acelera el pulso, te seca la boca, te eriza la piel.

El odio te obsesiona, te persigue incluso en sueños.

El odio te hace estar pendiente de cada gesto, de cada palabra, de cada movimiento de la otra persona.

El odio es lo único que se acerca a lo que la gente describe como amor.

Y si hay algo que tengo claro en esta vida, además de que nací para estar sobre el hielo, es que jamás confundiré esa obsesión, esa fijación, esa... intensidad que siento cuando pienso en cierta persona, con algo tan absurdo como el amor.

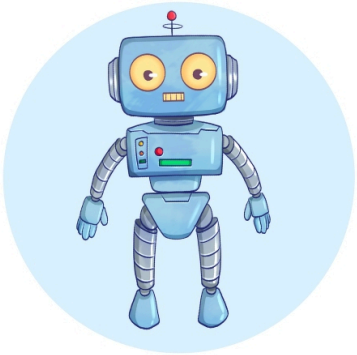
Porque eso sí que sería una locura.

Y aunque mi vida sea un completo caos la mayor parte del tiempo, en esto sí que no pienso ceder. Hay líneas que ni yo me atrevo a cruzar.

CAPÍTULO 1

¿ES QUE NO TE HAS DADO CUENTA DE QUE SOMOS RIVALES?

HÉCTOR



Doce años antes

El frío de la pista de hielo me recibe como un viejo amigo. Inspiro hondo, dejando que el aire helado llene mis pulmones. Huele a hielo recién pulido y a ese aroma peculiar de los lugares deportivos: una mezcla de desinfectante, sudor y ambición.

Mi madre me ha dejado hace exactamente siete minutos en la entrada, con las mismas palabras de siempre: «Recuerda, Héctor, la excelencia no es un accidente». Como si pudiera olvidarlo. Como si no me lo repitiera cada noche antes de dormir, junto con mi padre y su mantra de «el talento sin disciplina es un desperdicio».

Tengo diez años y ya sé que el tiempo es el recurso más valioso del mundo. Por eso llego a entrenar siempre mucho antes de mi turno oficial. Me gusta observar al grupo anterior, analizar sus

errores, memorizar sus aciertos. Es lo que haría cualquier patinador serio. Cualquier deportista con ambición.

Hoy, sin embargo, la pista municipal de Madrid está prácticamente vacía. Solo hay un chico patinando. Un chico de más o menos mi edad, con el pelo castaño claro que parece no haber conocido nunca un peine, y una sudadera roja demasiado grande para su cuerpo menudo.

Cuando hace un giro imposible le veo la cara y lo reconozco al instante. Es Lucas Rey. Uno de mis rivales.

Me escondo tras las gradas para observarlo mejor. No quiero que me vea. No todavía. Primero necesito estudiarlo, entenderlo. Siempre ha tenido algo… especial.

Lucas comienza a moverse de una forma que hace que me olvide de respirar. No está siguiendo ninguna coreografía que yo reconozca. No está practicando ninguna secuencia técnica específica. Simplemente... patina. Como si el hielo fuera agua y él una corriente imparable.

Hace piruetas con los ojos cerrados. Con los ojos cerrados. Yo ni siquiera me atrevo a parpadear cuando ejecuto una pirueta. Mi entrenador dice que cada milímetro importa, que cada gesto debe ser calculado. Que un error de concentración puede costarte meses de trabajo.

Pero este chico... este chico parece estar jugando. Disfrutando. Como si no hubiera jueces, ni puntuaciones, ni expectativas.

Sus manos se mueven por el aire dibujando formas invisibles. Su cuerpo se dobla y se estira con una flexibilidad que parece imposible. Hay algo casi hipnótico en la forma en que sus cuchillas cortan el hielo, dejando marcas perfectas que parecen contar una historia.

Un cosquilleo extraño me recorre el estómago. Es como la sensación justo antes de saltar un triple, ese instante de vértigo y anticipación. Pero diferente. Más... incómodo.

Mi mente, que siempre está calculando, analizando, planificando, de repente se queda en blanco. Solo puedo mirar.

Si no estuviera ya fascinado por del patinaje, creo que me habría enamorado de este deporte en este preciso instante.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que casi doy un paso atrás. ¿Qué clase de idea absurda es esa? Sacudo la cabeza, intentando recuperar el control de mis pensamientos. Mis padres siempre dicen que las emociones son distracciones. Que el éxito viene de la cabeza, no del corazón.

Y sin embargo, ahí está este chico, patinando con el corazón abierto de par en par, exhibiendo una libertad que yo nunca he querido.

De repente, como si sintiera el peso de mi mirada, se detiene en seco. El hielo cruje bajo sus cuchillas, un sonido que reverbera por toda la pista vacía. Gira la cabeza directamente hacia mí, hacia mi escondite tras las gradas.

Sus ojos se clavan en los míos a través de la distancia. Son ojos risueños, cálidos, curiosos. Ojos que parecen preguntar «¿por qué te escondes?»

Me ha pillado.

Durante un segundo eterno, nos miramos. Él sonríe, una sonrisa amplia y genuina que le ilumina toda la cara. Una sonrisa que parece decir «ven, el hielo es suficientemente grande para los dos».

Algo se agita dentro de mí. Algo que no sé nombrar. Algo que me asusta precisamente porque no puedo catalogarlo, medirlo, controlarlo.

Aparto la mirada de golpe. Mi corazón late demasiado rápido y mis manos sudan dentro de los guantes. Esto no es normal. No es lo que debería estar sintiendo.

No. No necesito distracciones.

No necesito amigos.

Este es un deporte individual en el que el resto de patinadores son el enemigo.

Ese chico es mi rival, no puedo olvidarlo por muy cálida que parezca su sonrisa.

Me doy la vuelta y camino rápidamente hacia la salida, con las mejillas ardiendo y una sensación de confusión que no me gusta nada. El plan ha cambiado. Entrenaré más tarde. O en otra pista. Donde sea, pero lejos de esa sonrisa y esos giros imposibles que hacen que todo mi meticuloso trabajo parezca... insuficiente.

LUCAS

—¡Eh! ¡Espera!

El grito sale de mi garganta antes incluso de que mi cerebro decida que quiero hablar. Es algo que me pasa mucho. Mi padre dice que tengo la boca más rápida que

el pensamiento. Mi madre dice que simplemente soy «espontáneo». Mi abuela Pilar dice que tengo el corazón en la lengua, y que eso no es necesariamente malo.

Salgo disparado tras el chico que acaba de huir como si hubiera visto un fantasma. Mis cuchillas rechinan contra el suelo de goma del pasillo, ese sonido plástico y desagradable que siempre hace que los adultos se giren para regañarte. Sé que no debería salir con los patines puestos. Me lo han dicho mil veces. Se estropean las cuchillas, te puedes resbalar, bla, bla, bla. Pero ahora mismo no me importa.

Necesito alcanzarlo.

El pasillo huele a goma y a desinfectante. Las luces fluorescentes parpadean ligeramente, proyectando sombras que bailan a mi alrededor mientras persigo a este chico que ha estado observándome en secreto.

Lo he reconocido al instante. Héctor Roca. El niño prodigio de Madrid. El que siempre queda entre los tres primeros en cada competición. El que nunca sonríe cuando recibe una medalla, como si no fuera suficiente. El que siempre lleva ropa que parece sacada de un catálogo, mientras que la mía parece haber pasado por una batalla campal con un batido de chocolate.

—¡Oye, tú! ¡El de la chaqueta azul!

Se detiene en medio del pasillo, pero no se gira. Veo cómo sus hombros se tensan bajo la tela perfectamente planchada de su chaqueta. ¿Quién demonios lleva ropa planchada para entrenar? Mi madre se reiría si le pidiera que planchara mi ropa deportiva. «¿Para qué, Lucas? ¿Para que la arrugues en dos segundos?»

El corazón me late rápido, y no solo por la carrera. Hay algo en este chico que me intriga. Quizás sea su forma de patinar, esa que he visto tantas veces, tan técnica y precisa, como si cada

movimiento estuviera calculado al milímetro. O quizás sea esa expresión de concentración absoluta que siempre tiene, como si el mundo entero dependiera de cada salto que hace.

—¿Qué quieres? —Su voz suena más grave de lo que esperaba para alguien de nuestra edad. Y fría. Tan fría como el hielo que acabamos de dejar atrás.

—Eres Héctor Roca, ¿verdad? —pregunto, caminando a saltos hasta ponerme frente a él. Tengo que verle la cara, tengo que entender por qué estaba escondido, observándome—. Te he visto en las competiciones. Eres buenísimo.

Y lo digo en serio. Es impresionante. Su técnica es perfecta. Sus saltos son como sacados de un manual. Mi padre, que es un entrenador importante de nuestro deporte, siempre lo pone como ejemplo. «Mira la disciplina de ese chico, Lucas. Mira su concentración.»

Me mira como si acabara de hablarle en chino. Sus ojos oscuros, casi negros, me estudian con una intensidad que me pone nervioso. Y a mí no me pone nervioso casi nada. Me gusta hablar con la gente. Me gusta hacer amigos. Nunca me ha costado.

Pero hay algo en su mirada que me hace sentir... expuesto. Como si pudiera ver a través de mí, como si supiera que a veces, cuando nadie me mira, también tengo miedo.

El silencio se alarga demasiado y empiezo a balancearme sobre mis patines. No puedo quedarme quieto. Nunca he podido.

—¿Quieres que practiquemos juntos? —suelto sin pensarlo, porque es lo que realmente quiero—. Tengo la pista para mí solo durante otra media hora. Mi padre es entrenador, ya sabes, me deja usarla antes de que empiece su turno oficial.

Estoy hablando demasiado, lo sé. Siempre lo hago cuando estoy nervioso. Las palabras salen de mi boca como agua de una manguera con demasiada presión.

Su mirada baja hasta mis pies, hasta mis patines. Son viejos, muy usados, con algunas rozaduras en el cuero negro. Nada que ver con los suyos, que parecen recién sacados de la caja.

—Estás destrozando las cuchillas —dice con un tono que me hace sentir como si acabara de cometer un crimen. Como si estuviera

torturando a un ser vivo en vez de a un trozo de metal.

Me encojo de hombros, intentando que no se note que sus palabras me han dolido un poco. No es para tanto, ¿no?

—No pasa nada. Mi padre me las afilará luego —sonrío, intentando romper esa extraña tensión que flota entre nosotros—. Entonces, ¿qué me dices? Podríamos ayudarnos. Ya sabes, darnos consejos y esas cosas. Al fin y al cabo, los dos somos patinadores artísticos, podríamos ser amigos.

La palabra «amigos» queda suspendida en el aire entre nosotros, como una burbuja de jabón que podría estallar en cualquier momento.

Héctor me mira como si acabara de sugerirle que nos tiremos juntos desde un puente. Sus cejas oscuras se juntan en una expresión que parece mezclar confusión e indignación a partes iguales.

—¿Es que no te has dado cuenta de que somos rivales? —pregunta, y hay algo en su tono que me golpea como una bofetada. No es solo rechazo. Es incredulidad, como si mi propuesta fuera la cosa más absurda del mundo.

El calor me sube a las mejillas. De repente, me siento estúpido. Ingenuo. Como cuando mi hermano mayor se ríe de mí por creer en algo que resulta ser mentira.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda encontrar las palabras para defender mi idea (que no me parece nada absurda, la verdad), Héctor se da la vuelta y se aleja por el pasillo. Sus pasos son rápidos y decididos, como todo lo que hace.

Me deja allí plantado, con las palabras congeladas en la boca y un extraño dolor en el pecho que no tiene nada que ver con el esfuerzo físico.

El pasillo de repente parece más frío, más grande, más vacío.

«Menudo imbécil», pienso mientras lo veo desaparecer por la esquina. «Menudo maleducado.»

Pero hay algo más que enfado en lo que siento. Hay decepción. Porque por un momento, cuando lo vi observándome patinar, pensé que quizás... quizás él veía algo especial en mí. Algo que valía la pena mirar.

Qué tontería.

Vuelvo a la pista arrastrando los pies, o más bien los patines, produciendo ese sonido que tanto molesta a los adultos. Mi padre me espera en la entrada, con los brazos cruzados y esa expresión que significa que estoy en problemas.

—Lucas, ¿cuántas veces tengo que decirte que no salgas con los patines puestos? —suspira, pero no está realmente enfadado. Nunca lo está por mucho tiempo—. ¿Y qué hacías persiguiendo a ese chico? ¿No es el hijo de los Roca?

—Sí —murmuro, evitando su mirada—. Pensé que podríamos entrenar juntos. Pero resulta que es un borde.

Mi padre me revuelve el pelo, ese gesto que siempre hace cuando quiere consolarme sin hacerlo demasiado obvio.

—No todos tienen tu facilidad para hacer amigos, Lucas. Algunos necesitan más tiempo.

Pero yo ya no estoy escuchando. En mi cabeza, estoy tomando una decisión. Una promesa que me hago a mí mismo mientras me quito los patines y observo las pequeñas marcas en las cuchillas.

Voy a ganarle a Héctor Roca. En cada competición. En cada categoría. Le voy a demostrar que no necesito ser un robot sin sentimientos para ser el mejor.

Que mi forma de patinar, mi forma de sentir el hielo, es tan válida como la suya.

Y si alguna vez vuelvo a tenderle la mano, será solo para recoger el trofeo que le habré arrebatado.

CAPÍTULO 2

COMO MIRAR DIRECTAMENTE AL SOL

LUCAS



Nueve años antes

El vestuario huele a nervios y a spray para el pelo. Hay decenas de adolescentes en diversos estados de pánico que se preparan para salir al hielo, mientras sus progenitores histéricos intentan aplacar remolinos rebeldes con cantidades industriales de fijador.

Yo estoy tranquilo. O al menos eso es lo que quiero que piensen todos.

Mi padre me mira desde la otra punta del vestuario con esa expresión que conozco tan bien: mitad orgullo, mitad preocupación. No le culpo. La última semana he entrenado menos de lo que debería. Pero es que descubrí este sitio increíble en el río donde se puede saltar desde las rocas, y luego María del instituto me invitó a su casa porque sus padres no estaban, y después estuve ayudando a mi abuela con su huerto, y...

Vale, quizás tengo un problema con las distracciones. Pero no es que no me importe el patinaje. Me importa más que cualquier otra cosa. Simplemente, no creo que tenga que sacrificar toda mi vida por ello.

—¿Has repasado la secuencia del programa largo? —me pregunta mi padre cuando me acerco para que me ajuste la espalda del traje.

—Por supuesto —miento descaradamente.

Mi padre suspira. Sabe que miento, yo sé que él sabe que miento, y ambos sabemos que voy a salir ahí y lo voy a dar todo de todas formas. Es nuestro pequeño ritual.

—Lucas, tienes talento de sobra, pero algún día...

—...me encontraré con alguien que tenga talento y además trabaje duro, y entonces estaré perdido —termino la frase por él, con una sonrisa—. Lo sé, papá. Me lo dices siempre.

Pero ambos sabemos que ese «algún día» no es hoy. Porque hoy estoy en plena forma. Hoy me siento ligero, eléctrico. Hoy el hielo y yo vamos a ser uno solo.

Entonces lo veo.

Y todo se desestabiliza.

Héctor Roca acaba de llegar. Está en la otra esquina del vestuario, ajustándose meticulosamente los puños de su traje negro con aplicaciones plateadas. Tiene trece años, como yo, pero hay algo en su postura, en su mirada, que lo hace parecer mayor. Más serio. Más... todo.

No nos hemos vuelto a hablar desde aquel día en la pista de Madrid. Nos hemos cruzado en competiciones, por supuesto, pero siempre ha sido un simple intercambio de miradas. Él, con ese gesto suyo de superioridad contenida. Yo, con mi mejor sonrisa provocadora.

Pero hoy hay algo diferente. Quizás es que ambos hemos crecido. Quizás es que esta competición es más importante. O quizás es que, por primera vez, siento que puedo ganarle.

Nuestras miradas se cruzan a través del vestuario. Su expresión no cambia, pero hay un destello en sus ojos que no sé interpretar. ¿Preocupación? ¿Desdén? ¿Reconocimiento?

Le guiño un ojo, solo para ver cómo se tensa su mandíbula. Es demasiado fácil provocarle, y demasiado divertido como para resistirme.

Mi padre me da una palmada en el hombro.

—Concéntrate en tu programa, no en la competencia —me advierte.

Pero es difícil no pensar en Héctor como «la competencia» cuando su presencia ocupa tanto espacio en mi cabeza. Cuando cada vez que clavo un salto, me pregunto si él lo habría hecho mejor. Cuando cada medalla que gano parece un poco más brillante si él queda por detrás.

Es ridículo, lo sé. Hay decenas de patinadores en mi categoría. Pero ninguno me hace sentir esa... necesidad de demostrar algo. Esa electricidad en la sangre.

—Participantes del grupo 4, a la pista en cinco minutos —anuncia una voz por megafonía.

Mi estómago da un vuelco. Es mi grupo. Es mi momento.

Miro una última vez hacia donde está Héctor, pero ya se ha ido. Probablemente esté haciendo su ritual de concentración, sea cual sea. Seguro que incluye cálculos matemáticos y visualizaciones perfectamente estructuradas.

Yo tengo mi propio ritual. Cierro los ojos, respiro hondo, y dejo que la música de mi programa empiece a sonar en mi cabeza. No pienso en los jueces. No pienso en las puntuaciones.

Solo pienso en el hielo, en la música, y en esa sensación de volar que nadie, ni siquiera Héctor Roca con toda su perfección técnica, me puede arrebatar.

Y en cómo se le va a quedar la cara cuando le gane.

HÉCTOR

Llevo nueve años patinando. En ese tiempo he ganado ocho medallas, siete de ellas de oro. He entrenado una cantidad brutal de horas. He perfeccionado cada salto, cada giro, cada transición hasta que mi cuerpo los ejecuta con la precisión de un reloj suizo.

Y aun así, cuando veo a Lucas Rey calentando en la pista con esa sonrisa despreocupada, como si estuviera en el patio de un colegio

en vez de en el Campeonato Nacional Juvenil, siento una punzada de algo que se parece demasiado a la duda.

Es irracional, por supuesto. Los sentimientos suelen serlo. Mi entrenador siempre dice que el mayor obstáculo entre un patinador y la perfección es su propia mente. Por eso me he entrenado para controlar también eso: mis pensamientos, mis emociones, mis reacciones.

Pero Lucas... Lucas siempre consigue colarse por las grietas de mi autocontrol.

Lo observo mientras se estira junto a la barrera. Su técnica de calentamiento es caótica, como todo en él. Salta de un ejercicio a otro sin ningún orden aparente. Charla con otros patinadores, se ríe, incluso hace el tonto con uno de los técnicos de pista. Es como si no fuera consciente de la importancia de este momento.

O peor aún: como si no le importara.

—Concéntrate en tu programa, Héctor —me dice mi entrenador, notando hacia dónde se dirige mi mirada—. Rey no es tu preocupación.

Pero lo es. Aunque no debería serlo.

Lucas ha quedado por delante de mí en dos competiciones este año. Por márgenes ridículamente pequeños, pero lo ha hecho. Y lo peor no es perder. Lo peor es que parece hacerlo sin esfuerzo, mientras yo dedico cada minuto de mi vida a este deporte.

El presentador llama a los participantes del grupo 4. Mi grupo. Inspiro profundamente y exhalo despacio, controlando el ritmo de mi respiración. Visualizo cada movimiento de mi programa, cada salto, cada posición.

Cuando salgo al hielo para el calentamiento grupal, la familiar sensación de las cuchillas cortando la superficie me centra. Esto es lo que sé hacer. Esto es para lo que he trabajado. Aquí no hay espacio para las dudas.

Ejecuto varios giros como parte de mi calentamiento y aterrizo con precisión milimétrica. Perfecto. Como debe ser.

A unos metros de mí, Lucas realiza un salto. Su aterrizaje no es tan limpio como el mío, hay una ligera oscilación en su filo de salida, pero hay algo en la altura que alcanza, en la rotación de su cuerpo

en el aire, que hace que varios espectadores aplaudan espontáneamente.

Aparto la mirada. No necesito distracciones.

El sorteo me coloca en tercer lugar para patinar. Lucas irá justo después de mí. Perfecto. No tendré que ver su actuación antes de la mía.

Cuando llega mi turno, me deslizo hasta el centro de la pista con la mente completamente enfocada. La música comienza, una pieza clásica elegida por mi entrenador por su complejidad y elegancia. Cada movimiento de mi programa está diseñado para maximizar puntos técnicos y componentes.

Ejecuto mi primer salto, un cuádruple *toe loop* combinado con un triple *toe loop*. Aterrizo limpiamente, sintiendo esa satisfacción que solo viene de la ejecución perfecta. El resto del programa fluye como lo he ensayado cientos de veces. Cada paso, cada giro, cada transición exactamente como debe ser.

Cuando termino, sé que ha sido una actuación técnicamente impecable. Mi puntuación lo confirma: estoy en primer lugar, con una ventaja considerable sobre los anteriores.

Y entonces sale Lucas.

Su música es completamente diferente a la mía. Algo moderno, con ritmo, casi rebelde. Como él. Su programa no tiene la complejidad técnica del mío, pero desde el primer momento, consigue algo que yo nunca logro: hacer que todo el mundo se olvide de que están viendo una competición.

Lucas no patina su programa. Lo vive. Cada movimiento parece surgir de la música misma, como si la estuviera creando con su cuerpo en vez de seguirla. Hay momentos en que casi parece improvisar, aunque sé que no es posible.

Y luego están sus saltos. Dios, sus saltos. No son siempre perfectos —de hecho, se tambalea ligeramente en la recepción de un triple Lutz— pero la altura, la distancia que cubre, la aparente facilidad con que su cuerpo gira en el aire... es como si la gravedad hubiera decidido hacer una excepción con él.

Cuando termina, la ovación es ensordecedora. Incluso mi entrenador, que nunca muestra emoción alguna, parece

impresionado.

Y yo lo sé antes de que aparezca la puntuación. Lo sé por la reacción del público, por la sonrisa de su padre en la zona de entrenadores, por ese presentimiento frío que se instala en mi estómago.

Lucas me ha ganado. Por 0.23 puntos.

Una diferencia tan pequeña que es casi un insulto. Como si el universo quisiera restregarme que, a pesar de todo mi trabajo, toda mi disciplina, toda mi dedicación, no es suficiente para superar el puro talento natural.

Y lo odio.

Dios cómo odio a Lucas Rey.

Mientras Lucas recibe su medalla de oro, con esa sonrisa suya que parece iluminar toda la pista, algo se retuerce dentro de mí. No es solo decepción. Es más complicado que eso. Es rabia, sí, pero también una especie de fascinación dolorosa. Como mirar directamente al sol.

No debería acercarme a él. Lo sé. Debería analizar mi actuación, identificar mis áreas de mejora, planificar mis próximos entrenamientos. Eso es lo que haría un deportista serio.

Pero cuando lo veo dirigirse a los vestuarios, rodeado de gente que lo felicita, mis pies se mueven solos.

—No te lo mereces —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Lucas se gira, sorprendido. Su sonrisa flaquea por un instante, pero rápidamente recupera esa expresión despreocupada suya.

—Vaya, Roca, yo también me alegro de verte —dice, con un tono ligero que solo consigue irritarme más.

—Te he visto entrenar. O más bien, te he visto no entrenar —continúo, ignorando las miradas incómodas de la gente a nuestro alrededor—. Te pasas el tiempo haciendo el payaso, tomándote todo a broma. No respetas este deporte. No respetas el trabajo que conlleva.

Su sonrisa desaparece por completo. Algo parpadea en sus ojos, algo que parece casi como dolor, pero rápidamente se transforma en una chispa de ira.

—¿Y quién coño eres tú para decirme cómo debo entrenar? —responde, dando un paso hacia mí—. Mírate, Roca. Eres como un robot programado para patinar. Sin alma, sin pasión. Sí, entreno a mi manera. ¿Y sabes qué? Funciona. La medalla lo demuestra.

Agita la medalla de oro frente a mí, y por un momento tengo el impulso irracional de arrancársela de las manos. En lugar de eso, mantengo mi compostura. O al menos lo intento.

—Has tenido suerte —digo, con la voz más fría que puedo conseguir—. Pero la suerte se acaba. El talento natural solo te llevará hasta cierto punto. Algún día estarás perdido.

Sé que mis palabras han dado en el blanco cuando veo cómo se tensa su mandíbula y el dolor destella en sus ojos.

—¿Sabes cuál es tu problema, Roca? —dice finalmente, con una calma que no encaja con el fuego en sus ojos—. Que estás tan obsesionado con ser perfecto que te has olvidado por qué empezaste a patinar. Se supone que deberíamos disfrutar con esto.

—Esto no es un juego —replico—. Es un deporte. Una disciplina. Una...

—Una pasión —me interrumpe—. O debería serlo. Pero tú has convertido algo hermoso en una ecuación. Y por eso, aunque tu técnica sea perfecta, nunca conseguirás que la gente sienta algo cuando te ve patinar.

Sus palabras me golpean con más fuerza de lo que esperaba. Porque en el fondo, en ese lugar que intento ignorar, sé que hay algo de verdad en ellas. Sé que, a pesar de todas mis medallas, nunca he provocado el tipo de reacción que Lucas consigue con solo pisar el hielo.

Pero no puedo admitirlo. No puedo darle esa satisfacción.

—Disfruta de tu medalla, Rey —digo finalmente, dándome la vuelta—. No creo que consigas muchas más con esa actitud.

Me alejo antes de que pueda responder, con la espalda recta y la cabeza alta, como me han enseñado. Solo cuando estoy solo, en un rincón apartado del pasillo que lleva a los vestuarios, me permito un momento de debilidad.

Cierro los ojos y veo de nuevo a Lucas patinando. La libertad de sus movimientos. La alegría pura que transmite. La forma en que

parece fundirse con la música.

Y por un breve, doloroso instante, admito la verdad que nunca diré en voz alta: que daría cualquier cosa por sentir, solo una vez, lo que él parece sentir cada vez que pisa el hielo.

LUCAS

La medalla de oro cuelga pesada en mi pecho mientras camino hacia los vestuarios. Debería estar eufórico. He ganado el Campeonato Nacional Juvenil. He vencido a Héctor Roca, el niño prodigio, el perfeccionista, el favorito de todos los entrenadores.

Entonces, ¿por qué sus palabras me han afectado tanto?

«No te lo mereces.»

Cuatro palabras simples que se han clavado como astillas bajo mi piel.

Lo peor es que una parte de mí, una parte pequeña y molesta que suena sospechosamente como mi padre, piensa que quizás tiene razón. Que quizás no me he esforzado lo suficiente. Que he confiado demasiado en mi talento natural y poco en el trabajo duro.

Pero otra parte, la que me hace ser yo, se rebela contra esa idea. Porque yo sí entreno. Quizás no de la forma convencional, quizás no con la obsesiva dedicación de Héctor, pero lo hago. Patino cada día hasta que me duelen los pies. Pruebo nuevos movimientos hasta que los domino. Siento la música, la vivo, la respiro.

¿Eso no cuenta como trabajo?

Mi padre me encuentra sentado en un banco del vestuario, mirando la medalla con expresión ausente.

—¿Todo bien, campeón? —pregunta, sentándose a mi lado—. Ha sido una actuación increíble. Estoy muy orgulloso.

Intento sonreír, pero debe salirme una mueca bastante lamentable porque mi padre frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado? Te he visto hablando con el chico de los Roca. ¿Te ha dicho algo?

Suspiro. Mi padre siempre ha tenido un radar para detectar mis estados de ánimo.

—Dice que no me merezco ganar —confieso finalmente—. Que no entreno lo suficiente. Que no respeto el deporte.

Mi padre guarda silencio un momento, pensativo.

—¿Y tú qué piensas? —pregunta finalmente.

Es una pregunta trampa y lo sé. Si digo que Héctor está equivocado, mi padre me recordará todas las veces que me ha tenido que perseguir para que entrene. Si digo que tiene razón, estaré admitiendo que no me tomo en serio algo que amo con toda mi alma.

—Pienso que somos diferentes —digo al fin—. Él ve el patinaje como... no sé, como una ciencia exacta. Yo lo veo como un arte. Y ambos enfoques pueden funcionar, ¿no?

Mi padre sonríe, y hay un brillo de orgullo en sus ojos que no tiene nada que ver con la medalla que cuelga de mi cuello.

—Esa es probablemente la cosa más madura que te he oído decir nunca —dice, revolviéndome el pelo como cuando era más pequeño —. Y sí, ambos enfoques pueden funcionar. Pero también creo que los mejores patinadores son los que consiguen un equilibrio entre ambos.

Me quedo pensando en sus palabras mientras recogemos nuestras cosas. En el fondo, sé que tiene razón. Sé que podría ser mejor si me aplicara más, si fuera más disciplinado, más constante.

Pero también sé que no quiero convertirme en Héctor. No quiero perder la alegría, la espontaneidad, la pasión que siento cuando patino.

Quizás el truco está en encontrar un punto intermedio. En trabajar duro sin dejar de divertirme. En respetar el deporte sin convertirlo en una obligación.

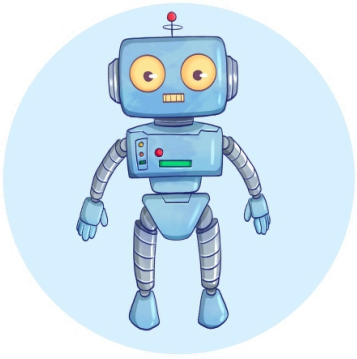
O quizás el truco está simplemente en seguir ganándole a Héctor Roca hasta que admita que mi forma de hacer las cosas también es válida.

Sí, eso suena como un plan mucho más divertido.

CAPÍTULO 3

QUE NO PODEMOS ESTAR CERCA SIN QUE TODO ESTALLE

HÉCTOR



Cuatro años antes

El Centro de Alto Rendimiento de Madrid es un complejo diseñado para la excelencia. Instalaciones de primer nivel, entrenadores de élite, y un programa académico adaptado para deportistas que, como yo, aspiramos a competir internacionalmente mientras completamos nuestra formación.

Llevo tres meses aquí, y ya he establecido una rutina perfecta: entrenamiento matutino, clases, estudio, entrenamiento vespertino, más estudio, descanso. Cada minuto está calculado para maximizar tanto mi rendimiento deportivo como académico.

O lo estaría, si no fuera por él.

Lucas Rey ha sido la única constante irritante en mi vida desde que tengo memoria. Y ahora, porque el universo tiene un sentido del humor retorcido, también ha sido seleccionado para el programa de la RFEDH.

La diferencia es que yo vivo en un apartamento cerca del centro, mientras que él se aloja en la residencia. Sus padres prefieren que esté «supervisado», según he oído. No me sorprende. Rey no conoce el significado de la palabra autodisciplina.

Hoy, mientras resuelvo ecuaciones en la biblioteca, puedo oírlo en la mesa de al lado. Está rodeado, como siempre, de un grupo de admiradores que se ríen demasiado alto con sus chistes, que lo miran como si fuera algún tipo de dios pagano de la diversión.

—Y entonces le dije al juez: «Si quisiera su opinión sobre mi ropa, me habría presentado a Miss España, no al campeonato nacional» —está contando, y todos estallan en carcajadas.

Aprieto el lápiz con tanta fuerza que casi lo parto. Respiro hondo. Control. El control lo es todo.

—¿Podríais bajar la voz? —digo finalmente, sin levantar la vista de mis ejercicios—. Algunos intentamos estudiar.

El silencio cae sobre la mesa vecina durante aproximadamente tres segundos. Luego, esa voz. Esa maldita voz.

Por supuesto que Lucas no puede callarse ni aunque esté siendo un maleducado.

—Vaya, parece que el robot necesita silencio para procesar información —dice Rey, lo suficientemente alto para que lo oiga, pero no tanto como para que la bibliotecaria intervenga—. Cuidado, chicos, podría sobrecalentarse.

Más risas, ahora contenidas. Sigo sin levantar la vista, pero puedo sentir su mirada sobre mí. Esa mirada que parece decir «vamos, reacciona, pierde el control».

Jamás le daré esa satisfacción.

Recojo mis cosas metódicamente y me dirijo a otra mesa, lo más alejada posible de él. Pero incluso desde allí, puedo sentir su presencia como una interferencia en mi sistema. Como un virus que no puedo eliminar.

Dios. No puedo librarme de él por mucho que quiera.

Esa tarde, durante el entrenamiento, lo observo mientras practica su nuevo programa. Ha mejorado mucho en los últimos meses. Odiarlo no me impide reconocer eso. Sus saltos siguen siendo impresionantes, su presencia en el hielo magnética.

Pero sigue siendo descuidado. Impreciso. Demasiado confiado en su talento natural.

Cuando termina, nuestro entrenador le señala varios errores técnicos. Rey asiente, sonríe, promete corregirlos. Pero yo sé que no lo hará. Nunca lo hace. Simplemente confía en que su carisma compensará sus deficiencias técnicas.

Y lo peor es que, la mayoría de las veces, funciona.

—Roca, tu turno —dice el entrenador.

Salgo al hielo, dejando que la familiar sensación de control me invada. Aquí, en la pista, todo tiene sentido. Todo está bajo mi dominio.

Ejecuto mi programa con precisión milimétrica. Cada salto, cada giro, cada transición exactamente como debe ser. Cuando termino, sé que ha sido técnicamente impecable.

Pero mientras me deslizo hacia la barrera, veo a Rey susurrarle algo a otro patinador, ambos mirándome y riendo.

—¿Algún problema, Rey? —pregunto, antes de poder contenerme.

Él me mira con esa sonrisa suya que siempre parece estar burlándose de algo.

—Ninguno. Solo comentaba que tu interpretación es tan emotiva como un manual de instrucciones.

Algo se tensa dentro de mí. Ese comentario, tan similar a los que me han hecho los jueces a lo largo de mi carrera («técnicamente perfecto, pero emocionalmente plano»), da justo donde duele.

—Al menos yo sigo las instrucciones —replico—. Tu técnica es tan precisa como un niño de cinco años coloreando.

Su sonrisa flaquea por un segundo, y sé que he dado en el blanco. Rey puede fingir que no le importa la técnica, pero le molesta que se lo señalen.

Antes de que pueda responder, el entrenador nos interrumpe.

—Si habéis terminado de comportaros como críos, tenemos un entrenamiento que completar.

Nos separamos, cada uno por su lado. Pero la tensión queda flotando en el aire, espesa, casi tangible.

Esa noche, mientras repaso mentalmente mi actuación, me doy cuenta de algo perturbador: paso casi tanto tiempo pensando en cómo superar a Rey como en mejorar mi propio patinaje.

Dios. Cómo lo odio.

LUCAS

Hay una regla no escrita en el Centro de Alto Rendimiento: no toques los patines de competición de otro patinador. Es como un mandamiento sagrado, algo que ni siquiera yo, con toda mi reputación de rebelde, me atrevería a romper.

Hasta hoy.

No es que vaya a dañarlos. No soy un monstruo. Solo voy a... reorganizarlos un poco.

Héctor Roca tiene dos pares de patines: los de entrenamiento y los de competición. Los de competición son su tesoro más preciado. Los guarda en un estuche especial, perfectamente mantenidos, con las cuchillas protegidas por esas fundas de tela que probablemente cuestan más que toda mi ropa junta.

Y ahora mismo, mientras él está en su clase de física avanzada (porque por supuesto que Roca va a clases avanzadas), esos patines están en su taquilla del vestuario.

Taquilla que, por algún milagro del destino, ha dejado mal cerrada.

Es como si el universo me estuviera dando permiso.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que estoy solo. El vestuario está desierto a esta hora. Perfecto.

Abro la taquilla con cuidado. Como era de esperar, todo dentro está organizado con una precisión militar. Ropa doblada en pilas perfectas, productos de aseo alineados por tamaño, y ahí, en el estante superior, el estuche con los patines.

Lo abro y, efectivamente, están impecables. Relucientes. Probablemente los limpia y afila más a menudo de lo que yo me cambio de calcetines.

Este tío es un jodido robot de verdad.

No puede existir nadie tan odiosamente perfecto.

Con mucho cuidado, intercambio las posiciones: el patín derecho donde debería estar el izquierdo, y viceversa. Un cambio minúsculo, imperceptible para cualquiera que no sea tan obsesivamente meticuloso como Roca.

Pero para él... oh, para él será como si alguien hubiera alterado las leyes de la física.

Casi puedo sentir la deliciosa satisfacción de tocarle los huevos en cada célula de mi cuerpo.

Cierro el estuche, lo devuelvo exactamente a su sitio, y cierro la taquilla. Misión cumplida.

Debería sentirme culpable, supongo. Pero después de escucharlo ayer criticar mi técnica delante de todo el equipo, se merece un pequeño recordatorio de que no todo en la vida puede controlarse al milímetro.

Además, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que se dé cuenta y tenga que dedicar treinta segundos a ponerlos en el orden «correcto»? Apenas es una inconveniencia.

Salgo del vestuario silbando, satisfecho con mi pequeña travesura. Me dirijo a la cafetería, donde mis amigos ya me esperan para almorzar.

—¿Dónde estabas? —pregunta Sofía, pasándome una bandeja.

—Tenía un asunto pendiente —respondo con una sonrisa enigmática.

—¿Qué has hecho ahora? —Miguel me mira con sospecha. Me conoce demasiado bien.

—Nada, nada —digo, sirviéndome una cantidad obscena de pasta —. Solo... digamos que he introducido un poco de caos en el universo perfectamente ordenado de alguien.

—Lucas... —El tono de Sofía es de advertencia—. Sabes que Suárez dijo que si volvías a meterte en problemas...

—Relájate —la interrumpo—. No es nada. Una broma inofensiva. Nadie sabrá que he sido yo.

Pero por supuesto, él lo sabe.

Dos horas más tarde, cuando entro en la pista para el entrenamiento vespertino, Héctor ya está allí. Y me está esperando.

Lo sé por la forma en que se mantiene junto a la entrada, con los brazos cruzados y esa mirada que podría congelar el infierno.

—Has tocado mis patines —dice, sin preámbulos.

No es una pregunta. Es una acusación. Una que, técnicamente, es cierta.

—No sé de qué me hablas —respondo, intentando pasar junto a él.

Su mano me detiene, agarrando mi brazo con más fuerza de la necesaria. Es la primera vez que me toca voluntariamente, y la sensación es... extraña. Como una corriente eléctrica que sube por mi piel.

—No me tomes por idiota, Rey —sisea, su rostro tan cerca del mío que puedo ver las motas más claras en sus ojos oscuros—. Sé que has estado en mi taquilla. Sé que has tocado mis patines de competición.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto, con una sonrisa provocadora—. Solo los cambié de lado. Ni siquiera los saqué del estuche.

Es un error admitirlo, lo sé en cuanto las palabras salen de mi boca. La expresión de Héctor se transforma. No es solo enfado. Es algo más oscuro, más intenso. Por primera vez desde que lo conozco, veo cómo pierde completamente el control.

Me agarra de la sudadera con ambas manos y me empuja contra la pared. El impacto me deja sin aire por un segundo.

—¿Te parece divertido? —Su voz es apenas un susurro, pero está cargada de una rabia que nunca le había visto—. Esos patines son lo más valioso que tengo. Si les hubiera pasado algo...

—¡Pero no les ha pasado nada! —me defiendo, empujándolo para quitármelo de encima—. ¡Era solo una broma, joder! ¿Por qué tienes que ser siempre tan intenso?

—¿Y por qué tienes que ser siempre tan imbécil? —replica, sin ceder un centímetro—. ¿Tan desesperado estás por atención?

Algo en esa última frase me hace estallar. Quizás porque da demasiado cerca de una verdad que no quiero admitir. Le doy un empujón más fuerte, y antes de que pueda pensarlo, estamos forcejeando en serio.

No es una pelea elegante. Es torpe, caótica, llena de empujones y agarrones. Siento su respiración agitada, veo el sudor en su frente, la vena que le pulsa en la sien. Nunca lo había visto así, tan fuera de sí, tan... humano.

Es jodidamente embriagador.

—¡REY! ¡ROCA! ¡SEPARAOS AHORA MISMO!

La voz atronadora del entrenador Suárez nos congela en el acto. Nos separamos de golpe, jadeando, desaliñados. Yo con un rasguño en la mejilla, Héctor con el labio ligeramente hinchado.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí? —Suárez nos mira como si quisiera estrangularnos a ambos—. ¡Sois deportistas de élite, por el amor de Dios, no animales!

—Él empezó —decimos al unísono, y luego nos fulminamos con la mirada.

Suárez suspira, ese suspiro profundo de alguien que ha llegado al límite de su paciencia.

—No me importa quién empezó. Esto se acaba aquí y ahora. Rey, a la oficina del director. Roca, quédate aquí. Hablaré con vosotros por separado.

Mientras me alejo, siento la mirada de Héctor clavada en mi espalda. No necesito girarme para saber que es puro odio lo que irradia.

Y por alguna razón, eso me produce una satisfacción perversa. Porque al menos he conseguido que el perfecto Héctor Roca pierda los papeles. Que muestre algo real, algo crudo, algo que no está calculado ni medido.

Los días siguientes son tensos. Nos han asignado horarios diferentes de entrenamiento. Cuando coincidimos en clases o en la cafetería, mantenemos la distancia. Ni siquiera nos miramos.

Es como si ambos hubiéramos llegado a la misma conclusión: que somos como el aceite y el agua. Que no podemos estar cerca sin que todo estalle. Que lo mejor es mantenernos lo más alejados posible el uno del otro.

Y aunque nunca lo admitiría en voz alta, hay algo en esa intensidad, en ese odio puro y sin adulterar, que me resulta casi...

adictivo. Como si Héctor Roca fuera la única persona capaz de hacerme sentir algo tan potente, tan real.

Porque eso es lo que somos, lo que siempre hemos sido: Roca y Rey. Hielo y fuego. Orden y caos.

Dos elementos que, puestos juntos, solo pueden causar destrucción.

CAPÍTULO 4

TIENE UN TALENTO INCREÍBLE PERO LA MADUREZ DE UNA PATATA

LUCAS



Presente

Si hay algo peor que una gala de exhibición, es una gala de exhibición dos días antes de las vacaciones de Navidad.

Llevo tres semanas soñando con Jaca, con las montañas cubiertas de nieve, con las comidas interminables de mi madre, con los partidos de cartas con mi abuela Pilar que siempre acaban en discusiones porque hace trampas (aunque lo niegue). Tres semanas contando los días para escapar de Madrid, de los entrenamientos, de la presión.

Y sobre todo, tres semanas fantaseando con no tener que ver la cara de superioridad moral de Héctor durante al menos quince gloriosos días.

—Lucas, ¿me estás escuchando?

La voz de mi padre me devuelve bruscamente a la realidad. Estamos en el vestuario del Palacio de Hielo, donde en menos de cuatro horas tendrá lugar la gala que marca el final de la temporada antes de la competición de Reyes.

—Claro que te estoy escuchando —miento con una sonrisa—. Decías algo sobre... ¿la importancia de la gala?

Mi padre suspira. Es un suspiro que conozco bien, que he provocado más de un millón de veces a lo largo de mi vida. El suspiro de «mi hijo tiene un talento increíble pero la madurez de una patata».

—Te decía que, aunque sea una exhibición, hay patrocinadores importantes. Gente que toma decisiones sobre financiación. No es el momento para improvisar o tomárselo a broma.

—Papá, llevo patinando esta coreografía todo el año. La sé hacer hasta dormido —respondo, mientras me pongo las protecciones para los tobillos—. Además, al público le encanta cuando improviso un poco.

—Al público quizás. A los jueces y patrocinadores, no tanto.

No le falta razón, pero jamás lo admitiré. Es parte de nuestro juego: él me dice que sea disciplinado, yo finjo que no me importa, ambos sabemos que en el fondo sí me importa pero que no puedo evitar ser como soy.

—¿Has ensayado hoy? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Por supuesto —otra mentira descarada.

Mira su reloj y vuelve a suspirar.

—Tienes una hora antes de que empiece el calentamiento oficial. Usa la pista auxiliar y repasa al menos los saltos principales.

—No hace falta, de verdad que...

—Lucas. —Su tono no admite réplica—. Una hora. Ahora.

Se da la vuelta y sale del vestuario, probablemente a supervisar a alguno de sus otros pupilos que sí se toman en serio su carrera. A veces me pregunto cómo debe ser para él tener un hijo tan diferente a los deportistas disciplinados que entrena. Debe ser como criar a un gato salvaje cuando lo que querías tener era un perro obediente.

Termino de atarme los patines y me dirijo a regañadientes hacia la pista auxiliar. En el fondo sé que tiene razón. No he repasado la coreografía en días. He estado demasiado ocupado con... bueno, con nada importante, la verdad.

El problema es que cada vez me cuesta más encontrar la motivación. No es que no ame el patinaje; lo amo con cada fibra de mi ser. Es que últimamente todo parece... vacío. Como si me faltara algo.

Como lo que pasó con Claudia anoche.

Claudia es preciosa, inteligente, divertida. Llevábamos semanas tonteando, y finalmente me invitó a su apartamento. Todo iba según lo planeado: copas, risas, besos que subían de temperatura... Y entonces, nada. Todo se desinfló… o, mejor dicho: nada se infló. Fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor dentro de mí y me hubiera apagado. Me inventé una excusa sobre un entrenamiento temprano y salí de allí sintiéndome como un completo fraude.

No es la primera vez que me pasa. Últimamente, parece que ninguna chica consigue mantener mi interés más allá de unos pocos encuentros. Siempre falta algo, siempre hay un vacío que no logro llenar.

Mi abuela Pilar dice que es porque todavía no he encontrado a «la persona adecuada». Yo creo que simplemente estoy demasiado centrado en mi carrera para complicarme la vida con relaciones. O al menos eso es lo que me digo a mí mismo.

La pista auxiliar está vacía, gracias a Dios. Lo último que necesito es público para mi improvisado ensayo. Me deslizo sobre el hielo, dejando que la familiar sensación me envuelva. Al menos esto siempre se siente bien. Al menos aquí siempre sé quién soy.

Comienzo a repasar la coreografía, sin música, solo dejando que mi cuerpo recuerde los movimientos. Triple Axel, secuencia de pasos, pirueta combinada... Todo fluye naturalmente, como si mi cuerpo recordara lo que mi mente había olvidado.

Estoy en medio de un cuádruple Salchow cuando lo veo.

Héctor Roca acaba de entrar en el complejo, con su bolsa de deporte perfectamente organizada y esa postura que parece sacada de un manual de etiqueta. Incluso desde la distancia, puedo ver que

lleva el pelo impecablemente peinado y ropa que probablemente cuesta más que todo mi armario junto.

El salto se va a la mierda. Aterrizo de forma desastrosa, casi cayéndome, y tengo que apoyar una mano en el hielo para no acabar con el culo en el suelo.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me incorporo rápidamente, rezando para que no me haya visto. Lo último que necesito es darle la satisfacción de presenciar uno de mis escasos fallos.

Pero por supuesto que me ha visto. Nuestras miradas se cruzan a través del cristal que separa el vestíbulo de la pista. No sonríe, no hace ningún gesto, pero hay algo en sus ojos... ese brillo de superioridad que me pone a cien.

Siento ese tirón familiar en el estómago. Ese impulso casi incontrolable de acercarme a él y provocarle. De tirarle del pelo perfectamente peinado para ver si así se descoloca un poco. De hacer o decir algo que rompa esa fachada de perfección y autocontrol.

Pero no hoy. Hoy tenemos que comportarnos como adultos. Hay patrocinadores, prensa. Y, además, es la última vez que tendré que verlo hasta después de Navidad. Dos semanas enteras sin su mirada de desaprobación, sin su presencia irritantemente perfecta ocupando mi espacio.

Aparto la mirada y vuelvo a mi entrenamiento, pero mi concentración se ha ido al garete. Mi cuerpo sigue moviéndose, pero mi mente está distraída.

No debería afectarme tanto. No debería importarme una mierda lo que Héctor Roca piense, haga o deje de hacer. Y sin embargo, aquí estoy, como un idiota, pendiente de sus movimientos.

Lo peor es que, objetivamente, entiendo por qué todos lo admiran tanto. Es técnicamente impecable. Disciplinado hasta la médula. Y físicamente... bueno, es difícil no fijarse. Es más alto que yo, con esos hombros anchos y esa espalda que parece esculpida a cincel. Brazos fuertes pero elegantes, manos expresivas que parecen hablar por sí solas cuando patina.

A veces pienso que daría lo que fuera por tener ese físico. Por tener esa presencia que impone respeto nada más entrar en una habitación. Pero luego me digo que no, que prefiero ser como soy: más compacto, más ágil, más... libre.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

La voz de mi padre me sobresalta. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en la pista.

—Ensayando, ¿no lo ves? —respondo, intentando sonar casual.

—¿Llamas ensayar a hacer el mismo triple loop cinco veces seguidas mientras miras hacia la puerta?

Mierda. Me ha pillado.

—Solo estaba... practicando la entrada. No me sale del todo bien.

Mi padre me mira con esa expresión suya que dice «no me trago ni una palabra, pero no tengo tiempo para discutir ahora mismo».

—Lucas, te lo digo en serio. Hoy no es día para distracciones. La federación está evaluando quién irá al campeonato europeo. Necesitas estar centrado.

—Lo estoy, lo estoy —aseguro, aunque ambos sabemos que es mentira.

—¿Sabes quién llegó ayer a las seis de la mañana para ensayar? —pregunta, señalando hacia el vestíbulo—. Roca. Estuvo tres horas repasando cada detalle de su programa. Eso es compromiso.

Y ahí está. La comparación inevitable. El ejemplo a seguir que nunca seré.

—Qué bien, papá. ¿Por qué no le das una medalla por ser tan perfecto? —respondo, con más veneno del que pretendía—. Ah, espera, ya tiene como cincuenta.

—No se trata de medallas, Lucas. Se trata de actitud. Si tuvieras la mitad de su disciplina, con tu talento natural, serías imparable.

Algo se retuerce dentro de mí. No es la primera vez que escucho esta charla, pero hoy me golpea de forma diferente. Quizás porque estoy cansado. Quizás porque estoy harto de sentirme vacío. O quizás porque, recuerdo a Héctor entrando en la pista principal, y como su simple presencia parecía llenar todo el espacio.

—¿Sabes qué, papá? Tienes razón —digo, patinando hacia la salida—. Debería ser más como Héctor. Debería convertirme en un

robot sin emociones que vive solo para patinar. Seguro que eso me haría muy feliz.

—Lucas, no he dicho...

Pero ya no le escucho. Salgo de la pista con más fuerza de la necesaria, haciendo que las cuchillas chirríen contra el suelo de goma. Me dirijo directamente al baño, necesito unos minutos a solas antes de que empiece todo el circo de la gala.

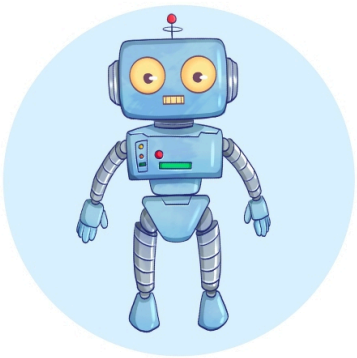
Lo único que me consuela es que en menos de 48 horas estaré en Jaca, lejos de todo esto. Lejos de las expectativas, de las comparaciones, de la sensación de no ser nunca suficiente.

Y lo más importante, lejos de Héctor Roca y de esta absurda obsesión que tengo con superarle.

CAPÍTULO 5

ES COMO PEDIRLE AL SOL QUE NO BRILLE

HÉCTOR



Llego al Palacio de Hielo exactamente tres horas y media antes del inicio de la gala. Ni un minuto antes, ni un minuto después. La puntualidad no es solo una virtud; es una necesidad.

Al entrar en el complejo, lo primero que veo a través del cristal que separa el vestíbulo de la pista auxiliar es a Lucas Rey en pleno entrenamiento. Está ejecutando lo que parece un cuádruple Salchow, pero su aterrizaje es desastroso. Termina con una mano en el hielo, tambaleándose para no caerse por completo.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo. Puedo ver la alarma en sus ojos, la vergüenza de haber sido descubierto en un error. Yo mantengo mi expresión neutra, pero internamente hay una pequeña satisfacción. No es que disfrute de sus fallos, es solo que... bueno, quizás sí disfruto un poco.

Aparto la mirada y me dirijo al vestuario. Siempre elijo el mismo lugar: el asiento más cercano a la puerta, porque tiene mejor iluminación y está más alejado de las duchas, lo que significa menos humedad para mi equipo. Coloco mi bolsa en el banco y empiezo a sacar cada elemento en orden: primero las protecciones, luego el traje de calentamiento, después el traje de competición (aunque técnicamente hoy sea una exhibición, yo siempre la trato como una competición), y finalmente, mis patines.

Los examino minuciosamente, aunque sé que están perfectos. Los afilé ayer, pulí las botas, cambié los cordones. No hay margen para errores. No en mi mundo.

Comienzo con mi rutina de estiramientos. Quince minutos, siguiendo siempre la misma secuencia: tobillos, pantorrillas, cuádriceps, isquiotibiales, caderas, espalda, hombros, cuello. Cada estiramiento mantenido durante treinta segundos, ni más ni menos.

Mi entrenador, Martín, llegará en veinte minutos. Tenemos planificado repasar las transiciones del programa, que es donde los jueces suelen prestar más atención en estas galas. Aunque no haya puntuaciones oficiales, siempre hay ojos evaluando, siempre hay decisiones tomándose entre bastidores.

Mi teléfono vibra. Un mensaje. Lo miro con cierta reticencia, interrumpiendo mi secuencia mental. Es mi padre.

«Héctor, mucha suerte hoy. Tu madre y yo intentaremos conectarnos para ver la transmisión en *streaming* si la diferencia horaria y las reuniones nos lo permiten. Posiblemente no lleguemos a Madrid para Navidad, la situación en la oficina de Londres es complicada. Te llamaremos.»

Ni siquiera un «te queremos» al final. No es que lo esperara. No es su estilo. Ni el mío, supongo.

Apago el teléfono sin responder. ¿Qué podría decir? «¿No os preocupéis, estoy acostumbrado a pasar las Navidades solo?» «¿Entiendo perfectamente que vuestro trabajo sea más importante que vuestro único hijo?»

Sacudo la cabeza. No es momento para esto. Las emociones son distracciones, y las distracciones son el enemigo de la perfección.

Vuelvo a mi ritual. Ahora, diez minutos de meditación. Me siento en el banco, cruzo las piernas, cierro los ojos. Inspiro por la nariz, cuento hasta cuatro, mantengo, espiro por la boca contando hasta seis. Lo repito. El objetivo es vaciar la mente, alcanzar ese estado de concentración pura donde solo existe el próximo movimiento, el próximo salto, la próxima secuencia.

Estoy en la quinta respiración cuando la puerta del vestuario se abre de golpe, rebotando contra la pared con un estruendo que hace saltar todas mis alarmas internas.

No necesito abrir los ojos para saber quién es. Solo hay una persona en todo el circuito de patinaje capaz de entrar en un lugar como si fuera el dueño del mundo y tuviera todo el derecho a alterarlo a su antojo.

Lucas Rey.

—¡Joder, joder, joder! ¡Voy tardísimo!

Su voz llena el espacio, rebotando en las paredes, invadiendo cada rincón. Incluso el aire parece vibrar con su presencia.

Abro los ojos, mi meditación completamente arruinada. Está ahí, en toda su caótica gloria, tirando su bolsa al suelo y quitándose la sudadera de un tirón, revelando una camiseta blanca que se le pega al cuerpo por el sudor.

—¿Podrías hacer menos ruido? —pregunto, aunque sé que es inútil. Pedirle a Lucas que sea silencioso es como pedirle al sol que no brille.

Me mira como si acabara de descubrir mi presencia, aunque ambos sabemos que me vio cuando entré al complejo. Siempre nos vemos, siempre somos conscientes el uno del otro, como dos imanes con la misma polaridad, constantemente repelidos, pero absolutamente conscientes de la fuerza del otro.

—Ah, Roca, no te había visto —miente con una sonrisa que muestra demasiados dientes—. ¿Estás meditando o solo practicando tu cara de estreñido?

Inspiro profundamente. No voy a caer en su juego. No voy a darle lo que desea.

—Algunos nos tomamos en serio nuestra preparación —respondo, levantándome con toda la superioridad que puedo reunir—. Pero

supongo que eso es un concepto extraño para ti. Aunque después de ver ese intento de cuádruple Salchow, quizás deberías reconsiderarlo.

Su sonrisa flaquea por un segundo, y siento una satisfacción increíble recorrer todo mi cuerpo. Odia que le recuerden sus fallos tanto como yo odio que me recuerden los míos.

Suelta una carcajada forzada mientras se quita los pantalones de chándal, quedándose en unos ajustados bóxers negros que...

No. No voy a mirar. No voy a darle esa satisfacción.

Pero mis ojos, traidores, se desvían por un segundo. Lo suficiente para captar la imagen de sus piernas musculosas, de ese abdomen definido por años de entrenamiento, de la piel dorada que parece brillar bajo las luces fluorescentes del vestuario.

Aparto la mirada inmediatamente, sintiendo un calor inexplicable subir por mi cuello. Esto es ridículo. Soy un deportista, veo cuerpos semidesnudos constantemente. No hay razón para esta... reacción.

—¿Dónde está el maldito traje? —pregunta, revolviendo su bolsa como un tornado—. Juraría que lo metí esta mañana.

—Quizás si organizaras tus cosas como una persona normal...

—¡Aquí está! —exclama, ignorando mi comentario mientras saca un bulto arrugado que supongo que es su traje de calentamiento.

Lo observo mientras intenta ponérselo, saltando a la pata coja, maldiciendo cuando casi pierde el equilibrio. Es como ver un accidente a cámara lenta: fascinante y horroroso a partes iguales.

El traje, una vez puesto, se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, revelando cada músculo, cada curva, cada... No. Otra vez no. Desvío la mirada hacia mis propias manos, fingiendo ajustar las protecciones de mis tobillos.

—¿Qué hora es? —pregunta, pasándose las manos por el pelo en un intento inútil de domarlo.

—Son casi las cinco —respondo automáticamente.

—¡Mierda! No sé si me va a dar tiempo a ensayar la rutina completa antes del calentamiento oficial —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. ¿Sabes qué? Da igual. Improvisaré.

—Por supuesto que lo harás —murmuro, pero ya se ha ido, dejando tras de sí un vestuario que parece haber sido golpeado por

un huracán y un aroma a colonia cítrica que se niega a abandonar mis fosas nasales.

Me quedo solo de nuevo, pero mi concentración se ha esfumado. Mi meticuloso ritual, destruido. Mi calma interior, hecha añicos.

Y lo peor es que no puedo culpar a nadie más que a mí mismo. No por la interrupción —eso es enteramente culpa de Rey— sino por mi reacción a ella. Por ese momento de debilidad en que mis ojos se negaron a obedecerme. Por ese instante en que algo dentro de mí respondió a su presencia de una forma que ni puedo —ni quiero— analizar.

Martín entra al vestuario, puntual como siempre. Frunce el ceño al ver el caos que ha dejado Lucas y luego se fija en mi expresión.

—¿Estás bien? Pareces... tenso —dice, mientras deja su bolsa junto a la mía.

—Estoy perfectamente —respondo, aunque mi tono me traiciona.

—Déjame adivinar. Rey —no es una pregunta, sino una constatación. Después de años trabajando juntos, Martín me conoce demasiado bien.

Me limito a asentir, incapaz de articular la intensidad de mi irritación sin sonar ridículamente afectado.

—Héctor —dice, colocando una mano en mi hombro—. No dejes que se meta en tu cabeza. Concéntrate en tu programa.

Asiento, agradecido por el recordatorio. Tiene razón. Soy mejor que esto. Mejor que la distracción, mejor que la irritación, mejor que... lo que sea que Rey provoca en mí.

Me pongo de pie, sacudiendo mentalmente cualquier pensamiento que no sea mi actuación. Hoy voy a demostrar por qué soy el mejor. Por qué merezco ese puesto en el campeonato europeo. Por qué, a pesar de todo su talento natural, Lucas Rey siempre estará un paso por detrás de mí.

Y si una pequeña parte de mí se pregunta por qué necesito demostrárselo tanto a él como a mí mismo, la ignoro. Como ignoro todo lo que no puedo controlar, medir o entender.

Porque el control lo es todo. Y no voy a permitir que Lucas Rey me lo arrebate.

Ni hoy, ni nunca.

CAPÍTULO 6

COMO UN NIÑO DE CINCO AÑOS AL QUE LE HAN DADO DEMASIADO AZÚCAR

LUCAS



Las galas de exhibición son el postre del patinaje artístico: dulces, vistosas y sin la presión de las puntuaciones. Para el público son puro espectáculo; para nosotros, una oportunidad de brillar.

El Palacio de Hielo está a reventar. Las luces de colores barren la pista, la música retumba contra las paredes, y el público —principalmente familias y aficionados— aplaude cada salto, cada pirueta, como si estuvieran viendo magia en lugar de deporte.

Mi actuación ha sido... bueno, siendo sincero, ha sido la hostia. He patinado con esa libertad que solo encuentro cuando no hay jueces evaluando cada movimiento, cada rotación. Me he dejado llevar por la música, he improvisado un par de transiciones, le he guiñado un ojo a una niña en primera fila que llevaba una pancarta con mi nombre.

Cuando he terminado, con una pirueta baja que ha desembocado en un arabesco dramático, el rugido del público ha sido como una ola rompiendo contra mi pecho. Es por esto que patino. Por esta conexión, por esta sensación de que, por unos minutos, he hecho que toda esta gente sienta algo.

Ahora, sudoroso pero satisfecho, observo desde el lateral cómo Martínez y Lopera, la pareja estrella de la federación, ejecutan una coreografía que parece sacada de un cuento de hadas. Él, fuerte y elegante; ella, ligera como una pluma. Sus elevaciones son tan fluidas que casi parece que ella vuela por voluntad propia.

—Impresionante, ¿verdad? —dice Sofía, una de las patinadoras junior, que se ha colocado a mi lado.

—Son increíbles —admito, genuinamente admirado—. Si no se llevan medalla en el europeo, es que los jueces necesitan gafas.

—Hablando de cosas impresionantes... —Sofía señala disimuladamente hacia la pista.

Héctor Roca acaba de salir para su exhibición. Lleva un traje en tonos azul marino y plata que resalta su figura alta y fuerte. La música comienza —algo clásico, por supuesto, porque Dios nos libre de que Héctor Roca patine con algo que se haya compuesto en este siglo— y desde el primer movimiento, tengo que admitir que es... hipnótico.

Su técnica es impecable, como siempre. Cada salto parece calculado al milímetro, cada giro ejecutado con una precisión que desafía la física. Pero hay algo más hoy. Una intensidad en su mirada, una tensión en sus movimientos que normalmente no está ahí.

—Está patinando diferente —murmuro, más para mí mismo que para Sofía.

—¿Diferente cómo?

—No sé. Más... ¿enfadado?

Y es verdad. Normalmente, Héctor patina como si estuviera solo en la pista, como si el público fuera un elemento secundario. Hoy, sin embargo, parece consciente de cada par de ojos que lo observan. Como si lo hubiesen desafiado completamente.

Cuando termina, con una combinación de saltos que arrancaría aplausos hasta a una piedra, me sorprendo a mí mismo conteniendo la respiración. El público estalla en vítores, y por un segundo, siento la admiración crecer en mi pecho.

Lo que solo me cabrea más. No lo admiro. Por supuesto que no lo admiro.

La gala continúa con más actuaciones, pero mi mente está en otra parte. En nada, todos los patinadores estrella tendremos que dar entrevistas para la prensa y los patrocinadores. Lo que significa que Héctor y yo estaremos en el mismo espacio, respondiendo las mismas preguntas, fingiendo que nos soportamos.

Y luego, por fin, libertad. Me iré a mi casa. A Jaca, lejos de todo esto. Lejos de él.

—Rey, diez minutos para las entrevistas —me avisa un asistente de la federación, sacándome de mis pensamientos.

Me dirijo hacia la zona habilitada para la prensa, donde han colocado un enorme panel con los logos de todos los patrocinadores. El lugar ya está atestado de periodistas, cámaras y flashes que disparan como ametralladoras.

Héctor ya está allí. Responde a las preguntas con esa formalidad suya que hace que hasta un «gracias» suene como un comunicado oficial. Creo que tiene como ochenta años mentales.

Me coloco estratégicamente a unos metros de él, sonriendo a las cámaras, saludando a periodistas que conozco. El contraste entre nosotros no podría ser más evidente: él, contenido y formal; yo, expansivo y cercano.

Inevitablemente, las preguntas nos llevan a terreno común.

—Lucas, ¿cómo describirías tu rivalidad con Héctor Roca? —pregunta una periodista con un micrófono que casi me clava en la barbilla.

—¿Rivalidad? —sonrío, sabiendo exactamente cómo provocarle—. Yo lo llamaría más bien una diferencia de filosofías. Yo patino para conectar, para hacer sentir. Héctor patina para... bueno, supongo que para demostrar que las máquinas también pueden usar patines.

Un murmullo recorre a los periodistas. Algunos se ríen disimuladamente. Sé que me he pasado, pero hay algo en Héctor

que siempre me empuja a cruzar la línea de lo correcto.

—Héctor, ¿quieres responder a eso? —pregunta otro periodista, prácticamente saboreando el drama.

Héctor me mira directamente, y por un segundo veo un destello de algo peligroso en sus ojos.

Su mirada fija me quita el aliento.

—Prefiero que mi patinaje hable por mí —dice finalmente, con una calma que sé que es forzada—. Pero si Rey necesita recurrir a comentarios infantiles para llamar la atención, supongo que es comprensible. Cada uno usa las herramientas que tiene.

Golpe bajo. Los periodistas ahora nos miran como si estuvieran en un partido de tenis particularmente intenso.

—Al menos yo tengo personalidad fuera del hielo —replico, dando un paso hacia él—. Tú eres como uno de esos maniquíes que solo cobran vida cuando les ponen patines.

—Y tú eres como un niño de cinco años al que le han dado demasiado azúcar —contraataca, también acercándose—. Todo *show*, nada de sustancia.

Estamos a menos de un metro el uno del otro ahora. Puedo oler su aftershave, algo caro y sutil. Puedo ver cómo se tensa un músculo en su mandíbula, cómo sus pupilas se dilatan ligeramente.

Los flashes de las cámaras estallan a nuestro alrededor como fuegos artificiales, inmortalizando cada segundo de este enfrentamiento que, estoy seguro, será portada mañana.

Me da lo mismo.

Solo me importa él en este momento.

—¿Sabes cuál es tu problema, Roca? —digo, bajando la voz, pero asegurándome de que los micrófonos me capten—. Que no soportas que alguien pueda ser mejor que tú sin esforzarse tanto.

—¿Y sabes cuál es el tuyo, Rey? —responde, con una voz igual de controlada pero cargada de tensión—. Que te escudas en tu supuesto talento natural para no admitir que tienes miedo de no estar a la altura si realmente lo intentaras.

Sus palabras me golpean de lleno. Porque en el fondo, en ese lugar que nunca me admito ni a mí mismo, hay algo de verdad en ellas.

Doy otro paso hacia él, invadiendo completamente su espacio personal. Estamos tan cerca que casi puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

El resto del mundo ha desaparecido.

Y yo estoy jodidamente furioso.

—Al menos yo sé disfrutar de la vida —digo, con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Tú probablemente tienes programado hasta cuándo ir al baño.

—Y tú probablemente ni siquiera sabes qué día es hoy sin consultarlo en Instagram.

Estamos prácticamente nariz con nariz, tan concentrados en nuestro duelo verbal que el mundo a nuestro alrededor se ha desvanecido. Los periodistas, las cámaras, todo se reduce a este momento, a este enfrentamiento.

—Eres un cobarde, Roca —le espeto, bajando la voz para que solo él pueda oírme—. Toda esa perfección tuya es una fachada para ocultar que estás muerto de miedo por sentir algo.

Algo cambia en su mirada. Una chispa que nunca había visto antes. Su máscara de control se agrieta por completo.

—Y tú eres un niñato inmaduro que no tiene ni idea de lo que significa el verdadero sacrificio —responde, con una voz que apenas reconozco—. Eres un insulto para los deportistas de élite.

Desde ahí todo se va a la mierda.

No sé quién empuja primero a quien. Quizás él, quizás yo. Tal vez ambos a la vez. Lo único que sé es que de repente estamos forcejeando, agarrándonos de la ropa, olvidando por completo dónde estamos y quiénes nos miran.

Los flashes estallan como bombas a nuestro alrededor. Oigo jadeos, exclamaciones, pero nada importa excepto este momento de pura, cruda honestidad entre nosotros.

En medio del forcejeo, tropezamos contra el enorme panel de patrocinadores. La estructura, más pesada y menos estable de lo que parece, se tambalea peligrosamente. Intento sujetarla, Héctor hace lo mismo, pero nuestros movimientos descoordinados solo empeoran la situación.

El panel no cae hacia nosotros. Cae hacia el otro lado, donde Martínez y Lopera están siendo entrevistados también. No tienen tiempo de reaccionar. La estructura de más de dos metros de altura se desploma sobre ellos con un estruendo que parece detener el tiempo.

El silencio que sigue es absoluto, como si alguien hubiera pulsado el botón de mute en todo el Palacio de Hielo. Y luego, el caos estalla.

Gritos. Carreras. Órdenes contradictorias. Flashes que se disparan sin cesar, inmortalizando el desastre desde todos los ángulos posibles.

Héctor y yo nos precipitamos hacia el panel caído, intentando levantarlo. Bajo él, Martínez y Lopera están en una posición grotesca. Él ha intentado protegerla con su cuerpo, pero el impacto los ha derribado a ambos.

—¡No puedo moverme! —grita Lopera, con una voz aguda por el dolor—. ¡Mi tobillo! ¡Mi rodilla!

—Mi hombro —se queja Martínez, con el rostro contorsionado en una mueca—. Creo que me lo he dislocado.

Entre varios conseguimos levantar el panel. Un médico se abre paso entre la multitud, seguido por los entrenadores y el personal de la federación. La escena es surrealista: los mejores patinadores de parejas de España, tendidos en el suelo, rodeados de fragmentos del decorado, mientras decenas de cámaras capturan cada detalle de su sufrimiento.

El médico examina rápidamente a ambos, su expresión volviéndose más grave por momentos.

—Necesitamos camillas —dice con autoridad—. Y que alguien despeje el camino hacia la ambulancia.

¿Ambulancia? La palabra cae como una losa sobre mi estómago. Esto es mucho peor de lo que pensaba.

Héctor está a mi lado, pálido como un fantasma. Por primera vez desde que lo conozco, parece completamente perdido, sin control de la situación.

—Ha sido culpa mía —dice, con una voz que apenas reconozco—. Yo empecé el forcejeo.

—No, yo te provoqué —replico automáticamente—. La responsabilidad es mía.

El entrenador Suárez aparece frente a nosotros como una aparición del infierno. Su expresión contiene tal furia contenida que instintivamente damos un paso atrás.

—Vosotros dos —dice, con una voz tan baja que tenemos que inclinarnos para oírle—. Sabía que vuestras chorradas nos costarían muy caras algún día. Habéis acabado con la temporada de nuestros mejores patinadores de parejas. A un mes de la Copa de Reyes.

Las palabras nos golpean como puñetazos físicos. Porque sabemos que tiene razón.

—Entrenador, yo... —empiezo a decir, pero me interrumpe con un gesto cortante.

—Ni una palabra más. Os quiero a los dos en mi despacho mañana a las ocho en punto. Esto no va a quedar así.

Mientras Martínez y Lopera son trasladados en camillas hacia la salida, Héctor y yo nos quedamos allí, en medio de un círculo de periodistas que disparan preguntas como metralletas:

—¿Es cierto que os habéis peleado físicamente?

—¿Creéis que Martínez y Lopera podrán competir en el europeo?

—¿Qué sanción esperáis de la federación?

—¿Cómo afectará esto a vuestras carreras?

Las preguntas se amontonan, se superponen, pero no puedo responder a ninguna. Mi mente está paralizada, procesando la magnitud del desastre que hemos provocado.

Una náusea repentina me sube por la garganta. No es solo miedo por el castigo que nos espera. Es algo más profundo, más doloroso: culpa pura y cruda. Hemos lastimado a dos compañeros, a dos personas que no tenían nada que ver con nuestra estúpida rivalidad. Por un momento de ego descontrolado, hemos puesto en peligro no solo sus carreras, sino su bienestar físico.

Veo el rostro contorsionado de dolor de Lopera, escucho de nuevo su grito. Recuerdo cómo Martínez intentó protegerla con su propio cuerpo. Y me siento como la peor persona del mundo.

—Necesito... necesito hablar con ellos —le digo a Héctor, con una voz que apenas reconozco como mía—. Necesito disculparme.

Para mi sorpresa, Héctor asiente, con una expresión que refleja exactamente lo que estoy sintiendo.

—Yo también.

Es quizás el primer momento en nuestras vidas en el que pensamos lo mismo.

Intentamos abrirnos paso entre la multitud de periodistas, pero Suárez nos intercepta.

—Ni se os ocurra acercaros a ellos ahora —dice, con una voz que no admite réplica—. Ya habéis hecho suficiente daño por hoy.

Sus palabras son como una bofetada, pero sé que tiene razón. Lo último que Martínez y Lopera necesitan en este momento es vernos a nosotros, los causantes de su dolor.

—Entrenador, por favor —dice Héctor, con una humildad que nunca le había escuchado—. Solo queremos asegurarnos de que están bien. Decirles que lo sentimos.

—Lo que están es camino del hospital —responde Suárez, y cada palabra es un puñal—. Y un «lo siento» no va a arreglar sus lesiones ni devolverles la oportunidad de competir en el campeonato europeo.

Siento que me encojo físicamente ante la verdad de sus palabras. No hay disculpa que baste para lo que hemos hecho.

Miro a Héctor, y veo en sus ojos el mismo tormento que debe reflejar mi propia mirada. No es solo horror por las consecuencias que enfrentaremos. Es un remordimiento genuino por el daño que hemos causado.

Y mientras los flashes siguen estallando a nuestro alrededor, mientras los murmullos crecen como una ola imparable, mientras veo cómo las puertas del Palacio de Hielo se cierran tras la camilla de Lopera, una certeza se instala en mi pecho: nada volverá a ser igual después de esta noche.

No se trata solo de las vacaciones navideñas perdidas o del castigo que nos espera. Se trata de que, por primera vez, he visto las consecuencias reales de nuestra absurda rivalidad. Y la imagen me perseguirá mucho tiempo después de que los focos se apaguen y las cámaras dejen de grabar.

Porque si hay algo seguro en este desastre, es que Suárez no nos va a dejar salir indemnes. Y sea cual sea su castigo, me pregunto si será suficiente para expiar la culpa que ahora pesa como plomo en mi conciencia.

CAPÍTULO 7

ES MI SUPERPODER MÁS INÚTIL Y A LA VEZ MÁS SATISFACTORIO

LUCAS



Hay pocas cosas en este mundo que odio más que madrugar. Las mañanas y yo tenemos una relación complicada: ellas insisten en existir, y yo me niego a reconocerlas hasta pasadas las diez.

Pero hoy, antes de las ocho de la mañana, estoy perfectamente despierto. El miedo tiene ese efecto.

El edificio de la Federación Española de Deportes de Hielo parece más intimidante que nunca mientras subo los escalones de la entrada. O quizás es solo que mi conciencia pesa demasiado. No he dormido bien. Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de Lopera contorsionado por el dolor, o la mirada de decepción de mi padre.

Mi padre. Que también es el Jefe de Entrenadores de la federación. Que tendrá que lidiar con este desastre no solo como mi padre, sino como profesional. La he cagado a un nivel épico.

En la recepción me informan que la reunión será en la sala de juntas principal, no en el despacho de Suárez como esperaba. Mal asunto. Eso significa que habrá más gente. Más testigos de mi humillación y castigo.

Cuando entro, confirmo mis peores sospechas. Alrededor de la enorme mesa oval están sentados Suárez, el director técnico de la federación; mi padre, con una expresión que nunca le había visto; tres miembros del consejo directivo cuyos nombres nunca recuerdo; y, por supuesto, Héctor Roca.

Héctor parece haber dormido tan poco como yo. Hay sombras bajo sus ojos normalmente perfectos, y su postura, aunque sigue siendo irritantemente erguida, tiene algo de rígido, como si se estuviera esforzando por mantener la compostura.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo. No hay hostilidad en sus ojos, solo un cansancio que refleja el mío. Es extrañamente reconfortante saber que no soy el único que se siente como una mierda.

Ayer la cagamos, pero bien.

—Siéntate, Lucas —dice Suárez, señalando la única silla vacía, justo al lado de Héctor. Por supuesto.

Me dejo caer en ella, intentando parecer arrepentido, pero no derrotado. Es un equilibrio difícil.

—Bien —comienza Suárez, sin preámbulos—. Todos sabemos por qué estamos aquí. El incidente de ayer...

—El desastre de ayer —corrige uno de los directivos, un hombre con cara de bulldog que siempre me ha mirado como si yo fuera un chicle pegado a su zapato.

—El desastre de ayer —acepta Suárez— ha tenido consecuencias graves. Martínez y Lopera han pasado la noche en el hospital.

Un nudo se forma en mi garganta. Lo sabía, por supuesto, pero escucharlo en voz alta lo hace más real.

—¿Cómo están? —pregunto, y mi voz suena más pequeña de lo que me gustaría.

—Lopera tiene un esguince de grado dos en el tobillo y una lesión en el ligamento de la rodilla —responde mi padre, con un tono

profesional que duele más que si me gritara—. Martínez tiene una luxación de hombro y contusiones múltiples.

—El diagnóstico médico es claro —continúa Suárez—. No podrán competir en la Copa de Reyes. Y su participación en el Europeo está, en el mejor de los casos, en duda.

El silencio que sigue es tan denso que casi se podría cortar. Todos sabemos lo que esto significa: sin Martínez y Lopera, España pierde su mejor baza para medalla en patinaje de parejas. Años de trabajo, miles de euros en inversión, todo por el desagüe.

—Lo siento muchísimo —digo, y lo digo en serio—. Fue un accidente estúpido y...

—Un accidente causado por vuestra incapacidad para comportaros como adultos —me interrumpe el directivo-bulldog—. Como deportistas profesionales. Como representantes de este país.

Héctor, que ha permanecido en silencio hasta ahora, asiente levemente. Parece estar de acuerdo con la reprimenda, el muy perfecto.

—La cuestión ahora —interviene mi padre, salvándome de tener que responder— es qué hacemos con esta situación.

—Lo que deberíamos hacer —dice otro de los directivos, una mujer con un moño tan tenso que parece estirarle la piel del rostro— es expulsarlos del programa de alto rendimiento. Inmediatamente.

Mi corazón se detiene por un segundo. Expulsión. La palabra que ningún deportista quiere escuchar. Significaría el fin de mi carrera tal como la conozco. Sin el apoyo de la federación, sin acceso a las instalaciones, sin entrenadores de élite, sin financiación... estaría acabado.

Miro a Héctor, esperando ver pánico en sus ojos. Pero su rostro es una máscara impenetrable. Solo un pequeño tic en su mandíbula revela que la amenaza le ha afectado.

—Eso sería contraproducente —dice mi padre, y por un momento me invade el alivio. Hasta que continúa—: Tenemos que pensar en la Copa de Reyes. Sin Martínez y Lopera, necesitamos una alternativa para la categoría de parejas.

—¿Qué alternativa? —pregunta uno de los directivos—. No tenemos otra pareja de nivel internacional disponible.

Mi padre se aclara la garganta, y hay algo en su expresión que me pone en alerta.

—De hecho, sí la tenemos —dice, mirando directamente a Héctor y luego a mí—. Justo aquí.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Tardo un par de segundos en procesar lo que acaba de sugerir.

—¿Nosotros? —mi voz suena estrangulada—. ¿Quieres que Héctor y yo patinemos... juntos? ¿Como pareja?

—Es exactamente lo que estoy proponiendo —responde mi padre con una calma que me resulta exasperante.

Miro a Héctor, cuyo rostro ha palidecido hasta un tono casi fantasmal. Por primera vez desde que lo conozco, parece completamente descolocado.

—No pueden estar hablando en serio —dice, rompiendo finalmente su silencio.

—Estamos hablando completamente en serio, señor Roca —responde Suárez, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Ustedes han causado este problema. Ustedes van a solucionarlo.

—Pero nosotros somos patinadores individuales —protesto, incapaz de contenerme—. No tenemos experiencia en parejas. Nunca hemos...

—Precisamente —me interrumpe Suárez—. Ambos son patinadores individuales excepcionales, con técnicas complementarias. Rey tiene la expresividad y el carisma; Roca, la precisión técnica y la consistencia. Juntos, con el entrenamiento adecuado, podrían formar una pareja competitiva.

—¿En menos de un mes? —Héctor suena incrédulo, y por una vez, estoy completamente de acuerdo con él—. Es imposible.

—No es imposible —dice mi padre, y hay algo en su tono que me hace sospechar que esto no es una idea improvisada—. Difícil, sí. Un desafío enorme, sin duda. Pero no imposible. Tendréis que entrenar como profesionales.

—Este es el trato —interviene el director técnico, hablando por primera vez—. O compiten juntos en la Copa de Reyes, o ambos

quedan suspendidos del programa de alto rendimiento. Sin excepciones.

El silencio que sigue es absoluto. Miro a Héctor, y por primera vez veo auténtico pánico en sus ojos. Su carrera significa tanto para él como la mía para mí. Quizás más.

—Esto es una locura —digo finalmente—. Ni siquiera nos soportamos. Todo el mundo lo sabe.

—Precisamente —responde Suárez, con una sonrisa que ahora sí parece genuina, aunque no amistosa—. Considérenlo una lección sobre las consecuencias de sus actos. Y una oportunidad para demostrar que son algo más que dos niños con talento y ego. Deben poner fin a esta rivalidad absurda que lleva demasiados años activa.

—¿Y si nos negamos? —pregunta Héctor, con una voz tan controlada que casi tiembla.

—Entonces —dice el directivo-bulldog, inclinándose hacia adelante — pueden buscar otra federación que los acoja. Y buena suerte explicando por qué la española los expulsó.

Es un jaque mate y lo sabemos. Sin el apoyo de la federación, nuestras carreras internacionales estarían acabadas. Ningún patrocinador querría asociarse con nosotros. Seríamos parias en el mundo del patinaje.

—Javier —dice Suárez, dirigiéndose a mi padre—, tú serás el responsable de su entrenamiento. Tienes experiencia tanto en individual como en parejas, y conoces las fortalezas y debilidades de ambos.

Mi padre asiente, y hay algo en su expresión que me hace sospechar que esto no es una sorpresa para él. Que quizás incluso fue su idea.

—El entrenamiento comenzará hoy mismo —continúa Suárez—. Y dado que no hay tiempo que perder, necesitarán practicar intensivamente.

—¿Hoy? —exclamo, incapaz de contenerme—. Pero yo tenía previsto viajar a Jaca. Son mis vacaciones de Navidad.

—Ya no —responde Suárez con frialdad—. Sus vacaciones acaban de convertirse en un periodo de entrenamiento intensivo.

Miro a mi padre, buscando algún tipo de apoyo, pero su expresión es impenetrable. Héctor, por su parte, parece haber aceptado ya nuestro destino, aunque la tensión en su mandíbula revela lo poco que le gusta.

—Bien, si no hay más preguntas —dice Suárez, poniéndose de pie —, esta reunión ha terminado. Rey, Roca, les sugiero que se preparen mental y físicamente para lo que viene. No será fácil. Y no admitiremos nada mejor que la excelencia.

Los directivos salen primero, seguidos por Suárez. Mi padre se queda atrás, hablando en voz baja con uno de los asistentes. Solo quedamos Héctor y yo, de pie, mirándonos, como boxeadores en esquinas opuestas.

—Esto es una locura —digo finalmente, pasándome una mano por el pelo en un gesto de pura frustración.

—Por una vez, estamos de acuerdo —responde, con una voz tan tensa que parece a punto de romperse.

—No va a funcionar —continúo—. Tú y yo... es imposible. Nos mataremos el primer día de entrenamiento.

—Quizás eso sea preferible a la humillación pública que nos espera.

Una risa amarga se me escapa.

—¿El gran Héctor Roca preocupado por hacer el ridículo? Eso sí que es nuevo.

Su mirada se endurece al instante, y sé que he tocado un nervio. Siempre sé exactamente qué decir para hacerle perder los papeles. Es mi superpoder más inútil y a la vez más satisfactorio.

—Siempre lo he sabido —dice, con una voz que apenas reconozco —. Siempre he sabido que de alguna manera acabarías jodiendo mi carrera. Desde el primer día que te vi, con esa actitud tuya de que nada importa, de que todo es un juego.

Sus palabras me golpean con mucha fuerza. Casi hubiera preferido que me diese un puñetazo. No es que no estemos acostumbrados a insultarnos, pero hay algo en su tono, en la pura frustración que transmite, que hace que esto se sienta diferente. Más personal. Más real.

—¿Crees que es mi culpa? —Doy un paso hacia él, sintiendo cómo la ira sube por mi garganta—. ¿Quién empezó a empujar ayer? ¿Quién no pudo mantener su preciado control por una vez en su vida?

—Tú me provocaste —da un paso hacia mí, y de repente estamos demasiado cerca—. Siempre me estás provocando. Como si tu único propósito en la vida fuera sacarme de quicio.

—¡Porque eres un robot insufrible! —exclamo, sin importarme que mi voz suba varios decibelios—. ¡Porque actúas como si fueras mejor que todos los demás!

—¡Y tú actúas como si nada importara! —Estamos casi nariz con nariz ahora—. ¡Como si el talento fuera suficiente! ¡Como si no tuvieras que esforzarte como el resto de nosotros!

No sé quién empuja primero esta vez. Solo sé que de repente estamos agarrándonos, igual que ayer, como si no hubiéramos aprendido absolutamente nada.

—¡YA BASTA!

La voz de mi padre retumba en la sala, congelándonos en el acto. Nos separamos de golpe, como niños pillados en una travesura.

—¿Es que no habéis entendido nada? —pregunta, con una calma que resulta más intimidante que cualquier grito—. ¿Necesitáis destrozar otra carrera para captar el mensaje?

La vergüenza me invade. Tiene razón. No hemos aprendido nada.

—Lo siento, papá —digo, sintiendo cómo mis mejillas arden—. Ha sido un momento de...

—Ahórrate las excusas, hijo —me interrumpe—. Los dos, venid conmigo. Ahora.

Nos conduce fuera de la sala de juntas, a través del edificio de la federación, hasta llegar a la pista de entrenamiento anexa. A esta hora está completamente vacía, con el hielo recién pulido brillando bajo las luces.

—Poneos los patines —ordena, señalando los bancos laterales.

Intercambio una mirada confusa con Héctor. ¿Quiere que patinemos ahora mismo? ¿Sin preparación, sin calentamiento, sin nada?

—Papá, no tenemos nuestro equipo aquí —protesto.

—Hay patines de entrenamiento en el almacén —responde, sin dar su brazo a torcer—. Y ropa deportiva en las taquillas. Tenéis cinco minutos.

No hay espacio para discutir. Mi padre tiene esa expresión que conozco demasiado bien, la que dice que no hay negociación posible. Héctor parece entenderlo también, porque se dirige al almacén sin protestar.

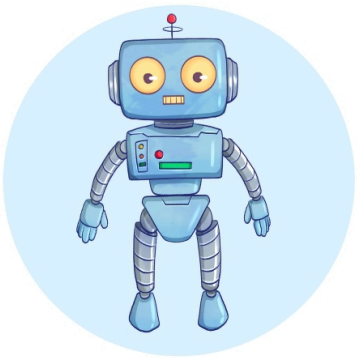
Mientras me cambio, no puedo evitar pensar en lo jodido que está todo. En que voy a tener que renunciar a mis vacaciones en Jaca, a las comidas de mi madre, a las partidas de cartas con mi abuela. Todo para entrenar con la última persona con la que querría pasar las navidades.

Y lo peor es que me lo he buscado yo solito.

CAPÍTULO 8

¿HAS VISTO MIS CUÁDRICEPS?

HÉCTOR



La pista de entrenamiento de la federación siempre ha sido un santuario para mí. Un lugar donde el caos del mundo exterior se disipa, donde todo tiene sentido, donde el control es posible.

Hasta hoy.

Hoy, mientras me ato los patines de entrenamiento que he encontrado en el almacén —dos tallas más grandes de lo que uso normalmente, pero no estoy en posición de quejarme—, la pista se siente como un campo de batalla. Y mi oponente está sentado a pocos metros, con una expresión que oscila entre la rebeldía y la resignación.

Lucas Rey, el caos personificado. Y ahora, aparentemente, mi pareja de patinaje.

La situación es tan absurda que casi me hace reír. Casi.

Si mi carrera no estuviera a punto de irse a la mierda quizás lo haría.

Javier Rey nos observa desde el borde de la pista, con los brazos cruzados y esa expresión de paciencia controlada que he llegado a asociar con los entrenadores veteranos. No parece enfadado, lo cual es sorprendente dado lo que acaba de presenciar en la sala de juntas. Solo parece... determinado.

—Bien —dice cuando ambos estamos listos—. Ahora que hemos establecido las consecuencias de vuestras acciones, es hora de hablar del plan.

—Necesitamos un programa de entrenamiento intensivo —digo, entrando en modo profesional—. Mínimo ocho horas diarias, divididas entre técnica individual, elementos de pareja, y coreografía. Deberíamos empezar con los fundamentos básicos: sincronización, elevaciones simples, giros asistidos...

—Ni de coña —me interrumpe Lucas, con esa elegancia verbal que lo caracteriza—. Yo me voy a Jaca esta tarde. Son mis vacaciones de Navidad, es mi tiempo sagrado.

Me giro hacia él, incrédulo.

—¿Has escuchado algo de lo que se ha dicho en esa reunión? Nos han dado un ultimátum. O competimos juntos, o nuestras carreras están acabadas.

—Ya, ya, pero venga, seamos realistas —hace un gesto despreocupado con la mano—. Somos dos patinadores artísticos de élite. Nos estamos preparando para los Juegos Olímpicos, por el amor de Dios. ¿De verdad crees que no podemos apañarnos con unas cuantas piruetas juntos?

Su arrogancia me deja sin palabras por un momento. ¿Cómo puede alguien ser tan talentoso y a la vez tan absolutamente inconsciente?

—El patinaje en pareja no es simplemente hacer «unas cuantas piruetas juntos» —respondo, intentando mantener mi tono profesional—. Es una disciplina completamente diferente que requiere años de entrenamiento específico. Años que nosotros no tenemos.

—Pues hagamos una prueba —dice, poniéndose de pie—. Demostrémosle a mi padre que podemos hacerlo sin necesidad de arruinar mis vacaciones.

Miro a Javier, esperando que intervenga con algo de sentido común. Pero para mi sorpresa, asiente.

¿Es que todos en su familia están mal de la cabeza?

—Adelante —dice—. Mostradme lo que podéis hacer juntos. Ahora mismo.

Lucas sonríe con esa expresión suya de «te lo dije» que me pone los nervios de punta, y se desliza hacia el centro de la pista. Le sigo, todavía sin poder creer que estemos haciendo esto.

—Vale, genio —le digo cuando nos detenemos en el centro—. ¿Qué propones exactamente?

—No sé, algo sencillo para empezar. ¿Un Axel asistido?

Asiento. Es un elemento básico en parejas: uno de los patinadores ayuda al otro a ejecutar un salto, proporcionando estabilidad y altura adicional. Debería ser lo suficientemente simple para dos patinadores experimentados.

—Yo te asisto —digo automáticamente.

—¿Por qué tú? —replica al instante—. Yo puedo asistirte perfectamente.

—Soy más alto y más fuerte. Tiene más sentido que yo te asista a ti.

—¿Más fuerte? —Su risa es incrédula—. ¿Has visto mis cuádriceps? Podría lanzarte hasta el techo si quisiera.

—No es solo cuestión de fuerza bruta, Rey. Es técnica, balance, precisión...

—¿Y crees que yo no tengo esas cosas?

Estamos elevando la voz por momentos. Javier nos observa desde el borde de la pista con una expresión que dice claramente «sabía que la ibais a liar».

—Vale, hagámoslo a tu manera —cedo finalmente, solo para acabar con esta discusión absurda—. Tú me asistes.

Lucas sonríe, satisfecho. Nos colocamos en posición: yo delante, él detrás, sus manos en mi cintura. Y entonces sucede algo inesperado.

Me tenso.

No es una tensión normal, la que sentiría cualquier patinador al intentar un elemento nuevo. Es algo más... visceral. Más primitivo. El contacto de sus manos, incluso a través de la ropa, envía una corriente eléctrica por mi columna que me desconcierta completamente.

Intento ignorarlo. Concentrarme en la técnica, en la mecánica del movimiento. Pero mi cuerpo parece tener otras ideas.

Cuando iniciamos el movimiento, todo va mal. Nuestro tempo está completamente desincronizado. Él empuja cuando debería sujetar, yo salto cuando debería esperar. El resultado es un desastre que termina conmigo aterrizando de forma descontrolada y él tropezando hacia atrás.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, levantándose con una mueca—. ¿Por qué has saltado antes de tiempo?

—¿Yo? Tú has empujado en el momento equivocado.

—He empujado exactamente cuando debía. Eres tú el que ha saltado como si tuvieras un petardo en el culo.

Aprieto los dientes. Control, Héctor. Control.

—Intentémoslo de nuevo —digo—. Esta vez yo te asisto.

No espero su respuesta. Simplemente intercambiamos posiciones. Ahora soy yo quien coloca las manos en su cintura. Es más estrecha de lo que parece, más definida. Puedo sentir los músculos bajo la tela, tensos y...

No. Concentración. Esto es trabajo. Profesional.

—A la de tres —digo, con una voz que suena extrañamente tensa incluso para mis propios oídos—. Uno, dos, tres...

Esta vez, el desastre es aún peor. Mis manos parecen haberse olvidado de cómo funcionar. En vez de darle el impulso adecuado, lo agarro con demasiada fuerza. Él, sorprendido, pierde el equilibrio. Ambos acabamos en el hielo, yo de espaldas, él prácticamente encima de mí.

Por un segundo, nuestros rostros están tan cerca que puedo contar las pecas casi invisibles que salpican su nariz. Puedo sentir su respiración agitada contra mi mejilla. Puedo ver cómo sus pupilas se dilatan ligeramente.

Nos separamos como si el otro quemara.

—¡No puedo trabajar así! —exclama, patinando hacia atrás—. ¡Es imposible! ¡No sabes seguir instrucciones!

—¿Instrucciones? ¡No has dado ninguna instrucción! ¡Solo te has lanzado como si esto fuera un entrenamiento en solitario!

—¡Porque eso es lo que debería ser! ¡Un entrenamiento en solitario! ¡Cada uno por su lado, como siempre ha sido!

La frustración me invade. No es solo por el fracaso técnico. Es por esa extraña reacción de mi cuerpo al contacto con él. Es por la sensación de que estoy perdiendo el control de una situación que ya era caótica de por sí.

—Esto no va a funcionar —digo, intentando recuperar mi compostura—. Es absurdo pensar que podemos formar una pareja de patinaje en un mes.

—Por primera vez, estamos de acuerdo en algo —responde, cruzándose de brazos—. Así que, ¿puedo irme ya a Jaca?

Javier, que ha estado observando nuestro patético intento en silencio, patina hacia nosotros con una expresión que no augura nada bueno.

—¿Habéis terminado con la demostración? —pregunta, con un tono engañosamente suave.

Lucas sonríe, creyendo que ha ganado.

—Como puedes ver, papá, esto es imposible. Somos como el agua y el aceite. No podemos...

—Lo que veo —le interrumpe su padre— es a dos deportistas de élite comportándose como niños de primaria. Lo que veo es a dos profesionales que prefieren rendirse antes que hacer el esfuerzo de trabajar juntos. A dos deportistas que están asustados.

Su tono es tranquilo, pero sus palabras caen como latigazos. Incluso yo, que no soy su hijo, siento la necesidad de bajar la mirada.

—Pero has visto lo que ha pasado —insiste Lucas—. No podemos ni hacer un simple Axel asistido sin acabar en el suelo.

—Porque ninguno de los dos está dispuesto a ceder el control ni por un segundo —responde Javier—. Porque ambos estáis tan

obsesionados con demostrar que el otro está equivocado que ni siquiera intentáis realmente hacerlo bien.

Tiene razón, por supuesto. Y eso solo me irrita más.

—Con todo el respeto, entrenador —digo, intentando mantener un tono profesional—, quizás deberíamos considerar otras opciones. Tal vez haya otra pareja que pueda sustituir a Martínez y Lopera, aunque sea de nivel junior...

—No hay otras opciones —su voz es firme—. Ya se ha decidido. O competís juntos, o ambos quedáis fuera del programa. Y si os expulsan del programa de alto rendimiento, podéis despediros de los Juegos Olímpicos.

El silencio que sigue es denso, cargado de tensión. Lucas mira a su padre con una expresión que nunca le había visto: genuinamente angustiada.

Mi corazón se aprieta. No puedo perder esto. No me puedo quedar sin patinar.

—Papá, por favor —su voz es casi suplicante—. Es Navidad. Mamá lleva semanas preparando todo para que estemos juntos. La abuela Pilar ha estado guardando las cartas nuevas para jugar conmigo. No puedes pedirme que me quede en Madrid entrenando con... con él.

Hay algo en su tono, en la forma en que dice «él», que me hace sentir extrañamente... ¿herido? No, eso es ridículo. Es solo mi orgullo profesional.

Javier parece considerar las palabras de su hijo. Por un momento, creo que no va a ceder. Pero entonces su expresión cambia, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Tienes razón —dice, y Lucas sonríe aliviado—. No puedo pedirte que te quedes en Madrid durante las Navidades. La familia es importante.

—Exacto —asiente Lucas, victorioso—. Entonces...

—Por eso Héctor vendrá con nosotros a Jaca.

El mundo se detiene por un segundo. ¿Qué acaba de decir?

—¿Qué? —Lucas vocaliza mi pensamiento, con una voz estrangulada.

—Es la solución perfecta —continúa Javier, como si estuviera hablando del tiempo—. Tú podrás estar con la familia, y ambos

podréis entrenar en mi escuela. Tenemos una pista excelente.

—Pero... pero... —Lucas parece haberse quedado sin palabras, algo que nunca creí posible—. ¡No puedes estar hablando en serio!

—Completamente en serio. De hecho, creo que será beneficioso. Un entorno diferente, lejos de las presiones habituales. Y mi escuela tiene todo el equipo necesario.

—¡Héctor no puede venir a casa! —exclama Lucas, como si yo no estuviera presente—. ¿Dónde se supone que va a dormir?

—Tenemos habitaciones de invitados, como bien sabes.

—¡Pero es Navidad! ¡Es tiempo familiar!

—Y Héctor no tiene familia en España, ¿verdad? —Javier me mira directamente, y hay algo en sus ojos que me desconcierta. Una mezcla de compasión y... ¿comprensión?

—Mis padres están en Londres por trabajo —respondo, incómodo con el giro que ha tomado la conversación—. Pero no es necesario que...

—Entonces está decidido —me interrumpe Javier—. Héctor vendrá con nosotros a Jaca. Podréis entrenar allí todos los días, y al mismo tiempo, Lucas no se perderá la Navidad familiar. Y con un poco de suerte os haréis amigos.

—Papá, por favor —Lucas intenta una última vez—. Esto es una locura. Ni siquiera nos soportamos.

—Pues tendréis que aprender —responde su padre, con una firmeza que no admite réplica—. Porque esta es la única opción que tenéis si queréis seguir en el programa.

Se da la vuelta y patina hacia la salida, dejándonos solos en medio de la pista. Por un momento, ninguno de los dos habla. Estamos demasiado aturdidos por lo que acaba de suceder.

Finalmente, Lucas rompe el silencio.

—Esto es un desastre —dice, y por una vez, no hay rastro de su habitual tono despreocupado—. Un completo y absoluto desastre.

—No puede ser tan malo —intento, aunque ni yo mismo me lo creo—. Solo serán unas semanas de entrenamiento.

Me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿No lo entiendes? Vas a pasar la Navidad con mi familia. Con mi madre, que intentará alimentarte hasta que explotes. Con mi abuela,

que te interrogará sobre cada aspecto de tu vida. Con mis primos, que son básicamente versiones más ruidosas de mí. Pasaremos cada minuto juntos. JUNTOS. ¿Qué puede haber peor?

La imagen que pinta es aterradora. Yo, que valoro la tranquilidad, la rutina, el orden... atrapado en lo que suena como el caos familiar definitivo.

—Puedo buscar un hotel —sugiero, aunque sé que es una idea absurda. Jaca en Navidad estará llena de turistas.

—Mi madre jamás lo permitiría —responde, sacudiendo la cabeza —. Una vez que mi padre le diga que vienes, considerará un insulto personal que te quedes en otro lugar.

Nos miramos, y por primera vez desde que nos conocemos, veo en sus ojos el mismo pánico que debe reflejar mi propia mirada. No es odio, no es rivalidad. Es el puro terror de dos personas que acaban de darse cuenta de que están atrapadas en una situación para la que ninguna está preparada.

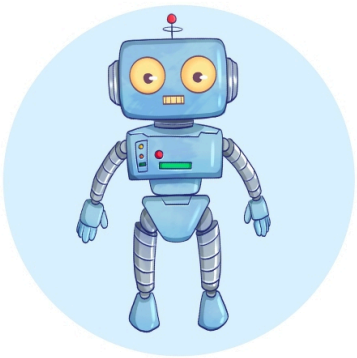
—Estas vacaciones van a ser un infierno —murmura, y no puedo evitar estar completamente de acuerdo con él.

Un infierno helado, sobre cuchillas, con villancicos de fondo.

CAPÍTULO 9

SIN SENTIDO DEL ESPACIO PERSONAL

HÉCTOR



Hay momentos en la vida en los que todo lo que creías saber sobre ti mismo se desmorona. Para mí, ese momento llega un jueves de diciembre, mientras termino de hacer mi maleta para lo que promete ser la experiencia más surrealista de mi existencia: pasar las Navidades con la familia de mi rival.

Mi teléfono vibra sobre la cama. La pantalla muestra «Padre». Inhalo profundamente antes de contestar.

—Hola, padre.

—Héctor.

Su voz suena como siempre: controlada, precisa, ligeramente distante. Pero hay un matiz que conozco bien. Decepción.

—Imagino que has visto las noticias —digo, intentando mantener mi propio tono neutro.

—Toda Europa las ha visto, Héctor. Vuestra... escena está en todos los medios deportivos.

No es una exageración. El vídeo de Lucas y yo forcejeando, el panel cayendo sobre Martínez y Lopera, el caos subsiguiente... se ha convertido en viral. Incluso ha salido en el telediario nacional.

—Fue un accidente —empiezo a explicar, pero me interrumpe.

—Los accidentes ocurren, Héctor. Lo que no debería ocurrir es que un deportista de tu nivel pierda el control de esa manera. Francamente, es lo último que esperábamos de ti.

«Esperábamos». Plural. Entonces mi madre está escuchando. Probablemente están con el altavoz, en el estudio de su apartamento en Londres, ambos mirando el teléfono como si pudieran ver a través de él mi fracaso.

—Lo sé —respondo, porque ¿qué más puedo decir? Tienen razón. He fallado. He sido imperfecto.

—Tu madre y yo estamos muy decepcionados —continúa, con ese tono clínico que usa para sus diagnósticos más graves—. No solo por el incidente en sí, sino por lo que dice de tu carácter. Siempre te hemos enseñado la importancia del autocontrol, de la disciplina.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio.

—Sentirlo no arregla nada, Héctor. Las acciones tienen consecuencias. En este caso, consecuencias para otras personas. Personas que han trabajado tan duro como tú.

El nudo en mi garganta se aprieta. Pienso en Lopera, en su rostro contorsionado por el dolor. En Martínez, intentando protegerla. En sus sueños olímpicos, ahora en peligro por mi falta de control.

—Lo sé —repito, porque mi vocabulario parece haberse reducido a esas dos palabras.

—Tu madre y yo necesitamos tiempo para procesar esto —dice finalmente—. Te llamaremos cuando estemos listos para hablar. Mientras tanto, espero que reflexiones seriamente sobre tus acciones y lo que representan.

La llamada termina antes de que pueda responder. No dicen ni siquiera un «adiós». Ni un «cuídate». Definitivamente no un «te queremos a pesar de todo».

Me quedo mirando el teléfono, sintiendo cómo algo se rompe dentro de mí. No es sorpresa. No es la primera vez que mis padres me expresan su decepción. Pero duele igual. Siempre duele igual.

Porque confirma lo que he sospechado toda mi vida: su amor está condicionado a mi perfección. A mis logros. A mi control.

Y ahora he fallado en todo eso.

El timbre interrumpe mis pensamientos. Miro el reloj, son las ocho en punto. Javier Rey es tan puntual como yo. Al menos tenemos eso en común.

Recojo mi maleta y mi bolsa de equipo. Echo un último vistazo a mi apartamento, tan ordenado y silencioso como siempre. No lo echaré de menos, me digo. Pero es mentira. Lo echaré de menos desesperadamente. Este espacio es controlado, predecible, mío.

Cuando abro la puerta, me sorprende encontrar no solo a Javier, sino también a Lucas, apoyado contra la pared del pasillo con esa postura despreocupada que parece reservada exclusivamente para irritarme.

—Vaya, Roca, ¿vives en un catálogo de IKEA? —comenta, echando un vistazo por encima de mi hombro al interior de mi apartamento.

—Lucas —le advierte su padre.

—¿Qué? Es un cumplido. Todo está tan... limpio.

Dice *limpio* como si fuera un insulto. Como si el orden fuera algo de lo que avergonzarse.

—Algunos preferimos no vivir en una pocilga —respondo, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Suficiente, los dos —interviene Javier—. No hemos ni salido de Madrid y ya estáis a la gresca. Este va a ser un viaje muy largo si seguís así.

Tiene razón, por supuesto. Hay tres horas y media de viaje hasta Jaca. Tres horas y media encerrado en un coche con Lucas Rey, después de una de las peores llamadas telefónicas de mi vida.

El universo definitivamente me odia.

—Lo siento, entrenador —digo, porque al menos uno de nosotros debe comportarse como un adulto.

Lucas pone los ojos en blanco, pero no dice nada. Lo siento como una pequeña victoria.

El trayecto hasta el coche transcurre en un silencio incómodo. Cuando llegamos, Lucas inmediatamente se dirige a la puerta del copiloto.

—Héctor va delante —dice Javier, antes de que su hijo pueda abrirla—. Tú vas detrás.

—¿Qué? ¿Por qué? —protesta Lucas—. Eres mi padre, es mi coche, mi viaje.

—Porque Héctor es nuestro invitado.

—Es nuestro castigo, no nuestro invitado —murmura Lucas—. Que vaya atrás como un perro.

La frase no está destinada a ser oída, pero Javier tiene un oído sorprendentemente agudo.

—Perfecto —dice, con una calma que resulta más intimidante que cualquier grito—. Los dos atrás, entonces. Yo iré más cómodo delante.

—Pero papá...

—No hay discusión, Lucas. Tú y tu comentario habéis conseguido que ambos vayáis juntos para que podáis ir limando asperezas. Felicidades.

La expresión de Lucas es tan cómica que casi —casi— me hace olvidar el nudo en mi garganta. Es como un niño al que le han quitado su juguete favorito.

Nos montamos en el coche, Lucas y yo en el asiento trasero, con mi maleta ocupando el asiento del copiloto. El espacio es más reducido de lo que parece desde fuera, y nuestros hombros casi se tocan. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, un recordatorio constante de su presencia.

—Esto es ridículo —murmura, abrochándose el cinturón con más fuerza de la necesaria—. Tengo veintiún años, no cinco.

—Entonces deja de comportarte como si los tuvieras —responde su padre, arrancando el coche.

El silencio que sigue es tenso, pero no dura mucho. Porque Lucas Rey, aparentemente, es físicamente incapaz de estar callado más de tres minutos seguidos.

—¿Y cómo vamos a hacer esto? —pregunta, dirigiéndose a su padre, pero mirándome de reojo—. ¿Cuál es el plan maestro?

—Mañana empezaremos a entrenar a las seis —responde Javier, saliendo a la M-30—. Os quiero a los dos en la cocina, desayunados y listos para entrenar. Primer día: fundamentos básicos. Tenemos que ver qué elementos podéis ejecutar juntos y cuáles están fuera de vuestro alcance.

—¿A las seis? —La voz de Lucas sube una octava—. ¿De la mañana? ¿En vacaciones?

—No, de la tarde —responde su padre con un sarcasmo que me sorprende—. Por supuesto que de la mañana, Lucas. Tenemos menos de un mes para convertiros en una pareja de patinaje competitiva. Cada minuto cuenta.

—Pero...

—Considera hoy tu última tarde de libertad —le interrumpe—. A partir de mañana, vuestras vidas son mías.

Lucas se hunde en el asiento con un gemido dramático. Yo, por mi parte, me limito a asentir. El entrenamiento intensivo no me asusta. Es lo otro —la convivencia, la familia, la intimidad forzada— lo que me aterroriza.

El coche se incorpora a la A-2 y Madrid empieza a quedar atrás. Las luces de la ciudad se desvanecen gradualmente, reemplazadas por la oscuridad de la carretera y el ocasional resplandor de los faros de otros vehículos.

—Deberíais intentar dormir un poco —sugiere Javier después de un rato—. Mañana será un día largo.

Como si fuera una señal, Lucas suelta un bostezo que no se molesta en disimular.

—No tengo sueño —dice, contradiciendo a su propio cuerpo.

—Claro que no —responde su padre, con un tono que sugiere que han tenido esta conversación mil veces antes.

Yo me limito a mirar por la ventana, intentando ordenar mis pensamientos. La llamada de mi padre sigue resonando en mi cabeza. «Decepcionados». «Necesitamos tiempo». «Reflexiona sobre tus acciones».

No me doy cuenta de que me he perdido en mis pensamientos hasta que siento un peso inesperado contra mi hombro. Me giro y me encuentro con Lucas, profundamente dormido, su cabeza apoyada contra mí como si fuera la cosa más natural del mundo.

Me tenso automáticamente. Esto es... incómodo. Invade mi espacio personal. Debería despertarlo, o al menos moverlo.

Pero hay algo en su rostro dormido que me detiene. Toda esa energía caótica, esa intensidad que normalmente irradia, se ha desvanecido. Parece más joven, más vulnerable. Sus pestañas proyectan pequeñas sombras sobre sus mejillas, y su respiración es profunda y regular.

—Se duerme en cualquier vehículo en movimiento —comenta Javier, mirándome por el retrovisor—. Desde que era un bebé. Cinco minutos en coche y cae rendido.

Hay un afecto tan evidente en su voz que me sorprende. No es el tono de un entrenador hablando de su pupilo. Es el de un padre hablando de su hijo. Orgulloso, exasperado, infinitamente cariñoso.

—Puedo despertarlo —ofrezco, sintiéndome extrañamente expuesto.

—No te molestes. Es como intentar despertar a un oso hibernando —responde con una pequeña risa—. Además, duerme tan poco normalmente que le viene bien.

Me quedo en silencio, sin saber qué responder. La situación está tan fuera de mi zona de confort que no tengo un protocolo establecido para manejarla.

El peso de Lucas contra mi hombro es cálido, sólido. Real. Intento mantenerme lo más quieto posible, para no despertarlo. No por consideración hacia él, me digo. Simplemente porque un Lucas dormido es preferible a un Lucas despierto y hablando.

Los kilómetros pasan en silencio, solo interrumpidos por la suave música que Javier ha puesto en la radio y la respiración acompasada de Lucas. En algún momento, sin que me dé cuenta de cómo sucede exactamente, su cuerpo se desliza y su cabeza acaba en mi regazo.

Me quedo paralizado. Completamente inmóvil. Como si el más mínimo movimiento pudiera desencadenar una catástrofe.

Lucas murmura algo ininteligible en sueños y se acomoda mejor, su mejilla presionada contra mi muslo, una de sus manos descansando casualmente sobre mi rodilla. El calor que emana de su cuerpo parece atravesar la tela de mis pantalones, marcando mi piel como un hierro al rojo vivo.

Miro a Javier, esperando... no sé qué. ¿Instrucciones? ¿Ayuda? ¿Una explicación de por qué el universo me está poniendo a prueba de esta manera?

Pero él mantiene la vista en la carretera, aparentemente ajeno al drama que se desarrolla en el asiento trasero. O quizás simplemente está acostumbrado a las peculiaridades de su hijo.

Y así, sin otra opción, me quedo quieto, con Lucas Rey durmiendo en mi regazo mientras atravesamos la noche hacia Jaca. Intento distraerme mirando por la ventana, contando farolas, repasando mentalmente secuencias de pasos.

Pero mis ojos, traidores, siguen volviendo a él. A su perfil relajado contra la tela oscura de mis pantalones. A la forma en que su pelo, normalmente un desastre controlado, cae ahora sobre su frente en mechones desordenados. A cómo su cuerpo, tan lleno de energía cuando está despierto, se abandona ahora con una confianza que me resulta incomprensible.

Y me encuentro pensando, muy a mi pesar, que Lucas Rey es objetivamente atractivo. No es una opinión. Es un hecho. Como que el agua moja o que el hielo es frío. Sus rasgos tienen una simetría que resultaría agradable a cualquier observador imparcial. Su físico, moldeado por años de entrenamiento, es evidentemente estético.

Que no me guste como persona no significa que esté ciego.

Es un pensamiento tan racional, tan clínico, que casi me convence a mí mismo. Casi.

Porque hay algo más ahí, algo que no quiero examinar demasiado de cerca. Algo en la forma en que mi pulso se acelera ligeramente cuando se mueve en sueños. En cómo soy dolorosamente consciente de cada punto de contacto entre nuestros cuerpos.

Aparto esos pensamientos con firmeza. Son irrelevantes. Distracciones. Y las distracciones son el enemigo de la excelencia.

—¿Cuánto falta? —pregunto, intentando que mi voz suene normal.

—Una hora y poco —responde Javier—. ¿Estás incómodo?

Hay algo en su tono, una especie de diversión contenida, que me hace sospechar que es perfectamente consciente de mi dilema.

—Estoy bien —miento, porque ¿qué otra cosa puedo decir?

—Lucas siempre ha sido así —comenta, como si estuviéramos teniendo una conversación casual sobre el tiempo—. Físicamente afectuoso, incluso dormido. Sin sentido del espacio personal. Desde pequeño.

No sé qué responder a eso, así que me limito a un vago sonido de reconocimiento.

—Supongo que es muy diferente a tu familia —continúa, y hay algo en su voz que me hace pensar que sabe más sobre mí de lo que deja ver.

—Bastante —admito finalmente.

—Bueno, pues te aviso desde ya: los Rey somos una familia de abrazos y contacto físico. Mi mujer, Elena, probablemente te abrazará nada más verte. Mi madre, Pilar, te pellizcará las mejillas y te dirá que estás demasiado delgado, sin importar tu peso. Y los primos de Lucas y su hermano... bueno, ellos directamente te saltarán encima.

La imagen que pinta me produce un pánico que intento disimular. Yo vengo de un hogar donde los abrazos son acontecimientos anuales, reservados para despedidas en aeropuertos o logros excepcionales. Donde el contacto físico es medido, calculado, casi clínico.

—Suena... intenso —digo finalmente.

Javier ríe, un sonido cálido que llena el coche.

—Lo es. Pero te acostumbrarás. O desarrollarás un tic nervioso tratando de hacerlo.

Su honestidad es refrescante. No intenta endulzar la realidad ni hacerme sentir mejor con falsas promesas. Simplemente presenta los hechos y me deja procesarlos a mi manera.

—Aprecio la advertencia —respondo, y lo digo en serio.

—No hay de qué. Y Héctor...

—¿Sí?

—Sé que esto no es fácil para ti. Sé que Lucas y tú tenéis una historia complicada. Pero te pido que le des una oportunidad. No solo por vuestras carreras, sino porque creo genuinamente que podéis aprender mucho el uno del otro.

Sus palabras me sorprenden. No solo por su contenido, sino por el tono. No es una orden de entrenador. Es casi... paternal.

—Lo intentaré —digo, y por primera vez en todo el día, siento que algo de la tensión en mi pecho se afloja.

Lucas se mueve en sueños, murmurando algo que suena sospechosamente como «triple Axel», y se acomoda mejor contra mí. Su mano se desliza un poco más arriba de mi rodilla, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no tensarme.

Y mientras observo su rostro dormido, iluminado intermitentemente por las luces de la carretera, me pregunto si realmente podré cumplir esa promesa. Si podré darle una oportunidad a alguien que ha sido mi némesis desde que tengo memoria.

O si, como todo en mi vida últimamente, también fracasaré en esto.

CAPÍTULO 10

¿AHORA ERES COMEDIANTE ADEMÁS DE ROBOT?

LUCAS



Me despierto con un sobresalto.

Por un momento, estoy completamente desorientado. ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? Y, lo más importante, ¿por qué mi almohada está tan dura y huele tan bien?

La realidad me golpea como un balde de agua fría.

No es una almohada. Es el regazo de Héctor Roca.

Me incorporo tan rápido que casi me doy un cabezazo contra el techo del coche. Héctor me mira con una expresión indescifrable, sus ojos oscuros reflejando las luces.

—Ya hemos llegado, bella durmiente —dice mi padre desde el asiento delantero, con un tono que sugiere que está disfrutando demasiado de mi incomodidad.

Miro por la ventana y, efectivamente, estamos en casa. Mi casa. Con Héctor Roca. La realidad de la situación me golpea de nuevo.

—¿He dormido todo el viaje? —pregunto, pasándome una mano por el pelo, intentando domarlo sin mucho éxito.

—Como un tronco —responde mi padre—. Y roncando.

—Yo no ronco —protesto automáticamente.

—Como una motosierra —añade Héctor, y hay algo en su tono, un matiz de... ¿diversión? que me desconcierta.

—Qué gracioso. ¿Ahora eres comediante además de robot?

Antes de que pueda responder, la puerta de casa se abre y mi madre aparece en el porche, envuelta en su bata de estar por casa, con el pelo recogido en un moño desordenado y una sonrisa que ilumina toda la calle.

—¡Por fin! —exclama, bajando los escalones a toda prisa—. ¡Estaba preocupadísima! ¡Es muy tarde!

Mi padre apenas tiene tiempo de salir del coche antes de que mi madre se lance a sus brazos. Luego es mi turno. Me envuelve en un abrazo que amenaza con romperme alguna costilla, y me planta dos sonoros besos en las mejillas.

—Estás más delgado —declara, sosteniéndome a la distancia de sus brazos para examinarme mejor—. ¿Es que no comes en Madrid? Menos mal que has venido a casa. Te voy a poner como un tonel.

—Mamá, estoy perfectamente —protesto, pero secretamente estoy encantado. No hay nada como el recibimiento de mi madre para hacerte sentir que el mundo está en orden.

Entonces su mirada se posa en Héctor, que ha salido del coche y está de pie junto a la puerta, con esa postura suya tan perfectamente erguida, como si estuviera en una inspección militar en vez de en el jardín de una casa familiar casi a medianoche.

—Y tú debes de ser Héctor —dice mi madre, y antes de que el pobre pueda reaccionar, lo envuelve en uno de sus abrazos patentados.

La expresión de Héctor es impagable. Sus ojos se abren como platos, sus brazos se quedan rígidos a ambos lados de su cuerpo, y parece que se ha olvidado de cómo respirar. Es como ver a alguien

que nunca ha visto un perro encontrarse de repente con un San Bernardo extremadamente afectuoso.

—Es... un placer conocerla, señora García —consigue articular cuando mi madre finalmente lo suelta.

—Elena, por favor —le corrige ella—. Señora es mi suegra, y si te oye llamarme así, se reirá de mí durante semanas.

Como si la hubiera invocado, la puerta se abre de nuevo y aparece mi abuela Pilar, con su bata de seda estampada y el pelo perfectamente peinado a pesar de la hora. Mi abuela nunca sale de su habitación sin estar presentable, ni siquiera de noche.

—¿Se puede saber por qué estáis todos en el jardín con este frío? —pregunta, con ese tono suyo que sugiere que somos todos un poco tontos, pero nos quiere igual—. Vamos, adentro. El muchacho debe estar congelado.

«El muchacho» es Héctor, por supuesto, que ahora parece genuinamente alarmado ante la perspectiva de más interacciones familiares. No puedo evitar una pequeña sonrisa maliciosa. Esto es solo el principio, Roca. Bienvenido al caos.

Entramos todos en tropel. La casa está cálida y huele a canela y a algo horneándose. Mi madre siempre hornea cuando está nerviosa, y la llegada de un invitado —especialmente uno tan inesperado como Héctor— debe haberla puesto en modo repostera compulsiva.

—He preparado magdalenas de arándanos —dice, confirmando mis sospechas—. Y hay chocolate caliente. Debéis estar hambrientos después del viaje.

—Elena, es muy tarde —interviene mi padre—. Y los chicos tienen que levantarse antes de las seis para entrenar.

Mi madre hace un gesto desdeñoso con la mano, como si estuviera espantando a un insecto molesto.

—Tonterías. Nadie se va a la cama en esta casa sin cenar. Además, quiero conocer mejor a Héctor. Apenas me has contado nada por teléfono, solo que vendrías con un compañero de equipo de Lucas.

Compañero de equipo. Qué forma tan amable de describir a mi némesis personal.

—En realidad, es más complicado que eso, mamá —empiezo a explicar, pero mi abuela me interrumpe.

—Vamos a seguir en la cocina —declara, con ese tono que no admite réplica—. El pobre chico parece a punto de desmayarse.

Miro a Héctor y, efectivamente, parece estar lidiando con una sobrecarga sensorial. Sus ojos van de mi madre a mi abuela, a la decoración navideña que ya adorna la casa (mi madre empieza a decorar el 1 de diciembre, sin excepción), a Copito de Nieve, nuestro gato persa blanco que acaba de hacer su aparición majestuosa en lo alto de la escalera.

Copito observa a Héctor con esa mirada felina que sugiere que está evaluando si eres digno de existir en su presencia. Aparentemente, Héctor no lo es, porque el gato suelta un bufido desdeñoso y eriza el pelo de su cola.

—No le hagas caso —le digo a Héctor—. Odia a todo el mundo excepto a mi abuela.

—Los gatos son excelentes jueces de carácter —responde mi abuela, acariciando a Copito cuando este baja elegantemente la escalera y se frota contra sus piernas—. Saben quién tiene un alma pura.

—O quién les da atún a escondidas —añade mi padre, ganándose una mirada reprobatoria de mi abuela.

—Vamos a la cocina —dice mi madre, dirigiéndonos como un general a sus tropas—. Lucas, ayúdame con las tazas. Héctor, siéntate, debes estar agotado.

La cocina siempre ha sido el corazón de nuestra casa. Grande, cálida, siempre llena de olores deliciosos y con esa mesa de madera maciza que ha sido testigo de todas las reuniones familiares importantes desde que tengo memoria. Héctor se sienta donde le indican, todavía con esa rigidez suya, como si temiera romper algo si se mueve demasiado rápido.

—Así que eres patinador artístico, como Lucas —dice mi abuela, sentándose frente a él con Copito ahora en su regazo. El gato sigue mirando a Héctor como si estuviera planeando su asesinato.

—Sí, señora —responde Héctor, con una formalidad que me hace poner los ojos en blanco mientras coloco las tazas en la mesa.

—Pilar, por favor —le corrige mi abuela—. Señora me hace sentir como una anciana, y yo aún estoy en la flor de la vida.

Mi abuela tiene setenta y cuatro años y más energía que yo la mayor parte de los días. Y definitivamente más vida social.

—Lo siento, Pilar —dice Héctor, y me sorprende lo natural que suena su nombre en sus labios. Como si ya la conociera.

—¿Y cómo es que has acabado viniendo a pasar la Navidad con nosotros? —pregunta mi abuela, directa como siempre.

Héctor me mira, claramente incómodo. No sabe cuánto les ha contado mi padre sobre el «incidente».

—Es una larga historia, abuela —intervengo, salvándolo—. Pero la versión corta es que Héctor y yo tenemos que entrenar juntos para una competición de parejas. Una especie de... proyecto especial de la federación.

No es exactamente una mentira. Solo omito la parte donde casi matamos a los patinadores originales y nos obligan a hacer esto como castigo.

—¿Parejas? —Mi madre se gira desde la encimera, donde está sirviendo el chocolate caliente—. ¿Tú y Héctor vais a patinar juntos? ¿Como pareja?

Hay algo en su tono, una especie de entusiasmo, que me pone en alerta.

—Es solo para una competición, mamá —aclaro rápidamente—. Algo técnico. No es gran cosa.

—Me parece maravilloso —declara, colocando una taza humeante frente a Héctor—. Siempre he pensado que el patinaje en parejas tiene algo especial. Esa confianza, esa conexión...

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¿Confianza? ¿Conexión? Entre Héctor y yo hay muchas cosas, pero definitivamente esas dos no están en la lista.

Ni nunca van a estarlo.

—Es un reto técnico interesante —dice Héctor, sorprendiéndome con su diplomacia—. Ambos tenemos que adaptar nuestros estilos para crear algo cohesivo.

Mi madre asiente como si Héctor acabara de decir algo profundamente significativo, y coloca un plato de magdalenas en el

centro de la mesa.

—Bueno, estoy segura de que lo haréis genial —dice, con esa fe ciega que solo las madres pueden tener—. Lucas siempre ha sido bueno trabajando en equipo.

Héctor me mira con una ceja levantada, claramente dudando de esa afirmación. Le respondo con una sonrisa falsa que dice «ni se te ocurra contradecir a mi madre».

La conversación fluye sorprendentemente bien después de eso. Mi madre y mi abuela bombardean a Héctor con preguntas sobre su carrera, su entrenamiento, sus competiciones. Él responde con esa formalidad suya, pero poco a poco parece relajarse. Mi padre interviene ocasionalmente, principalmente para recordarnos que mañana hay que madrugar.

Lo que me sorprende es lo... normal que parece todo. Como si Héctor Roca sentado en nuestra cocina de madrugada, comiendo magdalenas de arándanos y respondiendo preguntas sobre sus saltos favoritos, fuera la cosa más natural del mundo. Como si no fuera mi rival desde hace años. Como si no hubiéramos estado a punto de matarnos mutuamente hace menos de dos días.

Es desconcertante.

Y lo más desconcertante de todo es que, por momentos, casi olvido que lo odio. Casi.

Hasta que Copito, que ha estado acechando bajo la mesa, decide pasar a la acción. Con un movimiento rápido que ninguno de nosotros ve venir, salta sobre la pierna de Héctor, le clava sus garras a través del pantalón, y luego sale disparado como una bala de cañón peluda.

Héctor suelta un grito ahogado que intenta disimular como una tos.

—¡Copito! —exclama mi abuela, escandalizada—. ¡Qué modales!

—Lo siento mucho —dice mi madre, levantándose para examinar el daño—. Normalmente no es tan... agresivo con las visitas.

—Estoy bien —asegura Héctor, aunque la diminuta mancha de sangre que empieza a formarse en su pantalón sugiere lo contrario —. Solo me ha sorprendido.

—Ese gato es un demonio —murmuro, ganándome una mirada reprobatoria de mi abuela.

—Solo está estableciendo jerarquías —responde ella, como si eso lo explicara todo—. Es el hombre de la casa cuando vosotros no estáis.

Mi padre suelta una carcajada que intenta disimular como otra tos cuando mi abuela lo mira.

—Creo que es hora de que todos nos vayamos a la cama —dice, poniéndose de pie—. Mañana será un día largo.

—Sí, por supuesto —mi madre recoge rápidamente las tazas—. Lucas, ¿por qué no le enseñas a Héctor su habitación?

—La habitación azul es la que está lista —añade mi abuela—. Y he dejado una manta extra por si tiene frío. Las noches en Jaca pueden ser muy frías para quien no está acostumbrado.

Me levanto con un suspiro resignado. Supongo que no puedo evitar esta parte.

—Vamos, Roca. Te enseñaré dónde vas a dormir.

Subimos las escaleras en silencio. Héctor carga su maleta como si no pesara nada, a pesar de que sé que está llena del equipo de patinaje además de la ropa. La casa está en silencio, solo interrumpido por el crujido ocasional de la madera antigua y el ronroneo de la calefacción.

La habitación azul es la que usamos para las visitas. Es cómoda, con una cama doble, un armario antiguo y vistas al jardín trasero. Mi madre la ha decorado con un gusto que combina lo tradicional con toques modernos, igual que el resto de la casa.

—Esta es —digo, abriendo la puerta y encendiendo la luz—. El baño está al final del pasillo. Mi habitación es esa —señalo la puerta de enfrente—, así que intenta no hacer ruido por la mañana.

Héctor entra y deja su maleta junto a la cama. Mira alrededor, tomando nota de cada detalle con esa precisión suya que siempre me ha irritado.

—Es una habitación muy agradable —dice finalmente—. Gracias.

Hay algo en su tono, una especie de sinceridad incómoda, que me descoloca. No estoy acostumbrado a un Héctor Roca agradecido.

—Sí, bueno, no te acostumbres demasiado —respondo, apoyándome en el marco de la puerta—. Esto no cambia nada, ¿sabes? Que estés en mi casa, que tengamos que entrenar juntos... No significa que seamos amigos.

—Por supuesto que no —responde inmediatamente, y su rápida confirmación me molesta más de lo que debería.

—Bien. Entrenaremos por las mañanas, como dice mi padre. Pero por las tardes, cada uno por su lado. Yo tengo mis planes, mis amigos. No esperes que te haga de guía turístico.

—No esperaba nada de eso —dice, con esa calma suya que siempre parece estar burlándose de mí—. Estoy aquí para entrenar, no para hacer turismo.

—Perfecto.

—Perfecto.

Nos quedamos mirándonos en un silencio tenso. Debería irme ya, pero algo me mantiene clavado en el sitio. Quizás lo extraña que es toda esta situación. Héctor Roca, mi némesis, en la habitación de invitados de mi casa familiar. Es surrealista.

—Bueno, buenas noches —digo finalmente, dándome la vuelta para irme.

—Lucas —me llama, y me detengo, sorprendido por el uso de mi nombre de pila en lugar de mi apellido—. Gracias. A ti y a tu familia. Por... esto.

Hace un gesto vago que abarca la habitación, la casa, la situación.

—No me des las gracias —respondo, incómodo—. No es como si tuviéramos elección.

Asiente, aceptando mi rechazo a su gratitud.

—Aun así. Tu familia ha sido muy amable.

—Son así con todo el mundo —digo, restándole importancia—. No te creas especial.

Me arrepiento de mis palabras en cuanto salen de mi boca. Suenan mezquinas, infantiles. Pero Héctor solo asiente de nuevo, como si esperara exactamente esa respuesta.

—Buenas noches, Rey —dice, volviendo a mi apellido, a la distancia segura.

—Buenas noches, Roca.

Cierro la puerta y me dirijo a mi habitación, preguntándome por qué me siento vagamente culpable. No le debo nada a Héctor. Esto es un castigo para ambos, no unas vacaciones.

Pero cuando mi madre me intercepta en el pasillo con un montón de toallas limpias para él, no puedo negarme a llevarlas.

—Dáselas tú —me dice, poniéndolas en mis brazos—. Y pregúntale si necesita algo más. Debe sentirse muy solo, lejos de su familia en Navidad.

Quiero decirle que Héctor probablemente preferiría estar solo antes que con nosotros, pero me muerdo la lengua. Mi madre tiene esa expresión que dice que no aceptará un no por respuesta.

Así que vuelvo a la habitación azul y llamo suavemente. No hay respuesta inmediata, así que entreabro la puerta.

—Roca, mi madre dice que...

Las palabras mueren en mi garganta.

Héctor está de espaldas a la puerta, cambiándose. Se ha quitado la camisa y está sacando algo de su maleta. La luz de la lámpara proyecta sombras que acentúan los músculos de su espalda, la curva de su columna, la tensión en sus hombros.

No es que no haya visto cuerpos masculinos antes. Soy patinador, por el amor de Dios. Vivo rodeado de hombres atléticos en diversos estados de desnudez. Pero hay algo en la visión de Héctor, vulnerable y desprevenido, en la intimidad de una habitación en penumbra, que me golpea de una forma inesperada.

Se gira, alertado por mi presencia, y por un segundo nos miramos en silencio. Él, con el torso desnudo y una camiseta de dormir en la mano. Yo, paralizado en el umbral con un montón de toallas.

—Lo siento —consigo articular—. Debería haber esperado a que respondieras. Mi madre me ha dado estas toallas para ti.

—Gracias —dice, y hay un ligero rubor en sus mejillas que nunca había visto antes. Héctor Roca, avergonzado. Otra primera vez para la lista de cosas surrealistas de este día.

Dejo las toallas sobre la cómoda, evitando mirarlo directamente.

—Si necesitas algo más, mi madre dice que solo tienes que pedirlo —añado, retrocediendo hacia la puerta—. El desayuno es a

las cinco y media. No llegues tarde o mi padre nos hará correr vueltas extra.

—No llegaré tarde —responde, y por supuesto que no lo hará. Probablemente se levantará a las cinco para hacer yoga o alguna otra rutina obsesivamente disciplinada.

—Bien. Buenas noches. Otra vez.

—Buenas noches, Lucas.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella por un momento, intentando entender por qué mi corazón late tan rápido. Debe ser el cansancio. O el chocolate caliente. Definitivamente no tiene nada que ver con la imagen de Héctor Roca semidesnudo, más humano y accesible de lo que nunca lo había visto.

Absolutamente nada que ver con eso.

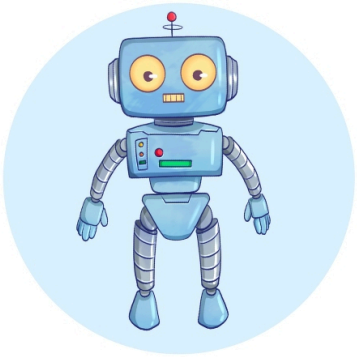
Me dirijo a mi habitación, decidido a dormir y olvidar este día absurdo. Mañana empezará el verdadero infierno: entrenar con Héctor. Y necesito todas mis fuerzas para sobrevivir a eso.

Pero cuando me estoy quedando dormido, la imagen de su espalda, de su expresión sorprendida, sigue apareciendo tras mis párpados. Y me pregunto, muy a mi pesar, qué otras sorpresas me esperan en estas extrañas vacaciones navideñas.

CAPÍTULO 11

OS VAIS A CONVERTIR EN UNA SOLA PERSONA

HÉCTOR



Siempre he sido madrugador. Mi cuerpo parece programado para despertar con los primeros rayos del sol, listo para maximizar cada hora productiva del día. Es una cualidad que mis padres fomentaron desde pequeño y que ha sido fundamental en mi carrera.

Pero cuando mi reloj interno me despierta antes de las cinco de la mañana en una habitación desconocida, con el sonido de un gato arañando insistentemente la puerta, me pregunto si la puntualidad es realmente una virtud o una maldición.

Me incorporo lentamente, intentando orientarme. Estoy en la habitación azul. En casa de los Rey. En Jaca. El castigo de la federación.

La realidad de mi situación me golpea como una ola fría.

Mi vida se ha ido a la mierda en el lapso de dos días.

Jamás esperé acabar así.

El arañazo en la puerta continúa, acompañado ahora por un maullido que suena sospechosamente a una amenaza. Copito de Nieve, el gato del demonio, parece decidido a no dejarme dormir los trece minutos que me quedan antes de que suene la alarma.

Con un suspiro, me levanto y me dirijo hacia la puerta. Quizás si lo dejo entrar, se calmará y podré prepararme en paz. Gran error.

En cuanto abro, una bola de pelo blanco se dispara entre mis piernas y salta directamente sobre la silla. Antes de que pueda reaccionar, Copito está desenterrando metódicamente mi ropa, que cuidadosamente había dejado preparada la noche anterior.

—Eh. Para —susurro, intentando no despertar a toda la casa.

El gato me mira directamente a los ojos, y juro que veo malicia pura en esos iris azules. Luego, con deliberada lentitud, vomita sobre mi camiseta de entrenamiento favorita.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Mientras limpio el desastre y reorganizo mi equipaje, no puedo evitar pensar que este gato es la encarnación felina de Lucas: caótico, irreverente y aparentemente dedicado a complicarme la existencia.

Lo que me faltaba.

◆ ◆ ◆

A las cinco y media en punto, ya duchado y vestido con ropa de entrenamiento (afortunadamente tenía un recambio), bajo las escaleras hacia la cocina. El aroma a café recién hecho y a algo horneándose me recibe, junto con la imagen de Javier Rey preparando el desayuno con eficiencia militar.

—Buenos días, Héctor —dice, sin darse la vuelta—. El café está listo. Hay tostadas, fruta y avena. Sírvete lo que quieras.

—Gracias —respondo, sorprendido por la hospitalidad que muestra a estas horas intempestivas—. ¿Puedo ayudarte con algo?

—Puedes intentar despertar a Lucas —dice, ahora girándose con una sonrisa que parece mitad divertida, mitad resignada—. Aunque te advierto que es una misión casi imposible.

Dudo por un momento. Despertar a Lucas parece cruzar algún tipo de línea invisible, entrar en un territorio demasiado... personal. Pero antes de que pueda responder, Elena Rey aparece en la cocina, ya completamente vestida y con una energía envidiable.

—¡Buenos días, Héctor! —exclama, como si fuéramos viejos amigos—. ¿Has dormido bien? ¿Te ha resultado cómoda la cama? ¿Has pasado frío?

—Sí. Todo estaba perfecto, gracias —respondo, un poco abrumado por el bombardeo de preguntas.

—Estupendo. Yo me encargo de Lucas —dice, dirigiéndose hacia las escaleras—. Conozco todos sus trucos para seguir durmiendo.

Me sirvo café y me siento a la mesa, intentando procesar la dinámica familiar de los Rey. Es tan diferente a mi propia experiencia que parece sacada de otra dimensión. En mi casa, los desayunos eran momentos silenciosos y eficientes. Cada uno servía para su propósito nutricional sin necesidad de conversación innecesaria. Aquí, incluso antes de que todos estén presentes, ya hay una sensación de... vida. De calidez.

Es muy desconcertante.

Diez minutos después, Lucas aparece en la cocina con aspecto de haber sido arrastrado fuera de la cama contra su voluntad. Su pelo es un desastre absoluto, tiene marcas de almohada en la mejilla, y sus ojos están tan entrecerrados que me pregunto si realmente puede ver algo.

—Buenos días, rayo de sol —le saluda su padre con ironía.

Lucas responde con un gruñido que podría interpretarse como un saludo o como una maldición. Se deja caer en la silla frente a mí y apoya la frente directamente sobre la mesa.

—Café —murmura, con una voz que suena como si hubiera estado gritando toda la noche—. Necesito café.

Elena coloca una taza humeante frente a él, junto con un plato de tostadas.

—Come algo, cariño. Vas a necesitar energía.

Lucas levanta la cabeza lo suficiente para tomar un sorbo de café, y sus ojos se encuentran con los míos por primera vez esta mañana. Por un momento, parece genuinamente sorprendido de verme, como si hubiera olvidado completamente mi existencia.

—Ah. Tú —dice finalmente—. No era una pesadilla, entonces.

—Buenos días a ti también, Rey —respondo, manteniendo mi tono neutro.

—¿Cómo puedes estar tan... despierto? —pregunta, mirándome como si yo fuera algún tipo de fenómeno antinatural—. Son las cinco y cuarenta de la mañana. Ni siquiera los pájaros están despiertos.

—La disciplina es una costumbre —respondo, citando uno de los mantras favoritos de mi padre.

Lucas pone los ojos en blanco tan dramáticamente que temo que se le queden atascados en la parte posterior de la cabeza.

—Por favor, dime que no vas a dedicarte a soltar frases motivadoras a esta hora. No respondo de mis actos si lo haces.

Javier interviene antes de que pueda responder.

—Terminad de desayunar. Os quiero listos en diez minutos. La pista nos espera.

—¿La pista? —pregunta Lucas, que todavía parece que no se ha despertado—. ¿Qué pista?

—Madre mía, hijo. La del complejo municipal, por supuesto —responde su padre, como si fuera obvio y luego me mira a mí para explicármelo—. Es donde tengo la escuela. Está a cinco minutos andando de nuestra casa. Es una de las razones por las que compramos esta propiedad.

Esto es nuevo para mí. No sabía que la escuela de patinaje de Javier Rey estaba tan cerca de su casa. Eso explica por qué Lucas creció prácticamente sobre el hielo.

◆ ◆ ◆

Exactamente doce minutos después (Lucas aparentemente no heredó la puntualidad de su padre), estamos caminando por una

calle tranquila cubierta de nieve hacia el complejo deportivo municipal de Jaca. Un edificio moderno que alberga, según me explica Javier, dos pistas de hielo y varias instalaciones deportivas más.

Entramos por una puerta lateral, usando una llave que Javier saca de su bolsillo. El complejo está prácticamente desierto a esta hora, con solo algunos empleados de mantenimiento preparando las instalaciones para el día.

La pista principal es impresionante: de tamaño olímpico, rodeada de gradas modestas pero funcionales. El hielo está impecablemente mantenido, brillando bajo las luces que Javier acaba de encender.

—Esta es la pista donde entrena mi escuela —dice, con un orgullo evidente en su voz—. Tenemos un acuerdo con el ayuntamiento. No es exclusiva, pero tenemos prioridad en ciertos horarios.

—Es impresionante —respondo con sinceridad. Y lo es. Una instalación de primer nivel en una ciudad relativamente pequeña.

Lucas bosteza ruidosamente a mi lado, aparentemente inmune al entusiasmo de su padre.

—Sí, sí, muy bonito. ¿Podemos empezar ya? Cuanto antes terminemos, antes podré volver a la cama.

Javier nos dirige hacia un banco cercano a la pista.

—Poneos los patines —ordena—. Pero antes, quiero dejar algunas cosas claras.

Algo en su tono nos hace prestar atención inmediata. Incluso Lucas parece despertar del todo.

—Esto no es un juego —comienza, mirándonos alternativamente —. Lo que pasó en Madrid fue inaceptable. No solo por las consecuencias para Martínez y Lopera, sino por lo que dice de vosotros como deportistas y como personas.

Siento el peso de sus palabras como una losa. Tiene razón, por supuesto. Nuestro comportamiento fue completamente impropio de profesionales.

—A partir de ahora, se han acabado las tonterías —continúa—. Vais a enterrar el hacha de guerra y os vais a comportar como los hombres y atletas que sois. Ya no sois rivales. Sois compañeros. Estáis en el mismo equipo.

Lucas abre la boca para protestar, pero su padre levanta una mano, silenciándolo.

—No he terminado. Tenéis menos de un mes para convertiros en una pareja de patinaje competitiva. Eso significa que tenéis que aprender a confiar el uno en el otro, a anticipar los movimientos del otro, a funcionar como una unidad. Y eso no va a suceder si seguís comportándoos como niños de primaria.

Asiento, reconociendo la verdad en sus palabras. El patinaje en pareja requiere una sincronización casi telepática. No es solo una cuestión de técnica, sino de conexión.

—Así que estas son las reglas —declara Javier, cruzándose de brazos—. Vais a pasar cada minuto de vuestro tiempo despiertos juntos. Cada. Minuto. Si Lucas quiere salir con sus amigos, tiene que convencerte a ti de que lo acompañes. Si tú quieres quedarte entrenando extra, tienes que convencer a Lucas de que se quede contigo. Os vais a convertir en una sola persona.

Quizás sean las palabras más aterradoras que he escuchado en mi vida.

—¡Eso es una locura! —exclama Lucas, incapaz de contenerse más—. ¡No puedes obligarnos a estar pegados todo el día! ¡Nos mataremos!

—O aprenderéis a llevaros bien —responde su padre, imperturbable—. Me da igual cómo lo hagáis, pero encontrad la manera de ser una pareja. Una pareja que funcione.

Me mantengo en silencio, procesando las implicaciones. Pasar cada momento con Lucas Rey. Es como si me hubieran sentenciado a vivir dentro de un tornado.

—Ah, y una cosa más —añade Javier, y hay algo en su sonrisa que me pone alerta—. De lunes a viernes, de diez a doce, seréis los monitores del grupo infantil del campamento de Navidad.

—¡¿QUÉ?! No podemos hacer eso —Lucas y yo exclamamos al unísono, y probablemente es la primera vez que estamos completamente de acuerdo en algo.

—¿Niños? —pregunto, sintiendo cómo el pánico se apodera de mí —. Pero yo nunca he enseñado a niños. No sé cómo...

—¡Papá, eso es cruel! —interrumpe Lucas—. ¡Sabes que los mocosos me adoran y siempre acaban tirándome del pelo y pidiéndome que los lance por los aires!

—Consideradlo parte de vuestro castigo por comportaros como dos idiotas —responde Javier, completamente inmune a nuestras protestas—. Y quién sabe, quizás aprendáis algo sobre la paciencia y el trabajo en equipo.

Se da la vuelta, dirigiéndose hacia la salida.

—¡Pero papá...! —intenta Lucas una última vez.

—Y salid a la pista cagando leches a calentar —nos lanza por encima del hombro—. Tenéis cinco minutos. Vuelvo enseguida.

La puerta se cierra tras él, dejándonos en un silencio atónito. Miro a Lucas, y él me devuelve la mirada. Por primera vez desde que nos conocemos, veo en sus ojos exactamente lo que debe reflejar mi propia mirada: puro terror.

—Esto va a ser un desastre —murmura.

—Por una vez, estamos completamente de acuerdo —respondo.

Y mientras nos ponemos los patines, cada uno sumido en sus propios pensamientos sombríos, me doy cuenta de que estas vacaciones navideñas van a ser mucho, mucho peores de lo que había imaginado.

Niños. Tengo que enseñar a patinar a niños. Con Lucas Rey como compañero.

No voy a sobrevivir.

CAPÍTULO 12

¡JUN-TOS! ¿ENTENDÉIS EL CONCEPTO?

LUCAS



El hielo siempre ha sido mi refugio. El lugar donde todo tiene sentido. Donde mi cuerpo sabe exactamente qué hacer sin que mi cerebro tenga que intervenir demasiado. Normalmente, el sonido de mis cuchillas cortando la superficie helada es como música para mis oídos. Una melodía familiar que me tranquiliza, que me centra.

Hoy, sin embargo, ese sonido está contaminado por otro par de cuchillas. Unas que se mueven con una precisión irritante, marcando un ritmo diferente al mío. Incompatible. Como si estuviéramos patinando con dos canciones distintas sonando en nuestras cabezas.

—No, no, no —mi padre se frota las sienes con tanta fuerza que temo que vaya a hacerse un agujero en la cabeza—. Se supone que tenéis que moveros juntos. ¡Jun-tos! ¿Entendéis el concepto?

Héctor y yo nos detenemos en el centro de la pista, jadeando ligeramente. Llevamos un buen rato intentando sincronizar una

simple secuencia de pasos, y lo único que hemos conseguido es aumentar exponencialmente la presión arterial de mi padre.

—Es él quien no sigue el ritmo —digo, señalando a Héctor con un gesto acusador—. Va demasiado rápido.

—Y tú vas demasiado lento —replica Héctor, con esa voz suya tan controlada que me dan ganas de provocarlo hasta que grite—. Si siguieras el tempo de la música...

—¡La música no es una marcha militar, Roca! Tiene matices, sentimiento, momentos donde...

—¡Suficiente! —mi padre levanta las manos, y el eco de su voz rebota en las paredes vacías del complejo—. Llevamos horas y no habéis conseguido ni una secuencia básica. A este paso, no estaréis listos ni para el Día del Juicio Final, mucho menos para la Copa de Reyes.

El silencio que sigue es denso, pesado. Solo se oye el zumbido distante de la máquina de refrigeración y nuestras respiraciones agitadas. El aire frío de la pista me quema los pulmones con cada inhalación, y siento cómo el sudor se enfría rápidamente en mi nuca, provocándome un escalofrío.

Mi padre nos mira alternativamente, como evaluando si vale la pena seguir intentándolo o si es mejor rendirse y reconvertir su escuela de patinaje en una de baile para pingüinos.

—Vamos a intentar algo diferente —dice finalmente, patinando hacia el equipo de sonido con la expresión de quien está a punto de tirar la toalla—. Olvidaos de la técnica por un momento. Vamos a lo básico. Lo más básico.

Cambia la música. La pieza clásica que habíamos estado usando da paso a algo completamente distinto. Algo con un ritmo más marcado, más sensual. Reconozco la canción: «Despacito». En serio, papá, ¿en qué siglo vives?

—¿Qué se supone que debemos hacer con esto? —pregunta Héctor, con una expresión que mezcla desconcierto y ligera indignación.

—Bailar —responde mi padre, como si fuera obvio—. No patinar. Bailar. Juntos. Sentir el ritmo, sentiros el uno al otro. Olvidaos de que estáis en el hielo.

Héctor parece horrorizado, no porque no sepa bailar (por supuesto que sabe, es parte fundamental de nuestro entrenamiento), sino que estoy seguro de que es por la idea de tener que improvisar. De dejarse llevar. De perder el control.

—Entrenador, con todo respeto, no creo que...

—No es una sugerencia, Roca —le interrumpe mi padre—. Es una orden. Bailad. Ahora.

Mi padre nos mira una última vez, sacude la cabeza con evidente frustración, y se dirige hacia la salida de la pista.

—Voy a revisar el horario del resto del día —dice, sin girarse—. Cuando vuelva, quiero ver algo que no me haga replantearme mi carrera como entrenador.

Y con eso, nos deja solos. Con la música latina resonando en el espacio vacío y la tensión palpable entre nosotros. Que no sabemos si hacerle caso o proceder a matarnos el uno al otro directamente en vez de tener que sufrir todo el proceso.

Es tentador… pero no podemos hacerlo.

Nos quedamos mirándonos, Héctor y yo, separados por apenas un metro de hielo que de repente parece un abismo infranqueable. El ritmo pulsante es casi una burla a nuestra rigidez.

—Vamos, robot —digo, suspirando y extendiendo una mano hacia él—. Demuéstrame que sabes hacer algo más que secuencias técnicas.

Sus ojos se entrecierran ante la provocación, pero acepta el desafío. Da un paso hacia mí, toma mi mano extendida, y de repente estamos mucho más cerca de lo que hemos estado nunca.

Por alguna razón que desconozco, se me atasca la respiración en la garganta.

Pero la cercanía no significa sincronía. Empezamos a movernos, y es un desastre. Él intenta llevar, yo también. Él marca un ritmo, yo otro completamente distinto. Nuestros cuerpos chocan torpemente, nuestros patines se cruzan peligrosamente. De nuevo, es como si estuviéramos bailando dos canciones diferentes.

—Esto es ridículo —murmura, después de que casi nos caemos por tercera vez—. No está funcionando.

—Porque estás tratando de convertirlo en otro ejercicio técnico —respondo, frustrado—. No se trata de contar tiempos ni de medir distancias. Se trata de sentir.

—Yo siento perfectamente —replica, con un tono que sugiere que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no gritarme—. Siento que estás ignorando completamente el compás de la música.

—Y yo siento que estás tan obsesionado con el control que te has olvidado de cómo disfrutar.

Nos detenemos, ambos respirando con dificultad, no por el esfuerzo físico sino por la frustración. La música sigue sonando, ajena a nuestro drama personal.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, hago algo impulsivo. Coloco mis manos en sus hombros, firmes bajo mis dedos, y lo miro directamente a los ojos.

—Escucha —digo, bajando la voz—. Por una vez, solo por una vez, olvídate de ser perfecto. Olvídate de las reglas, de la técnica, de todo eso. Solo... siente la música. Siente el hielo. Siénteme a mí.

Algo cambia en su mirada. Un destello de... ¿vulnerabilidad? ¿Curiosidad? No estoy seguro. Pero asiente, casi imperceptiblemente.

—Una vez más —dice, y hay una determinación diferente en su voz—. Pero esta vez, yo te sigo.

Es un pequeño milagro. Héctor Roca, el rey del control, dispuesto a seguir en vez de liderar. Empiezo a moverme de nuevo, más lentamente esta vez, dándole tiempo para adaptarse a mi ritmo.

Los primeros pasos siguen siendo torpes. Hay una resistencia en él, como si su cuerpo no pudiera evitar querer tomar el mando. Pero poco a poco, casi imperceptiblemente, algo cambia. Sus hombros se relajan. Sus movimientos se vuelven más fluidos. Y de repente, estamos moviéndonos juntos, no a la perfección, pero sí en armonía.

Es una sensación extraña. Como si nuestros cuerpos hubieran encontrado un lenguaje común que nuestras mentes todavía rechazan. Sus manos en mi cintura son firmes, pero no restrictivas. Las mías en sus hombros sienten la tensión de sus músculos cediendo gradualmente bajo mis dedos.

Por un momento, solo somos dos personas bailando. Sin rivalidad, sin una historia detrás, sin resentimiento. Solo existe el ritmo, el hielo bajo nuestras cuchillas, y esta extraña conexión que parece haberse formado entre nosotros.

¿Qué demonios está pasando?

Y entonces tropiezo.

No es un tropiezo grave. Apenas un traspiés, una cuchilla que se cruza con la otra por un segundo de distracción. Pero es suficiente para romper el equilibrio. Héctor, por instinto, me sujeta con más fuerza para evitar que caiga, y de repente estamos pecho contra pecho, su rostro a centímetros del mío.

El tiempo se detiene.

Puedo sentir su respiración contra mis labios, cálida y ligeramente entrecortada. Puedo ver cómo sus pupilas se dilatan, eclipsando casi por completo el marrón de sus iris. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo a través de las capas de ropa, como una promesa de algo que no me atrevo a nombrar.

No sé quién se mueve primero. Quizás él, quizás yo. Quizás ambos. Pero de repente la distancia entre nosotros se está cerrando, y hay una gravedad inevitable en el momento, como si toda nuestra historia juntos hubiera sido solo un preludio para esto.

—¡Buenos días! Me muero de ganas de patinar.

La voz infantil que resuena desde la entrada de la pista nos separa como si nos hubieran dado una descarga eléctrica. Damos un salto hacia atrás, casi tropezando de nuevo, y nos giramos para ver a un grupo de niños entrando al complejo, acompañados por una mujer que debe ser su monitora.

En ese mismo momento, mi padre reaparece por la puerta lateral, probablemente alertado por las voces. Consulta su reloj con expresión sorprendida.

—Madre mía, ya son las diez —murmura, y luego, más alto—. ¡Enseguida vamos, Marta!

Se acerca a nosotros patinando rápidamente.

—Parece que vuestra primera clase ya ha llegado —dice, con una sonrisa que me resulta sospechosamente enigmática—. Continuaremos con el entrenamiento esta tarde. Mientras tanto... —

hace un gesto hacia los niños, que ya están poniéndose los patines con diversos grados de éxito— ...son todos vuestros.

Y con eso, mi querido padre nos abandona a nuestra suerte. El muy cabrón.

Me giro hacia Héctor, esperando encontrarlo tan descolocado como yo por lo que acaba de pasar (o casi pasar) entre nosotros. Pero su rostro ha vuelto a ser una máscara impenetrable. Como si hubiera pulsado un botón de reinicio y hubiera vuelto a su modo robot predeterminado.

Lo único que delata que algo ha sucedido es el ligero rubor en sus mejillas, que podría atribuirse perfectamente al ejercicio o al frío.

—Yo... no tengo experiencia con niños —dice, y hay un matiz de pánico en su voz que nunca le había oído antes.

Miro hacia el grupo de pequeños monstruos que se acercan a la pista. Son unos doce, de entre seis y diez años, todos con esa energía caótica que solo los niños en vacaciones pueden tener. Algunos parecen ya cómodos sobre patines, otros se agarran a la barrera como si su vida dependiera de ello.

Y entonces veo mi oportunidad.

—Tengo una propuesta —digo, acercándome a Héctor lo suficiente para que solo él pueda oírme—. Yo me encargo de los niños, y tú solo me asistes. Será más fácil para todos.

Me mira con sospecha. Bien. No es tonto.

—¿A cambio de qué?

Sonrío, saboreando el momento. La negociación. El poder.

—A cambio de que esta noche salgas conmigo y con mi hermano.

Su expresión es impagable. Una mezcla de confusión, horror y resignación.

—¿Tu hermano?

—Sí, vuelve hoy de Suecia con su mejor amigo. Es tradición que salgamos la primera noche que está en casa —explico, viendo cómo los niños se acercan cada vez más—. Será divertido. O al menos, más divertido que intentar enseñar a doce críos hiperactivos a patinar sin que se rompan la crisma.

Héctor mira a los niños, luego a mí, luego de nuevo a los niños. Puedo ver el cálculo en sus ojos, la evaluación de riesgos, la

búsqueda desesperada de una tercera opción que no existe.

—¿Solo tengo que acompañarte? —pregunta finalmente—. ¿No hacer nada más?

—Bueno, podrías intentar actuar como un ser humano normal en vez de como un androide en fase beta —bromeo, pero al ver su expresión, añado—: Sí, solo acompañarnos para que mi padre no ponga pegas a que salgamos. Mi hermano juega al hockey profesional en Suecia, así que tendréis eso en común. Hielo. Cuchillas. Ya sabes.

Los niños están ya casi en la pista. Puedo oír sus voces excitadas, sus risas, el caos inminente que representan. Y puedo ver el pánico creciendo en los ojos de Héctor.

—Trato hecho —dice finalmente, justo cuando el primer niño pone un patín tembloroso en el hielo.

—¡Perfecto! —exclamo, con una sonrisa que sé que es demasiado amplia para que parezca inocente—. Ahora, sígueme el rollo y todo irá bien.

Me giro hacia los niños con los brazos abiertos, como un maestro de ceremonias dando la bienvenida a su público.

—¡Hola, pequeños monstruos del hielo! Soy Lucas, y este de aquí —señalo a Héctor, que parece querer fundirse con el hielo y desaparecer— es mi ayudante Héctor. Hoy vamos a aprender a patinar como auténticos campeones. ¿Quién está listo?

Un coro de gritos entusiastas me responde. Miro a Héctor de reojo y veo que ha adoptado una postura rígida, como si estuviera a punto de dar un discurso formal en vez de enseñar a niños.

Esto va a ser divertidísimo.

Los siguientes noventa minutos son un caos controlado. Yo lidero la clase, mostrando movimientos básicos, jugando con los niños, convirtiéndolo todo en un juego. Héctor, por su parte, se mantiene en un segundo plano, ayudando cuando se lo pido, pero claramente fuera de su zona de confort.

Es fascinante verlo interactuar con los pequeños. Les habla como si fueran adultos en miniatura, usando términos técnicos que obviamente no entienden, corrigiendo posturas con una precisión

que sería admirable si no fuera tan absolutamente inadecuada para niños de primaria.

—No, Martín, la angulación correcta del tobillo para un filo externo es de aproximadamente cuarenta y cinco grados respecto a la vertical —le dice a un niño de siete años que solo quiere ir rápido y hacer ruido.

El niño lo mira como si le hubiera hablado en marciano.

—¿Puedo hacer un salto? —pregunta, completamente ajeno a la lección de física que acaba de recibir.

Héctor parece genuinamente desconcertado por la pregunta.

—No, Martín, los saltos requieren un dominio previo de los filos básicos y una comprensión de la mecánica del impulso y la recepción que...

—¡Yo te enseño a saltar, campeón! —intervengo, rescatando al pobre niño de la conferencia universitaria—. Héctor, ¿puedes ayudar a Lucía con su postura? Está intentando hacer una posición de arabesco.

Le señalo a una niña pequeña que está intentando levantar una pierna hacia atrás mientras mantiene los brazos extendidos. Está fracasando espectacularmente, pero su determinación es admirable.

Héctor asiente, claramente aliviado de tener una tarea concreta. Se acerca a la niña con cautela, como si fuera un animal salvaje que podría atacarlo en cualquier momento.

—Permíteme —dice, y con una delicadeza que me sorprende, ajusta sus brazos y la ayuda a encontrar el equilibrio.

La niña logra mantener la posición durante unos segundos, y su cara se ilumina con una sonrisa que podría alimentar una central eléctrica.

—¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! —exclama, y luego, para mi absoluto asombro, se lanza a los brazos de Héctor en un abrazo impulsivo.

La expresión de pánico en su rostro es impagable. Se queda completamente inmóvil, como si no supiera qué hacer con sus brazos, con sus manos, con todo su cuerpo. Finalmente, torpemente, da unas palmaditas en la espalda de la niña, como si

estuviera siguiendo instrucciones de un manual titulado «Interacciones Humanas para Principiantes».

No puedo evitarlo. Me echo a reír. Una risa genuina, profunda, que sale directamente de mi estómago y hace que me duelan las costillas. Héctor me mira, y por un segundo creo que va a enfadarse. Pero entonces, algo increíble sucede.

Sonríe.

No es una sonrisa completa. Es apenas un amago, una ligera curvatura de las comisuras de sus labios. Pero es real. Y transforma su rostro de una manera que me deja sin aliento por un momento.

Aparto la mirada de golpe.

El resto de la clase transcurre en un borrón de actividad. Cuando terminamos, los niños salen del hielo entre risas y charlas excitadas, algunos despidiéndose de nosotros con abrazos (principalmente dirigidos a mí, aunque Lucía insiste en darle otro a Héctor), otros mostrando orgullosos lo que han aprendido.

Cuando el último niño desaparece por la puerta, me dejo caer en un banco, exhausto, pero extrañamente satisfecho.

—Al final no ha sido tan terrible, ¿verdad? —comento, mirando a Héctor que se sienta a mi lado, manteniendo una distancia prudencial.

—Ha sido... educativo —responde, y hay algo en su tono que me hace mirarlo con más atención.

—¿Educativo? ¿En serio? ¿Esa es tu valoración de pasar dos horas de puro caos infantil?

Se encoge de hombros, un gesto sorprendentemente casual para alguien tan rígido como él.

—Nunca había interactuado con niños antes. No de esta manera. Ha sido... interesante observar cómo funcionan. Cómo aprenden.

—Como si fueran especímenes de laboratorio —bromeo, pero sin malicia.

—No exactamente —responde, y hay una seriedad en su voz que me sorprende—. Son más... resilientes de lo que esperaba. Más valientes. Esa niña, Lucía. Se cayó cinco veces y siguió intentándolo.

—Los niños son así —digo, sintiendo una extraña ternura ante su descubrimiento—. No tienen miedo al fracaso porque todavía no han

aprendido que se supone que deben tenerlo.

Me mira como si acabara de decir algo profundamente significativo, y me siento repentinamente incómodo bajo su escrutinio. Como si hubiera revelado más de mí mismo de lo que pretendía.

—Entonces —digo, cambiando de tema—. Esta noche. Mi hermano suele llegar alrededor de las ocho. Saldremos sobre las diez. No haremos nada demasiado salvaje, te lo prometo. Solo tomaremos unas cervezas en el pueblo.

Héctor asiente, aunque puedo ver la reticencia en su postura.

—Un trato es un trato —dice, y hay una resignación en su voz que casi me hace sentir culpable.

Casi.

—Será divertido —insisto—. O al menos, más divertido que quedarse en casa jugando al Scrabble con mi abuela. Aunque te advierto que hace trampas.

Eso le arranca otra de esas micro-sonrisas que apenas curvan sus labios.

—Lo tendré en cuenta —responde, y por un momento, solo un momento, me pregunto cómo sería si pudiéramos hablar así todo el tiempo. Sin hostilidad, sin rivalidad. Solo... charlar.

Pero entonces recuerdo quiénes somos. Lo que somos el uno para el otro. Y la burbuja se rompe.

—Tengo que ir a ducharme —digo, poniéndome de pie—. Huelo a niño y a desesperación.

—Yo debería repasar algunos elementos técnicos —responde, volviendo a su modo Héctor estándar—. Aprovechar el tiempo.

Y así, el momento pasa. Volvemos a ser Lucas y Héctor. Rey y Roca. Fuego y hielo.

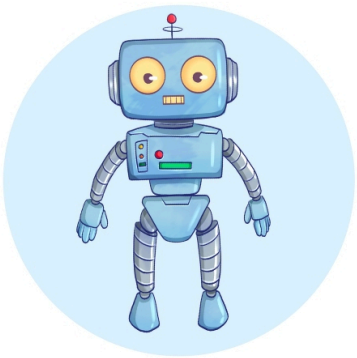
Pero mientras salgo de la pista, no puedo evitar pensar en ese instante durante el baile, cuando nuestros rostros estuvieron tan cerca que podría haber contado sus pestañas. Cuando algo indefinible pasó entre nosotros, algo que no puedo —o no quiero— nombrar.

Y me pregunto, con una mezcla de anticipación y temor, qué sorpresas nos traerá la noche.

CAPÍTULO 13

NO QUERÍA BAILAR DE TODAS FORMAS

HÉCTOR



Hay situaciones para las que ningún entrenamiento te prepara.

Competiciones internacionales, lesiones en plena temporada, cambios de última hora en la coreografía... todo eso puedo manejarlo. Pero enfrentarme a mi reflejo en el espejo mientras intento decidir qué ponerme para salir con Lucas Rey, su hermano, y el mejor amigo de este, definitivamente no estaba en la ecuación.

Son más de las nueve y media y llevo quince minutos contemplando las tres opciones que he desplegado sobre la cama. Todas son variaciones del mismo tema: pantalones oscuros, camisa sobria. Mi uniforme no oficial para cualquier evento social que no puedo evitar. Práctico. Elegante. Seguro.

Pero por alguna razón, esta noche ninguna me parece adecuada.

No es que me importe lo que piense Lucas, me digo mientras descarto la camisa gris por ser demasiado formal. Simplemente

quiero estar apropiadamente vestido para el contexto. Una salida casual en un pueblo pequeño. Con personas que no conozco. En un entorno completamente ajeno a mi experiencia habitual.

Fantástico. Ahora estoy más nervioso.

Finalmente me decido por los vaqueros negros y una camisa azul oscuro que mi madre me regaló en mi último cumpleaños, diciendo que «resaltaba mis ojos» antes de volver a centrar toda su atención en la videoconferencia en la que estaba. Me la dejo sin meter por dentro, un pequeño acto de rebeldía que me hace sentir extrañamente liberado.

Justo cuando estoy abrochándome el último botón, alguien llama a la puerta con unos golpes que solo pueden pertenecer a Lucas: rápidos, impacientes, como si la puerta fuera un obstáculo personal en su camino.

—¡Roca! ¿Estás visible o tengo que esperar a que termines tu ritual de belleza?

Suspiro, preguntándome por milésima vez cómo he acabado en esta situación.

—Adelante —respondo, pasándome una mano por el pelo en un último intento de domarlo.

La puerta se abre de golpe y Lucas aparece en el umbral, una explosión de energía y color que contrasta con la tranquilidad de la habitación. Lleva unos vaqueros desgastados que parecen moldeados específicamente para sus piernas, una camiseta blanca simple bajo una chaqueta de cuero marrón que le da un aire despreocupadamente sofisticado, y el pelo... su pelo parece recién salido de una sesión de «me acabo de despertar pero sigo siendo increíblemente atractivo».

—Vaya —dice, apoyándose en el marco de la puerta mientras me examina de arriba abajo—. ¿Quién iba a decir que el robot tenía modo fiesta?

Algo en su tono, o quizás en la forma en que sus ojos se detienen un segundo más de lo necesario en mi torso, hace que sienta un calor inexplicable subiendo por mi cuello.

—No tengo «modo fiesta» —respondo, intentando sonar indiferente mientras busco mi cartera—. Solo es ropa normal.

—Bueno, pues la ropa normal te queda bien —replica con una sonrisa que parece genuina—. Casi pareces humano.

Antes de que pueda responder a eso, un estruendo de voces y risas llega desde la planta baja, seguido de lo que suena como una manada de elefantes subiendo las escaleras.

—¡Lucas! ¿Dónde te has metido, tormento? —grita una voz masculina que retumba por toda la casa.

La sonrisa de Lucas se ensancha hasta convertirse en una expresión de alegría pura.

—¡Aquí arriba, caraculo! —responde a voz en grito, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, sale disparado al pasillo.

Lo sigo, más por curiosidad que por otra cosa, y me encuentro con una escena que parece sacada de una de esas comedias familiares que nunca he entendido del todo: Lucas envuelto en un abrazo de oso por un hombre que debe ser su hermano, mientras otro chico espera su turno, todos riendo y hablando a la vez.

El hermano de Lucas es más alto y corpulento, con la misma sonrisa pero con rasgos más marcados. Es como una versión amplificada de Lucas. El otro chico es rubio, con aspecto nórdico y una expresión amable que contrasta con su físico imponente.

—Te presento a la desgracia de mi existencia —dice Lucas, señalándome mientras se desenreda del abrazo—. Héctor Roca, mi compañero de castigo. Héctor, este es mi hermano Adrián y su amigo Erik.

Adrián me mira con interés, como evaluándome.

—Así que tú eres el famoso Héctor —dice, extendiendo una mano que estrecho automáticamente—. Lucas lleva años quejándose de ti. Es un placer poner cara al nombre.

—Igualmente —respondo, sin saber muy bien qué más decir.

—Erik Johansson —se presenta el otro chico, con un acento que confirma mis sospechas sobre su origen—. Compañero de equipo de Adrián en Suecia. He oído hablar mucho de ti también.

—Espero que no todo malo —digo, intentando ser educado.

Los tres se ríen como si hubiera dicho algo hilarante.

—Todo horrible —aclara Lucas, pero sin malicia—. Absolutamente todo.

◆ ◆ ◆

La cena con la familia Rey es una experiencia que desafía todo lo que conozco sobre interacciones sociales. El ruido constante, las conversaciones superpuestas, las bromas, los empujones cariñosos... es como estar en medio de un huracán de afecto y caos. Y lo más sorprendente es que, de alguna manera, no resulta tan incómodo como debería.

Cuando finalmente salimos hacia el bar del pueblo, me encuentro caminando junto a Erik mientras Lucas y Adrián van delante, inmersos en su propia conversación.

—Los hermanos Rey son... intensos —me dice Erik, con una sonrisa comprensiva—. Pero también son los mejores compañeros que puedas tener. Una vez que te ganas su lealtad, es para siempre.

—Parece que conoces bien a la familia —comento.

—Son prácticamente mi segunda familia —responde, con una emoción genuina en su voz—. Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años. Adrián y yo éramos compañeros de equipo junior, y los Rey simplemente... me adoptaron.

Sus palabras me hacen pensar en mi propia familia. En mis padres, siempre ocupados, siempre exigentes, siempre... ausentes. En cómo mi madre apenas recordó mi cumpleaños el año pasado, enviándome una transferencia bancaria con el mensaje «para que te compres algo».

—¡Eh, chavales! —nos llama Lucas cuando entramos en el bar para que nos acerquemos a ellos—. ¡Moved el culo o nos beberemos todas las cervezas sin vosotros!

Erik se ríe y acelera el paso. Yo lo sigo, intentando ignorar la extraña sensación que me ha provocado el comentario de Erik.

El bar es exactamente lo que esperaba: pequeño, acogedor, lleno de gente joven y música a un volumen que hace casi imposible mantener una conversación normal. Lucas y Adrián saludan a varias personas mientras nos abrimos paso hacia la barra. Claramente son conocidos aquí.

—¡Cuatro cervezas! —grita Adrián al camarero, que asiente y empieza a servir.

Nos instalamos en una mesa en una esquina, milagrosamente vacía. La música, una mezcla de éxitos actuales y clásicos, vibra a través del suelo y las paredes. El aire está cargado de perfumes, sudor y alcohol. Es el tipo de ambiente que normalmente evitaría, pero esta noche, por alguna razón, no me resulta tan desagradable.

Quizás sea la cerveza, que bebo más rápido de lo habitual para calmar mis nervios. Quizás sea la forma en que Lucas se ríe, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea de su cuello bajo las luces coloridas del bar. O quizás sea simplemente que, por primera vez en mucho tiempo, no tengo un plan, un objetivo, una meta que alcanzar. Solo estoy... existiendo.

—Entonces, Héctor —dice Adrián después de un par de cervezas —, ¿cómo va eso de convertir a mi hermano en un patinador decente?

—¡Eh! —protesta Lucas—. Soy un patinador excelente.

—Cuando quieres —respondo, sorprendiéndome a mí mismo con la facilidad de la broma—. El problema es que rara vez quieres.

Adrián suelta una carcajada y choca su botella con la mía.

—Me gusta este tío, Lucas. Te tiene calado.

La conversación fluye con una naturalidad inesperada. Hablamos de hockey, de patinaje, de Suecia. Descubro que Erik y Adrián juegan en uno de los mejores equipos de la liga sueca, y que tienen posibilidades reales de ser seleccionados para el equipo olímpico del país.

—Bueno, suficiente charla sobre deporte —declara Adrián en un momento dado—. Estamos aquí para divertirnos. Lucas, ¿qué tal va tu vida amorosa? ¿Sigues dejando corazones rotos por toda la península?

Lucas se ríe, pero hay algo forzado en el sonido.

—Ya sabes cómo es esto. Demasiado entrenamiento, poco tiempo para romance.

—Excusas —responde su hermano—. El Lucas que yo conozco siempre encuentra tiempo para una conquista.

—El Lucas que tú conoces está intentando sobrevivir a la copa de Reyes —replica, y por primera vez desde que lo conozco, percibo una nota de auténtica seriedad en su voz.

—Hablando de conquistas —dice Adrián, cambiando sutilmente de tema mientras señala con la cabeza hacia la barra—, creo que tienes una admiradora, Héctor.

Sigo su mirada y veo a una chica morena que me observa con interés desde la barra. Cuando nuestros ojos se encuentran, me sonríe y levanta su copa en un brindis silencioso.

—Deberías ir a hablar con ella —sugiere Adrián—. Es guapa.

—No estoy interesado —respondo simplemente.

—¿No te parece guapa? —pregunta Lucas, con un tono que no sé interpretar.

—Es objetivamente atractiva —concedo—. Pero no me interesan las mujeres.

LUCAS

El tiempo se detiene por un segundo. Las palabras de Héctor reverberan en mi cabeza como un eco en una caverna vacía. «No me interesan las mujeres». Cinco palabras simples que de alguna manera han conseguido que mi cerebro tenga un cortocircuito.

Héctor Roca es gay.

Héctor Roca, el patinador perfecto, el robot sin emociones, el hombre que ha sido mi némesis desde que tengo memoria... es gay.

—Oh —consigo articular finalmente—. No lo sabía.

Mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos. No es que me sorprenda su sexualidad. Lo que me desconcierta es darme cuenta de cuánto desconozco sobre alguien que ha sido parte de mi vida durante tanto tiempo.

—No es algo que anuncie —responde, encogiéndose de hombros con esa indiferencia estudiada suya—. Pero tampoco es un secreto.

Siento una punzada de algo que no puedo nombrar. Una especie de... ¿exclusión? Como si acabara de descubrir que existe una parte de Héctor que nunca he considerado, una dimensión completa de su vida que he ignorado mientras lo reducía a «mi rival».

—Bueno, en ese caso —dice mi hermano—, el tío de la camiseta verde de la esquina no te ha quitado los ojos de encima desde que entramos.

Giro la cabeza tan rápido que casi me hago daño en el cuello. Efectivamente, hay un tío muy guapo apoyado en la barra, mirando en nuestra dirección. Cuando ve que le observamos, sonríe y levanta su cerveza en un saludo silencioso.

Algo desagradable se retuerce en mi estómago. Algo caliente y amargo que sube por mi garganta como bilis.

—Deberías ir a hablar con él —comenta Erik, con esa sonrisa amable suya—. Parece simpático.

—No estoy interesado —responde Héctor, y por alguna razón, eso me hace sentir un alivio inexplicable.

—¿No te parece guapo? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Suenan acusatorias, casi agresivas.

Héctor me mira con esa expresión suya que dice «te está metiendo donde no te llaman».

Y probablemente tenga razón.

—Es atractivo —admite, y el alivio que sentí hace un momento se evapora como agua en una sartén caliente—. Pero no estoy aquí para ligar.

—¿Nunca ligas? —insisto, inclinándome hacia él. Puedo oler su aftershave, algo caro y sutil que hace que mi nariz cosquillee—. ¿O solo no lo haces mientras estás de vacaciones forzosas con tu rival?

Hay algo en mi tono, una especie de desafío, que hace que Adrián me mire con las cejas levantadas. Erik, siempre diplomático, finge un repentino interés en la etiqueta de su cerveza.

—No tengo tiempo para tonterías —responde Héctor, con esa voz perfectamente controlada que me saca de quicio—. Cuando me pica, me rasco yo solito. La gente solo significa complicaciones.

—No tienes vida —le acuso, y suena más amargo de lo que pretendía. No sé por qué estoy tan enfadado.

Se ríe, pero es una risa seca, sin humor.

—Ya tendré tiempo de «tener vida» cuando acabe mi carrera —responde—. Ahora mismo, mi prioridad es el patinaje.

Estoy a punto de replicar, de decirle que se puede ser un gran patinador y tener una vida al mismo tiempo, que no todo tiene que ser sacrificio y disciplina, que está desperdiciando su juventud... pero en ese momento, como invocado por el mismísimo Satanás, el tío de la camiseta verde aparece junto a nuestra mesa.

—Hola —dice, dirigiéndose directamente a Héctor, ignorándonos al resto como si no existiéramos—. No quiero interrumpir, pero me preguntaba si te gustaría bailar.

Su voz es grave, atractiva. Tiene los ojos verdes, a juego con su camiseta, y una sonrisa que muestra dientes perfectos. Es guapo, joder. Muy guapo.

Y está mirando a Héctor como si fuera un postre particularmente apetitoso.

Algo estalla dentro de mí. Una rabia irracional, visceral, que me hace ponerme de pie tan bruscamente que casi tiro mi botella.

—Tenemos que irnos —anuncio, mirando mi reloj como si acabara de recordar una cita urgente—. Mañana hay que madrugar para entrenar.

Adrián me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Pero si acabamos de llegar...

—Tenemos entrenamiento —repito, con una firmeza que no admite discusión—. Papá nos matará si llegamos tarde.

Héctor parece tan desconcertado como mi hermano, pero se pone de pie con esa gracia natural suya.

—Lo siento —le dice al tío de la camiseta verde, que ahora parece confundido y un poco molesto—. Tenemos que irnos.

—Claro —responde, retrocediendo un paso—. Quizás en otra ocasión.

—Quizás —dice Héctor, aunque su tono sugiere que no habrá otra ocasión.

Recojo mi chaqueta y salgo del bar sin esperar a ver si me siguen. El aire frío de la noche me golpea la cara, despejando un poco la niebla de mi cerebro. ¿Qué coño acabo de hacer? ¿Por qué he reaccionado así?

No tengo tiempo de analizar mis acciones porque Héctor aparece a mi lado, su expresión es una mezcla de confusión e irritación.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunta, su aliento formando pequeñas nubes en el aire frío.

—¿El qué? —Me hago el tonto, metiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta para que no vea cómo tiemblan.

—Esa salida precipitada. Ese numerito del entrenamiento.

—No ha sido ningún numerito —miento, sin mirarlo a los ojos—. Es verdad que tenemos que madrugar. Es muy tarde ya.

—Claro —dice, y puedo oír la incredulidad en su voz—. Por eso tu hermano y Erik siguen dentro.

No respondo a eso. No puedo. Porque no tengo una explicación racional para mi comportamiento.

Solo sé que estoy furioso.

Caminamos en silencio por las calles empedradas de Jaca. Las luces navideñas parpadean sobre nosotros, proyectando sombras que bailan a nuestro alrededor. El frío se cuela por el cuello de mi chaqueta, haciéndome estremecer.

—¿Te ha molestado? —pregunta Héctor finalmente, rompiendo el silencio.

—¿El qué?

—Que ese tipo se acercara a hablar conmigo. Que yo sea gay.

Me detengo en seco, genuinamente ofendido por la sugerencia.

—¿Qué? ¡No! —exclamo, girándome para mirarlo directamente—. No soy... no soy ese tipo de persona, Roca. Me importa una mierda a quién te quieras tirar.

Y es verdad. No me importa que Héctor sea gay. Lo que me importa es... es...

Joder, no sé qué me importa. No entiendo qué me está pasando.

—Entonces, ¿por qué hemos salido corriendo como si el bar estuviera en llamas? —insiste, cruzándose de brazos.

La luz de una farola cercana proyecta sombras en su rostro, acentuando sus pómulos, la línea firme de su mandíbula. Con la camisa azul oscuro y esa postura perfecta suya, parece sacado de un anuncio de perfume caro.

—Ya te lo he dicho. Mañana hay que madrugar.

—Y yo ya te he dicho que no te creo.

Nos miramos fijamente, desafiándonos mutuamente a ser el primero en apartar la mirada. Hay algo en sus ojos, una intensidad que me hace sentir como si estuviera viendo a través de mí, descifrando todos mis secretos.

Finalmente, no puedo soportarlo más.

—Solo quería que pasáramos un buen rato juntos —digo, y suena patético incluso para mis propios oídos—. Los cuatro. Sin complicaciones.

—¿Y que yo hablase con un desconocido complicaba las cosas?

—Sí. No. No lo sé —me paso una mano por el pelo, frustrado—. Olvídalo, ¿vale? Ha sido una estupidez.

Reanudo la marcha, necesitando poner distancia entre nosotros. Héctor me sigue, y puedo sentir su mirada en mi nuca como un peso físico.

El resto del camino transcurre en un silencio incómodo. Cuando llegamos a casa, todas las luces están apagadas excepto la del porche. Abro la puerta con mi llave y entramos de puntillas, intentando no hacer ruido.

En las escaleras, justo antes de separarnos hacia nuestras respectivas habitaciones, me detengo. Hay algo que necesito decir, aunque no estoy seguro de qué.

—Héctor —digo, tan bajo que apenas me oigo a mí mismo—. Lo siento. Por lo de antes. No debería haberte sacado así del bar.

—Está bien —responde, igualmente bajo—. No quería bailar de todas formas.

Una pequeña sonrisa se forma en mis labios, casi contra mi voluntad.

—Buenas noches, Roca.

—Buenas noches, Rey.

Entro en mi habitación y cierro la puerta, apoyándome contra ella. Mi corazón late demasiado rápido, y mi mente es un torbellino de pensamientos confusos.

¿Por qué me ha molestado tanto ver a ese tío acercarse a Héctor? ¿Por qué he sentido esa rabia, esa necesidad de interrumpir, de alejarlos? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en cómo le quedaba a Héctor esa camisa azul?

Me dejo caer en la cama, completamente vestido, mientras mi mente da vueltas intentando encontrar una explicación racional. Quizás solo estoy cansado. Quizás es el estrés del entrenamiento. Quizás es que simplemente no quería que nada distrajera a Héctor de nuestro objetivo.

Sí, debe ser eso. Nada más.

Pero mientras el sueño me arrastra lentamente, la imagen de Héctor mirando a ese desconocido se repite en mi cabeza, provocándome una incomodidad que no logro nombrar ni entender.

CAPÍTULO 14

CON UNA CLARIDAD QUE ME DEJA SIN ALIENTO

LUCAS



Me despierto de golpe, desorientado y sudoroso, con el corazón latiendo como si acabara de clavar un cuádruple Axel. La luz que se filtra entre las cortinas me dice que es temprano, demasiado temprano para estar despierto en un día normal.

Pero hoy no es un día normal. No después del sueño que acabo de tener.

Un sueño con manos firmes, piel caliente y ojos oscuros que me miraban como si pudieran ver a través de mí. Un sueño con una voz grave susurrando mi nombre, no mi apellido. Un sueño con Héctor.

Joder.

Me paso las manos por la cara, intentando borrar las imágenes que todavía danzan tras mis párpados. Es solo un sueño, me digo. No significa nada. El cerebro hace cosas raras mientras duermes.

Probablemente es culpa del estrés, del entrenamiento intensivo, de tener que pasar cada minuto despierto con alguien que me saca de quicio.

O de descubrir que ese alguien es gay.

El pensamiento me golpea como un cubo de agua fría. ¿Es eso? ¿Me está afectando saber que Héctor es gay? No tiene sentido. Nunca me ha importado con quién se acueste la gente.

Pero esto es diferente. Este es Héctor. Mi rival. Mi némesis. El hombre que ha sido la piedra en mi zapato desde que tengo memoria.

Y anoche, cuando ese tío se le acercó en el bar...

No. No voy a pensar en eso ahora. Necesito una ducha. Una ducha fría.

Me levanto de la cama, todavía medio dormido, y me dirijo al baño compartido al final del pasillo. El suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos, y el aire frío de la mañana me eriza la piel. Llevo solo unos boxers y una camiseta vieja, mi uniforme habitual para dormir.

Estoy tan perdido en mis pensamientos que no noto que el baño está ocupado hasta que abro la puerta.

Y entonces el mundo se detiene.

Héctor está ahí, completamente desnudo, de espaldas a mí. El agua cae sobre él, dibujando caminos que siguen la curva de su espalda, la línea de su columna, hasta perderse entre sus nalgas perfectamente esculpidas. Músculos que nunca había visto se flexionan bajo su piel bronceada mientras se pasa las manos por el pelo, enjuagando el champú.

Debería cerrar la puerta. Debería irme. Pero estoy paralizado, incapaz de apartar la mirada.

Y entonces, como si sintiera mi presencia, Héctor se da la vuelta.

Por un segundo —un glorioso y aterrador segundo— lo veo todo. Su pecho amplio, su abdomen marcado por años de entrenamiento, la línea de vello oscuro que desciende desde su ombligo hasta... joder. Su polla. Semi-erecta. Más grande de lo que habría imaginado. No es que lo haya imaginado antes. ¿O sí?

Nuestros ojos se encuentran, y el shock en su mirada me saca de mi trance. Cierro la puerta de golpe, con el corazón martilleando tan fuerte que estoy seguro de que pueden oírlo en el pueblo vecino.

—¡Lo siento! —grito a través de la puerta, con una voz que suena estrangulada incluso para mis propios oídos—. ¡No sabía que estabas ahí!

No hay respuesta inmediata, y por un segundo temo que esté tan horrorizado que se haya quedado mudo. Pero entonces su voz, sorprendentemente calmada, me llega desde el otro lado:

—Podrías haber llamado antes de entrar.

Tiene razón, por supuesto. En mi casa siempre hemos sido bastante relajados con la privacidad —somos una familia de deportistas, los cuerpos desnudos no son gran cosa— pero Héctor claramente viene de un entorno diferente.

—Tienes razón, lo siento —respondo, y me sorprende lo sincero que sueno—. No volverá a pasar.

—Dame cinco minutos y el baño es todo tuyo —dice, y hay algo en su tono, una especie de tensión controlada, que me hace preguntarme si está tan afectado como yo.

—Claro. Sí. Cinco minutos. Perfecto.

Me quedo de pie frente a la puerta, intentando procesar lo que acabo de ver. Mi corazón sigue latiendo demasiado rápido, y hay un calor en mi vientre que se está extendiendo rápidamente hacia el sur. Mi miembro se endurece bajo los boxers, reaccionando a las imágenes que ahora están grabadas a fuego en mi cerebro.

Héctor desnudo. El agua deslizándose por su cuerpo. Los músculos de su espalda. Su polla. Joder, su polla.

Esto no puede estar pasando. No puedo estar poniéndome duro por Héctor Roca, de entre todas las personas del planeta.

Intento controlar mi respiración, intento pensar en cualquier cosa que no sea lo que acabo de ver. Patinaje. Entrenamiento. La abuela Pilar hablando de sus problemas de cadera. Cualquier cosa.

Pero es inútil. Mi erección presiona contra la tela de mis boxers, demandando atención, y lo único que puedo ver cuando cierro los ojos es a Héctor, desnudo, mirándome con esos ojos oscuros suyos.

La puerta del baño se abre de golpe, y doy un paso atrás, intentando disimular mi estado con las manos.

Héctor sale envuelto en una toalla que cuelga peligrosamente baja en sus caderas. Su pelo, normalmente perfecto, ahora está húmedo y desordenado, cayendo sobre su frente en mechones oscuros. Gotas de agua todavía brillan en su pecho, y el olor a jabón y champú se mezcla con algo más básico, más elemental: el olor de su piel.

—Todo tuyo —dice, y hay algo en la forma en que me mira, una especie de curiosidad, que me hace preguntarme si puede ver en mi cara todo lo que estoy pensando.

Dios, espero que no.

—Gracias —consigo articular, intentando sonar normal y fallando estrepitosamente.

Paso junto a él, manteniendo la mayor distancia posible en el estrecho pasillo, pero aun así percibo el calor que emana de su cuerpo, el olor limpio y masculino que parece envolverlo.

Una vez dentro del baño cierro la puerta y suelto de golpe el aire que no sabía que estaba conteniendo.

El espejo sobre el lavabo me devuelve la imagen de alguien que apenas reconozco. Tengo las mejillas sonrojadas, los ojos demasiado brillantes, el pelo apuntando en todas direcciones. Parezco... excitado. Y lo estoy. Mi erección es tan obvia que resulta casi cómica.

Me quito la camiseta y los boxers con movimientos bruscos y me meto bajo la ducha, girando el grifo hacia el agua fría. El chorro helado me golpea como mil agujas, arrancándome un jadeo, pero no consigue apagar el fuego que siento por dentro.

Cierro los ojos, intentando pensar en otra cosa, en cualquier cosa que no sea Héctor. Pero es inútil. Su imagen vuelve una y otra vez: en el bar anoche, con esa camisa azul que resaltaba el color de sus ojos; en la pista de hielo, moviéndose con esa gracia controlada que siempre he envidiado secretamente; y ahora, desnudo bajo el agua, cada detalle de su cuerpo perfectamente grabado en mi memoria.

Y entonces lo entiendo. Con una claridad que me deja sin aliento.

No es que me moleste que Héctor sea gay. Es que me gusta que lo sea. Me gusta Héctor.

No como rival. No como compañero forzoso de patinaje.

Me gusta como hombre.

—Joder —murmuro, apoyando la frente contra los azulejos fríos de la ducha—. Estoy tan jodido.

He estado obsesionado con Héctor Roca durante años, convenciéndome de que era odio, rivalidad, competencia. Pero quizás, todo este tiempo, ha sido otra cosa completamente distinta.

Giro el grifo hacia el agua caliente y dejo que me envuelva. Si voy a tener esta revelación, al menos que sea en condiciones dignas y no temblando de frío.

El vapor llena el baño, empañando el espejo y creando una especie de cámara aislada del mundo exterior. Un lugar seguro donde puedo admitir la verdad que ha estado ahí, probablemente, mucho más tiempo del que quiero reconocer.

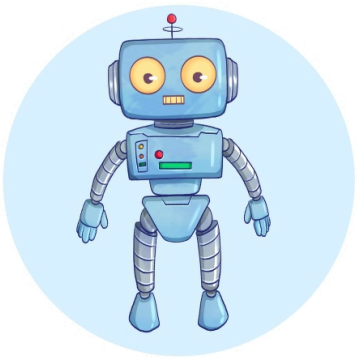
Me atrae Héctor Roca.

Y no tengo ni puta idea de qué hacer al respecto.

CAPÍTULO 15

EL MUNDO SE DETIENE

HÉCTOR



A Lucas le pasa algo.

Llevo toda la mañana observándolo mientras entrenamos y es evidente que no está siendo él mismo. El Lucas Rey que conozco —irritante, despreocupado, incapaz de callarse durante más de treinta segundos seguidos— ha sido reemplazado por una versión tensa y extrañamente silenciosa que apenas me mira a los ojos.

No es que me queje del silencio. En circunstancias normales, consideraría un milagro poder entrenar sin su incesante parloteo. Pero esto... esto es desconcertante. Inquietante, incluso.

—Otra vez —digo, mientras nos preparamos para intentar de nuevo la secuencia de pasos que Javier nos ha asignado—. Y esta vez intenta seguir el ritmo.

Lucas asiente sin replicar, sin hacer una sola broma sobre mi obsesión por la precisión, sin llamarme robot o cualquier otro apodo

ridículo de su extenso repertorio. Solo se coloca en posición, con la mirada fija en algún punto por encima de mi hombro.

¿Qué narices le pasa?

Y, sobre todo, ¿por qué me importa tanto que se esté comportando de forma extraña?

Empezamos la secuencia. La música fluye a nuestro alrededor, una pieza clásica con matices contemporáneos que Javier ha elegido para «combinar nuestros estilos», según sus palabras. Nuestros cuerpos se mueven en una sincronía que habría sido impensable hace solo unos días. Hay progreso, aunque se mínimo, tengo que admitirlo. Estamos empezando a funcionar como una unidad.

Pero cada vez que nuestras manos se tocan, cada vez que tengo que sujetarlo por la cintura para un giro asistido, siento cómo se tensa bajo mis dedos. Como si mi contacto le quemara.

Y entonces comete un error. Un error básico que ni siquiera un principiante cometería. Su cuchilla se cruza con la mía durante un cambio de dirección, y ambos perdemos el equilibrio. Caemos sobre el hielo en un enredo de extremidades, con Lucas aterrizando encima de mí con un ruido sordo que me deja sin aire por un momento.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —pregunto, más brusco de lo que pretendía, mientras intento incorporarme.

Lucas se aparta como si yo estuviera en llamas, sus mejillas teñidas de un rojo intenso que no tiene nada que ver con el frío de la pista.

—Nada —responde, poniéndose de pie con un movimiento fluido —. Solo estoy cansado.

—¿Cansado? —repito, incrédulo—. Tú nunca estás cansado para patinar. Es lo único en lo que eres consistente.

Es una provocación deliberada. Un intento de hacerle reaccionar, de recuperar al Lucas normal que me saca de quicio, pero que al menos sé cómo manejar. Este Lucas silencioso y distante me desconcierta completamente.

Funciona. Sus ojos se estrechan, y por fin, por fin me mira directamente.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta, con un filo en su voz que no estaba ahí antes.

—Quiero decir que puedes ser un desastre en todo lo demás —respondo, también poniéndome de pie—, pero nunca te había visto patinar como si tuvieras los pies de plomo.

—Perdona por no cumplir con tus estándares imposibles, Roca —replica, y ahí está, el tono sarcástico que conozco tan bien—. Algunos de nosotros somos humanos, ¿sabes? Con emociones y todo eso. Debe ser un concepto alienígena para ti.

—Mis estándares no son imposibles —contraataco, patinando hacia él—. Son los mínimos para un deportista de élite, que es lo que se supone que eres.

—¿Y qué se supone que eres tú? ¿La encarnación de la perfección? —Se acerca también, invadiendo mi espacio personal—. Porque tengo noticias para ti: no lo eres. Eres tan humano y falible como el resto de nosotros, aunque te empeñes en ocultarlo bajo esa fachada de robot perfecto.

Estamos a centímetros el uno del otro ahora. Puedo sentir su respiración agitada, ver cómo late una vena en su cuello, oler el aroma a cítricos de su champú mezclado con el olor más primario de su sudor. Hay algo magnético en su rabia, en la forma en que sus ojos brillan con una intensidad que me resulta imposible ignorar.

—Al menos yo me esfuerzo —digo, bajando la voz—. No me conformo con ser «suficientemente bueno» cuando podría ser excepcional.

—¿Crees que no me esfuerzo? —Su voz también ha bajado, convirtiéndose en algo peligrosamente íntimo—. ¿Crees que es fácil para mí estar aquí, contigo, día tras día?

Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que nunca le había oído antes, que me hace contener la respiración. De repente soy dolorosamente consciente de lo cerca que estamos, de cómo el vapor de nuestras respiraciones se mezcla en el aire frío entre nosotros.

—¿Por qué no es fácil, Lucas? —pregunto, y el uso de su nombre de pila parece sorprenderlo tanto como a mí mismo.

Sus ojos se mueven de los míos a mis labios, tan rápido que casi me lo pierdo. Casi.

—Porque tú... —empieza, pero se detiene, como si no encontrara las palabras.

O como si tuviera miedo de decirlas.

No sé quién se mueve primero. Quizás él, quizás yo. Quizás es una decisión mutua, silenciosa, inevitable. Pero de repente la distancia entre nosotros desaparece, y sus labios están sobre los míos.

El mundo se detiene.

El beso es torpe al principio, casi violento, como si fuera otra forma de pelear. Sus labios son sorprendentemente suaves contra los míos, pero hay una urgencia en la forma en que me agarra por la nuca, en cómo sus dedos se enredan en mi pelo, que me deja sin aliento.

Y entonces, algo cambia. El beso se suaviza, se profundiza. Mi mano encuentra el camino hasta su cintura, aferrándose a la tela de su camiseta como si fuera un salvavidas. Su lengua roza tentativamente mi labio inferior, pidiendo permiso, y yo se lo concedo sin pensar, sin analizar, solo sintiendo.

Es como patinar el programa perfecto. Como clavar un salto imposible. Como la adrenalina de la competición y la paz que sigue a la victoria, todo a la vez.

Es aterrador y maravilloso y completamente inesperado.

Y entonces, justo cuando empiezo a perderme en la sensación, justo cuando mi otra mano se desliza bajo su camiseta para tocar la piel caliente de su espalda, la realidad irrumpe en forma de voces infantiles.

—¡Mira, son Lucas y Héctor!

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado, ambos jadeando, con los labios hinchados y las mejillas encendidas. A pocos metros de nosotros, un grupo de niños entra en tropel a la pista, seguidos por la monitora que siempre los acompaña.

—¡Buenos días, chicos! —saluda alegremente, aparentemente ajena al momento que acaba de interrumpir—. Espero que no os

importe compartir la pista. Los niños estaban deseando volver a patinar con vosotros.

Lucas parece haber perdido la capacidad de hablar. Está inmóvil, con los ojos muy abiertos, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

—Por supuesto —respondo automáticamente, mi voz sonando extrañamente ronca incluso para mis propios oídos—. No hay problema.

La monitora sonríe y comienza a organizar a los niños, que ya están poniéndose los patines. Lucas sigue sin moverse, sin mirarme, como si estuviera en shock.

—Lucas —digo, tan bajo que solo él puede oírme—. Tenemos que hablar de...

—No —me interrumpe, finalmente reaccionando—. No tenemos que hablar de nada. Esto ha sido... un error. El calor del momento. No significa nada.

Cada palabra es como una pequeña puñalada. No debería dolerme. No debería importarme. Pero lo hace.

—¿Un error? —repito, y hay algo en mi tono que hace que finalmente me mire.

Lo que veo en sus ojos me deja sin palabras. Miedo. Confusión. Y algo más, algo que parece peligrosamente similar al deseo.

—Sí, un error —insiste, pero su voz tiembla ligeramente—. Estábamos discutiendo, las emociones estaban a flor de piel, y... simplemente pasó. No volverá a ocurrir.

Antes de que pueda responder, uno de los niños llega patinando hasta nosotros, interrumpiendo el momento.

—¡Lucas! ¿Me enseñas a hacer ese salto que hiciste ayer? —pregunta, con los ojos brillantes de admiración.

Lucas parece aliviado por la interrupción. Su expresión cambia instantáneamente, transformándose en la sonrisa fácil y cálida que reserva para todo el mundo excepto para mí.

—¡Claro que sí, campeón! —responde, revolviéndole el pelo al niño—. Vamos a ello.

Y sin mirarme ni una vez más, se aleja patinando, llevándose al niño con él.

Me quedo solo en medio de la pista, con el sabor de Lucas todavía en mis labios y una confusión abrumadora en mi mente.

¿Qué acaba de pasar?

¿Y por qué, a pesar de todo lo que me dice la lógica, a pesar de todas las complicaciones que esto supone, a pesar de que Lucas mismo lo ha llamado un error... por qué lo único que quiero es volver a besarlo?

CAPÍTULO 16

ESA CONEXIÓN ELÉCTRICA ENTRE NOSOTROS

LUCAS



Dos días. Cuarenta y ocho horas. Dos mil ochocientos ochenta minutos.

Ese es el tiempo exacto que llevo evitando quedarme a solas con Héctor Roca.

No es fácil, considerando que vivimos bajo el mismo techo, entrenamos juntos, y mi padre, en su infinita sabiduría, ha decretado que debemos pasar «cada minuto despiertos» en compañía el uno del otro. Pero me las he arreglado con una mezcla de excusas creativas, horarios estratégicamente planificados, y la ayuda involuntaria de los niños del campamento de patinaje, que parecen haberse encariñado especialmente con nosotros.

Cualquier cosa es mejor que enfrentarme a lo que pasó en la pista.

El beso.

Joder, ni siquiera puedo pensar en ello sin que mi estómago dé un vuelco y mis manos empiecen a sudar. ¿En qué coño estaba pensando? ¿Cómo pude dejarme llevar así? ¿Y por qué no puedo dejar de revivir ese momento una y otra vez en mi cabeza?

Fue un error. Un momento de locura. El resultado de la tensión acumulada, del estrés del entrenamiento, de la convivencia forzada. Nada más.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo mientras observo a Héctor desde el otro lado de la mesa durante la cena. Está comiendo con esa precisión meticulosa suya, cortando cada trozo de comida del mismo tamaño exacto, masticando un número determinado de veces antes de tragar. Todo en él es tan controlado, tan medido, tan irritantemente perfecto.

Excepto cuando me besó. Entonces no había nada de control ni perfección. Solo hambre, y calor, y una desesperación que parecía reflejar la mía propia.

—Lucas, cariño, ¿estás bien? Apenas has tocado tu comida.

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos. Todos en la mesa me miran con diversos grados de curiosidad. Todos excepto Héctor, que sigue concentrado en su plato como si contuviera los secretos del universo.

—Estoy bien, mamá —respondo, forzando una sonrisa—. Solo estoy... pensando en la coreografía.

—Vaya, eso sí que es una novedad —comenta mi hermano, con una sonrisa burlona—. Lucas Rey pensando en entrenar. ¿Seguro que no te has dado un golpe en la cabeza?

—Que te jodan, Adrián —replico automáticamente, pero sin la energía habitual.

—¡Lucas! —me regaña mi madre—. Ese lenguaje en la mesa...

—Lo siento —murmuro, pinchando un trozo de patata con más fuerza de la necesaria.

Un silencio incómodo se instala en la mesa. Puedo sentir la mirada preocupada de mi padre, la curiosidad de mi abuela, la confusión de mi madre. Y sobre todo, puedo sentir la ausencia de la mirada de Héctor, que sigue obstinadamente fija en su plato.

Adrián, bendito sea, decide romper la tensión.

—¿Sabéis qué? Acabo de recordar que Erik y yo compramos ese nuevo juego de hockey para la Switch antes de venir. ¿Qué os parece si organizamos un torneo después de cenar?

—¿Un torneo de videojuegos? —pregunta mi padre, con una ceja levantada—. ¿No estáis un poco mayores para eso?

—Nunca se es demasiado mayor para humillar a tu hermano pequeño en un videojuego —responde Adrián, guiñándome un ojo.

A pesar de mi estado de ánimo, no puedo evitar sonreír. Mi hermano sabe exactamente cómo provocarme.

—Ya te gustaría —respondo, aceptando el desafío—. La última vez que jugamos te gané por tantos puntos que casi lloras.

—Eso fue hace dos años, y estaba enfermo —se defiende Adrián —. Esta vez será diferente.

—Yo paso —dice Erik, levantando las manos—. La última vez que jugué con vosotros dos casi acabáis a puñetazos.

—Cobarde —le acusa Adrián, dándole un codazo amistoso—. Bueno, entonces seremos Lucas, Héctor y yo. ¿Qué dices, Héctor? ¿Te apuntas a un partido virtual?

Por primera vez en toda la cena, Héctor levanta la mirada de su plato. Sus ojos se encuentran brevemente con los míos antes de desviarse hacia Adrián.

—Yo... no sé mucho de videojuegos —dice, con ese tono formal que usa cuando está incómodo.

—Vamos, hombre, no hace falta ser un experto —insiste mi hermano—. Será divertido. Y seguro que a Lucas le vendrá bien que alguien le baje los humos.

Héctor duda, y por un momento creo que va a rechazar la invitación. Casi espero que lo haga. Pero entonces, para mi sorpresa, asiente ligeramente.

—Está bien —dice—. Supongo que puedo intentarlo.

Y así es como, una hora después, me encuentro sentado en el sofá del salón, con un mando de la Switch en las manos, demasiado consciente de que Héctor está sentado a menos de un metro de mí.

Adrián ha configurado el juego: un simulador de hockey sobre hielo con gráficos realistas y física avanzada. Para mi sorpresa,

Héctor escucha atentamente mientras mi hermano explica los controles, asintiendo ocasionalmente, haciendo preguntas precisas.

—Vale, empecemos con una ronda de práctica —dice Adrián—. Yo contra Lucas, y luego el ganador contra Héctor.

Jugamos un partido rápido, y aunque intento concentrarme, mi mente sigue desviándose hacia el hombre sentado a mi lado. Hacia sus manos sosteniendo el mando, hacia su perfil recortado contra la luz cálida de la lámpara, hacia el recuerdo de sus labios contra los míos.

Pierdo, por supuesto.

—¡Ja! ¿Qué decías sobre humillarme? —se burla Adrián, levantando los brazos en señal de victoria—. Tu turno, Héctor. Prepárate para la masacre.

Héctor toma el mando que le paso, y nuestros dedos se rozan por un instante. Una corriente eléctrica me recorre el brazo, y aparto la mano como si me hubiera quemado.

—Buena suerte —murmuro, sin mirarlo.

—Gracias —responde, con una voz tan baja que apenas lo oigo.

El partido comienza, y me preparo para ver cómo mi hermano destroza a Héctor. Adrián no solo es un jugador de hockey profesional, sino que también es un *gamer* consumado. Héctor, con su admitida inexperiencia, no tiene ninguna posibilidad.

O eso pensaba.

Para mi absoluta sorpresa, Héctor no solo aguanta el tipo, sino que rápidamente empieza a dominar el juego. Sus movimientos son precisos, estratégicos, devastadoramente efectivos. En menos de cinco minutos, está ganando por tres goles a uno.

—¿Qué cojones? —exclama Adrián, inclinándose hacia adelante con una concentración renovada—. ¿Seguro que no has jugado antes?

—A este juego no —responde Héctor, sin apartar la vista de la pantalla—. Pero la física es bastante realista. Solo hay que calcular ángulos, velocidades y probabilidades.

Lo dice como si fuera lo más normal del mundo. Como si todo el mundo pudiera calcular trayectorias y ángulos de rebote en tiempo real.

Y entonces sucede algo aún más sorprendente: Héctor sonríe. No es su habitual micro-sonrisa contenida, sino una sonrisa genuina, amplia, que transforma completamente su rostro. Sus ojos se iluminan, las líneas de tensión alrededor de su boca desaparecen, y de repente parece años más joven. Más accesible. Más... humano.

Algo se agita en mi pecho, una sensación cálida y expansiva que no quiero examinar demasiado de cerca.

Héctor termina ganando por cinco a dos, dejando a mi hermano en estado de shock.

—Vale, eso ha sido impresionante —admite Adrián, mirando a Héctor con nuevo respeto—. ¿Dónde aprendiste a jugar así?

—No he aprendido específicamente —responde Héctor, con un encogimiento de hombros que intenta restar importancia a su victoria, pero no puede ocultar completamente su satisfacción—. Supongo que se me dan bien los patrones y la anticipación.

—Se te da bien ganar, eso es lo que se te da bien —dice Adrián, dándole una palmada en el hombro que hace que Héctor se tense momentáneamente antes de relajarse—. Bueno, ahora toca el enfrentamiento final: Héctor contra Lucas.

Mi estómago da un vuelco. No estoy preparado para esto. No estoy preparado para sentarme aquí, hombro con hombro con Héctor, fingiendo que todo es normal cuando nada lo es.

—En realidad... —empieza Adrián, con una sonrisa que conozco demasiado bien y que nunca augura nada bueno—. He cambiado de opinión. Vamos a probar el modo cooperativo. Lucas y Héctor contra la IA al nivel más difícil.

—¿Qué? —exclamo, casi dejando caer el mando—. ¿Por qué?

—Porque será divertido ver si podéis trabajar juntos sin mataros —responde Adrián, con una mirada que me dice que sabe exactamente lo que está haciendo—. Además, después de ver jugar a Héctor, creo que es la única forma de que tengas alguna posibilidad de ganar, hermanito.

Antes de que pueda protestar más, Adrián configura el juego y se sienta en el sillón, con una expresión que solo puede describirse como maliciosamente divertida.

Miro a Héctor de reojo. Está sentado rígidamente, con el mando sujeto con firmeza entre sus manos, mirando fijamente la pantalla.

—Supongo que tendremos que... coordinar nuestras estrategias —dice, sin mirarme.

—Supongo —respondo, igualmente incómodo.

El partido comienza, y los primeros minutos son un desastre. Nos movemos descoordinadamente, chocamos entre nosotros, perdemos el puck constantemente. La IA, configurada al nivel más difícil, nos marca tres goles en rápida sucesión.

—Esto es patético —comenta Adrián desde el sillón—. Parecéis dos pulpos borrachos intentando bailar un tango.

—¡Cállate! —le espeto, frustrado—. No es tan fácil.

—Quizás deberíamos intentar algo diferente —sugiere Héctor, todavía sin mirarme directamente—. Tú eres mejor en ataque, yo en defensa. Si nos centramos cada uno en lo que se nos da mejor...

—Vale, sí —acepto, sorprendido por su sugerencia—. Yo me encargo de marcar, tú de evitar que nos marquen.

Y entonces, algo cambia. Como en la pista de hielo cuando finalmente encontramos nuestro ritmo, empezamos a movernos en sincronía. Héctor anticipa mis movimientos, yo comprendo sus estrategias. Sin necesidad de hablar, establecemos un sistema de juego que funciona.

Marcamos un gol. Luego otro. Igualamos el marcador.

—¡Eso es! —exclama Adrián, ahora genuinamente impresionado —. ¡Así se juega!

El último minuto del partido es pura adrenalina. Estamos empatados, el tiempo se agota, y tenemos una última oportunidad de atacar. Héctor intercepta un pase de la IA y me envía el puck con una precisión milimétrica. Yo lo recibo, me muevo entre los defensas virtuales, y disparo.

Gol.

—¡TOMA YA! —grito, levantándome de un salto del sofá con los brazos en alto—. ¡Lo hemos conseguido!

Sin pensar, me giro hacia Héctor, buscando celebrarlo con él. Y lo que veo me deja sin aliento.

Está sonriendo. Sus ojos brillan, sus mejillas están ligeramente sonrojadas, y por un momento, parece una persona completamente diferente al Héctor Roca que creía conocer.

—Ha sido... divertido —admite, mirándome directamente por primera vez en dos días.

Y ahí está de nuevo, esa conexión eléctrica entre nosotros. Ese momento de reconocimiento mutuo que hace que todo lo demás desaparezca.

—Sí —respondo, con la voz extrañamente ronca—. Lo ha sido.

Adrián nos mira alternativamente, con una expresión que no logro descifrar.

—Bueno, parece que habéis encontrado vuestra química después de todo —dice, con un tono demasiado significativo—. Quién lo habría dicho.

Siento que me sonrojo, y aparto la mirada de Héctor rápidamente.

—Solo ha sido suerte —murmuro, dejando el mando sobre la mesa—. Y ya es tarde. Deberíamos irnos a dormir.

—¿Tan pronto? —pregunta Adrián, con fingida inocencia—. Pero si solo son las...

—Tenemos entrenamiento temprano —le interrumpo, lanzándole una mirada de advertencia—. Ya conoces a papá.

—Cierto —concede, levantando las manos en señal de rendición, aunque su sonrisa dice que no me cree ni por un segundo—. Que descanséis, entonces. Los dos.

Subo las escaleras casi corriendo, necesitando poner distancia entre Héctor y yo, entre lo que acaba de pasar y lo que significa.

Porque lo que acaba de pasar es que he visto a Héctor Roca, el robot, el témpano de hielo, reír. Lo he visto disfrutar, relajarse, ser... humano. Y me ha gustado. Me ha gustado demasiado.

Y lo que significa es que estoy aún más jodido de lo que pensaba.

En la seguridad de mi habitación, me dejo caer en la cama, todavía completamente vestido. Intento no pensar en Héctor, en su sonrisa, en cómo sus manos sostenían el mando con esa precisión y confianza que parece aplicar a todo lo que hace.

Esas manos. Grandes, fuertes, con dedos largos y elegantes. Manos que saben exactamente lo que hacen, que se mueven con una seguridad que resulta casi hipnótica. Manos que me sujetaron durante nuestro beso, que se deslizaron bajo mi camiseta, que tocaron mi piel con una delicadeza que contradecía su fuerza.

Manos que me gustaría sentir en otras partes de mi cuerpo.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que me incorporo de golpe, sintiendo cómo el calor se extiende por mi cuerpo como un incendio fuera de control.

No. No voy a pensar en eso. No voy a imaginarme a Héctor tocándome, besándome, presionándome contra la cama con el peso de su cuerpo.

Pero es demasiado tarde. Mi mente ya está ahí, y mi cuerpo responde con una rapidez que sería vergonzosa si no estuviera tan desesperadamente excitado.

Me tumbo de nuevo, cerrando los ojos con fuerza, como si eso pudiera borrar las imágenes que se forman tras mis párpados. Imágenes de Héctor inclinándose sobre mí, de sus labios recorriendo mi cuello, de sus manos desabrochando mis pantalones, deslizándose bajo la tela, encontrando mi...

—Joder —murmuro, presionando la palma de mi mano contra mi erección a través de los vaqueros.

Esto está mal. Está tan mal. Pero no puedo parar. No quiero parar.

Con movimientos casi frenéticos, me desabrocho los pantalones y deslizo la mano dentro de mis boxers. Estoy tan duro que casi duele, y cuando mis dedos se cierran alrededor de mi polla, no puedo contener un gemido.

Intento pensar en otra cosa, en cualquier otra persona. En chicas con las que he estado, en celebridades que me parecen atractivas. Pero es inútil. La imagen de Héctor se niega a abandonar mi mente. Su sonrisa, sus ojos, sus manos, su cuerpo...

Me rindo. Dejo de luchar contra lo inevitable y me entrego completamente a la fantasía. Imagino que son sus manos las que me tocan, sus dedos los que se deslizan por mi longitud, su voz grave la que susurra mi nombre.

No duro ni un minuto. El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento, arqueando la espalda, mordiendo la almohada para no hacer ruido. Olas de placer recorren mi cuerpo, tan intensas que veo estrellas tras mis párpados.

Cuando finalmente recupero el aliento, me quedo mirando al techo, con el brazo sobre los ojos, sintiendo cómo la realidad vuelve a instalarse lentamente.

Acabo de masturbarme pensando en Héctor Roca.

Y ha sido el mejor orgasmo que he tenido en mi vida.

—Vaya puta mierda —murmuro al techo, que no ofrece ninguna respuesta a mi dilema.

Porque ahora ya no puedo seguir negándolo, ni siquiera a mí mismo. No puedo fingir que es solo confusión, o curiosidad, o el resultado de pasar demasiado tiempo juntos.

Me atrae Héctor Roca. No solo físicamente, aunque Dios sabe que su cuerpo es una obra de arte. Me atrae su mente, su dedicación, su forma de ver el mundo. Me atrae incluso su jodida obsesión por el control y la perfección.

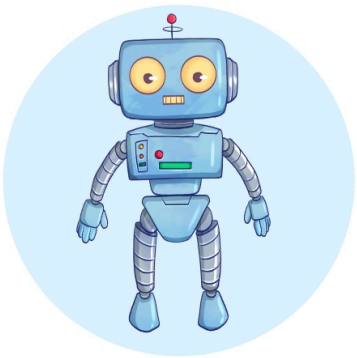
Me atrae todo de él.

Y eso es un problema mucho, mucho mayor de lo que estoy preparado para afrontar.

CAPÍTULO 17

QUIZÁS NI SIQUIERA ÉL LO SABE

HÉCTOR



Lucas y yo tenemos que hablar.

Me he pasado toda la noche planificando esta conversación.

He considerado cada escenario posible, he preparado respuestas para cualquier objeción, he ensayado mentalmente cada palabra que voy a decirle hasta que el discurso me ha parecido tan fluido y preciso como uno de mis programas de competición.

Lo que no he conseguido todavía es olvidar el recuerdo del beso que nos dimos. La sensación de sus labios contra los míos, sorprendentemente suaves para alguien tan áspero con sus palabras. El calor que se expandió por mi cuerpo como una ola, derritiendo cada barrera cuidadosamente construida. La forma en que sus manos se enredaron en mi pelo, acercándome más, como si tampoco pudiera tener suficiente.

Fue... intenso. Más intenso que cualquier cosa que haya experimentado antes. Y ese es precisamente el problema.

No puedo permitirme sentir eso de nuevo. No puedo dejar que las emociones, el deseo, o lo que sea que me sucediese en ese momento, interfieran con nuestro objetivo. Somos deportistas profesionales, no adolescentes hormonados. Tenemos responsabilidades, expectativas que cumplir. Una carrera que salvar.

Además, me recuerdo a mí mismo, Lucas Rey no me gusta. Es solo circunstancial que estemos juntos estas navidades.

Así que, mientras espero a Lucas en la cocina a las seis de la mañana, intento ignorar el nudo en mi estómago que ninguna cantidad de preparación parece poder deshacer. Intento no pensar en cómo sería besarlo de nuevo, esta vez sin la sorpresa inicial, sabiendo exactamente lo que estamos haciendo. Intento no imaginar mis manos recorriendo su cuerpo, explorando cada músculo definido por años de entrenamiento.

Intento no pensar en ello, y fracaso miserablemente.

El sonido de pasos en la escalera interrumpe mis pensamientos, y casi agradezco la distracción. Lucas aparece en la cocina, con el pelo revuelto y los ojos todavía pesados por el sueño. Lleva una camiseta desgastada que le queda grande y unos pantalones de chándal que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas. Se ve vulnerable, desarmado, completamente diferente al Lucas confiado y arrogante que muestra al mundo.

Y aun así, o quizás precisamente por eso, me resulta imposible apartar la mirada.

—Buenos días —digo finalmente, ofreciéndole una taza de café que he preparado específicamente para él: con demasiada leche y una cantidad obscena de azúcar, tal como he observado que le gusta.

Parece sorprendido por el gesto, pero toma la taza con un murmullo que suena vagamente a «gracias». Nuestros dedos se rozan, y siento ese ahora familiar hormigueo que sube por mi brazo, recordándome demasiado a cómo me sentí cuando sus manos recorrieron mi nuca durante el beso.

Esperamos en silencio mientras bebe el primer sorbo. Sus ojos se cierran brevemente, y un pequeño suspiro de satisfacción escapa de sus labios. Es un sonido tan íntimo que tengo que apartar la mirada, porque me hace pensar en qué otros sonidos podría hacer, en otras circunstancias.

—Tenemos que hablar —digo, sin preámbulos. Nunca he sido bueno con las sutilezas.

Lucas se tensa visiblemente, pero asiente.

—¿Sobre...?

—Sobre lo que pasó. El beso. Y sobre cómo vamos a seguir adelante.

Sus mejillas se tiñen de un rosa tenue, pero no aparta la mirada. Es una de las cosas que siempre he admirado secretamente de él: su capacidad para enfrentar las situaciones directamente, sin esconderse.

—Fue un error —dice, repitiendo lo que ya me dijo en la pista—. El calor del momento. No tiene por qué cambiar nada.

—Estoy de acuerdo —respondo, aunque algo dentro de mí protesta ante la palabra «error». Porque no se sintió como un error. Se sintió como lo más natural del mundo, como si nuestros cuerpos supieran algo que nuestras mentes se negaban a aceptar—. Pero ha cambiado algo. Llevamos dos días casi sin hablar, apenas mirándonos. Y no podemos seguir así.

Da otro sorbo a su café, como si necesitara tiempo para procesar mis palabras. O para encontrar las suyas.

—¿Y qué propones? —pregunta finalmente.

—Una tregua —digo, recitando la parte del discurso mental que he pulido más cuidadosamente—. Tenemos que hacer que esto funcione. Solo son unas semanas de nuestra vida. Nos jugamos la carrera. Somos deportistas de élite. Yo estoy dispuesto a ceder si tú lo estás.

Me mira con una expresión que no logro descifrar. Hay sorpresa en su rsotro, pero también algo más, algo más profundo.

—¿Ceder? —repite, con un tono que sugiere que la palabra le resulta tan extraña en mis labios como a mí me suena.

—Sí, ceder —confirmo—. Comprometerme. Adaptarme. Lo que sea necesario para que esto funcione. Ayer, en el videojuego, pudimos colaborar y ganar. Tenemos que llevar eso a la pista.

Se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más si es posible. Es un gesto tan característicamente suyo que casi sonrío. Y también es un gesto que me hace querer seguir el mismo camino con mis propios dedos, enredarlos en ese pelo perpetuamente desordenado, acercar su rostro al mío...

No. Concéntrate, Héctor.

—Vale —dice finalmente—. Firmemos una tregua. Vamos a intentarlo.

Extiendo mi mano, ofreciéndosela para sellar nuestro acuerdo. Es un gesto formal, profesional, seguro. Una barrera física contra el impulso de tocarlo de formas mucho menos profesionales.

Él la mira por un segundo, como si estuviera considerando sus opciones, y luego la toma. Su mano es cálida, ligeramente áspera por años de caídas en el hielo, pero firme. El contacto dura apenas unos segundos, pero es suficiente para que un hormigueo se extienda por todo mi brazo.

—Bien —digo, soltando su mano quizás demasiado rápido—. Entonces está decidido. Empezamos de nuevo. Como compañeros.

—Como compañeros —repite, y hay algo en su tono, una especie de resignación, que no logro interpretar.

Dos horas más tarde, estamos en la pista, solos por primera vez desde el beso. Javier ha tenido que ir a una reunión con los responsables del complejo deportivo, dejándonos a cargo de nuestro propio entrenamiento.

En otras circunstancias, esto habría sido una receta para el desastre. Pero hoy, con nuestra recién acordada tregua, hay una determinación compartida que no estaba ahí antes.

—Empecemos con los elementos básicos —sugiero, mientras patinamos uno al lado del otro para calentar—. Las transiciones, los giros asistidos. Nada de saltos complicados todavía.

Lucas asiente, y hay una seriedad en su expresión que rara vez muestra. Es como si, por primera vez, estuviera tan comprometido como yo a hacer que esto funcione.

Comenzamos con movimientos simples. Patinaje espejo, donde cada uno refleja los movimientos del otro. Es un ejercicio básico de sincronización, pero crucial para establecer un ritmo común.

Para mi sorpresa, funciona sorprendentemente bien. Lucas es naturalmente intuitivo en el hielo, y yo soy metódicamente preciso. Cuando combinamos ambas cualidades, el resultado es... notable.

—Probemos un giro asistido —sugiere Lucas, después de varios minutos de ejercicios básicos—. Uno sencillo. Tú me sujetas por la cintura, yo giro.

Asiento, intentando no pensar en lo que implica: mis manos en su cintura, su cuerpo cerca del mío. Es un elemento estándar en el patinaje en parejas. Profesional. Técnico. Nada más.

Nos colocamos en posición. Mis manos encuentran su lugar en su cintura, firmes pero no restrictivas. Puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la fina capa de su camiseta, la tensión en sus músculos mientras se prepara para el giro.

—A la de tres —digo, intentando que mi voz suene normal—. Uno, dos, tres...

El movimiento es fluido, casi perfecto. Lucas gira con la gracia natural que siempre lo ha caracterizado, mientras mis manos lo mantienen estable, proporcionando el punto de anclaje que necesita.

Cuando terminamos, hay una expresión de sorpresa en su rostro que debe reflejar la mía.

—Eso ha sido... —empieza.

—Bueno —termino por él—. Realmente bueno.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y por un momento, es como si todo lo demás —el beso, la tensión, la incomodidad— se desvaneciera. Solo somos dos patinadores que acaban de ejecutar un elemento correctamente.

—Intentemos algo más complejo —sugiere, con un brillo en los ojos que reconozco como entusiasmo genuino—. Un salto asistido.

Es ambicioso. Quizás demasiado. Pero su entusiasmo es contagioso, y me encuentro asintiendo antes de que la parte racional de mi cerebro pueda protestar.

El salto asistido es más complicado que el giro. Requiere una sincronización perfecta, comunicación, confianza mutua. Es el tipo

de elemento que las parejas tardan meses en perfeccionar.

Nosotros no tenemos tanto tiempo.

Nos colocamos en posición. Esta vez, mis manos están en sus caderas, preparadas para darle el impulso adicional que necesita para el salto. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, la anticipación.

—A la de tres —digo de nuevo—. Uno, dos, tres...

El impulso es bueno. El despegue es prometedor. Pero algo falla en el aterrizaje. Lucas pierde ligeramente el equilibrio, y yo reacciono instintivamente, sujetándolo con más fuerza para evitar que caiga.

El resultado es que, en lugar de una separación limpia tras el salto, quedamos prácticamente pegados. Su espalda contra mi pecho, mis brazos alrededor de su cintura, su respiración agitada mezclándose con la mía.

El tiempo parece detenerse.

Lentamente, casi como en cámara lenta, Lucas se gira entre mis brazos hasta quedar frente a mí. Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos avellana, sentir el calor de su aliento contra mis labios.

Mis manos siguen en su cintura, y las suyas han encontrado su camino hasta mis hombros. No sé si para empujarme o para atraerme más cerca. Quizás ni siquiera él lo sabe.

Todo mi cuerpo se tensa con la anticipación. Con el recuerdo de cómo se sintieron sus labios contra los míos. Con el deseo, inesperado pero innegable, de sentirlos de nuevo.

Sus ojos bajan a mis labios, y veo cómo traga saliva. Siento cómo mis propias manos se aprietan ligeramente en su cintura, acercándolo un milímetro más.

Y entonces, justo cuando parece inevitable que la historia se repita, un sonido rompe el hechizo: aplausos. Fuertes, entusiastas, acompañados de una voz familiar.

—¡Bravo! ¡Eso ha sido espectacular!

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado, girando para ver a Javier Rey tras el muro de la pista, aplaudiendo con genuino entusiasmo.

—No tengo ni idea de cómo lo habéis hecho —dice, patinando hacia nosotros con una sonrisa que ilumina todo su rostro—, pero ahora sí que empezáis a parecer una pareja de verdad.

LUCAS

Las palabras de mi padre caen sobre nosotros como un cubo de agua helada. «Una pareja de verdad». Si él supiera...

Miro a Héctor de reojo y veo que está tan tenso como yo, con las mejillas ligeramente sonrojadas y la mirada fija en el hielo. Parece tan fuera de su elemento, tan vulnerable, que algo se retuerce en mi pecho.

¿Qué coño acaba de pasar? ¿Estábamos a punto de besarnos otra vez? ¿Después de nuestra conversación de esta mañana, después de acordar que el beso fue un error, después de prometer que nos centraríamos en ser compañeros profesionales?

Joder, somos un desastre.

—¿Lucas? ¿Me estás escuchando?

La voz de mi padre me saca de mis pensamientos. Está mirándome con una mezcla de diversión y exasperación, como si supiera que estoy perdido en mis pensamientos y que no me he enterado de nada.

—Sí, claro —miento, intentando recomponerme—. Decías que... ha estado bien.

—Ha estado más que bien —corrige, con un entusiasmo que no le había visto en semanas—. Ha sido el mejor trabajo en equipo que os he visto hacer hasta ahora. Si seguís así, podríais tener una oportunidad real en la Copa de Reyes.

Intercambio una mirada rápida con Héctor, que parece tan sorprendido como yo por el cumplido.

—Gracias, entrenador —dice, con esa formalidad suya que ahora, por alguna razón, me parece casi entrañable—. Estamos... trabajando en ello.

—Se nota —responde mi padre, asintiendo con aprobación—. Se nota mucho. Hay una conexión entre vosotros que no estaba ahí antes. Una química que es fundamental para el patinaje en parejas.

Química. Si supiera que esa «química» casi nos lleva a comernos la boca en medio de la pista hace menos de dos minutos.

—Es solo práctica —digo, intentando sonar casual—. Y la tregua que hemos acordado esta mañana.

—¿Una tregua? —Mi padre arquea una ceja, intrigado.

—Héctor y yo hemos decidido dejar de lado nuestras diferencias —explico, consciente de que estoy simplificando enormemente la situación—. Por el bien del entrenamiento.

Mi padre me mira con intensidad, lo que solo me pone más nervioso.

—Fue idea de Héctor —añado, porque de alguna manera siento que es importante que lo sepa.

—Pues ha sido una idea excelente —dice mi padre, dándole a Héctor una palmada en el hombro que lo hace tambalearse ligeramente—. Ya era hora de que os comportarais como adultos.

Héctor asiente, claramente incómodo con el contacto físico, pero intentando no mostrarlo.

—Bueno, sigamos con el entrenamiento —continúa mi padre, entrando en modo entrenador—. Quiero ver ese salto asistido de nuevo, pero esta vez con una entrada más limpia y un aterrizaje más controlado.

Las siguientes dos horas son intensas. Mi padre nos hace repetir elementos una y otra vez, perfeccionando cada detalle, cada transición. Es agotador, pero también extrañamente satisfactorio. Porque funciona. Realmente funciona. Héctor y yo encontramos un ritmo, un lenguaje común, una forma de comunicarnos sin palabras que hace que todo fluya.

Y si cada vez que sus manos me tocan siento que mi piel arde, si cada vez que nuestros ojos se encuentran hay un momento de tensión que amenaza con consumirnos... bueno, eso es algo con lo que tendré que lidiar por mi cuenta.

Cuando finalmente terminamos, estamos exhaustos pero satisfechos. Mi padre nos mira con una expresión que solo puedo describir como orgullo paternal, y algo cálido se expande en mi pecho.

—Buen trabajo, chicos —dice, mientras recogemos nuestras cosas —. Muy buen trabajo. Si seguís así, podríamos tener algo realmente especial para la competición.

Asiento, demasiado cansado para hablar, y veo que Héctor hace lo mismo. Hay una extraña camaradería entre nosotros ahora, nacida del esfuerzo compartido, del logro conjunto. Es... agradable. Confuso, pero agradable.

Y tengo la sensación de que podría acostumbrarme a esto.

El resto del día transcurre en una especie de rutina tensa pero funcional. Entrenamos con los niños del campamento, almorzamos con la familia, descansamos un poco antes del entrenamiento de la tarde. Héctor y yo mantenemos una distancia prudencial, hablamos lo justo, evitamos quedarnos solos. Es como una danza cuidadosamente coreografiada para evitar cualquier posibilidad de que se repita lo de esta mañana.

Y funciona. Más o menos. Hasta la cena.

La mesa está llena, como siempre. Mi madre ha preparado una especie de festín, como si no fuéramos a comer en una semana. Mi abuela Pilar cuenta anécdotas de su juventud que hacen que todos nos riamos. Adrián y Erik discuten sobre algún partido de hockey. Es una escena familiar típica, cálida, caótica.

Y entonces, justo cuando estoy empezando a relajarme, Adrián suelta la bomba.

—Por cierto —dice, en ese tono casual que nunca augura nada bueno—, Erik y yo hemos alquilado una cabaña en Formigal para este fin de semana. Nos vamos mañana por la mañana y volvemos el domingo por la noche. Vamos a esquiar.

—¡Qué buena idea! —exclama mi madre, con entusiasmo—. El aire de montaña os vendrá bien después de tanto tiempo en Suecia. Y esquiar es un ejercicio excelente.

—Exacto —asiente Adrián, y hay algo en su sonrisa que me pone en alerta—. Y estaba pensando que Lucas y Héctor deberían venir con nosotros.

Me quedo a medio masticar, sintiendo cómo el bocado se me atraganta ligeramente ante la sorpresa. Trago con dificultad y miro a

Héctor, que parece haberse congelado con el tenedor a medio camino hacia su boca.

—¿Qué? —consigo articular finalmente—. No podemos irnos de fin de semana. Tenemos que entrenar.

—Pero si acabáis de pasar toda la semana entrenando como locos —interviene mi madre—. Un descanso os vendrá bien. Además, esquiar es un ejercicio cardiovascular fantástico, ¿verdad, Javier?

Mi padre asiente, pensativo.

—Y os vendría muy bien pasar tiempo juntos fuera de la pista —continúa mi madre—. Para conoceros mejor.

Héctor, que ha estado sorprendentemente callado, finalmente reacciona. Toma un sorbo de agua que parece ir por el camino equivocado, porque inmediatamente empieza a toser con fuerza.

—No... no podemos —dice entre toses, dándose golpecitos en el pecho para recuperar la compostura—. El entrenamiento es crucial en esta fase. Si no practicamos todos los días, no estaremos preparados.

Parece genuinamente alarmado, y por un segundo siento una punzada de... ¿decepción? ¿Por qué debería importarme si Héctor no quiere pasar un fin de semana conmigo en una estación de esquí?

—Héctor tiene razón —digo, intentando sonar razonable—. No podemos permitirnos perder días de entrenamiento.

—En realidad —interviene mi padre, y hay algo en su tono que me hace temer lo peor—, tu madre tiene razón. El entrenamiento es importante, pero lo que más ha mejorado vuestro patinaje es la conexión personal que estáis desarrollando. Se nota que ahora sois más... íntimos.

El agua que estaba bebiendo para calmar mi garganta decide tomar el camino equivocado, y me encuentro tosiendo violentamente, mientras Adrián y Erik intercambian una mirada y estallan en carcajadas apenas disimuladas.

—No... no somos... —intento protestar entre toses, pero mi voz suena estrangulada y patética.

—Lo que tu padre quiere decir —aclara mi madre, lanzándole una mirada de advertencia a Adrián, que sigue riéndose— es que ahora trabajáis mejor en equipo. Que os estáis entendiendo mejor.

—Exacto —asiente mi padre—. Y un fin de semana en la montaña, esquiando y relajándoos, sin la presión del entrenamiento formal, podría ser exactamente lo que necesitáis para consolidar esa conexión.

Miro a Héctor, buscando apoyo, pero parece haber perdido la capacidad de hablar. Está sentado rígidamente, con la mirada fija en su plato, como si esperara que la respuesta a nuestro dilema apareciera mágicamente entre los restos de su cena.

Adrián ya ni siquiera intenta disimular su diversión. Está literalmente doblado de risa, mientras Erik le da palmaditas en la espalda, también riendo pero con más discreción.

—Entonces está decidido —declara mi madre, con ese tono que usa cuando ha tomado una decisión y no hay espacio para discusión —. Mañana os vais los cuatro a Formigal. Os vendrá bien a todos.

Miro a Héctor, que finalmente levanta la vista de su plato. Hay una mezcla de resignación y pánico en sus ojos que estoy seguro de que refleja la mía propia.

—Supongo que... podríamos hacer algunos ejercicios de cardio esquiando —dice, en un último intento desesperado de mantener algún tipo de fachada profesional.

—Claro —responde mi padre, con una sonrisa que sugiere que no se cree ni por un segundo que vayamos a hacer ejercicio—. Esquiar es un cardio excelente. Y la nieve fresca os despejará la mente.

Y así, en medio de risas mal disimuladas y comentarios con doble sentido, nuestro destino queda sellado. Vamos a pasar un fin de semana esquiando en Formigal. Juntos.

Después de que casi nos besamos. Otra vez.

Dios, estoy tan jodido.

CAPÍTULO 18

SE LLAMA DIVERTIRSE. DEBERÍAS PROBARLO ALGUNA VEZ.

LUCAS



Formigal es, objetivamente, un paraíso invernal. Con un cielo azul intenso, nieve perfecta, pistas para todos los niveles, y vistas que quitan el aliento. Debería estar disfrutando de cada segundo.

En cambio, estoy teniendo un ataque de ansiedad cada vez que Héctor Roca se acerca a menos de dos metros de mí.

Lo cual, considerando que estamos compartiendo una cabaña de tamaño modesto con mi hermano y Erik, es aproximadamente cada tres minutos.

—¡Venga, tortolitos! —grita Adrián desde la puerta, con los esquís ya al hombro—. ¡La nieve nos espera!

Miro a mi hermano con lo que espero sea una expresión de puro odio fraternal. Ha estado así toda la mañana, soltando comentarios

con doble sentido y riéndose de su propio ingenio como un villano de dibujos animados.

—Un día de estos te voy a meter esos esquís por un sitio donde no brilla el sol —murmuro lo suficientemente bajo para que solo él me oiga.

—Qué agresivo te pones cuando estás sexualmente frustrado —replica con una sonrisa maliciosa, antes de salir por la puerta.

De verdad que estas navidades voy a matarlo.

Héctor aparece en ese momento, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarme mirándolo como un idiota. Lleva un traje de esquí azul marino que le queda como si hubiera nacido con él, resaltando sus hombros anchos y su figura atlética. Su pelo, normalmente tan perfectamente peinado, está ligeramente despeinado por el gorro que acaba de quitarse, dándole un aspecto más relajado, casi vulnerable.

—Buenos días —dice, con esa formalidad suya que ahora, por alguna razón, me gusta—. ¿Estamos listos para salir?

—Solo falta Erik —respondo, intentando sonar normal mientras ajusto mis guantes—. Probablemente sigue arreglándose el pelo o algo así.

—Lo he oído —grita Erik desde el baño—. Y para tu información, algunos nos preocupamos por nuestra apariencia, incluso para ir a la nieve.

—¿Para qué? —pregunto—. Vas a llevar un gorro y gafas todo el tiempo.

—La preparación es importante, Lucas —interviene Héctor, con ese tono suyo de «estoy a punto de darte una lección»—. Un buen equipamiento y una correcta planificación son fundamentales para cualquier actividad deportiva.

—¿Lo ves? —dice Erik, apareciendo al fin—. El guapo me da la razón.

Héctor parece momentáneamente desconcertado por el apodo, sus mejillas adquieren un tono rosado que probablemente atribuiría al frío si estuviéramos ya en la pista.

Y porque la vida me odia, en mi pecho arde un fuego molesto ante el comentario de Erik, que se parece sospechosamente a los

celos.

Joder. Tengo que relajarme. No entiendo qué me está pasando. Conozco a Héctor desde hace mil años y nunca me había sentido así. ¿A dónde ha ido a parar todo el odio que le tengo?

—Vámonos de una vez —gruño, dirigiéndome hacia la puerta. No quiero pasar un solo segundo más comiéndome la cabeza.

Una hora después, estamos en el telesilla que sube a la parte alta de la estación. Adrián y Erik van en el asiento de delante, riendo y empujándose como dos críos, mientras Héctor y yo compartimos el siguiente en un silencio que se siente demasiado íntimo para mi gusto.

El paisaje es espectacular. Las montañas nevadas se extienden hasta donde alcanza la vista, el sol hace brillar la nieve como si estuviera cubierta de diamantes, y el aire frío y limpio me quema ligeramente los pulmones con cada respiración. En otras circunstancias, estaría completamente absorto en la belleza que nos rodea. Pero ahora, en lo único en lo que puedo pensar es en lo cerca que está Héctor, en cómo nuestros muslos se rozan ocasionalmente cuando el telesilla se balancea, en el calor que emana de su cuerpo incluso a través de las capas de ropa de esquí.

—Es... impresionante —dice de repente, rompiendo el silencio.

Sigo su mirada hacia el paisaje, agradecido por la distracción.

—Sí —respondo, intentando sonar casual—. Venimos aquí desde que éramos niños. Mi padre nos enseñó a esquiar casi al mismo tiempo que a patinar.

—Se nota —dice, y hay algo en su tono, una especie de admiración, que me hace mirarlo—. Te mueves con mucha naturalidad en la nieve.

—¿Me has estado observando, Roca? —pregunto antes de poder contenerme, con una sonrisa provocadora.

Sus mejillas, ya rosadas por el frío, adquieren un tono más intenso.

—Es una observación profesional —responde, con esa dignidad suya que siempre me hace querer provocarlo más—. Tu equilibrio y coordinación son excepcionales. Es lógico, considerando tu talento natural para el patinaje.

Parpadeo, sorprendido por el cumplido inesperado.

—Vaya, ¿Héctor Roca admitiendo que tengo talento? ¿Debo preocuparme? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Pone los ojos en blanco, pero hay una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—No exageremos. Solo digo que tienes habilidades naturales. Lo que haces con ellas es otra cuestión. Como ya te he dicho en mil ocasiones.

Y ahí está, el Héctor que conozco. Estaba claro que esta paz no podía durar mucho.

Llegamos a la cima y bajamos del telesilla con la facilidad que da la práctica. Adrián y Erik nos esperan un poco más adelante, ajustando sus fijaciones.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Héctor, mirando el mapa de pistas que hay junto a la estación.

—Por la roja —responde Adrián, señalando hacia una pista que desciende a nuestra derecha—. Es perfecta para calentar.

Héctor asiente, estudiando la pendiente con esa concentración analítica que pone en todo lo que hace.

No debería encontrarlo tan fascinante.

—Parece razonable —dice finalmente—. Aunque deberíamos empezar con algunas maniobras básicas para acostumbrarnos al terreno.

—O podríamos simplemente lanzarnos y disfrutar —sugiero, ajustando mis gafas de esquí—. Ya sabes, como hace la gente normal cuando viene a divertirse.

Me mira con esa expresión suya que dice «eres un irresponsable y no entiendo cómo has sobrevivido hasta ahora».

Se me escapa una carcajada.

—La seguridad es importante, Lucas —dice, en un tono que sugiere que está hablando con un niño particularmente obstinado—. Las lesiones en deportes de invierno son comunes, especialmente cuando...

No llego a escuchar el resto de su discurso porque ya estoy deslizándome pendiente abajo, con el viento silbando en mis oídos y una sonrisa de pura satisfacción en mi cara.

Deslizarme me da casi tanta satisfacción como haber dejado a Héctor con la palabra en la boca. No debería de gustarme tanto molestarle.

Esquiar siempre me ha dado una sensación de libertad similar a la del patinaje, pero con un punto extra de adrenalina. La velocidad, el control preciso necesario para navegar entre los obstáculos, la sensación de volar cuando tomas un bache... es pura euforia.

Estoy tan absorto que casi no noto que Héctor me ha alcanzado hasta que aparece a mi lado, con una técnica tan perfecta que parece sacada de un manual de instrucciones.

—Deberías tener más cuidado —me grita por encima del ruido del viento—. Si te lesionas ahora, puedes olvidarte de la competición.

—¡Relájate, Roca! —le grito de vuelta—. ¡Llevo haciendo esto toda mi vida!

Como para demostrar mi punto, hago un pequeño salto en el siguiente bache, girando ligeramente en el aire antes de aterrizar con una floritura.

Héctor sacude la cabeza, pero puedo ver una pequeña sonrisa asomando bajo sus gafas de esquí. Es esa sonrisa la que me hace querer impresionarlo más, mostrarle que puedo ser tan bueno como él, aunque de una manera completamente diferente.

Así que tomo más velocidad, zigzagueando entre otros esquiadores, buscando pequeños saltos y giros que añadan un toque de espectáculo a mi descenso. Es arriesgado, lo sé, pero también es divertido. Y ver la expresión de Héctor alternando entre admiración y horror vale completamente la pena.

Lo que no esperaba es que me siguiera el ritmo. No solo me sigue, sino que lo hace con una precisión técnica que transforma cada uno de mis movimientos improvisados en algo casi vulgar.

Es como nuestro patinaje: yo soy instinto y pasión, él es técnica y control. Y juntos, de alguna manera, creamos algo que es más que la suma de sus partes.

Para cuando llegamos al final de la pista, estoy sin aliento y con una sonrisa tan amplia en la cara que me duelen las mejillas. Héctor se detiene junto a mí, también respirando pesadamente, pero con una expresión de satisfacción que rara vez le veo fuera del hielo.

—No ha estado nada mal, Roca —admito, quitándome las gafas para verlo mejor—. Para ser un robot, te mueves bastante bien.

—Y tú no esquías tan temerariamente como temía —responde, también quitándose las gafas—. Aunque sigues tomando riesgos innecesarios.

—Se llama divertirse. Deberías probarlo alguna vez.

—Yo me divierto —protesta, con un tono que sugiere que está genuinamente ofendido por la insinuación—. Simplemente lo hago de manera controlada y segura.

—Claro que sí —respondo, dándole una palmada en el hombro que lo hace tambalearse ligeramente—. Eres la definición misma de la diversión. Un auténtico juerguista.

Antes de que pueda replicar, Adrián y Erik llegan junto a nosotros, derrapando para detenerse en una nube de nieve.

—¡Eso ha sido increíble! —exclama Erik, con los ojos brillantes de excitación—. ¡Os movíais como si pudierais leer la mente del otro!

—Igual que en el hielo —añade Adrián, con esa sonrisa que me hace querer darle un puñetazo—. Una auténtica pareja.

—No somos una pareja —respondo automáticamente, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello—. Solo somos...

—Compañeros de entrenamiento —termina Héctor por mí, y hay algo en su tono, una especie de rigidez, que me hace mirarlo de reojo.

—Lo que sea —dice Adrián, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. ¿Otra bajada o paramos a comer algo?

Mi estómago responde por mí, gruñendo audiblemente.

—Comemos primero —declaro—. Estoy hambriento.

—Tú siempre estás hambriento —señala Adrián—. Es tu estado natural.

—Cállate —le respondo, dándole un empujón amistoso—. Esquiar da hambre.

—Técnicamente, cualquier actividad física intensa aumenta el gasto calórico y estimula el apetito —interviene Héctor, y no puedo evitar una carcajada.

—¿Ves? —le digo a mi hermano—. Hasta el robot me da la razón.

Héctor parece a punto de protestar por el apodo, pero se limita a sacudir la cabeza con esa expresión de resignada exasperación que parece reservar exclusivamente para mí.

Nos dirigimos hacia el restaurante de la estación, un edificio de madera y piedra con grandes ventanales que ofrecen vistas panorámicas de las montañas. El interior está lleno de esquiadores hambrientos, el aire cargado con el aroma de comida caliente y el murmullo constante de conversaciones.

Conseguimos una mesa junto a una ventana y pedimos una cantidad obscena de comida. Patatas fritas, hamburguesas, ensaladas para compensar (idea de Héctor), y chocolate caliente para todos. La conversación fluye sorprendentemente bien, con Adrián y Erik contando anécdotas de Suecia, Héctor haciendo preguntas sorprendentemente interesadas sobre hockey, y yo alternando entre devorar mi comida y añadir comentarios sarcásticos cuando la ocasión lo requiere.

Es... agradable. Casi normal. Como si fuéramos cuatro amigos disfrutando de un día en la nieve, sin toda la tensión y la confusión que normalmente flota entre Héctor y yo.

Y entonces sucede algo que nos descoloca a todos.

—¡Oh Dios mío! ¡No puede ser! —Una voz entusiasta rompe nuestra burbuja—. ¡Son ellos, Nik! ¡Te lo dije! ¡Son Lucas Rey y Héctor Roca!

Me giro para ver a un chico rubio, un poco mayor que nosotros, prácticamente rebotando de emoción mientras arrastra a otro tipo, más alto y de aspecto más serio, hacia nuestra mesa.

—Ander, por favor, relájate —murmura el tipo más alto, claramente preocupado por el entusiasmo de su compañero—. Los vas a asustar.

Pero el rubio —Ander— parece inmune a la vergüenza. Se detiene junto a nuestra mesa, con los ojos brillantes como un niño el día de Navidad.

—Lo siento muchísimo por la interrupción —dice, aunque su tono sugiere que no lo siente en absoluto—. Soy Ander, y este es mi marido, Nik. Soy un gran, GRAN fan de vuestro patinaje. Os sigo desde hace años.

Intercambio una mirada rápida con Héctor, que parece tan desconcertado como yo. No es que no tengamos fans —ambos tenemos seguidores en redes sociales y recibimos apoyo en las competiciones— pero ser abordados así, en medio de un restaurante en Formigal, es... inesperado.

—Gracias —dice Héctor, con esa educación formal suya—. Es un placer conoceros.

—¡El placer es todo nuestro! —exclama Ander, prácticamente vibrando de emoción—. No puedo creer que estéis aquí. ¡Y juntos! Cuando escuché la noticia de que ibais a competir como pareja en la Copa de Reyes, casi me da algo. Nik puede confirmarlo, ¿verdad, cariño?

El tal Nik, un tipo atractivo con expresión seria pero amable, asiente con una sonrisa resignada.

—Estuvo eufórico durante días —confirma—. «Te lo dije, Nik. Sabía que acabarían juntos. La tensión entre ellos siempre ha sido demasiado intensa para ser solo rivalidad.»

Siento cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas. A mi lado, Héctor parece haberse congelado.

—No estamos... —empiezo, pero Ander me interrumpe, demasiado entusiasmado para notar mi incomodidad.

—¡La química entre vosotros siempre ha sido increíble! —continúa, gesticulando con las manos de una manera que me hace temer por la integridad de las bebidas en nuestra mesa—. Todos los duelos en el hielo, esas miradas, esa tensión... ¡Era cuestión de tiempo que la federación se diera cuenta y os juntara!

Adrián y Erik intercambian una mirada y estallan en carcajadas. Los muy traidores.

—En realidad —interviene Héctor, con una voz que suena sorprendentemente controlada considerando las circunstancias—, solo es un arreglo temporal. Para la Copa de Reyes.

—Sí —añado rápidamente—. No es... No somos... Es solo profesional.

Ander nos mira alternativamente, con una expresión que sugiere que no nos cree ni por un segundo.

—Claro, claro —dice, con un tono que contradice completamente sus palabras—. «Profesional». A nosotros nos pasaba algo parecido al principio. «Solo somos hermanos». Eso es lo que Nik decía sobre nosotros al principio, ¿verdad, cariño? Y míranos ahora.

Todos nos quedamos en silencio de golpe, absolutamente impactados por sus palabras. Tengo miedo de que los ojos de Héctor se salgan de sus órbitas.

—¿Hermanos? —pregunto sin poder evitarlo a pesar de saber que no es asunto mío.

Nik corre a responder apurado. Algo que no parece estar Ander, que actúa como si lo que acabase de decir fuese lo más natural del mundo.

—Hermanastros. Somos hermanastros. Sus padres me adoptaron cuando era un adolescente y claro, pues las cosas terminaron así —dice mirándolo con un amor tan profundo que siento envidia, la verdad.

—No podían terminar de otra forma. Te amo desde la primera vez que te vi. Quiero que todo el mundo sea tan feliz como nosotros.

Hay tanto amor en sus palabras que se me hace un nudo en la garganta. ¿Alguna vez yo me sentiré así? ¿Alguna vez miraré a una persona como si el mundo solo tuviese sentido si esa persona existe?

—No todos seguimos el mismo camino, Ander —le dice, con una paciencia que sugiere que han tenido esta conversación antes—. Algunos solo son «amigos» de verdad.

—Y entre algunos existe tanta tensión sexual no resuelta que podrían alimentar una central eléctrica —replica Ander, para luego taparse la boca con una expresión de falso arrepentimiento—. Ups, ¿he dicho eso en voz alta?

Héctor se atraganta con su chocolate caliente, y tengo que resistir el impulso de darle palmaditas en la espalda. Principalmente porque no confío en que mis manos no tiemblen si lo toco ahora mismo.

—No hay ninguna... tensión —consigo decir, aunque mi voz suena estrangulada incluso para mis propios oídos—. Solo somos rivales que ahora tienen que trabajar juntos. Por obligación.

—Sí, nos han... castigado —añade Héctor, recuperando el control de su respiración—. Por el incidente durante la gala.

Ander nos mira con los ojos muy abiertos, y por un momento creo que finalmente ha entendido lo que pasa de verdad. Pero entonces suelta una carcajada que hace que varios comensales se giren para mirarnos.

—¡Oh Dios mío, es aún mejor de lo que pensaba! —exclama—. ¡Una sanción! ¡Como en las películas! «O aprendéis a llevaros bien o estáis fuera.» ¡Un enemies to lovers de toda la vida! ¡Es perfecto!

—No es... —intento explicar, pero me rindo. Es como intentar razonar con un torbellino.

—Bueno, no queremos molestaros más —dice Nik, poniendo una mano en el hombro de su marido, en lo que parece un intento de contenerlo—. Solo queríamos saludar y desearos suerte en la competición.

—¡Y deciros que sois mis patinadores favoritos! —añade Ander—. Individualmente ya erais increíbles, pero juntos... —hace un gesto expansivo con las manos— ... seguro que vais a ser explosivos. Esa combinación de técnica y pasión... ¡Vas a ser irresistibles!

—Gracias —responde Héctor, con una tranquilidad que admiro considerando las circunstancias—. Es muy amable por vuestra parte.

—¿Podríamos hacernos una foto? —pregunta Ander, ya sacando su teléfono—. Para inmortalizar el momento. Y para que mi mejor amiga Marta me crea cuando le cuente que os he conocido.

Antes de que podamos responder, Adrián se pone de pie.

—Yo la haré —se ofrece, con una sonrisa que me hace querer darle una patada en la espinilla—. Juntaos todos.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, me encuentro apretujado entre Héctor y Ander, con Nik al otro lado, todos sonriendo para la cámara como si fuéramos viejos amigos reunidos para un día de esquí.

—¡Perfecto! —exclama Adrián, tomando varias fotos—. Una para el álbum familiar.

—¡Muchísimas gracias! —dice Ander, prácticamente saltando de emoción—. No puedo esperar a ver vuestra actuación en la Copa de Reyes. Estaremos allí animándoos, ¿verdad, Nik?

Nik asiente, con una sonrisa que parece genuinamente amable.

—Por supuesto. Tengo algunos días libres en el hospital y coinciden con la competición. Será un placer veros patinar juntos.

—Si sobrevivimos hasta entonces —murmuro, lo suficientemente bajo para que solo Héctor me oiga.

Me lanza una mirada que sugiere que está pensando exactamente lo mismo.

Finalmente, después de más agradecimientos, promesas de seguirnos en redes sociales, y un último comentario de Ander sobre cómo «la tensión se puede cortar con un cuchillo», la pareja se despide y se aleja hacia otra mesa.

Un silencio incómodo cae sobre nuestra mesa, roto solo por las risitas mal contenidas de Adrián y Erik.

—Ni una palabra —les advierto, apuntándoles con un dedo acusador—. Ni. Una. Palabra.

—No iba a decir nada —responde Adrián, con una expresión de inocencia que no engaña a nadie—. Solo que parece que tenéis un club de fans para vuestra... ¿cómo lo ha llamado? Ah, sí. «Tensión sexual no resuelta.»

—Voy a matarte mientras duermes —le prometo, con toda la dignidad que puedo reunir.

—Tendrías que separarte de Héctor primero —replica—. Y según vuestro fan número uno, eso parece poco probable.

Héctor, que ha estado sorprendentemente silencioso durante todo este intercambio, finalmente habla.

—Creo que deberíamos volver a las pistas —dice, con una calma que admiro y envidio a partes iguales, cambiando descaradamente de tema—. Aprovechar las horas de luz que quedan.

—Excelente idea —coincido, agarrándome a esta salida como un náufrago a una tabla—. Vamos.

Mientras recogemos nuestras cosas y nos preparamos para salir, no puedo evitar mirar hacia la mesa donde Ander y Nik están ahora sentados, compartiendo lo que parece ser un postre. Hay algo en la forma en que se miran, en la comodidad que irradian juntos, que me provoca una extraña sensación en el pecho. No es envidia, exactamente. Es algo más complicado, más indefinible.

Y cuando mi mirada se cruza con la de Héctor, que también los está observando, siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío de la montaña.

Porque por un momento, solo un momento, me pregunto cómo sería tener lo que ellos tienen. Esa complicidad, esa confianza, esa certeza de que, pase lo que pase, hay alguien a tu lado que te mira como si fueras lo más importante del mundo.

Y lo más aterrador es que, por un instante fugaz, puedo imaginarlo. Con Héctor.

Joder.

CAPÍTULO 19

¿QUÉ COÑO ACABA DE PASAR?

LUCAS



—¿Quién está lesionado ahora, don «la seguridad es importante»?

Héctor me fulmina con la mirada desde el sofá de la cabaña donde está estirado como una estrella de mar varada. Después de nuestro encuentro con el dúo más extraño del mundo —Ander, el torbellino humano, y Nik, el único capaz de contenerlo—, hemos vuelto a las pistas. Y el muy capullo de Héctor, en su afán por seguirme el ritmo y demostrarme que podía ser tan «divertido» como yo, ha acabado sobrecargando todos los músculos de su cuerpo.

—No estoy lesionado —gruñe, intentando sentarse con cuidado y fallando miserablemente—. Solo... ligeramente contracturado.

—Ligeramente —repito, sin molestarme en ocultar mi diversión—. Por eso pareces un anciano intentando levantarse después de la siesta.

—Vete a la mierda, Rey.

Wow. Héctor Roca soltando una palabrota. Esto es más grave de lo que pensaba.

Adrián y Erik se han ido al pueblo a comprar provisiones (léase: alcohol), dejándonos solos en la cabaña. Lo que, considerando los acontecimientos recientes, probablemente no sea la mejor idea. Pero aquí estamos.

—Déjame ayudarte —digo, acercándome al sofá—. Te daré un masaje en los cuádriceps. He visto cómo cojeabas después de la última bajada.

La expresión de Héctor pasa del dolor a algo parecido al pánico en microsegundos.

—No es necesario —dice rápidamente, demasiado rápidamente—. Puedo hacerlo yo mismo.

—¿En serio? —pregunto, cruzándome de brazos—. Ambos somos deportistas de élite, Roca. Sabes perfectamente que uno mismo no puede aplicar la presión necesaria en una zona contracturada como lo haría otra persona.

—Tengo una pelota de masaje en mi bolsa —responde, con esa dignidad herida que pone cuando sabe que tiene las de perder—. Es perfectamente efectiva para...

—Deja de ser tan cabezota —le interrumpo—. He dado cientos de masajes. Mi padre es entrenador, ¿recuerdas? Prácticamente nací sabiendo cómo deshacer una contractura. No te voy a pegar la lepra ni nada por el estilo.

Héctor me mira como si acabara de ofrecerle practicarle una cirugía a corazón abierto con un cuchillo de mantequilla.

—No me siento cómodo con... —empieza, pero algo en mi expresión debe indicarle que no voy a ceder, porque suspira derrotado—. Está bien. Pero solo porque tienes razón sobre ejercer la presión necesaria.

Su reticencia me irrita. Somos deportistas profesionales, por el amor de Dios. Los masajes son parte de nuestra rutina. ¿Por qué actúa como si le estuviera proponiendo algo indecente?

—Lo que tú digas —respondo, intentando no sonar tan molesto como me siento—. ¿Tienes aceite o crema?

—En mi neceser. En el baño.

Asiento y me dirijo al baño a buscarlo. Encuentro el neceser de Héctor, organizado con una precisión militar que no me sorprende en absoluto. Localizo una botella de aceite de almendras y regreso al salón.

Y entonces me quedo paralizado en el umbral.

Héctor se ha quitado los pantalones y está sentado en el sofá solo con unos boxers negros ajustados y su camiseta. Sus piernas musculosas están extendidas frente a él, y hay algo tan íntimo en verlo así, medio desnudo y vulnerable, que por un segundo me olvido de respirar.

Joder. No había pensado en esto. En que tendría que arrodillarme entre sus piernas. En que estaría tocando su piel desnuda con mis manos resbaladizas por el aceite. En lo jodidamente sexual que es toda esta situación.

Mi garganta se seca de repente y siento un calor que nada tiene que ver con la calefacción de la cabaña.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —pregunta Héctor, con una voz que intenta sonar normal, pero tiene un borde de tensión.

—No, yo... —Me aclaro la garganta, intentando recuperar la compostura—. Estaba pensando por dónde empezar.

Me acerco al sofá, intentando moverme con una naturalidad que estoy lejos de sentir. Me arrodillo entre sus piernas, en una posición que es demasiado parecida a mis fantasías recientes como para ignorarlo, y vierto un poco de aceite en mis manos. El olor a almendras llena el aire entre nosotros.

—Voy a empezar —anuncio, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía—. Dime si hago demasiada presión.

Mis manos tocan su muslo y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no jadear. Su piel está caliente bajo mis dedos, los músculos firmes y definidos. Es como tocar una escultura viviente, y tengo que recordarme a mí mismo que esto es profesional. Solo un masaje. Nada más.

Empiezo a trabajar en sus cuádriceps, donde puedo sentir la tensión acumulada. Mis manos se mueven con movimientos firmes pero controlados, buscando los nudos, aplicando presión donde es

necesario. Intento concentrarme en la técnica, en los músculos, en cualquier cosa que no sea lo increíblemente bien que se siente su piel bajo mis manos.

En lo mucho que me gusta y me excita tocarlo. Joder.

Héctor mantiene los ojos fijos en un punto indefinido por encima de mi cabeza, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente para no mirarme. Yo, por mi parte, mantengo mi mirada firmemente en mis manos, temeroso de lo que podría revelar mi expresión si nuestros ojos se encontraran.

—Tienes que relajarte —le digo después de unos minutos, intentando sonar profesional—. Estás tan tenso que es como intentar masajear una tabla de madera.

—Estoy relajado —responde, aunque su tono sugiere exactamente lo contrario.

—Claro, y yo soy el tío más responsable de mundo.

Continúo trabajando, concentrándome en los puntos donde siento más resistencia. Mis pulgares presionan en círculos pequeños, mis palmas se deslizan a lo largo de sus músculos. Poco a poco, siento cómo la tensión comienza a ceder bajo mis manos.

Y entonces lo veo: Héctor está mordiéndose el labio inferior, con tanta fuerza que temo que se haga sangre.

—¿Te estoy haciendo daño? —pregunto, genuinamente preocupado.

—No —responde, sin mirarme—. Está... bien.

Pero su voz suena estrangulada, como si estuviera conteniendo algo. Y entonces, cuando mis manos presionan un punto particularmente tenso en la parte interna de su muslo, deja escapar un sonido que no tiene nada que ver con el dolor.

Es un gemido. Bajo, ronco, casi involuntario.

Mi cerebro tiene un cortocircuito. Porque ese sonido va directo a mi entrepierna, despertando partes de mí que definitivamente no deberían estar interesadas en esto.

Levanto la mirada, siguiendo una línea invisible desde mis manos hasta su rostro, y es entonces cuando lo veo: la tienda de campaña que se está formando en sus boxers.

Héctor Roca tiene una erección. Por mi culpa. Provocada por mis manos en sus piernas.

El tiempo se detiene. Mi respiración se vuelve superficial, mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que puede oírlo. Mis manos, como si tuvieran voluntad propia, continúan su ascenso por su muslo, cada vez más cerca de la evidencia de su excitación.

Es como si su polla me estuviera llamando.

Otro gemido escapa de sus labios, este más audible, más desesperado. Sus ojos se han cerrado, pero su pecho sube y baja rápidamente, su respiración tan agitada como la mía.

No sé qué me posee en ese momento. Tal vez es la curiosidad, o el deseo que llevo días reprimiendo. Pero mis manos siguen subiendo, mis dedos rozando el borde de sus boxers.

La erección de Héctor es ahora completamente visible, una tienda de campaña imposible de ignorar. Y yo estoy paralizado, hipnotizado por la visión, por los sonidos que hace, por el conocimiento de que soy yo quien le está provocando esto.

Me relamo los labios, un gesto inconsciente que delata mi propio deseo y mis manos se quedan paralizadas. Y ese pequeño movimiento, ese segundo de duda, rompe el hechizo.

Héctor abre los ojos de golpe, su mirada se encuentra con la mía. Hay pánico allí, pero también deseo, tan crudo y evidente que me deja sin aliento.

—Yo... —empieza, pero no termina la frase.

En un movimiento que parece imposible para alguien contracturado, se levanta del sofá, casi tirándome en el proceso.

—Lo siento —dice, con una voz que no reconozco—. No puedo... Tengo que...

Y sin más explicación, se dirige al baño, cerrando la puerta tras él con más fuerza de la necesaria.

Me quedo arrodillado junto al sofá, con las manos todavía en el aire, como si estuvieran tocando un fantasma. Mi propia erección presiona dolorosamente contra mis vaqueros, demandando una atención que no estoy en condiciones de proporcionar.

¿Qué coño acaba de pasar?

Y entonces lo oigo. A través de la puerta cerrada del baño, amortiguado pero inconfundible: el sonido de Héctor... tocándose. Gemidos ahogados, respiración entrecortada, el inconfundible ritmo de una mano moviéndose rápidamente.

Se está masturbando. Ahora mismo. A pocos metros de mí. Pensando en mí. En mis manos sobre él.

Es demasiado. Mi mano se mueve casi por voluntad propia hacia mi entrepierna, desabrochando mis vaqueros con dedos temblorosos. Libero mi erección, tan dura que casi duele, y empiezo a acariciarme al mismo ritmo que escucho a través de la puerta.

Es sucio, es inapropiado, es lo más caliente que he hecho en mi vida.

Cierro los ojos, imaginando que es la mano de Héctor la que me toca, que son sus dedos los que se deslizan por mi longitud, que es su respiración la que siento en mi cuello. Los sonidos que llegan desde el baño se intensifican, indicando que está cerca del clímax, y yo también lo estoy, mi mano se mueve cada vez más rápido.

Cuando escucho el gemido final de Héctor, ahogado pero inconfundible, mi propio orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento. Olas de placer recorren mi cuerpo mientras me derramo sobre mi mano, mordiendo mi labio para no hacer ruido.

Durante unos segundos, flotando en la bruma post-orgásmica, todo parece perfecto. Y entonces la realidad me golpea como un puñetazo en el estómago.

Héctor ha huido. Se ha escapado al baño para masturbarse solo en lugar de dejar que yo me encargara de su erección. Ha preferido hacerlo él mismo que permitir que yo lo tocara.

La humillación y la rabia se mezclan en mi pecho, formando un nudo amargo que me sube por la garganta. Me limpio rápidamente con un pañuelo de papel, me abrocho los pantalones, y me levanto justo cuando escucho el agua de la ducha comenzar a correr.

Me dirijo a mi habitación, cerrando la puerta con fuerza, y me dejo caer en la cama. La satisfacción física ha desaparecido por completo, reemplazada por una frustración que me corroe por dentro.

Porque ahora tengo la certeza de que Héctor no me desea a mí. No realmente. Ha tenido una reacción física al masaje, eso es todo. Cualquier par de manos hábiles le habrían provocado lo mismo. Y cuando se dio cuenta de que era yo quien le estaba tocando, de que era yo quien estaba a punto de cruzar una línea, salió corriendo.

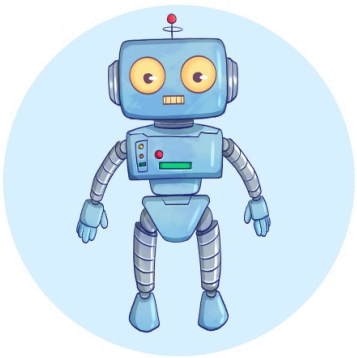
No me quiere a mí. No específicamente. Y eso, por alguna razón que no quiero examinar demasiado de cerca, me duele más que cualquier rechazo que haya experimentado antes.

Vaya puta mierda.

CAPÍTULO 20

MÁS DE MIL MOTIVOS PARA ODIARTE

HÉCTOR



El viaje de regreso a Jaca ha sido una tortura. Cincuenta minutos exactos de silencio tenso, miradas esquivas y respuestas monosilábicas. Lucas, que normalmente no puede mantener la boca cerrada ni bajo amenaza, se ha pasado todo el trayecto mirando por la ventana, con los auriculares puestos y una expresión que habría congelado el infierno.

Adrián y Erik han intentado aligerar el ambiente con chistes y anécdotas, pero incluso ellos han acabado rindiéndose ante la muralla de hielo que Lucas ha construido a su alrededor.

A su alrededor, y específicamente entre nosotros.

Ni siquiera me mira. Y cuando lo hace, sus ojos, normalmente cálidos y expresivos, parecen dos piedras frías.

Lo he estropeado todo. Completamente. Y ni siquiera sé exactamente cómo.

Bueno, sí lo sé. La escena del masaje se repite en mi cabeza como una película en bucle. Sus manos en mi pierna. El calor que se extendió por mi cuerpo como un incendio fuera de control. La vergüenza abrasadora cuando mi cuerpo me traicionó de la forma más evidente posible.

Y luego, mi huida al baño.

No podía quedarme allí. No podía dejar que viera lo que me hacía, lo que provocaba en mí con solo tocarme. Porque Lucas Rey no siente lo mismo. Para él soy solo su rival forzado a ser su compañero. Probablemente le repugno ahora que sabe que me excita.

Y ahora, dos días después del incidente, estamos de nuevo en la pista de entrenamiento de Jaca, y es como si las últimas semanas de progreso nunca hubieran existido.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Javier, pasándose una mano por el pelo con evidente frustración—. ¿Se puede saber qué os pasa hoy? Parecéis dos principiantes que nunca han pisado el hielo juntos.

No está exagerando. En la última hora, hemos fallado cada elemento que hemos intentado. Nuestros movimientos, que habían comenzado a sincronizarse tan bien, ahora están completamente descoordinados. Yo me adelanto, Lucas se retrasa. Él gira a la izquierda, yo a la derecha. Es como si hubiéramos olvidado todo lo que habíamos aprendido.

O como si uno de nosotros estuviera saboteando deliberadamente el entrenamiento.

Lucas patina hacia la barrera, ignorando la pregunta de su padre. Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano, un gesto brusco que delata su frustración.

—No lo sé —respondo finalmente, ante el silencio obstinado de Lucas—. Supongo que solo necesitamos... reajustarnos.

Javier me mira con escepticismo.

—¿Reajustaros? Estabais patinando como si pudierais leer la mente del otro antes del fin de semana. ¿Qué demonios os ha pasado en Formigal?

La pregunta queda suspendida en el aire como una bomba a punto de explotar. Siento cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas, y agradezco que pueda atribuirse al esfuerzo físico.

—No pasó nada —respondo, quizás demasiado rápido—. Solo... estamos cansados.

Lucas suelta un resoplido que suena sospechosamente a una risa amarga, pero sigue sin decir nada. Su silencio es más acusador que cualquier palabra.

Javier nos mira alternativamente, con una expresión que mezcla confusión y exasperación. Finalmente, suspira profundamente y se quita los patines.

—Escuchadme bien los dos —dice, con una calma que resulta más intimidante que cualquier grito—. No sé qué ha pasado entre vosotros, y francamente, no me importa. Pero tenéis exactamente un día para arreglarlo. Un día. Mañana, cuando vuelva a esta pista, quiero ver a la pareja que estaba empezando a funcionar, no a... lo que sea que sois ahora.

Se pone de pie, recogiendo sus cosas con movimientos bruscos que delatan su enfado.

—Voy a reunirme con los responsables del complejo —añade, dirigiéndose a la salida—. Tenéis la pista para vosotros solos durante una hora. Usadla para solucionar lo que sea que os pase. O para mataros mutuamente. Me da igual, siempre que mañana volváis a patinar como personas civilizadas.

Y con eso, nos deja solos. El silencio que sigue a su partida es tan denso que casi se puede cortar. Lucas sigue junto a la barrera, mirando obstinadamente al hielo como si pudiera derretirlo solo con su mirada.

Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos. Esto no puede continuar. No si queremos tener alguna posibilidad en la Copa de Reyes. No si queremos salvar nuestras carreras.

No es que esté preocupado porque me odie.

—Lucas —digo finalmente, acercándome a él con cautela—. Tenemos que hablar.

No responde. Ni siquiera me mira.

—Lucas, por favor —insisto, deteniéndome a una distancia prudencial—. Sé que estás enfadado, pero...

—¿Enfadado? —Su voz, cuando finalmente habla, está cargada de una ironía cortante—. ¿Por qué iba a estar enfadado, Roca? ¿Porque no podemos completar ni una maldita secuencia de pasos sin parecer dos patos borrachos? ¿O porque cada vez que te toco reaccionas como si tuviera la lepra?

Sus palabras me golpean como un puñetazo físico.

—No es lo que piensas —digo, sintiendo cómo mi garganta se cierra—. No reaccioné así porque me diera asco que me tocaras.

—¿No? —Su risa es seca, sin humor—. Pues ilumíname, Roca. ¿Qué coño te pasa?

Algo en su tono, en la forma en que me mira —o más bien, no me mira—, enciende una chispa de irritación en mi pecho.

No pienso recocer que me atrae ni muerto.

No voy a darle más armas para que se ría de mí.

—¿Que qué me pasa a mí? —replico, patinando más cerca, invadiendo su espacio personal—. ¿Qué te pasa a ti? Has estado actuando como un imbécil desde que volvimos de Formigal. Apenas me hablas, me ignoras durante el entrenamiento, y ahora estás saboteando activamente nuestro trabajo.

Finalmente me mira, y hay algo en sus ojos, una mezcla de rabia y dolor, que me deja sin aliento.

—¿Quieres saber qué me pasa? —dice, con una voz peligrosamente baja—. ¿Quieres que te responda a eso cronológicamente o alfabéticamente? Tengo más de mil motivos para odiarte, Roca.

Las palabras me golpean como una bofetada. Mil motivos para odiarme. No para estar molesto, o enfadado, o frustrado. Para odiarme.

—Lucas, yo...

—Déjame en paz —me interrumpe, apartándose de la barrera y patinando hacia el centro de la pista—. Solo... déjame en paz.

Y sin más, comienza a patinar solo, ejecutando una serie de giros y saltos que parecen diseñados específicamente para demostrar que no me necesita. Cada movimiento es fluido, poderoso, lleno de esa

gracia natural que siempre he envidiado secretamente. Es hermoso de ver, incluso ahora, cuando cada gesto parece una declaración de guerra.

Me quedo junto a la barrera, observándolo, sintiendo cómo algo se retuerce dolorosamente en mi pecho. No es solo preocupación por nuestro rendimiento deportivo, aunque eso también está ahí. Es algo más profundo, más personal.

Me importa. Lucas Rey me importa. No solo como compañero de patinaje, sino como... persona. Como alguien cuya opinión sobre mí, cuyos sentimientos hacia mí, tienen un impacto real en mi bienestar.

Y ahora me odia. Tiene «más de mil motivos» para hacerlo.

Quizás siempre lo ha hecho.

Pero ahora parece que me odia con más intensidad.

Y ahora parece que a mí me molesta más todavía.

¿Es por lo que pasó durante el masaje? ¿Está disgustado porque me excité mientras me tocaba? ¿Le repugno ahora que sabe que me siento atraído por él?

La idea me revuelve el estómago. Siempre he sabido que Lucas y yo somos diferentes, que venimos de mundos distintos, que nuestras personalidades chocan como el fuego y el hielo. Pero nunca pensé que pudiera llegar a odiarme por algo tan... personal.

Lo observo mientras ejecuta un triple Axel perfecto, aterrizando con esa confianza despreocupada que siempre lo ha caracterizado. Incluso enfadado, incluso herido, Lucas Rey es pura pasión sobre el hielo. Es instinto y emoción en estado puro.

Es todo lo que yo no soy.

Y quizás ese es el problema. Quizás siempre lo ha sido. Somos demasiado diferentes. Incompatibles.

No importa cuánto me esfuerce, nunca seré lo que él necesita en un compañero. En un amigo. En... cualquier otra cosa.

Si ni siquiera mis padres me aceptan tal y como soy, ¿por qué iba a hacerlo él?

La realidad me golpea con una claridad dolorosa: estoy desarrollando sentimientos por Lucas Rey. Sentimientos que van más allá de la rivalidad, de la competencia, incluso de la amistad.

Y él me odia.

Patino hacia la salida, necesitando espacio, aire, distancia. Lucas ni siquiera nota mi partida, demasiado absorto en su danza solitaria de rabia y frustración.

En los vestuarios, me siento en un banco, con la cabeza entre las manos, intentando recuperar el control de mis emociones. Control. Siempre ha sido mi refugio, mi fortaleza. Pero ahora se me escapa entre los dedos como agua.

Tengo que recuperarlo. Tengo que encontrar una manera de trabajar con Lucas sin que mis sentimientos interfieran. Sin que note lo que me hace sentir. Sin darle más motivos para odiarme.

Porque está claro que no siente lo mismo que yo. Nunca lo ha sentido. Y nunca lo sentirá.

Tengo que mantener la distancia. Ser profesional. Centrarme en el patinaje, en la competición, en salvar nuestras carreras. Y luego, cuando todo esto termine, podré alejarme. Volver a mi vida ordenada, controlada, solitaria.

Una vida sin Lucas Rey.

El pensamiento duele más de lo que estoy dispuesto a admitir.

CAPÍTULO 21

NO PIENSO VOLVER A HACER EL IMBÉCIL

LUCAS



Estoy absolutamente determinado a no volver a bajar la guardia con Héctor Roca.

Llevo repitiéndomelo como un mantra desde que volvimos de Formigal. No más sonrisas cómplices. No más bromas compartidas. No más momentos de vulnerabilidad. Y definitivamente, no más tocar su piel ni fantasear con lo que podría haber pasado si no hubiera huido al puto baño.

Me abrí a él, y él me rechazó. Fin de la historia.

No pienso volver a hacer el imbécil.

Así que cuando lo veo en la cocina, charlando con mi madre mientras la ayuda a preparar la cena, con las mangas de su camisa arremangadas y una sonrisa —una sonrisa genuina— en sus labios, me obligo a recordar que no me importa. No me importa que ahora parezca casi un ser humano. No me importa que mi madre lo adore.

No me importa que mi abuela Pilar le haya dado la receta secreta de su tarta de manzana.

—Veo que Copito sigue odiándote —comento, señalando al gato que está acurrucado en una esquina, observando a Héctor con esa mirada felina de desprecio absoluto.

Héctor levanta la vista de la masa que está amasando (porque por supuesto que Héctor Roca sabe hacer pan casero, ¿por qué no iba a ser perfecto también en esto?), y hay algo en sus ojos, una especie de cautela, que me hace arrepentirme inmediatamente de haber iniciado la conversación.

—Supongo que no le gusto —responde, volviendo su atención a la masa—. No todos pueden tener buen gusto.

—O quizás tiene un sexto sentido para detectar robots —replico, y mi voz suena más ácida de lo que pretendía.

Mi madre me lanza una mirada de advertencia mientras saca una bandeja del horno.

—Lucas, ¿por qué no vas a ayudar a tu padre con las habitaciones? Tus tíos llegarán en cualquier momento.

No es una sugerencia, es una orden disfrazada. Y por la forma en que mi madre aprieta los labios, sé que he cruzado algún tipo de línea invisible con mi comentario.

—Claro —murmuro, dirigiéndome a la puerta—. Siempre es un placer ser el mozo de mudanzas de la familia.

Salgo de la cocina sin mirar atrás, pero puedo sentir los ojos de Héctor siguiéndome. Probablemente juzgándome por mi actitud. Probablemente pensando que soy un inmaduro. Probablemente deseando estar en cualquier otro lugar menos aquí, atrapado con la familia Rey en víspera de Nochebuena.

Pues ya somos dos.

Encuentro a mi padre en el pasillo del piso de arriba, sacando sábanas limpias del armario del pasillo.

—Ah, Lucas, justo a tiempo —dice, cargándome con un montón de ropa de cama—. Hay que preparar la habitación de invitados para tus tíos.

—¿La habitación de invitados? —repito, confundido—. Pero ahí está durmiendo Héctor.

—Exacto —asiente mi padre, con una expresión que no augura nada bueno—. Por eso Héctor se trasladará a tu habitación.

El mundo se detiene por un segundo. Siento cómo la sangre abandona mi rostro.

—¿Qué? —Mi voz suena estrangulada incluso para mis propios oídos—. ¿Por qué los tíos no pueden dormir en el sofá? ¿O en un hotel? ¿O en una cueva en la montaña?

Mi padre me mira con esa expresión suya que dice «estás siendo ridículo y lo sabes».

—Lucas, tus tíos tienen sesenta años. No voy a mandarlos al sofá. Y Héctor es nuestro invitado, no podemos echarlo a la calle en navidades.

—Pero...

—Además —continúa, ignorando mi protesta—, tienes una cama doble. Hay espacio de sobra para los dos.

—¡Papá! —exclamo, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas—. ¡No puedo compartir cama con Héctor!

—¿Por qué no? —pregunta, con genuina confusión—. Sois adultos. Compañeros de equipo. ¿Cuál es el problema?

A ver. En teoría debería dar igual.

SI NO ME PUESIESE CACHONDO.

El problema es que no puedo dormir a centímetros del hombre con el que me he masturbado pensando en él. El problema es que no confío en mi subconsciente para no hacer algo vergonzoso mientras duermo. El problema es que no puedo estar tan cerca de él sin querer tocarlo, y él me ha dejado muy claro que no quiere que lo toque.

Pero no puedo decir nada de eso en voz alta.

Y mucho menos a mi padre.

—No es... apropiado —digo finalmente, aferrándome a la primera excusa que se me ocurre.

Mi padre suelta una carcajada.

—¿Desde cuándo te preocupa lo apropiado? —pregunta, dándome una palmada en el hombro—. Vamos, no seas dramático. Solo serán un par de noches.

Y con eso, da por zanjada la discusión. Porque así es Javier Rey: cuando toma una decisión, es tan inamovible como una montaña.

Y así es como acabo, esa noche, después de una cena interminable con toda la familia (mis tíos, mis primos, sus parejas, sus hijos), de pie en mi habitación, mirando mi propia cama como si fuera un campo minado. Héctor está a mi lado, igualmente inmóvil, con su neceser en una mano y lo que parece ser un pijama cuidadosamente doblado en la otra.

Definitivamente la vida me odia.

—Puedo dormir en el suelo —dice finalmente, rompiendo el silencio—. No me importa.

Y por alguna razón, su oferta, en vez de aliviarme, me irrita. Porque por supuesto que Héctor Roca sería el mártir perfecto. Por supuesto que se sacrificaría por mi comodidad. Por supuesto que sería noble incluso en esto.

—No seas ridículo —respondo, con más brusquedad de la necesaria—. La cama es lo suficientemente grande para los dos.

Me dirijo al armario y saco mi pijama (que nunca me pongo porque me gusta dormir en calzoncillos), que en realidad es solo unos pantalones de chándal viejos y una camiseta desgastada con el logo de los Juegos Olímpicos de invierno.

—Voy al baño a cambiarme —anuncio, porque la idea de desvestirme delante de él me parece repentinamente imposible—. Ponte... cómodo, supongo.

En el baño, me apoyo contra la puerta cerrada y respiro hondo. Puedo hacer esto. Puedo dormir en la misma cama que Héctor sin que pase nada. Somos adultos. Profesionales. Esto no tiene por qué ser raro.

Excepto que es raro. Es jodidamente raro.

Cuando regreso a la habitación, Héctor ya está cambiado. Lleva un pijama azul oscuro que parece sacado de un catálogo de ropa cara, y está de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín nevado.

—Todo tuyo —digo, señalando vagamente hacia la cama—. Yo voy a... leer un rato.

No tengo ninguna intención de leer. Solo quiero retrasar el momento inevitable de meterme en la cama con él. Pero no puedo quedarme de pie toda la noche, así que finalmente, después de fingir interés en un viejo cómic que encuentro en mi escritorio, me dirijo hacia la cama.

Héctor ya está acostado en el lado derecho, tan cerca del borde que parece que en cualquier momento se caerá. Está tumbado boca arriba, rígido como una tabla, con las manos cruzadas sobre el pecho como un cadáver en un ataúd.

Me deslizo bajo las sábanas en el lado izquierdo, manteniendo la mayor distancia posible. La cama, que siempre me ha parecido enorme, de repente parece ridículamente pequeña. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, oler el aroma de su champú, escuchar su respiración controlada.

Es una tortura.

—Puedes estar tranquilo —dice de repente, su voz es tan baja que apenas lo oigo—. No te voy a molestar.

Hay algo en su tono, una especie de resignación, que me hace girar la cabeza para mirarlo. Está mirando al techo, con una expresión que no logro descifrar en la penumbra.

—Yo tampoco —respondo automáticamente.

¿Qué piensa? ¿Que voy a intentar algo? ¿Que no sé controlarme? La idea me ofende y me entristece a partes iguales.

—Buenas noches, Roca —digo, dándole la espalda y apagando la lámpara de mi mesita de noche.

—Buenas noches, Rey —responde.

Cierro los ojos, intentando ignorar su presencia, intentando fingir que estoy solo. Pero es imposible. Cada pequeño movimiento, cada respiración, cada sutil cambio en el colchón me recuerda que está ahí. A centímetros de mí. Tan cerca y a la vez tan lejos.

Puedo hacer esto, me digo a mí mismo. Puedo dormir en la misma cama que Héctor sin que pase nada.

¿Verdad?

CAPÍTULO 22

SI ES QUE SOY EL PUTO AMO

LUCAS



Me despierto lentamente, con esa deliciosa sensación de calor y confort que solo se experimenta cuando el cuerpo sabe que todavía es demasiado temprano para levantarse. La luz grisácea que se filtra entre las cortinas me dice que apenas está amaneciendo. Perfecto. Todavía tengo tiempo para dormir un poco más.

Estoy a punto de volver a hundirme en el sueño cuando mi cerebro registra un hecho importante: estoy en mi lado de la cama. No me he movido durante la noche. No he invadido el espacio de Héctor.

Una pequeña victoria que me hace sonreír. Anoche estaba tan preocupado por hacer algo vergonzoso mientras dormía, por gravitar inconscientemente hacia él, que tardé horas en conciliar el sueño. Pero parece que mi subconsciente ha sido más disciplinado de lo que esperaba.

Si es que soy el puto amo.

Mi triunfo dura exactamente tres segundos, hasta que registro otro hecho: puedo sentir el calor de Héctor a apenas unos centímetros de mi espalda. No estamos tocándonos, pero casi. Su respiración, profunda y regular, acaricia suavemente mi nuca, enviando pequeños escalofríos por mi columna.

Ha sido él el que se ha acercado a mi lado de la cama.

Quizás, si no estuviese tan afectado por su presencia, podría disfrutar del triunfo.

Joder. ¿Cómo puede afectarme tanto su simple proximidad?

Me quedo completamente inmóvil, intentando ignorar la creciente conciencia de su cuerpo tan cerca del mío. Pero es inútil. Cada célula de mi ser parece haberse despertado, vibrando con una energía que nada tiene que ver con el sueño y todo que ver con el hombre que duerme a mi lado.

«No lo hagas, Lucas», me ordeno a mí mismo. «No seas imbécil. Ya sabes cómo termina esto. Contigo siendo rechazado».

Pero mi cuerpo, el muy traidor, tiene otras ideas. Antes de que pueda detenerme, me muevo. Solo unos milímetros. Un pequeño, casi imperceptible desplazamiento hacia atrás que elimina la distancia entre nosotros.

Mi espalda hace contacto con su pecho. Mi trasero se acomoda contra su entrepierna. Y tengo que morderme el labio para no dejar escapar un gemido.

Es demasiado. Demasiado bueno. Demasiado íntimo. Demasiado todo.

Su calor me envuelve como una manta, pero no hay nada reconfortante en lo que estoy sintiendo. Es puro fuego, pura electricidad. Cada punto de contacto entre nuestros cuerpos parece amplificado, hipersensible.

Debería alejarme. Debería volver a mi lado de la cama antes de que se despierte y descubra lo que he hecho. Antes de que mi cuerpo me traicione aún más de lo que ya lo ha hecho.

Estoy a punto de hacerlo cuando ocurre algo: el brazo de Héctor se desliza sobre mi cintura, pesado y cálido, y me atrae hacia él con una fuerza que me deja sin aliento.

Está dormido. Tiene que estarlo. No hay forma de que Héctor Roca, el rey del control, esté abrazándome conscientemente.

Pero su cuerpo parece tener las ideas muy claras. Su brazo me aprieta con más fuerza, eliminando cualquier espacio que pudiera quedar entre nosotros. Y entonces, comienza a moverse. Pequeños, casi imperceptibles movimientos de pelvis que hacen que su entrepierna se frote contra mi culo.

Santa. Madre. De. Dios.

Puedo sentir cómo se endurece contra mí. Puedo sentir cómo mi propio cuerpo responde con una rapidez que sería vergonzosa si no estuviera demasiado excitado como para que me importe.

Su respiración cambia, volviéndose más rápida, más superficial. Sus caderas establecen un ritmo lento pero constante, un vaivén hipnótico que está enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Su mano, que descansaba flácida sobre mi estómago, ahora se agarra a la tela de mi camiseta, como buscando piel.

Es la cosa más erótica que he experimentado en mi vida. Y ni siquiera está despierto.

O eso creo, hasta que de repente, se queda completamente inmóvil. Su cuerpo entero se tensa detrás de mí, y sé, con absoluta certeza, que acaba de despertar. Que acaba de darse cuenta de lo que está haciendo. De lo que estamos haciendo.

Puedo sentir el pánico irradiando de él en oleadas. Puedo sentir cómo empieza a alejarse, a retirar su brazo, a poner distancia entre nosotros.

Y no puedo soportarlo. No puedo soportar la idea de que esto termine, de que volvamos a la incomodidad, a la distancia, a fingir que no existe esta... atracción entre nosotros.

Me niego a pensar que soy el único que la siente.

—Como pares, te asesino —las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo dos veces, roncas y desesperadas—. Sigue. Por favor. Esto es tu culpa.

Para enfatizar mi punto, agarro su mano y la guío directamente hacia mi erección, presionándola contra la tela de mis pantalones de pijama. El contacto me arranca un gemido que no puedo ni intento contener.

Durante un segundo eterno, Héctor no se mueve. No respira. No hace nada. Y estoy a punto de morirme de vergüenza, de girarme y decirle que olvide lo que acabo de hacer, cuando de repente, su mano se cierra alrededor de mi polla con una presión que me hace ver estrellas.

—Lucas... —susurra contra mi oído, y hay tanta necesidad en esa simple palabra que mi piel se eriza.

Y entonces, como si algo se hubiera roto dentro de él, como si hubiera cruzado un punto sin retorno, Héctor se desata.

Su mano comienza a moverse sobre mi erección, firme, segura, encontrando inmediatamente el ritmo perfecto. Su otra mano se desliza bajo mi camiseta, explorando mi pecho, mis abdominales, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Sus labios encuentran mi cuello, mi nuca, mi hombro, dejando un rastro de besos y pequeños mordiscos que me hacen estremecer.

—Joder, Lucas —murmura contra mi piel, su voz más grave, más ronca de lo que jamás la he oído—. Estás tan duro. Tan caliente.

Sus palabras, tan impropias del Héctor que conozco, me excitan casi tanto como sus manos. No sabía que podía hablar así, que podía sonar así. Es como descubrir una nueva faceta de él, una que me vuelve completamente loco.

Su mano se desliza dentro de mis pantalones, y cuando sus dedos se cierran directamente alrededor de mi polla, sin barreras, casi me corro allí mismo.

—Héctor... —jadeo, incapaz de formar pensamientos coherentes —. Dios, sí. Justo así.

Su pulgar acaricia la punta, extendiendo la humedad que ya se ha acumulado allí, y todo mi cuerpo se estremece. Su otra mano encuentra uno de mis pezones y lo pellizca suavemente, enviando una descarga eléctrica directamente a mi entrepierna.

Mientras tanto, sus caderas han vuelto a moverse, presionando su erección contra mi trasero con un ritmo que coincide perfectamente con el movimiento de su mano. La fricción, incluso a través de las capas de ropa, es enloquecedora.

—No voy a durar —confieso, sintiendo cómo el orgasmo se construye en la base de mi columna, imparable como una avalancha

—. Héctor, voy a...

—Hazlo —me interrumpe, su voz es un susurro urgente contra mi oído—. Quiero sentirte. Quiero oírte.

Y eso es todo lo que necesito. El orgasmo me golpea con una fuerza que me deja sin aliento, arqueando mi espalda, apretándome contra él mientras me derramo en su mano. Olas de placer recorren mi cuerpo, tan intensas que por un momento creo que voy a desmayarme.

Héctor no deja de moverse. Su mano me acaricia a través del orgasmo, prolongando el placer hasta que casi es demasiado. Sus caderas siguen presionando contra mí, cada vez más rápido, cada vez más desesperado.

Estoy flotando en la bruma post-orgásmica, apenas consciente de mi entorno, cuando siento que su cuerpo se tensa detrás de mí. Da un par de empujones más, fuertes, casi frenéticos, y luego se queda completamente inmóvil, dejando escapar un gemido ahogado contra mi cuello.

Tardo un momento en darme cuenta de lo que ha pasado. De que se ha corrido. En sus pantalones. Frotándose contra mí.

Joder.

Es lo más erótico que he sentido en la vida.

Héctor deja caer la cabeza contra mi hombro, su respiración agitada acariciando mi piel. Puedo sentir la humedad extendiéndose a través de la tela de sus pantalones, y hay algo tan increíblemente erótico en eso, en que haya perdido el control de esa manera, que casi me excito de nuevo.

—Lo siento —murmura, y puedo sentir la mortificación en su voz —. No quería... no debería...

Y no puedo evitarlo. La situación, la tensión acumulada durante semanas, lo absurdo que es que Héctor Roca, el rey del control, se haya corrido en sus pantalones como un adolescente... todo se combina y estallo en carcajadas.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta, y hay una mezcla de indignación y confusión en su tono que solo me hace reír más fuerte.

—No —consigo decir entre risas—. Bueno, sí. Pero no de mala manera. Es solo que... joder, Roca. ¿Quién iba a pensar que el perfecto Héctor Roca podía perder el control así?

Hay un momento de silencio, y temo haber dicho algo equivocado. Pero entonces, siento su cuerpo temblar contra el mío, y me doy cuenta, con sorpresa, de que también se está riendo. Es una risa suave, casi tímida, pero es real.

—Supongo que tengo mis momentos —dice, y hay algo en su tono, una vulnerabilidad mezclada con humor, que me hace girar la cabeza para mirarlo.

Es un error. Porque verlo así, con el pelo despeinado, las mejillas sonrojadas, los labios ligeramente hinchados, los ojos brillantes... es demasiado. Demasiado perfecto. Demasiado humano.

Demasiado fácil de querer.

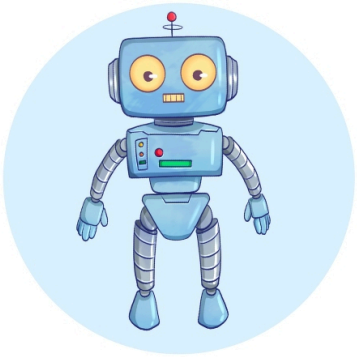
El pensamiento me golpea con tanta fuerza que me deja sin aliento. Porque esto ya no es solo atracción física. Ya no es solo deseo. Es algo más, algo más profundo, más peligroso.

¿Qué coño me está pasando?

CAPÍTULO 23

SABRÁS CUÁL ES EL CORRECTO CUANDO LO VEAS

HÉCTOR



El entrenamiento de la mañana ha sido sorprendentemente productivo, considerando las circunstancias. Ni Lucas ni yo hemos mencionado lo ocurrido al despertar, ese momento en que nuestros cuerpos encontraron un lenguaje común que mi mente aún no ha sido capaz de procesar. Hemos patinado con una sincronía que impresionó visiblemente a Javier, como si lo que compartimos en la intimidad de la habitación hubiera creado un vínculo invisible que se traslada al hielo. Creo que piensa que lo estamos volviendo loco.

Un día no somos capaces ni de sincronizar nuestros pies, y al día siguiente patinamos casi como si nos leyésemos la mente.

Es aterrador.

Ahora, de vuelta a su casa, me encuentro en la cocina ayudando a Elena a preparar la comida. Es una tarea que me resulta

extrañamente reconfortante: picar verduras con precisión, seguir instrucciones claras, mantener mi mente ocupada en algo que no sea el recuerdo de Lucas estremeciéndose bajo mis manos.

—¡Héctor! —la voz de Lucas rompe mi concentración. Aparece en la puerta de la cocina, con el pelo aún húmedo de la ducha post-entrenamiento y una energía que parece vibrar a su alrededor—. ¿Ya te ha contado alguien lo de La Zoca?

—¿La qué? —pregunto, genuinamente confundido.

Lucas me mira como si acabara de preguntarle qué es el agua.

—La Zoca —repite, con una paciencia exagerada—. Es una tradición de nuestra ciudad y muy importante en mi casa. Esta tarde toda la familia vamos al bosque a buscar un tronco especial que se quema en Nochebuena. Es... —se detiene, buscando las palabras— ...importante.

Hay algo en su tono, una seriedad que rara vez muestra, que me hace prestarle toda mi atención. Si Lucas Rey dice que algo es importante, debe serlo de verdad.

—Héctor viene con nosotros, por supuesto —dice Elena, con una sonrisa cálida mientras revuelve la comida en la olla que huele deliciosamente a especias—. Ya le he pedido a Pilar que le haga uno de sus gorros tejidos. Hace mucho frío en el bosque.

—La abuela teje un gorro nuevo para cada miembro de la familia cada Navidad —explica Lucas, apoyándose en la encimera y robando una zanahoria del montón que acabo de picar—. Y por lo visto, este año tú también estás en la lista.

Algo se contrae en mi pecho. Un gorro hecho a mano. Para mí. Es un detalle tan significativo que no sé cómo procesarlo.

—Yo... —empiezo, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—No es gran cosa —dice Lucas, aunque su expresión sugiere que sabe que es exactamente lo contrario—. Pero más te vale ponértelo o la abuela se ofenderá mortalmente.

Su mirada se encuentra con la mía por un momento, y hay algo en sus ojos, una mezcla de calidez y nerviosismo, que me hace preguntarme si también está pensando en esta mañana. En cómo se

sintió despertar juntos, en cómo nuestros cuerpos parecían hechos para encajar perfectamente.

—Saldremos después de comer —añade Elena, ajena a la corriente eléctrica que parece fluir entre nosotros—. A eso de las tres. Asegúrate de ponerte ropa abrigada, Héctor. Las montañas son traicioneras en esta época del año.

Hora y media después, estamos todos apiñados en tres coches, dirigiéndonos hacia las montañas que rodean Jaca. Voy en el asiento trasero del coche de Javier, con Lucas a mi lado y Adrián delante. La conversación fluye fácilmente entre ellos, historias de Zocas pasadas, anécdotas familiares, bromas internas.

Me siento como un observador, un extraño que ha sido invitado a presenciar algo íntimo y precioso. Y sin embargo, cada pocos minutos, Lucas se gira hacia mí para incluirme, explicándome referencias que no entiendo, traduciéndome el contexto de las historias.

—La Zoca es una tradición aragonesa —me explica en un momento dado, su voz baja y cercana, solo para mis oídos—. En realidad, se llama «tronca de Navidad» o «tió de Nadal» en catalán, pero aquí en Jaca siempre le hemos llamado La Zoca. Es un tronco que se recoge el 23 de diciembre y se quema en Nochebuena, simbolizando la luz y el calor en los días más oscuros del año.

Hay una reverencia en su voz que nunca le había oído, un respeto que contrasta con su habitual actitud despreocupada.

—Es importante para ti —observo, no es una pregunta sino una constatación.

Lucas asiente, su mirada perdiéndose en el paisaje nevado que pasa por la ventanilla.

—Mi abuelo me llevó a mi primera Zoca cuando tenía cuatro años —dice, con una sonrisa nostálgica—. Me explicó que ese tronco era especial, que contenía toda la magia del bosque. Murió dos años después, pero cada vez que hacemos esto, siento que sigue con nosotros.

La vulnerabilidad en su confesión me deja sin palabras. Es un Lucas que rara vez muestra al mundo, un Lucas que guarda celosamente tras su fachada de confianza y despreocupación.

Y me lo está mostrando a mí.

Mi corazón se vuelve loco.

Llegamos a un claro en el bosque donde varios coches ya están aparcados. Reconozco los vehículos de los tíos y primos de Lucas. El lugar es impresionante: un pequeño valle rodeado de pinos cubiertos de nieve, con las montañas recortándose contra un cielo de un azul imposible.

—Bienvenido al bosque de La Zoca —dice Lucas, parándose a mi lado mientras contemplo el paisaje—. ¿Qué te parece?

—Es... hermoso —respondo, y la palabra parece ridículamente inadecuada para describir la majestuosidad que nos rodea.

Lucas sonríe, y hay algo en esa sonrisa, una especie de orgullo mezclado con placer, como si mi apreciación de este lugar que tanto significa para él fuera un regalo personal.

—Venga, vamos —dice, tirando de la manga de mi abrigo—. Hay que encontrar el tronco perfecto antes de que mis primos se lleven el mejor.

Lo que sigue es una experiencia que jamás habría imaginado: toda la familia Rey dispersándose por el bosque, examinando troncos caídos, discutiendo tamaños y formas, riendo y compitiendo amistosamente. Lucas me guía a través de la nieve, explicándome los criterios para un buen tronco de Zoca: debe ser de roble o encina, tener el tamaño adecuado para arder toda la noche, y algo más, algo intangible que él llama «personalidad».

—Sabrás cuál es el correcto cuando lo veas —me asegura, con la convicción de alguien que ha hecho esto durante toda su vida.

Y sorprendentemente, tenía razón. Después de casi una hora de búsqueda, soy yo quien lo encuentra: un tronco de roble, perfectamente proporcionado, con una forma que parece casi esculpida por el tiempo y los elementos.

—¡Ese es! —exclama Lucas cuando se lo señalo, con una excitación infantil que resulta contagiosa—. ¡Papá! ¡Adrián! ¡Héctor ha encontrado La Zoca perfecta!

Toda la familia se reúne alrededor del tronco, examinándolo con expresiones de aprobación. Javier me da una palmada en la espalda que casi me hace perder el equilibrio.

—Buen ojo, Héctor —dice, con una sonrisa de orgullo que me hace sentir inexplicablemente cálido por dentro—. Para ser tu primera Zoca, has elegido como un experto.

Cargamos el tronco hasta un claro donde el resto de la familia ha extendido mantas y está preparando una especie de picnic. El ambiente es festivo, lleno de risas y conversaciones.

Me encuentro sentado entre Lucas y Adrián, comiendo empanadas caseras y bebiendo vino caliente con especias de un termo. La sensación es surreal: yo, Héctor Roca, el solitario, el controlado, el que siempre ha mantenido las distancias, participando en una tradición familiar que se remonta generaciones, cuando mis padres ni quiera celebran la navidad como es debido.

—¿Sabes? —dice Adrián en un momento dado, mientras Lucas se ha alejado para ayudar a su madre—. Nunca había visto a mi hermano así.

—¿Así cómo? —pregunto, genuinamente confundido.

Adrián me estudia por un momento, como evaluando cuánto puede decir.

—Tan... él mismo —responde finalmente—. Lucas siempre ha sido el gracioso, el despreocupado, el que parece que nada le afecta. Pero debajo de toda esa chulería hay un chico muy sensible. Y contigo... es como si no tuviera miedo de mostrarlo.

Sus palabras me dejan sin aliento. ¿Es posible que yo tenga ese efecto en Lucas? ¿Yo, que siempre he pensado que lo irritaba, que lo exasperaba, que lo hacía sentir inferior con mis críticas constantes?

—No sé qué decir —admito, mirando hacia donde Lucas se está riendo con sus primos, la luz del sol invernal haciendo brillar su pelo como oro líquido.

—No tienes que decir nada —responde Adrián, siguiendo mi mirada—. Solo... trátalo bien, ¿vale? Es un tío muy cariñoso y sensible, aunque no lo parezca.

Antes de que pueda responder, Lucas regresa, dejándose caer a mi lado con esa gracia natural que parece aplicar a todos sus movimientos.

—¿De qué habláis? —pregunta, mirándome con curiosidad.

—Le estaba contando a Héctor sobre la vez que te caíste en el lago helado tratando de impresionar a Marta García —responde Adrián con una sonrisa maliciosa.

—¡Eso fue hace mil años! —protesta Lucas, dándole un empujón a su hermano—. Y no estaba tratando de impresionarla, estaba demostrando una teoría científica sobre la resistencia del hielo.

—Claro, y yo soy tonto —replica Adrián, guiñándome un ojo antes de levantarse para unirse a Erik, que lo llama desde otra manta.

Lucas se gira hacia mí, sus mejillas sonrojadas por el frío y la vergüenza.

—No le hagas caso —dice—. Es un exagerado.

—Me cuesta creer que tú, entre todas las personas, estuvieras interesado en teorías científicas —respondo, con una pequeña sonrisa.

—Bueno, tal vez sí estaba tratando de impresionar a Marta —admite, con un encogimiento de hombros—. Pero en mi defensa, tenía doce años y ella era la chica más guapa de la clase.

—¿Y funcionó? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo por mi interés.

Lucas suelta una carcajada.

—Si por «funcionar» entiendes que tuve que pasar tres días en la cama con fiebre mientras ella salía con mi mejor amigo, entonces sí, fue un éxito rotundo.

No puedo evitar reírme, y la sorpresa en su rostro al oírme me hace darme cuenta de lo raro que debe ser para él verme así: relajado, divertido, humano.

Es raro incluso para mí mismo.

El resto del día transcurre en un borrón de actividades, risas y momentos compartidos. Ayudo a cargar La Zoca en uno de los coches, participo en una guerra de bolas de nieve improvisada (donde, para mi sorpresa, resulto tener una puntería excelente), y aprendo más sobre las tradiciones de los Rey en una tarde que en todas las conversaciones formales que he tenido con mi propia familia en años.

Cuando regresamos a la casa, ya está anocheciendo. La Zoca se coloca ceremoniosamente junto a la chimenea, donde esperará

hasta mañana para ser quemada. Hay una energía especial en el ambiente, una mezcla de anticipación y nostalgia que parece afectar a todos.

Es entonces cuando descubro el plan para la noche: todos los primos, incluyendo Lucas y Adrián, dormirán juntos en el salón, en sacos de dormir y colchones improvisados, como parte de la tradición de La Zoca.

—Es algo que hacemos desde niños —me explica Lucas mientras me ayuda a extender el saco de dormir que me han prestado junto al suyo—. La noche antes de Nochebuena, todos dormimos aquí, contando historias y recordando Zocas pasadas. Es... —se detiene, buscando la palabra correcta.

—Importante —completo por él, recordando su expresión de esta mañana.

Me mira, y hay algo en sus ojos, una especie de reconocimiento, como si acabara de entender algo fundamental sobre mí.

—Exacto —dice, con una sonrisa suave—. Es importante.

La noche avanza entre historias, risas y recuerdos compartidos. Me mantengo mayormente en silencio, absorbiendo la dinámica familiar, maravillándome de cómo todos estos primos, tan diferentes entre sí, mantienen una conexión tan fuerte.

Lucas, sentado a mi lado, actúa como mi traductor no oficial, susurrándome explicaciones sobre las referencias que no entiendo, los chistes internos, las tradiciones mencionadas.

Poco a poco, los primos van quedándose dormidos, uno a uno, hasta que solo quedamos Lucas y yo despiertos, tumbados en nuestros sacos de dormir en la penumbra, rodeados por el sonido suave de respiraciones y algún que otro ronquido.

Es un momento extraño, íntimo a pesar de estar rodeados de gente, privado en medio de lo público. Y de repente, siento la necesidad de decir algo, de expresar lo que este día ha significado para mí.

Lo que estas navidades están significando para mí.

Mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

Con el corazón latiendo más rápido de lo que me gustaría admitir, extiendo mi mano en la oscuridad hasta encontrar la suya. Sus

dedos se tensan momentáneamente bajo los míos, sorprendidos.

—Gracias —susurro, tan bajo que apenas es audible—. Por compartir esto conmigo. Ha sido... especial.

Hay un momento de silencio, y temo haber cruzado alguna línea invisible, haber malinterpretado nuestra frágil tregua. Empiezo a retirar mi mano, avergonzado por mi atrevimiento.

Pero entonces, sus dedos se cierran alrededor de los míos, firmes, cálidos, y entrelaza nuestras manos en un gesto tan íntimo que me deja sin aliento.

—Ha sido un placer —responde, su voz es un susurro en la oscuridad—. Me alegro de que hayas estado aquí.

Y mientras yacemos así, agarrados de la mano en la penumbra, rodeados por su familia dormida, siento algo expandiéndose en mi pecho, una sensación tan intensa y abrumadora que casi duele. Es como si algo que ha estado dormido dentro de mí durante toda mi vida finalmente despertara, estirándose y creciendo hasta llenar cada rincón de mi ser.

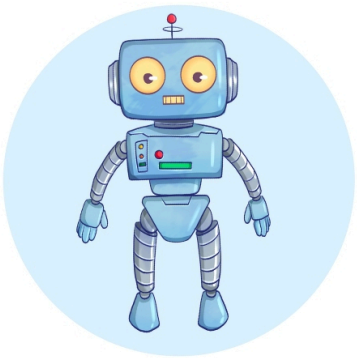
Es aterrador y maravilloso a partes iguales. Y aunque no estoy listo para ponerle nombre, sé que nada volverá a ser igual después de estas navidades.

Yo no volveré a ser el mismo.

CAPÍTULO 24

NO QUIERO PASAR POR LA VIDA SIN SENTIR

HÉCTOR



—¡Héctor, mira! ¡Puedo girar sin caerme!

La voz entusiasta de Lucía, una niña de seis años con coletas despeinadas y una sonrisa a la que le faltan dos dientes, me arranca una sonrisa involuntaria. Está dando vueltas sobre el hielo, con los brazos extendidos y una expresión de pura concentración en su pequeño rostro.

—¡Muy bien, Lucía! —la felicito, sorprendiéndome a mí mismo por la calidez en mi voz—. Mantén los brazos firmes, eso es.

Es la mañana de Nochebuena y estamos con los niños del campamento navideño.

Aunque al principio de comenzar a dar estas clases me sentí completamente fuera de mi elemento, los niños son caóticos, impredecibles, todo lo que mi naturaleza ordenada rechaza instintivamente, ahora he llegado a disfrutarlo. Hay algo en su

entusiasmo desenfrenado, en su alegría pura al deslizarse sobre el hielo, que resulta contagioso.

Desde el otro lado de la pista, observo a Lucas rodeado por un grupo de niños que lo miran como si fuera una especie de superhéroe del patinaje. Está mostrándoles un pequeño salto, exagerando los movimientos para hacerlos reír, completamente en su elemento.

—¡Ahora vosotros! —exclama, y los niños intentan imitarlo con diversos grados de éxito, la mayoría acabando sentados en el hielo entre carcajadas.

Lucas se ríe con ellos, ayudándolos a levantarse uno por uno, ofreciendo palabras de ánimo y pequeños consejos. Hay una naturalidad en su forma de interactuar con los niños que me fascina. Para él, el patinaje nunca ha dejado de ser un juego, una forma de expresión, una alegría.

Para mí, en algún momento, se convirtió en trabajo. En disciplina. En perfección técnica. ¿Cuándo perdí esta sensación de libertad, de pura diversión que veo en estos niños? ¿La tuve alguna vez?

—¡Héctor! —la voz de Lucas interrumpe mis reflexiones—. ¡Ven a ayudarme con la conga!

—¿La qué? —pregunto, patinando hacia él.

—¡La conga! —repite, como si fuera obvio—. Ya sabes, todos en fila, agarrados por la cintura, dando vueltas por la pista.

Miro a los niños, todos expectantes, y luego a Lucas, que me observa con una mezcla de desafío y diversión en sus ojos.

—No creo que sea una buena idea —digo, intentando sonar razonable—. Podría ser peligroso y...

—Por Dios, Roca —me interrumpe Lucas, poniendo los ojos en blanco—. Es Nochebuena. Relájate por una vez en tu vida y diviértete.

Hay algo en su tono, no tanto una burla como una invitación, que me hace dudar. Y antes de que pueda protestar más, Lucas agarra a un niño de la mano, quien a su vez agarra a otro, formando una cadena humana.

—¡Tú vas al final! —me grita por encima del hombro—. ¡Asegúrate de que nadie se caiga!

Y así, sin más opción, me encuentro cerrando una fila de quince niños y Lucas, todos patinando en serpentina por la pista mientras cantan villancicos desafinados. Es ridículo. Es caótico. Es potencialmente peligroso.

Y es... divertido.

La idea me golpea con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio. Estoy disfrutando. Genuinamente. Sin pensar en la técnica, en las puntuaciones, en la perfección. Solo sintiendo el hielo bajo mis patines, el ritmo de la música navideña, las risas de los niños.

Cuando la clase termina, me siento extrañamente energizado. Como si hubiera redescubierto algo que había olvidado, o quizás algo que nunca me permití experimentar plenamente.

—Eres bueno con ellos —dice Lucas mientras recogemos los conos y aros que hemos usado para los ejercicios—. Los niños, quiero decir. Pensaba que serías todo reglas y técnica, pero has ido mejorando mucho con ellos a lo largo de estas semanas.

Hay una nota de sorpresa en su voz que debería ofenderme, pero extrañamente no lo hace.

—Me gustan —admito, y la confesión se siente como liberar algo que llevaba mucho tiempo conteniendo—. No pensaba que lo harían, pero... hay algo en su entusiasmo que es... refrescante.

Lucas me mira como si acabara de confesarle que creo en los extraterrestres.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Héctor Roca? —pregunta, pero hay una sonrisa en sus labios que sugiere que está más complacido que sorprendido.

—Muy gracioso —respondo, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Hay un momento de silencio entre nosotros, no incómodo sino expectante, como si ambos estuviéramos a punto de decir algo más. Pero entonces Javier nos llama desde la entrada de la pista, rompiendo el hechizo.

—¡Chicos! ¡Es hora de volver a casa! Elena necesita ayuda con los preparativos para la cena.

La tarde transcurre en un torbellino de actividad. La casa de los Rey es un hervidero de gente yendo y viniendo, preparando comida,

decorando, envolviendo regalos de última hora. Me encuentro arrastrado a tareas que nunca habría imaginado hacer: ayudar a decorar galletas, colgar más luces en el árbol, incluso jugar al Monopoly con los primos más jóvenes de Lucas mientras terminan los preparativos.

Es en medio de este caos festivo cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. Miro la pantalla y siento cómo mi estómago se contrae. «Papá», dice simplemente.

Me disculpo y me retiro a la habitación que ahora comparto con Lucas, cerrando la puerta tras de mí. Respiro hondo antes de contestar.

—Hola, padre —digo, intentando que mi voz suene neutral.

—Héctor —la voz de mi padre suena tan formal como siempre—. Tu madre y yo queríamos felicitarte la Navidad.

—Gracias —respondo, sentándome en el borde de la cama—. Feliz Navidad a vosotros también.

—¿Cómo va el entrenamiento? —pregunta, yendo directamente al grano—. ¿Has conseguido mejorar la sincronización con ese chico... Rey?

Ni siquiera en Nochebuena puede dejar de lado el aspecto profesional. Ni siquiera puede recordar el nombre de Lucas.

—Sí, hemos progresado mucho —digo, intentando no pensar en todas las formas en que Lucas y yo nos hemos «sincronizado» últimamente y en todas las discusiones que hemos tenido por el camino—. Creo que tenemos posibilidades en la Copa de Reyes.

—Excelente —dice, y puedo imaginar su asentimiento seco—. Es importante que aproveches esta oportunidad para demostrar tu versatilidad como patinador. Los jueces olímpicos valorarán esa experiencia adicional.

—Por supuesto —respondo automáticamente.

Hay un breve silencio, y luego escucho la voz de mi madre, más distante, probablemente porque está en altavoz.

—¿Estás comiendo bien, Héctor? ¿Descansando lo suficiente?

—Sí, madre. La familia de Lucas es muy... hospitalaria.

—Bien, bien —dice, y puedo escuchar el tecleo de un ordenador de fondo—. Asegúrate de mantener tu rutina de estiramientos. No

queremos que te lesiones.

La llamada continúa así durante unos minutos más: preguntas prácticas, consejos no solicitados, ninguna mención a cómo me siento, si estoy disfrutando de las fiestas, si echo de menos estar en casa. Ni una sola pregunta personal.

Es como si fuese su activo en vez de su hijo.

Cuando finalmente cuelgo, me quedo mirando el teléfono en mi mano, sintiendo un vacío familiar en el pecho. No es tristeza, exactamente. Es más bien... resignación. Aceptación de que esto es lo que hay, de que mis padres son así y siempre lo serán.

Fríos. Prácticos. Distantes.

El contraste con la familia Rey no podría ser más marcado. Aquí, en esta casa, todo es calor, ruido, afecto expresado abiertamente. Elena preguntando constantemente si he comido suficiente, Pilar contándome historias de cuando Lucas era pequeño, Javier incluyéndome en las tradiciones familiares como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Y Lucas... Lucas, que me irrita y me fascina a partes iguales. Lucas, que me desafía y me empuja fuera de mi zona de confort. Lucas, que me ha mostrado una forma diferente de ver el patinaje, de ver la vida.

Lucas, que me hace sentir más vivo de lo que me he sentido en años.

La revelación me golpea con claridad cristalina: no quiero ser como mis padres. No quiero pasar por la vida sin sentir, sin conectar, manteniendo a todos a distancia por miedo a perder el control.

Y, sobre todo, no quiero hacer eso con Lucas.

La puerta se abre de repente, sobresaltándome. Lucas entra como un torbellino, con las mejillas sonrojadas por la excitación y el frío.

—¡Aquí estás! Te estamos buscando por todas partes. Es hora de encender La Zoca —dice, y entonces nota mi expresión—. ¿Estás bien?

Hay una preocupación genuina en su voz que hace que algo se apriete en mi pecho.

—Sí —respondo, poniéndome de pie—. Solo hablaba con mis padres.

—Oh —dice, y la forma en que lo dice sugiere que entiende exactamente lo que eso significa—. ¿Todo bien?

—Lo habitual —respondo con una pequeña sonrisa—. Una felicitación navideña formal, preguntas sobre el entrenamiento, recordatorios sobre la importancia de la disciplina.

Lucas pone los ojos en blanco.

—Suena muy festivo —dice, con ese sarcasmo tan suyo—. Vamos, mi familia puede ser un caos, pero al menos sabemos cómo celebrar.

Me tiende la mano, un gesto simple pero cargado de significado. Una invitación. Una elección.

Y por primera vez en mi vida, decido seguir mi instinto en lugar de mi razón. Tomo su mano, entrelazando nuestros dedos como hicimos anoche en la oscuridad del salón.

La sorpresa en su rostro rápidamente da paso a una sonrisa, una de esas sonrisas genuinas que iluminan toda su cara y hacen que algo se derrita dentro de mí.

—Vamos —dice, tirando suavemente de mí hacia la puerta—. No queremos perdernos la magia.

Y mientras lo sigo escaleras abajo, hacia el calor y el ruido de la familia reunida alrededor de la chimenea, siento que estoy tomando una decisión que va mucho más allá de esta noche, de estas vacaciones, incluso de nuestra colaboración forzada.

Estoy eligiendo sentir. Estoy eligiendo arriesgarme. Estoy eligiendo a Lucas.

LUCAS

La cena de Nochebuena en mi casa siempre ha sido un acontecimiento caótico y ruidoso. La mesa del comedor, ampliada con todas las extensiones posibles y complementada con una mesa adicional para los más pequeños, apenas da cabida a todos. Los platos pasan de mano en mano, las conversaciones se superponen, las risas estallan en diferentes puntos de la mesa simultáneamente.

Es exactamente como me gusta. Excepto que este año hay algo diferente. O más bien, alguien.

Héctor está sentado frente a mí, entre mi abuela Pilar y mi primo David. Lleva un jersey azul oscuro que resalta el color de sus ojos, y el gorro que mi abuela tejió para él descansa sobre su hombro como una bufanda improvisada. No ha querido quitárselo del todo desde que se lo dio esta tarde, un gesto que hizo que mi abuela lo adoptara instantáneamente como su nuevo nieto favorito.

Lo que me desconcierta no es solo verlo aquí, en medio de mi familia, sino lo... cómodo que parece. Está conversando con mi abuela, escuchando con genuino interés sus historias sobre cómo era Jaca cuando ella era joven. De vez en cuando, sus ojos se encuentran con los míos a través de la mesa, y hay algo en su mirada, una calidez, una apertura que nunca había visto antes.

Desde que bajamos juntos, de la mano, para el encendido de La Zoca, ha habido un cambio en él. Como si hubiera cruzado alguna línea invisible. No sé qué pasó durante esa llamada con sus padres, pero fuera lo que fuera, parece haberlo transformado.

—¿Quieres más vino, Héctor? —pregunta mi tío Carlos, levantando la botella.

—Sí, gracias —responde Héctor, con una sonrisa que parece sorprendentemente natural en su rostro habitualmente serio.

Observo cómo inclina ligeramente su copa, cómo sus dedos largos y elegantes sujetan el cristal, cómo sus labios se curvan alrededor del borde cuando bebe. Y de repente, estoy pensando en esos mismos dedos sobre mi piel, en esos mismos labios contra mi cuello, y siento un calor que no tiene nada que ver con el vino o la chimenea encendida.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Héctor me mira directamente, y hay un destello en sus ojos que me dice que sabe lo que estoy pensando. Un rubor sube por mi cuello hasta mis mejillas, y tengo que apartar la mirada antes de que alguien en la mesa note lo que está pasando.

Porque algo está pasando. Algo que va más allá de nuestra recién descubierta capacidad para no matarnos mutuamente. Algo que me asusta y me emociona a partes iguales.

La cena continúa, dando paso al postre y luego al ritual del intercambio de regalos. Como siempre, es un caos: paquetes que

vuelan de un lado a otro, papel de regalo desgarrado, exclamaciones de sorpresa y gratitud.

Mi madre le entrega a Héctor un paquete pequeño, envuelto en papel plateado con un lazo azul.

—No es mucho —dice, con esa modestia tan suya—. Pero queríamos que tuvieras algo para abrir.

Héctor parece genuinamente sorprendido, casi abrumado. Toma el paquete con manos que, noto con sorpresa, tiemblan ligeramente.

—No teníais que... —empieza, pero mi madre lo interrumpe con un gesto.

—Por supuesto que sí. Eres nuestro invitado.

Héctor desenvuelve el regalo con cuidado, como si el papel mismo fuera valioso. Dentro hay una bufanda tejida a mano, en tonos azules y grises que combinan perfectamente con sus ojos.

—Elena la ha tejido especialmente para ti —explica mi padre—. A juego con el gorro de Pilar.

Por un momento, Héctor se queda completamente inmóvil, mirando la bufanda en sus manos. Y entonces, para mi absoluta sorpresa, veo cómo sus ojos se humedecen ligeramente.

—Gracias —dice, y su voz suena más ronca de lo normal—. Es... perfecta.

Mi madre, con esa intuición que solo las madres tienen, se acerca y lo envuelve en uno de sus abrazos característicos. Y en vez de tensarse como solía hacer, Héctor se relaja en el abrazo, devolviéndolo con una naturalidad que me deja boquiabierto.

¿Quién es este hombre y qué ha hecho con Héctor Roca?

Y, sobre todo, ¿por qué me afecta tanto verlo así?

La velada continúa, la noche avanza, y poco a poco la casa se va quedando en silencio. Los más pequeños son acostados, los mayores se retiran a sus habitaciones, y finalmente, solo quedamos Héctor y yo, sentados frente a la chimenea donde La Zoca sigue ardiendo, proyectando sombras danzantes sobre las paredes.

—Ha sido una noche increíble —dice Héctor, rompiendo el silencio cómodo que se había instalado entre nosotros.

—¿Mejor que tus Navidades habituales? —pregunto, genuinamente curioso.

Héctor mira las llamas durante un momento antes de responder.

—Mis Navidades habituales consisten en una cena formal en algún restaurante caro, seguida de un intercambio de regalos prácticos y una conversación sobre mis objetivos para el próximo año. Si es que la pasamos juntos —dice finalmente—. Así que sí, definitivamente mucho mejor.

Hay una tristeza en su voz que me provoca un nudo en la garganta. De repente, muchas cosas sobre Héctor empiezan a tener sentido: su obsesión por el control, su dificultad para relajarse, su incapacidad para disfrutar del momento.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio.

—No lo sientas —responde, girándose para mirarme directamente —. Me has dado un regalo increíble estos días, Lucas. Me has mostrado cómo puede ser una familia. Cómo puede ser la Navidad. Cómo puede ser... la vida.

La intensidad en su mirada me deja sin aliento. Hay una vulnerabilidad en sus ojos que nunca había visto antes, una apertura que me invita a acercarme, a cruzar esa última barrera entre nosotros.

—Héctor... —empiezo, pero no sé cómo continuar. Hay demasiadas cosas que quiero decir, demasiadas emociones contradictorias bullendo dentro de mí.

—No digas nada —me interrumpe suavemente—. No necesitamos hablar ahora.

Y entonces, con una decisión que me sorprende, se inclina hacia mí y me besa.

No es como nuestro beso anterior, nacido de la tensión y la frustración. Este beso es deliberado, consciente, casi reverente. Sus labios se mueven sobre los míos con una ternura que me desarma por completo.

Respondo al beso casi por instinto, mis manos encontrando el camino hasta su nuca, enredándose en su pelo. El beso se profundiza, volviéndose más urgente, más necesitado. Sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome más cerca, hasta que estoy prácticamente en su regazo.

—Deberíamos subir —susurro contra sus labios, consciente de que estamos en el salón familiar y cualquiera podría bajar en cualquier momento.

Héctor asiente, sus ojos oscurecidos por el deseo.

Subimos las escaleras en silencio, nuestras manos entrelazadas, la anticipación vibrando entre nosotros como una corriente eléctrica. Una vez en la habitación, cerramos la puerta y nos quedamos mirándonos, de repente casi tímidos a pesar de lo que ya hemos compartido.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —pregunta Héctor, y hay una vulnerabilidad en su voz que me hace querer abrazarlo y no soltarlo nunca.

—Nunca he estado más seguro de nada —respondo, y es la verdad.

Y entonces me besa.

Nos movemos hacia la cama sin despegar nuestras bocas, chocando contra los muebles, tirando cosas al suelo que ninguno de los dos se molesta en recoger. Nos arrancamos la ropa con una urgencia animal, desesperados por sentir piel contra piel. Cuando Héctor me quita la camiseta de un tirón, sus ojos recorren mi torso con un hambre que me hace estremecer.

—Joder, Lucas —gruñe, con una voz tan ronca que apenas la reconozco—. No sabes las veces que he soñado con esto. Con tenerte así.

—Demuéstramelo —le desafío, desabrochando su pantalón y metiendo la mano dentro sin ninguna delicadeza.

Su erección palpita contra mi palma, dura como el acero, pero suave como la seda. La forma en que contiene el aliento cuando lo toco me hace sentir poderoso, invencible.

Caemos sobre la cama en un enredo de extremidades, nuestras bocas devorándose mutuamente como si el mundo fuera a acabarse mañana. Sus manos están por todas partes: en mi pelo, en mi espalda, en mi culo, apretando, marcando, reclamando. Me desnuda completamente.

Jamás hubiese imaginado que Héctor pudiera ser tan intenso.

Que me fuese a gustar tanto.

—Quiero chupártela —susurra contra mi oído, y el calor de su aliento envía una descarga eléctrica directa a mi entrepierna—. No he podido pensar en otra cosa desde que te tuve en mis manos.

—Hazlo —jadeo, incapaz de formar frases más complejas.

Héctor no necesita que se lo diga dos veces. Desciende por mi cuerpo, dejando un rastro de besos y mordiscos que seguramente dejarán marca. Cuando llega a mi erección, levanta la mirada, y hay algo tan intenso en sus ojos que casi me corro solo con eso.

—Quiero verte perder el control —dice, antes de tomar mi polla en su boca sin ningún preámbulo.

—¡Joder! —exclamo, arqueando la espalda involuntariamente.

Su boca es puro fuego, húmeda y apretada alrededor de mí, su lengua haciendo cosas que deberían ser ilegales. Me agarro a las sábanas con tanta fuerza que temo romperlas, intentando no embestir contra su garganta, aunque es todo lo que quiero hacer.

—Héctor, joder... nadie me ha puesto tan cachondo en mi vida —confieso entre jadeos, con una mano enredada en su pelo, guiándolo, urgiéndolo.

Él responde con un gemido que vibra a través de mi polla, llevándome peligrosamente cerca del borde. Pero justo cuando estoy a punto de perderme, se detiene, deslizándose hacia arriba para besarme de nuevo, como si no quisiera que esto acabase nunca. Puedo saborearme en su lengua, y hay algo increíblemente erótico en eso.

Yo también sé jugar a este juego.

—Mi turno —digo, empujándolo sobre su espalda.

La visión de Héctor Roca tumbado bajo mi cuerpo, con el pelo despeinado, los labios hinchados y los ojos nublados por el deseo, es algo que quiero grabar a fuego en mi memoria. Este hombre perfecto, este controlador compulsivo, completamente deshecho por mí.

Desciendo por su cuerpo, saboreando cada centímetro de piel, cada músculo tenso. Cuando llego a su erección, no puedo evitar una exclamación de apreciación. Es grande, perfectamente proporcionada, con una gota de líquido preseminal brillando en la punta que me hace la boca agua.

—Voy a hacerte ver las estrellas, Roca —prometo, antes de tomarlo en mi boca tan profundamente como puedo.

El sonido que escapa de su garganta es mitad gemido, mitad sollozo, y es la cosa más erótica que he oído en mi vida. Sus caderas se mueven involuntariamente, buscando más, y yo se lo permito, relajando mi garganta para acomodarlo.

—Lucas... Dios mío... tu boca... —sus palabras son entrecortadas, desesperadas, tan diferentes de su habitual precisión lingüística.

Verlo así, completamente perdido en el placer, es embriagador. Doblo mis esfuerzos, usando manos y boca en perfecta sincronía, determinado a destrozar cada último vestigio de su autocontrol.

Cuando siento que está cerca, cuando sus muslos empiezan a temblar y sus manos agarran mi pelo con más fuerza, me detengo. Quiero más. Quiero todo.

Subo por su cuerpo y me coloco a horcajadas sobre él, alineando nuestras erecciones. La fricción es exquisita, casi dolorosa en su intensidad. Héctor me agarra por las caderas, guiando mis movimientos, estableciendo un ritmo que nos tiene a ambos jadeando y maldiciendo.

—No voy a durar —confiesa, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Yo tampoco —respondo, aumentando la velocidad, desesperado por alcanzar el clímax juntos.

Sus ojos no abandonan los míos mientras nos movemos el uno contra el otro, y hay algo en esa conexión, en esa vulnerabilidad compartida, que hace que todo sea más intenso, más significativo.

Cuando el orgasmo me golpea, es con una fuerza que me deja sin aliento, sin pensamientos, sin nada excepto el nombre de Héctor en mis labios. Él me sigue segundos después, su cuerpo tensándose bajo el mío mientras se derrama entre nosotros, mi nombre como una letanía en su boca.

Colapso sobre su pecho, ambos jadeando, pegajosos y completamente satisfechos. Sus brazos me rodean automáticamente, manteniéndome cerca, y hay algo tan protector en ese gesto que me hace sentir cosas que no estoy preparado para analizar.

Después, tumbados uno junto al otro, con nuestras respiraciones aún agitadas y nuestros cuerpos brillando con una fina capa de sudor, hay un silencio que no es incómodo sino pacífico, como si todas las palabras que podríamos decir ya hubieran sido expresadas de otra manera.

Héctor me atrae hacia él, acomodándome contra su pecho, y yo me dejo hacer, sorprendido por lo natural que se siente. Su corazón late fuerte y constante bajo mi oído, un ritmo que encuentro extrañamente reconfortante.

—Feliz Navidad, Lucas —susurra contra mi pelo, sus dedos trazando patrones perezosos en mi espalda.

—Feliz Navidad, Héctor —respondo, sintiendo cómo el sueño comienza a reclamarme.

Y mientras me deslizo hacia la inconsciencia, envuelto en su calor y su aroma, me pregunto vagamente qué significa todo esto. Qué somos ahora. Qué seremos mañana, o la semana que viene, o cuando volvamos a Madrid y a nuestras vidas separadas.

Pero esas son preocupaciones para otro momento. Ahora, en esta noche, en esta cama, en estos brazos, todo lo que importa es esto: este momento perfecto, este regalo inesperado.

CAPÍTULO 25

PREFIERO SELLAR LOS TRATOS DE OTRA MANERA

LUCAS



El sol de la mañana de Navidad se cuela entre las cortinas, despertándome con su calidez. Lo primero que noto es el peso de un brazo sobre mi cintura y la respiración acompasada de Héctor en mi nuca. Por un segundo, me quedo perfectamente quieto, procesando la situación.

Héctor Roca está en mi cama. Dormido. Abrazándome.

Y lo más sorprendente: no me resulta incómodo.

Con cuidado, me giro para mirarlo. Su rostro dormido parece años más joven, sin esa expresión de concentración perpetua que suele llevar. Tiene el pelo revuelto y un ligero rastro de barba incipiente que, debo admitir, le sienta ridículamente bien.

Como si sintiera mi mirada, sus ojos se abren lentamente. Hay un momento de confusión, seguido por el reconocimiento, y luego...

una sonrisa. Pequeña, casi tímida, pero definitivamente una sonrisa.

—Buenos días —murmura, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días —respondo, sorprendido por lo natural que se siente todo esto.

Nos quedamos en silencio un momento, ninguno de los dos seguro de qué decir después de lo que pasó anoche. No es un silencio incómodo, pero está cargado de preguntas no formuladas.

Finalmente, como siempre, soy yo quien rompe el hielo.

—Entonces... lo de anoche fue intenso —digo, optando por la honestidad directa.

Héctor suelta una risa suave que me sorprende. Nunca lo había oído reír así, como si realmente se estuviera divirtiendo.

—Sí, lo fue —admite, pasándose una mano por el pelo—. No me arrepiento, si es lo que te preocupa.

—No estoy preocupado por eso —miento, porque claro que lo estaba—. Solo quería asegurarme de que estamos en la misma página.

—¿Y cuál es esa página exactamente? —pregunta, con una mirada que me resulta imposible descifrar.

Me incorporo, apoyándome contra el cabecero de la cama. Necesito pensar con claridad, y es difícil hacerlo cuando estoy tumbado a centímetros de él.

—Mira, me gustas —digo, y las palabras salen de mi boca antes de que pueda filtrarlas—. Lo cual es ridículo, porque también me sacas de quicio la mayor parte del tiempo.

—El sentimiento es mutuo —responde, con una seriedad que me hace soltar una carcajada.

—Bien, entonces estamos de acuerdo en que nos gustamos, pero también nos odiamos —continúo, sintiéndome más seguro—. Y también está claro que hay... esto —hago un gesto vago entre nosotros— ...esta atracción que es...

—Abrasadora —completa él, y la palabra, dicha con su voz habitualmente controlada, hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Exacto. Abrasadora —repito, intentando mantener el hilo de mis pensamientos—. Pero en menos de dos semanas volveremos a

Madrid, a la Copa de Reyes, y luego cada uno seguirá con su vida.

Héctor asiente, procesando mis palabras.

—Así que lo que estás proponiendo es...

—Que nos divirtamos —digo simplemente—. Sin daños. Sin complicaciones. Sin expectativas. Solo nosotros, disfrutando de... esto, hasta que termine.

—¿Y después seremos amigos? —pregunta, con un tono que no logro interpretar.

La pregunta me pilla desprevenido. ¿Amigos? ¿Héctor y yo? La idea nunca se me había ocurrido.

—Supongo que sí —respondo, sorprendido por lo mucho que me gusta esa posibilidad—. Creo que podríamos ser buenos amigos, cuando no estemos intentando matarnos mutuamente.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Amigos que ocasionalmente se dan placer —dice, y hay algo tan incongruente en escuchar a Héctor Roca decir «dar placer» que no puedo evitar reírme.

—Exactamente —confirmo—. Hasta la Copa de Reyes. Para sacarnos esta atracción del sistema.

—Suena razonable —dice, como si estuviéramos discutiendo los términos de un contrato de negocios y no un acuerdo para acostarnos.

—Bien —digo, extendiendo mi mano en un gesto medio en broma —. ¿Trato hecho?

Héctor mira mi mano y arquea una ceja.

—¿Un apretón de manos? ¿En serio, Rey?

—Tienes razón —admito, dejando caer la mano—. Es ridículo.

—Prefiero sellar los tratos de otra manera —dice, y antes de que pueda reaccionar, se inclina y me besa.

Es un beso diferente a los de anoche. No desesperado ni urgente, sino deliberado. Como si estuviera saboreando el momento, memorizándolo. Sus labios se mueven sobre los míos con una seguridad que me deja sin aliento, y cuando su lengua roza la mía, no puedo evitar que se me escape un pequeño gemido.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome hacia él, y de repente estoy prácticamente en su regazo, mis dedos enredados en

su pelo, su pecho presionado contra el mío. El beso se intensifica, volviéndose más profundo, más hambriento.

—¡Buenos días, chavales! El desayuno está... ¡Oh, por Dios!

Nos separamos de golpe, como si nos hubieran echado un cubo de agua fría. En la puerta está mi hermano Adrián, con Erik asomándose por encima de su hombro, ambos con expresiones que van del shock inicial a la diversión maliciosa.

—¿Es que nadie sabe llamar a la puerta en esta casa? —exclamo, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas.

—Es Navidad —responde Adrián, con una sonrisa que dice claramente que no lamenta en absoluto la interrupción—. Venía a avisaros de que el desayuno está listo, pero veo que ya estáis... comiendo otra cosa.

Erik suelta una carcajada que no se molesta en disimular.

—¿Estabais practicando primeros auxilios? —pregunta, con falsa inocencia—. Porque ese parecía el boca a boca más entusiasta que he visto nunca.

Héctor, a mi lado, parece querer que la tierra se lo trague. Está completamente rígido, con una expresión que oscila entre la mortificación y la resignación.

—Muy gracioso —digo, fulminándolos con la mirada—. ¿Podéis dejarnos en paz?

—Claro, claro —dice Adrián, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa de suficiencia—. Pero mamá dice que bajéis ya. Y que espera que todos estéis... presentables.

El énfasis en la última palabra me hace querer lanzarle algo a la cabeza.

—Estaremos abajo en cinco minutos —responde Héctor, sorprendiéndome con su compostura—. Gracias por avisarnos.

Adrián parece momentáneamente descolocado por la respuesta educada, pero se recupera rápidamente.

—De nada —dice, retrocediendo hacia el pasillo—. No os entretengáis demasiado.

—O entreteneos todo lo que queráis —añade Erik, guiñándome un ojo—. Pero no hagáis esperar a Elena. Da miedo cuando se enfada.

Con eso, finalmente se van, cerrando la puerta tras ellos. El silencio que sigue es tan denso que casi se puede cortar.

—Bueno —digo finalmente, intentando aligerar el ambiente—. Supongo que ya no tenemos que preocuparnos por cómo decírselo a mi familia.

Para mi sorpresa, Héctor suelta una risa ahogada.

—Supongo que no —dice, y hay algo tan encantador en verlo así, con la guardia baja, que no puedo evitar besarlo de nuevo.

Es un beso rápido, casi casto comparado con el anterior, pero igualmente significativo.

—Entonces, ¿sigue en pie nuestro acuerdo? —pregunto, levantándome de la cama y buscando algo que ponerme—. ¿Diversión sexual hasta la Copa de Reyes? —bromeo, subiendo y bajando las cejas de forma exagerada.

Héctor me observa mientras me visto, con una intensidad en su mirada que hace que mi piel se erice.

—Definitivamente —responde, levantándose también—. Aunque quizás deberíamos empezar a echar el pestillo.

—O podríamos darles algo de lo que hablar —sugiero, con una sonrisa maliciosa.

Héctor pone los ojos en blanco, pero hay una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—Eres incorregible, Rey.

—Es parte de mi encanto, Roca.

No lo niega, por lo que lo considero una pequeña victoria.

Mientras bajamos a desayunar, no puedo evitar pensar que este acuerdo nuestro podría ser la mejor idea que he tenido nunca.

O la más arriesgada.

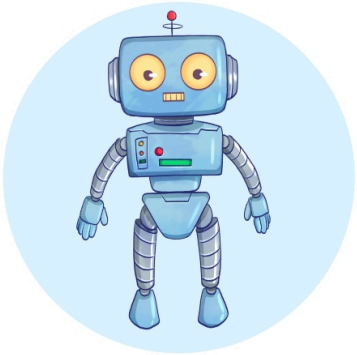
Pero mientras veo a Héctor caminar delante de mí, con esa nueva confianza en sus pasos, decido que no me importa. Voy a disfrutar de cada segundo de esta locura, y ya me preocuparé por las consecuencias después.

Al fin y al cabo, ¿qué daño puede hacer divertirnos un poco?

CAPÍTULO 26

¿ESTÁS SEGURO DE QUE ESTO ES UNA BUENA IDEA?

HÉCTOR



27 de diciembre

—¡Confía en mí, joder!

La voz de Lucas resuena en la pista vacía mientras me tiende las manos, esperando que me lance hacia él para una elevación que nunca hemos practicado. Son las seis y media de la mañana, y llevamos entrenando desde las cinco. La Copa de Reyes está a menos de dos semanas y seguimos luchando con los elementos más básicos del patinaje en pareja.

—No es cuestión de confianza —respondo, calculando mentalmente ángulos, velocidades y probabilidades de acabar estampado contra el hielo—. Es cuestión de física. Eres más bajo que yo, y esta elevación...

—¿Me estás llamando enano? —me interrumpe, con esa sonrisa provocadora que ha empezado a tener un efecto alarmante en mi ritmo cardíaco.

—Te estoy llamando proporcionalmente menos adecuado para esta maniobra específica —corrijo, intentando mantener mi tono profesional.

Lucas pone los ojos en blanco tan dramáticamente que temo que se le queden atascados en la parte posterior del cráneo.

—Mira, Roca —dice, acercándose hasta que nuestros pechos casi se tocan—. Puede que seas más alto, pero tengo la fuerza de un toro y el equilibrio de un gato. Puedo levantarte sin problemas.

Hay algo en la intensidad de su mirada, en la seguridad con la que lo dice, que hace que mi resistencia se desmorone.

—Si acabo en urgencias... —empiezo.

—Si acabas en urgencias, te llevaré flores todos los días —promete, con una mano en el corazón y una expresión tan exageradamente solemne que no puedo evitar sonreír.

—Eres imposible —murmuro, pero ya estoy tomando posición para el impulso.

—Y eso te encanta —replica, guiñándome un ojo antes de colocarse.

Lo más sorprendente es que tiene razón. En ambas cosas.

Y entonces me lanzo.

La elevación es perfecta. Sus manos me sujetan con una firmeza que no esperaba, sus brazos no tiemblan ni un ápice mientras me sostiene sobre su cabeza. Por un momento, me siento como si estuviera volando, completamente seguro a pesar de estar tan lejos del suelo, sostenido únicamente por Lucas Rey, el hombre que hace un mes consideraba mi némesis.

Cuando me baja, lo hace con un control que me deja genuinamente impresionado. Nuestros rostros quedan a centímetros mientras mis pies tocan el hielo, y hay un brillo de triunfo en sus ojos que es absolutamente magnético.

—Te lo dije —susurra, y su aliento cálido contra mis labios envía un escalofrío por mi columna.

—Supongo que tendré que confiar más en ti —admito, sin alejarme.

Su sonrisa se ensancha, transformándose en algo más íntimo, más cálido.

—Supongo que sí.

Y entonces me besa, allí mismo en el centro de la pista, con una mezcla de ternura y posesión que hace que mis rodillas amenacen con ceder. Sus manos, las mismas que acaban de sostenerme en el aire con tanta seguridad, ahora me sujetan la nuca, manteniéndome cerca.

Es aterrador lo mucho que me gusta.

LUCAS

29 de diciembre

El vestuario de la pista está vacío a esta hora, excepto por nosotros. El entrenamiento ha ido sorprendentemente bien hoy. Héctor y yo hemos conseguido sincronizar nuestros movimientos en la secuencia de pasos que nos estaba volviendo locos desde hace días, y la sensación de logro compartido es embriagadora.

O quizás lo embriagador es la forma en que Héctor me está mirando ahora mismo, mientras me quito la camiseta sudada. Sus ojos recorren mi torso con una intensidad que me hace sentir como si me estuviera tocando físicamente.

—¿Ves algo que te guste, Roca? —pregunto, deliberadamente provocador.

—Quizás —responde, con esa voz grave que ha empezado a aparecer cuando estamos solos, una voz que reserva exclusivamente para estos momentos.

Se acerca lentamente, como un depredador acechando a su presa. Hay algo hipnótico en la forma en que se mueve, en cómo sus ojos no abandonan los míos ni por un segundo. Cuando llega hasta mí, no me toca inmediatamente. Se queda ahí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, respirando el mismo aire.

Es una tortura exquisita.

—¿Vas a quedarte ahí mirando todo el día? —pregunto, intentando sonar desafiante pero traicionado por el ligero temblor en mi voz.

Su sonrisa es lenta, deliberada, devastadora.

—Solo estoy apreciando la vista —dice, y finalmente, finalmente, sus manos encuentran mi cintura.

El contraste entre sus dedos fríos y mi piel caliente me arranca un jadeo involuntario. Sus manos ascienden por mis costados, trazando cada músculo, cada costilla, con una reverencia que me deja sin aliento.

—Deberíamos ducharnos —murmuro, aunque es lo último que quiero hacer ahora mismo.

—Deberíamos —coincide, pero sus manos siguen explorando, ahora descendiendo peligrosamente hacia la cinturilla de mis pantalones.

—Alguien podría entrar —insisto, aunque ya estoy tirando de su camiseta para que se la quite.

—Tienes razón —dice, y por un momento creo que va a detenerse, pero entonces se inclina y susurra en mi oído—: Será mejor que seamos rápidos, entonces.

Y de repente estamos en uno de los cubículos de ducha, con el agua corriendo para disimular los sonidos que no podemos contener. Sus manos están por todas partes, y las mías no se quedan atrás. Hay una urgencia en nuestros movimientos, una necesidad que va más allá de lo físico.

Cuando me empuja contra la pared de azulejos y se arrodilla frente a mí, creo que podría morir allí mismo y no me importaría. Su boca es puro pecado, caliente y húmeda alrededor de mí, y tengo que morderme el puño para no gritar.

Es rápido, intenso, casi desesperado. Y cuando finalmente me deshago entre sus labios, con su nombre como una plegaria en mi boca, sé que estoy en serios problemas. Porque esto, lo que sea que hay entre nosotros, me parece que es muy peligroso.

HÉCTOR

31 de diciembre

Nunca he sido fan de las fiestas de Nochevieja. El ruido, las multitudes, la expectativa de que un simple cambio de fecha debería ser motivo de celebración desenfrenada... todo ello me resulta incomprensible y ligeramente agotador.

Pero aquí estoy, en medio de un bar abarrotado en Jaca, con una copa en la mano y Lucas Rey prácticamente pegado a mi costado, explicándome con entusiasmo infantil como estoy obligado a comer las doce uvas con las campanadas.

—Tienes que comerlas todas antes de que terminen las campanadas —insiste, gesticulando con su copa y derramando algunas gotas sobre mi camisa—. Una por cada mes de buena suerte.

—Eso es físicamente imposible —respondo, limpiándome discretamente—. Doce uvas en doce segundos requeriría...

—¡Por Dios, Roca! —me interrumpe, con una carcajada que atrae varias miradas—. No todo tiene que ser un cálculo matemático. Es tradición, es divertido, es... —se detiene, buscando la palabra adecuada— ...es parte de la experiencia.

Hay algo en su expresión, una mezcla de exasperación y afecto, que me hace querer besarlo allí mismo, en medio de todo el mundo. Es un impulso tan ajeno a mi naturaleza que me deja momentáneamente descolocado.

—Vale —cedo finalmente—. Lo intentaré. Aunque en mi casa nunca hemos seguido esta tradición.

Su sonrisa es tan radiante que casi duele mirarla directamente.

—¡Ese es mi chico! —exclama, pasando un brazo por mis hombros y atrayéndome hacia él.

Mi chico. Las palabras resuenan en mi cabeza, provocando una calidez que se extiende por mi pecho. Sé que no significan nada, sé que no lo ha dicho de esa forma, que es solo una expresión, pero aun así...

La cuenta atrás comienza, y de repente todo el bar está gritando números en orden descendente. Lucas me pasa un pequeño recipiente con doce uvas, idéntico al suyo, y me guiña un ojo.

—Prepárate para la carrera —dice, y hay un brillo competitivo en sus ojos que me resulta dolorosamente familiar.

Cuando suena la primera campanada, ambos nos metemos la primera uva en la boca. Para la tercera, ya estoy lamentando haber accedido a esto. Para la sexta, estoy prácticamente ahogándome. Para la novena, he abandonado toda pretensión de dignidad y estoy simplemente intentando sobrevivir.

Lucas, por supuesto, parece estar haciéndolo sin esfuerzo, sonriendo alrededor de una uva mientras mastica otra, como si hubiera nacido para este absurdo desafío.

La duodécima campanada suena, y milagrosamente, he conseguido tragarme todas las uvas. Me siento ridículamente orgulloso por este logro sin sentido.

—¡Lo has conseguido! —exclama Lucas, con los ojos brillantes de diversión—. ¡Doce meses de buena suerte para Héctor Roca!

Y entonces, sin previo aviso, me besa. En medio del bar. Con todo el mundo alrededor celebrando el año nuevo. Sus labios saben a uvas y a vino, y hay algo tan liberador en este momento que me encuentro respondiendo con un entusiasmo que sorprendería a cualquiera que me conociera.

Cuando nos separamos, hay un rubor en sus mejillas que no tiene nada que ver con el alcohol.

—Feliz año nuevo, Héctor —dice, con una suavidad que contrasta con el ruido que nos rodea.

—Feliz año nuevo, Lucas —respondo, y por primera vez en mi vida, realmente creo que podría serlo.

LUCAS

2 de enero

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —pregunta Héctor por enésima vez, mientras subimos por el camino nevado hacia el mirador.

—Es una idea excelente —insisto, tirando de su mano para que no se detenga—. Son las mejores vistas de Jaca, totalmente a solas, y una puesta de sol que te dejará sin palabras. Confía en mí.

Héctor murmura algo que suena sospechosamente a «eso es lo que me preocupa», pero sigue caminando. Lleva el gorro de lana

que le tejió mi abuela calado hasta las orejas y la bufanda que le tejió mi madre le cubre la mitad de la cara, pero aun así puedo ver cómo su nariz y sus mejillas están rojas por el frío.

Es ridículamente adorable.

Cuando finalmente llegamos al mirador, el sol está comenzando su descenso, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados que se reflejan en la nieve, creando un espectáculo que ni siquiera yo, que he crecido aquí, puedo dejar de admirar.

—Te lo dije —digo, señalando hacia el horizonte—. ¿No es la vista más increíble que has visto nunca?

Héctor no responde inmediatamente. Está mirando el paisaje con una expresión que no puedo descifrar, algo entre asombro y melancolía.

—Es hermoso —dice finalmente, y hay una sinceridad en su voz que me hace sentir inexplicablemente orgulloso, como si yo personalmente hubiera creado esta puesta de sol para él.

Nos quedamos en silencio durante un rato, simplemente contemplando el espectáculo natural. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose automáticamente, como si fuera lo más natural del mundo.

Es en momentos como este, tranquilos y perfectos, cuando me pregunto en qué nos estamos metiendo. Porque esto ya no se siente como «diversión sin ataduras». Se siente como algo mucho más profundo, más significativo.

Pero no estoy listo para examinar esos sentimientos demasiado de cerca. No cuando quedan pocos días antes de volver a Madrid, antes de que todo esto, sea lo que sea, llegue a su fin.

Así que, en lugar de pensar, actúo. Tiro de su mano hasta que se gira hacia mí, y entonces lo beso. Es un beso lento, exploratorio, tan diferente de nuestros habituales encuentros llenos de urgencia y pasión apenas contenida.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome más cerca, y profundiza el beso con un gemido bajo que vibra a través de mi cuerpo. Pronto estamos prácticamente devorarnos el uno al otro, nuestras manos explorando bajo capas de ropa de abrigo, buscando piel.

—Lucas —jadea contra mis labios cuando mis dedos encuentran el botón de sus pantalones—. Estamos al aire libre. Hace frío. Alguien podría...

—Nadie viene aquí en invierno —le aseguro, besando su cuello justo en ese punto bajo su oreja que he descubierto que lo vuelve loco—. Y podemos mantenernos calientes mutuamente.

Su resistencia se desmorona visiblemente, especialmente cuando mi mano se desliza dentro de sus pantalones y encuentro la evidencia de lo mucho que le gusta la idea a pesar de sus protestas.

Lo que sigue es un caos de ropa parcialmente removida, de manos frías contra piel caliente, de besos que roban el aliento. Terminamos medio tumbados sobre mi abrigo extendido en la nieve, dándonos placer mutuamente con manos impacientes mientras el sol desaparece en el horizonte.

Es salvaje, es imprudente, es absolutamente perfecto.

Y cuando finalmente nos corremos, casi simultáneamente, con los nombres del otro en nuestros labios congelados, hay un momento de claridad cristalina en el que pienso: podría acostumbrarme a esto. A él. A nosotros.

El pensamiento es tan aterrador que lo entierro inmediatamente bajo capas de bromas y comentarios sarcásticos mientras nos recomponemos.

Pero está ahí, persistente como un eco.

HÉCTOR

4 de enero

La última noche en Jaca tiene un aire de melancolía que no esperaba. Mañana volvemos a Madrid, a la realidad, a los entrenamientos intensivos finales antes de la Copa de Reyes. A nuestras vidas separadas.

Me duele el pecho de solo pensarlo.

La familia Rey ha organizado una cena de despedida, y la mesa está llena de platos que Elena ha preparado especialmente para la ocasión. Hay un ambiente festivo, pero también una sensación de final que pesa sobre mí más de lo que debería.

Bajo la mesa, la rodilla de Lucas presiona contra la mía, un contacto aparentemente casual que sin embargo envía ondas de calor por todo mi cuerpo. Cuando nuestras miradas se cruzan, hay una complicidad en sus ojos que hace que mi corazón dé un vuelco.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo hemos pasado de apenas tolerarnos a... lo que sea que somos ahora?

—¿Más vino, Héctor? —pregunta Javier, interrumpiendo mis pensamientos.

—No, gracias —respondo, consciente de que mañana tenemos un viaje por delante—. Ya he bebido suficiente.

—Siempre tan responsable —comenta Lucas, con una sonrisa que sugiere que está recordando momentos en los que he sido cualquier cosa menos responsable—. ¿Qué haríamos sin ti para mantenernos a raya?

Hay algo en su tono, una mezcla de burla y afecto, que me hace sonreír a mi pesar.

—Probablemente acabarías en urgencias con alguna lesión absurda —respondo, siguiéndole el juego.

—¡Eso solo me ha pasado una vez! —protesta, provocando risas alrededor de la mesa.

Y así, entre bromas y anécdotas, la cena transcurre con una calidez que hace que la idea de volver a Madrid, a mi apartamento silencioso y ordenado, me resulte cada vez menos atractiva.

Más tarde, en la habitación, Lucas y yo nos movemos en una danza ya familiar. Sus manos conocen mi cuerpo casi tan bien como el suyo propio, y las mías han memorizado cada curva, cada ángulo de él.

Pero hay algo diferente esta noche. Una contención, una especie de reverencia en la forma en que nos tocamos, como si ambos fuéramos conscientes de que estos momentos son limitados, contados.

—Podríamos... —empieza Lucas, sus labios contra mi cuello, sus manos en mis caderas—. Podríamos ir más allá. Esta noche.

Sé exactamente a qué se refiere. A pesar de todas nuestras exploraciones, de todo el placer que nos hemos dado mutuamente, hay una línea que no hemos cruzado. Una intimidad final que hemos

evitado, como si cruzar ese umbral significara admitir que esto es más que un acuerdo temporal.

—¿Estás seguro? —pregunto, mi voz es apenas un susurro.

Levanta la mirada, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que nunca le había visto.

—No —admite, con una honestidad que me desarma—. No estoy seguro de nada últimamente.

Entiendo perfectamente lo que quiere decir. Yo, que siempre he valorado la certeza, la planificación, el control, me encuentro navegando aguas desconocidas sin mapa ni brújula.

—Entonces quizás deberíamos esperar —sugiero, acariciando su mejilla con una ternura que me sorprende—. Hasta estar seguros.

Asiente, y hay algo como alivio en su expresión, mezclado con una decepción que refleja la mía propia.

—Mientras tanto —añado, deslizando mi mano entre nuestros cuerpos—, hay muchas otras formas de despedirnos de Jaca.

Su sonrisa se vuelve traviesa, el momento de vulnerabilidad pasando como una nube de verano.

—Enséñamelo —desafía, y yo, por una vez, estoy más que feliz de seguir su indicación.

Esa noche, mientras Lucas duerme acurrucado contra mi pecho, me permito admitir una verdad que he estado evitando durante días: no quiero que esto termine. No quiero volver a ser solo compañeros de entrenamiento, y definitivamente no quiero volver a ser rivales.

Quiero... más. Más tiempo, más momentos como este, más Lucas.

El pensamiento debería aterrorizarme. Y lo hace, en cierto modo. Pero también hay una extraña paz en finalmente reconocerlo, aunque solo sea para mí mismo.

Mañana volveremos a Madrid, y en menos de una semana competiremos en la Copa de Reyes. Y después... después tendremos que decidir qué sigue. Qué queremos realmente.

Pero por ahora, me permito disfrutar de este momento, de la sensación de Lucas en mis brazos, de la certeza de que, pase lo que pase, ya nada volverá a ser como antes.

CAPÍTULO 27

EL TIEMPO SE NOS ESCAPA ENTRE LOS DEDOS

LUCAS



La habitación del Centro de Alto Rendimiento nunca me había parecido tan pequeña. Doy vueltas como un animal enjaulado, mirando el reloj digital que tengo sobre la mesilla, que parece burlarse de mí. Es más de la una de la madrugada. Hace más de tres horas que me acosté y el sueño sigue sin aparecer.

Tres días. Solo faltan tres días para la Copa de Reyes.

Tres días para que todo termine.

Me dejo caer en la cama, mirando al techo donde las luces de la ciudad proyectan sombras danzantes. Desde que volvimos de Jaca, todo ha ido demasiado rápido. Los entrenamientos intensivos, las reuniones con la federación, las pruebas de vestuario... No hemos tenido ni un segundo para respirar. Ni para hablar.

Y ahora el tiempo se nos escapa entre los dedos.

Esta mañana, durante el entrenamiento, intenté sacar el tema. Estábamos solos en los vestuarios, recogiendo nuestras cosas después de una sesión particularmente buena. Nuestra sincronización en el hielo es casi perfecta ahora, como si nuestros cuerpos hubieran aprendido a comunicarse en un lenguaje que va más allá de las palabras.

—Héctor —le dije, mientras él guardaba meticulosamente sus patines en su bolsa—. ¿Has pensado en lo que pasará después de la competición?

Se quedó inmóvil por un segundo, apenas perceptible para alguien que no lo conociera tan bien como yo he llegado a conocerlo.

—Supongo que volveremos a nuestras rutinas habituales —respondió, sin mirarme—. Entrenamiento individual, preparación para los campeonatos de primavera.

—Ya, pero me refiero a... nosotros.

Levantó la vista entonces, y había algo en sus ojos, una mezcla de vulnerabilidad y cautela que me hizo contener la respiración.

—Lucas, yo...

La puerta del vestuario se abrió de golpe, interrumpiéndonos. Suárez, el director técnico, entró con su habitual expresión de constipado permanente.

—Aquí estáis. Tenemos una reunión en diez minutos en la sala de vídeo. Vamos a analizar a la competencia.

Y así, el momento se perdió. Durante el resto del día, no hemos tenido otro momento a solas. O quizás, siendo honesto conmigo mismo, no tuve el valor de crearlo.

Porque la verdad es que estoy aterrorizado. Aterrorizado de lo que siento. Aterrorizado de lo que podría decir Héctor si le confieso que no quiero que esto termine. Que no quiero volver a ser solo compañeros de entrenamiento, o peor, rivales.

Que me he enamorado de él como un imbécil.

¿Cuándo pasó? ¿Fue durante aquella noche bajo las estrellas en el mirador de Jaca? ¿O en Nochevieja, cuando me besó sabiendo a uvas y a vino? ¿O fue poco a poco, día tras día, hasta que ya no puedo recordar cómo era no sentir esto?

Me paso las manos por el pelo, frustrado. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Teníamos un acuerdo. Diversión sin complicaciones hasta la Copa de Reyes. Esas fueron mis palabras exactas. Y ahora soy yo quien ha complicado todo.

Sé que debería intentar dormir. Mañana tenemos un día intenso de entrenamiento. Pero la idea de pasar las próximas horas solo con mis pensamientos me resulta insoportable.

Antes de poder arrepentirme, me levanto y me visto con lo primero que encuentro: unos vaqueros desgastados, una sudadera y las zapatillas deportivas que siempre dejo junto a la puerta. No tengo un plan, solo la necesidad urgente de verlo.

El taxi me deja frente a su edificio y me cuelo dentro. Mientras subo en el ascensor, me pregunto qué narices estoy haciendo. Son más de las dos de la madrugada. Estará durmiendo. Va a pensar que he perdido la cabeza. Y probablemente tenga razón.

Pero aquí estoy, frente a su puerta, con el corazón latiendo tan fuerte que temo que los vecinos puedan oírlo. Levanto la mano y llamo. Tres golpes suaves que parecen retumbar en el pasillo silencioso.

Pasan los segundos. Estoy a punto de darme por vencido, de convencerme de que esto ha sido una idea terrible, cuando escucho pasos al otro lado. La puerta se abre, y ahí está Héctor, con el pelo revuelto por el sueño, vistiendo solo unos pantalones de pijama. La luz del pasillo dibuja sombras en los planos de su torso, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no extender la mano y tocarlo.

—¿Lucas? —Su voz está ronca por el sueño, y hay preocupación en sus ojos—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Abro la boca para responder, para inventar alguna excusa, pero las palabras se niegan a salir. ¿Cómo explicarle que no podía dormir porque no dejaba de pensar en él? ¿Que tengo miedo de que dentro de tres días todo esto se acabe? ¿Que me aterra la idea de volver a ser solo Lucas Rey, el rival, el compañero obligatorio, y no Lucas, el hombre que despierta entre sus brazos?

—No podía dormir —digo finalmente, odiando lo débil que suena mi voz—. Lo siento, no debería haber venido. Es tarde.

Doy un paso atrás, pero su mano me detiene, agarrando suavemente mi muñeca.

—Pasa —dice simplemente, y en esa única palabra hay más comprensión de la que merezco.

Su apartamento está en penumbra, iluminado solo por la luz de la ciudad que se filtra por las ventanas. Es ordenado y minimalista, como él. Tan diferente de mi caótica habitación en el centro.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta, mientras me guía hacia el sofá.

Niego con la cabeza. No confío en mi voz. No confío en lo que podría decir si empiezo a hablar.

Héctor asiente, como si me entendiera. Se sienta a mi lado, no demasiado cerca, pero lo suficiente para que pueda sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Quieres quedarte? —pregunta después de un momento de silencio.

—¿Te importa? —Mi voz suena pequeña, vulnerable.

—En absoluto.

Me lleva a su dormitorio, una habitación tan ordenada como el resto del apartamento. La cama está deshecha, las sábanas arrugadas donde estaba durmiendo antes de que yo lo despertara.

No nos damos placer. No esta noche. Simplemente nos tumbamos, él bajo las sábanas, yo sobre ellas, completamente vestido. Por un momento, nos quedamos así, separados por esa fina barrera de tela, hasta que Héctor extiende su brazo.

—Ven aquí —murmura, y no necesito que me lo diga dos veces.

Me muevo hasta que mi cabeza descansa sobre su pecho, su brazo rodeándome, manteniéndome cerca. Su corazón late constante bajo mi oído, un ritmo que me resulta más reconfortante que cualquier otra cosa del mundo.

No pregunta por qué he venido. No pide explicaciones. Simplemente me sostiene, con sus dedos trazando patrones suaves en mi espalda, a través de la tela de mi sudadera.

Y es en ese momento, envuelto en su calor, escuchando su respiración acompasada, cuando la verdad me golpea con toda su

fuerza: estoy completamente, irremediablemente enamorado de Héctor Roca.

El pensamiento debería aterrorizarme. Y lo hace. Porque, ¿cómo podría alguien como él, tan perfecto, tan disciplinado, tan brillante, querer a alguien como yo más allá de este paréntesis que hemos compartido? ¿Cómo podría elegir quedarse con alguien que es prácticamente su antítesis?

—¿Estás bien? —susurra en la oscuridad, como si pudiera sentir el torbellino de mis pensamientos.

—Sí —miento—. Solo estoy cansado.

Sus dedos se detienen un momento en mi nuca, acariciando suavemente el nacimiento de mi pelo.

—Deberías dormir —dice—. Mañana será un día largo.

Asiento contra su pecho, sabiendo que tiene razón, pero resistiéndome a cerrar los ojos. Como si, de alguna manera, pudiera detener el tiempo si me mantengo despierto.

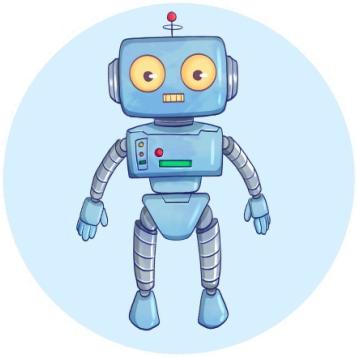
Pero el calor de su cuerpo, el ritmo constante de su corazón, y el suave movimiento de sus dedos en mi pelo conspiran contra mí. Poco a poco, siento cómo el sueño me reclama, arrastrándome hacia la inconsciencia.

Lo último que recuerdo, antes de rendirme, es el pensamiento de que, en tres días, podría perder esto para siempre. Y no sé cómo voy a sobrevivir cuando eso ocurra.

CAPÍTULO 28

Y POR UN SEGUNDO, SOLO UN SEGUNDO, EL MUNDO ENTERO DESAPARECE

HÉCTOR



El Palacio de Hielo de Madrid bulle con una energía casi palpable. Luces, cámaras, banderas nacionales, y el murmullo constante de miles de espectadores crean una atmósfera que vibra con anticipación. La Copa de Reyes, el primer gran evento del calendario nacional de patinaje siempre atrae a una multitud entusiasta, pero este año hay algo diferente en el aire.

Nos están esperando a nosotros.

Desde que la noticia de nuestra «colaboración forzosa» se filtró a la prensa, Lucas y yo nos hemos convertido en una especie de atracción de circo. «Los rivales obligados a patinar juntos», «El experimento de la Federación», «Fuego y Hielo unidos»... los titulares no han dejado de multiplicarse.

Y ahora, mientras esperamos en la zona de calentamiento, puedo sentir las miradas curiosas sobre nosotros, los cuchicheos, las expectativas.

Estoy extremadamente nervioso. Y no es por la competición. Es por lo que sucederá después.

¿Cómo voy a poder separarme de Lucas si estar con él es todo lo que quiero? Todo lo que necesito.

Estoy totalmente enamorado de él y no sé cómo decírselo.

¿Tengo alguna posibilidad de que quiera darle a nuestro rollo una oportunidad?

—Roca, Rey —la voz del presidente de la Federación interrumpe mis pensamientos. Se acerca a nosotros con esa sonrisa tensa que los dirigentes deportivos parecen perfeccionar con los años—. Confío en que estéis preparados.

No es una pregunta.

—Por supuesto, señor —respondo automáticamente, mientras Lucas se limita a asentir a mi lado.

El presidente nos mira alternativamente, como evaluándonos.

—Bien. Porque más os vale no liarla —dice, bajando la voz para que solo nosotros podamos oírle—. La Federación se la juega mucho en este... experimento. Queremos una buena actuación. Profesional. Sin incidentes.

Su mirada se detiene significativamente en el espacio entre nosotros, donde nuestros hombros casi se tocan. Me pregunto, con una punzada de inquietud, si nota algo. Si de alguna manera puede ver lo que ha estado pasando entre Lucas y yo durante estas semanas.

—No se preocupe, señor —dice Lucas, con un tono que camina en la fina línea entre el respeto y la insolencia—. Guardaremos todos los incidentes para después de la actuación.

El presidente entrecierra los ojos, como intentando decidir si está siendo impertinente o no. Finalmente, con un breve asentimiento, se aleja hacia otros patinadores.

—¿Era necesario provocarlo? —pregunto, en cuanto está fuera del alcance de nuestras voces.

Lucas se encoge de hombros, pero hay una tensión en sus movimientos que no concuerda con su habitual despreocupación.

—Si no espera nada bueno de nosotros, al menos que no venga a decírnoslo a la cara —responde, ajustándose los puños de su traje de competición.

Es un diseño sencillo pero elegante: negro con aplicaciones en azul hielo y plata, a juego con el mío. Javier los mandó diseñar específicamente para nosotros, buscando un equilibrio entre nuestros estilos tan diferentes. En Lucas, el traje resalta su físico compacto y poderoso, la energía apenas contenida que siempre parece emanar de él.

Está nervioso. Puedo verlo en la forma en que se mueve, en cómo sus ojos no se detienen en un punto fijo, en el ligero temblor de sus manos cuando ajusta sus protecciones. No es el tipo de nerviosismo habitual antes de una competición. Es algo más profundo, más personal.

Yo también lo siento. Este nudo en el estómago que no tiene nada que ver con la presión de competir y todo que ver con lo que sucederá después. Con el final inminente de lo que sea que hemos construido entre nosotros.

Con la posibilidad de perderlo.

—¡Chicos! —Javier se acerca a nosotros, con esa energía contenida que siempre muestra en las competiciones—. ¿Cómo estáis?

—Bien —respondemos al unísono, ninguno de los dos sonando particularmente convincente.

Javier nos estudia con una mirada penetrante que me pone más nervioso.

—Escuchadme —dice, colocando una mano en el hombro de cada uno—. Sé que estas semanas han sido... intensas. Sé que esto no es lo que ninguno de vosotros habría elegido.

Sus ojos se detienen en Lucas un segundo más de lo necesario, y me pregunto si sospecha lo que ha estado pasando entre su hijo y yo. Si de alguna manera puede ver los cambios que hemos experimentado, no solo como patinadores sino como personas.

—Pero estoy orgulloso de vosotros —continúa—. De cómo habéis trabajado juntos. De lo que habéis conseguido en tan poco tiempo. Pase lo que pase hoy, ya habéis ganado. Habéis evolucionado muchísimo.

Hay una sinceridad en su voz que me coge desprevenido. Una calidez que me recuerda a esas noches en Jaca, rodeado por su familia, sintiéndome, por primera vez en mi vida, parte de algo más grande que yo mismo.

—Gracias, papá —dice Lucas, y hay una emoción en su voz que rara vez deja ver.

—Gracias, Javier —añado, sorprendido por el nudo que se ha formado en mi garganta.

Nos da un último apretón en los hombros antes de alejarse para hablar con otros entrenadores. Nos quedamos solos de nuevo, rodeados por el bullicio de la competición, pero aislados en nuestra pequeña burbuja de tensión y anticipación.

—Héctor —la voz de Lucas interrumpe mis pensamientos—. Mira quién está ahí.

Sigo su mirada hasta el otro lado de la zona de calentamiento, donde Martínez y Lopera están sentados. Ella tiene el tobillo vendado y usa muletas; él lleva el brazo en cabestrillo. A pesar de sus lesiones, han venido a ver la competición.

—Deberíamos hablar con ellos —digo, sintiendo cómo el peso de la culpa, que nunca me ha abandonado del todo, vuelve con fuerza renovada.

Lucas asiente, y juntos nos acercamos a la pareja. Cuando nos ven aproximarnos, sus expresiones se vuelven cautelosas, pero no hostiles.

—Martínez, Lopera —saludo, intentando que mi voz suene firme —. Queríamos... —me detengo, buscando las palabras adecuadas.

—Queríamos disculparnos —completa Lucas, con una sencillez que me sorprende—. Lo que pasó en la gala... fue culpa nuestra. Nuestra estupidez os ha costado la temporada, y no hay palabras que puedan arreglar eso.

Hay un silencio tenso mientras la pareja intercambia una mirada.

—Aceptamos vuestras disculpas —dice finalmente Martínez, con una dignidad que me hace sentir aún más pequeño—. Lo que pasó, pasó. Ahora estamos centrados en la rehabilitación.

—Estaremos de vuelta para los Nacionales de primavera —añade Lopera, con determinación—. Y más fuertes que nunca.

—No lo dudo —digo, con sinceridad.

—Mientras tanto —continúa Lopera, con una pequeña sonrisa—, más os vale dar un buen espectáculo hoy. Estamos aquí para verlo.

—Lo haremos —promete Lucas—. Por vosotros.

Nos despedimos con apretones de manos y la sensación de que, aunque no podemos cambiar lo ocurrido, al menos hemos dado un paso hacia la redención.

Cuando regresamos a nuestra zona, la competición ya ha comenzado. En la pista, una pareja italiana ejecuta una rutina técnicamente impecable pero emocionalmente plana. A su alrededor, las gradas están llenas, un mar de banderas y pancartas que ondean con cada elemento completado.

—Parecen robots —comenta Lucas, observando a los italianos—. Perfectos pero sin alma.

—¿Como yo? —pregunto, antes de poder contenerme.

Lucas me mira, sorprendido por la vulnerabilidad en mi pregunta.

—Tú nunca has sido un robot —dice finalmente, con una suavidad que me desarma—. Solo alguien que tenía miedo de dejarse llevar.

Sus palabras me dejan sin respiración. Porque tiene razón. Toda mi vida he estado controlando, conteniendo, reprimiendo. Hasta que he dejado que él se acerque, con su caos y su luz, y que derrita todas mis defensas.

Y ahora… ahora estoy a punto de perderlo.

La pareja italiana termina su actuación con una pirueta combinada perfectamente ejecutada. Los aplausos son educados, pero no entusiastas. Las puntuaciones confirman lo que ya sabíamos: técnicamente brillantes, artísticamente limitados. Aun así, se colocan en primera posición.

Les siguen los franceses, Dubois y Mercier, conocidos por su estilo dramático y sus elevaciones arriesgadas. Desde el momento en que ponen un patín en el hielo, capturan la atención del público. Su

música, una pieza orquestal contemporánea, llena el estadio con notas intensas y emotivas.

—Esos sí que saben cómo conectar —murmura Lucas, mientras observamos su actuación desde la zona de espera.

Y tiene razón. Los franceses se mueven como si fueran uno solo, cada gesto, cada mirada cargada de intención. Cuando él la lanza al aire en una elevación que parece desafiar la gravedad, el público contiene la respiración colectivamente. Cuando ella aterriza, perfecta y segura en sus brazos, la ovación es inmediata.

Siento cómo mi estómago se contrae. Son buenos. Muy buenos.

—No te centres en ellos —dice Lucas, como si pudiera leer mi mente—. No estamos aquí para ganarles. Estamos aquí para demostrar algo.

—¿El qué? —pregunto, genuinamente curioso.

—Que el fuego y el hielo pueden crear algo hermoso cuando se encuentran —responde, con una intensidad que se me clava en el alma.

Los franceses terminan con una secuencia de pasos sincronizada que arranca otra ovación. Sus puntuaciones los colocan en primer lugar, superando a los italianos por casi tres puntos.

Les siguen los alemanes. Luego una joven pareja que, a pesar de su inexperiencia, muestra un potencial impresionante. Con cada actuación que pasa, siento cómo la tensión aumenta en mi cuerpo. Las manos me sudan dentro de los guantes, y mi respiración se vuelve más superficial.

Lucas no está mucho mejor. Normalmente tan hablador, ahora está inusualmente silencioso, mordiéndose el labio inferior mientras observa a la pareja canadiense ejecutar un programa lleno de elementos técnicos complejos.

—¿Estás bien? —le pregunto, colocando una mano en su hombro.

Asiente, pero su sonrisa no alcanza sus ojos.

—Solo... estoy pensando.

—¿En qué?

Duda un momento, como si estuviera decidiendo qué decirme.

—En que no quiero que esto sea el final —dice finalmente, con una voz tan baja que apenas lo oigo sobre la música.

El corazón se me acelera en el pecho.

¿Está hablando de nosotros?

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, los canadienses terminan su actuación y el estadio se llena de ruido. O quizás es mi propia cobardía la que me impide hacerle la pregunta. El público aplaude entusiasmado mientras ellos saludan, radiantes.

Sus puntuaciones los colocan en tercer lugar, justo por detrás de los italianos. Los franceses siguen liderando la clasificación.

—Rey, Roca, sois los siguientes —nos avisa un asistente, haciéndonos un gesto para que nos acerquemos a la entrada de la pista.

El momento ha pasado. Las palabras de Lucas quedan suspendidas entre nosotros, tan frágiles como un copo de nieve, pero tan poderosas como una avalancha.

Mientras nos dirigimos hacia la entrada de la pista, veo a Ander y Nik, la pareja que conocimos en Formigal, en primera fila. Nos saludan entusiastamente, sosteniendo una pancarta en la que pone: «LUCAS Y HÉCTOR: ¡LA PAREJA PERFECTA!».

Se me escapa una pequeña carcajada.

A su lado, para mi sorpresa, está toda la familia Rey. Elena, Pilar, Adrián, Erik, los primos... todos han venido a apoyarnos. A apoyarme a mí también, me doy cuenta con una oleada de emoción que amenaza con desbordarme.

Y entonces, justo cuando estamos a punto de salir al hielo, Lucas me agarra del brazo.

—Pase lo que pase ahí fuera —dice, con una intensidad que me deja sin aliento—, ha merecido la pena. Todo esto. Nosotros.

Antes de que pueda responder, nuestros nombres resuenan por los altavoces, y el público estalla en aplausos y vítores. Es el momento. No hay vuelta atrás.

Juntos, patinamos hasta el centro de la pista, donde nos colocamos en nuestra posición inicial: de espaldas el uno al otro, a medio metro de distancia, como dos fuerzas opuestas a punto de colisionar.

La música comienza, y con ella, nuestra primera y última danza juntos.

LUCAS

El silencio que precede a la música es tan denso que casi puedo tocarlo. Hay cientos de ojos fijos en nosotros, cientos de expectativas, cientos de opiniones sobre lo que debería ser nuestra actuación.

Pero en este momento, solo existe una persona para mí: el hombre que está a mi espalda, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

Héctor Roca. Mi rival. Mi compañero.

El hombre del que estoy enamorado.

La música comienza, y mi cuerpo responde automáticamente, moviéndose en perfecta sincronía con el suyo. Es una pieza que mi padre eligió específicamente para nosotros: comienza con notas graves y solemnes, casi amenazantes, que representan nuestra rivalidad, y gradualmente evoluciona hacia algo más armonioso, más unificado.

Como nosotros.

Los primeros elementos fluyen sin esfuerzo. Cada giro, cada transición, cada secuencia de pasos ejecutada con una precisión que solo viene de horas interminables de práctica. Pero hay algo más hoy, algo que va más allá de la técnica.

Hay emoción. Hay historia. Hay conexión.

Cuando nuestras manos se encuentran por primera vez en la coreografía, siento esa familiar corriente eléctrica que siempre me recorre cuando me toca. Pero ahora, bajo las luces brillantes, frente a cientos de espectadores, está amplificada, magnificada, imposible de ignorar.

El primer salto sincronizado —un triple Axel que hemos practicado hasta la extenuación— arranca una ovación del público. Aterrizamos al mismo tiempo, nuestras cuchillas marcando el hielo con idéntica precisión.

Siento más que veo la sonrisa de Héctor. Es esa pequeña curvatura de sus labios que he llegado a reconocer como genuina satisfacción. Mi corazón da un vuelco en respuesta, y tengo que

recordarme que estamos en medio de una actuación, que no puedo simplemente detenerme y besarlo aquí y ahora.

Aunque es exactamente lo que quiero hacer.

La música cambia, volviéndose más intensa, más urgente. Es el momento de la elevación, ese elemento que tanto nos costó dominar. Héctor me lanza una mirada, una pregunta silenciosa: ¿Estás listo?

Respondo con un asentimiento casi imperceptible: Siempre.

Sus manos encuentran mi cintura, firmes y seguras. El impulso, la elevación, la sensación de volar mientras me sostiene por encima de su cabeza... es perfecto. Mejor que en cualquier ensayo. Cuando me baja, nuestros rostros quedan a centímetros, y por un segundo, solo un segundo, el mundo entero desaparece.

Solo estamos él y yo, moviéndonos como si hubiéramos nacido para esto. Para estar juntos.

El resto de la actuación pasa en un borrón de movimientos, música y emoción. Ejecutamos cada elemento con una precisión que sorprendería a cualquiera que nos hubiera visto antes. Cada transición fluida como el agua. Cada mirada, cada toque, cargados de un significado que va mucho más allá de la coreografía.

Estamos contando nuestra historia. La historia de dos rivales que se convirtieron en algo más.

La música alcanza su clímax, y con él, nuestro elemento final: una combinación de giros que termina con ambos frente a frente, a solo un aliento de distancia, con los brazos extendidos hacia el otro sin llegar a tocarnos.

Es un final poderoso, emotivo, que representa perfectamente nuestra dualidad. Fuego y hielo. Caos y control. Tan diferentes y a la vez tan perfectamente complementarios.

El último acorde resuena, y nos quedamos inmóviles en nuestra posición final, jadeando por el esfuerzo, mirándonos a los ojos como si no existiera nada más en el mundo.

Y entonces, antes de que pueda pensar, antes de que pueda considerar las consecuencias, me pongo de puntillas y lo beso.

Es un impulso, una necesidad, algo tan inevitable como la gravedad. Sus labios, sorprendidos al principio, responden casi

inmediatamente, y por un momento glorioso, olvidamos dónde estamos, quiénes somos, todo excepto la sensación de estar juntos.

El estadio, que se había quedado en silencio tras el final de nuestra actuación, estalla en aplausos y vítores. El ruido es ensordecedor, una ola de sonido que nos envuelve, pero apenas lo registro.

Porque Héctor me está besando de vuelta. En medio de la pista. Delante de cientos de personas. Delante de las cámaras que están transmitiendo la competición a medio mundo.

Cuando finalmente nos separamos, sus ojos están llenos de una emoción que nunca le había visto antes. No es solo deseo, o afecto, o complicidad. Es algo más profundo, más fundamental.

Algo que hace que mi corazón se detenga y luego se acelere como un loco.

—Lo siento —murmuro, aunque no lo siento en absoluto—. No he podido evitarlo.

Su sonrisa, esa sonrisa genuina que tan raramente muestra, ilumina todo su rostro.

—Yo tampoco —responde, y hay tanta sinceridad en su voz que me deja sin aliento.

El público sigue aplaudiendo, más fuerte si cabe. Flashes de cámaras estallan a nuestro alrededor como fuegos artificiales. En las gradas, puedo ver a mi familia: mi madre llorando abiertamente, mi abuela con una sonrisa de «yo ya lo sabía», mi hermano silbando como un loco.

Incluso mi padre, siempre tan contenido, está aplaudiendo con un orgullo evidente.

Patinamos hacia la salida, agarrados de la mano, saludando al público que no deja de ovacionarnos. En el *Kiss & Cry*, donde esperaremos nuestras puntuaciones, nos sentamos tan cerca que no hay espacio entre nosotros. Su brazo rodea mis hombros, el mío su cintura, como si fuera lo más natural del mundo.

Como si siempre hubiéramos estado destinados a terminar así.

Como si tuviéramos miedo de separarnos por si esto solo fuese un sueño.

Las puntuaciones aparecen en la pantalla: buenos números, muy buenos incluso, pero no suficientes para ganar. Quedamos en tercer lugar, por detrás de la pareja italiana y la francesa.

Y sinceramente, no podría importarme menos.

Porque mientras miro a Héctor, mientras veo la misma certeza en sus ojos que siento en mi corazón, sé que hemos ganado algo mucho más valioso que una medalla.

Nos hemos ganado el uno al otro.

Los periodistas se amontonan a nuestro alrededor, lanzando preguntas como dardos, ávidos de explicaciones, de exclusivas, de drama.

—¿Qué significa este beso?

—¿Estáis juntos?

—¿Continuaréis como pareja después de la Copa de Reyes?

Las preguntas se superponen, creando un caos de sonido que apenas puedo procesar. Miro a Héctor, buscando alguna señal de arrepentimiento, de duda, de pánico.

Pero lo que encuentro es calma. Determinación. Certeza.

—Creo que eso es algo que tenemos que hablar en privado primero —responde, con una templanza que admiro profundamente —. Por ahora, solo puedo decir que estoy muy orgulloso de nuestra actuación. Y muy agradecido de haber tenido a Lucas como compañero.

Su mano encuentra la mía, entrelazando nuestros dedos a la vista de todos. Es un gesto pequeño pero significativo. Una declaración silenciosa.

Y mientras nos alejamos de las cámaras, de los periodistas, del ruido, siento una paz que nunca antes había experimentado. No sé qué va a pasar a hora. No sé si él puede llegar a sentir lo mismo que yo. No sé si Héctor y yo tenemos un futuro juntos.

Pero por ahora, en este momento, es suficiente saber que, pase lo que pase, ya no estamos solos.

Ya no somos rivales.

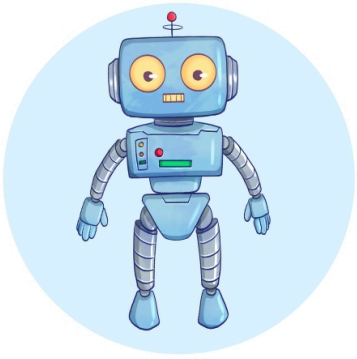
Somos algo nuevo, algo inesperado, algo hermoso.

Y estoy listo para descubrir exactamente qué.

CAPÍTULO 29

NO TENGO NI PUTA IDEA DE CÓMO DECÍRSELO

HÉCTOR



—¡Ahí están los tortolitos! —exclama Adrián, abriéndose paso entre la multitud de periodistas y aficionados que nos rodean en la salida del Palacio de Hielo.

A su lado, toda la familia Rey avanza como una marea imparable: Elena con los ojos aún brillantes por las lágrimas, Pilar con esa sonrisa sabia que tiene, Erik haciendo gestos obscenos con las manos que prefiero ignorar.

Lucas, a mi lado, se tensa ligeramente. Una cosa es besarme impulsivamente frente a cientos de personas en el calor del momento, y otra muy distinta enfrentarse a las reacciones de su familia.

—¡Mi niño! —Elena es la primera en alcanzarnos, envolviendo a Lucas en uno de sus abrazos característicos—. ¡Habéis estado

maravillosos!

Antes de que pueda prepararme, me incluye en el abrazo, y me encuentro atrapado en un sándwich de afecto maternal que me deja momentáneamente sin palabras.

—Gracias, mamá —murmura Lucas, con las mejillas encendidas—. ¿Podemos quizás tener esta conversación en un lugar menos... público?

—¿Qué? ¿Te da vergüenza ahora? —interviene Adrián, con una sonrisa maliciosa—. ¿Después de montar ese espectáculo delante de toda España? Hermanito, ese beso va a estar en todas las portadas mañana.

Lucas le da un codazo que su hermano esquiva con facilidad.

—Déjalo en paz, Adrián —dice Javier, aunque hay un brillo de diversión en sus ojos—. Tu hermano tiene razón. Este no es lugar para hablar.

—Vamos todos al hotel —sugiere Elena, enlazando su brazo con el mío como si fuera lo más natural del mundo—. Vamos a tomar una cena especial en familia para celebrar.

Me quedo paralizado. ¿Cena familiar? ¿Me sienten como un miembro más de su familia? ¿Con tanta facilidad? ¿Cuando yo ni siquiera sé qué quiere su hijo?

Esta familia es como un regalo caído del cielo.

Lucas debe notar mi desconcierto, porque interviene rápidamente.

—Mamá, ha sido un día muy largo —dice, con suavidad—. Creo que Héctor y yo necesitamos... hablar. A solas.

Elena nos mira alternativamente, y algo en su expresión cambia. Una comprensión que me hace preguntarme cuánto sabe realmente, cuánto ha intuido durante estas semanas.

—Por supuesto, cariño —dice, con una sonrisa cálida—. Tenéis mucho de qué hablar, imagino.

—Sí, «hablar» —Adrián dibuja comillas en el aire con los dedos—. Eso es exactamente lo que van a hacer. Hablar. Con la boca. Mucho.

—¡Adrián! —le regaña Elena, pero hay diversión en su voz.

—¿Qué? —se defiende, con fingida inocencia—. Solo digo que les espera una conversación muy importante. Sobre sentimientos y esas cosas.

Lucas pone los ojos en blanco, pero hay una sonrisa luchando por aparecer en sus labios.

—Ignora a mi hermano —me dice—. Es un imbécil profesional.

—Un imbécil profesional que acaba de ganar cincuenta euros gracias a vosotros —interviene Erik, sacando un billete del bolsillo—. Apostó a que os liaríais públicamente antes de que acabara la competición.

—¿Habéis apostado sobre nosotros? —Lucas parece genuinamente indignado.

—Toda la familia —confirma Pilar, uniéndose a la conversación—. Yo dije que sería en Nochevieja, así que he perdido. Tu madre pensaba que esperaríais hasta después de la competición, en privado. Tu padre no quiso participar, dijo que era poco ético.

—Pero secretamente apostó a que sería durante la actuación —añade Elena, guiñándome un ojo—. Así que técnicamente, ha ganado.

Javier tiene la decencia de parecer ligeramente avergonzado, pero hay orgullo en su mirada cuando nos mira.

—Estoy muy feliz por vosotros —dice, con una sinceridad que me coge desprevenido—. Y muy orgulloso de cómo habéis patinado hoy.

—Gracias, papá —responde Lucas, emocionado.

—Gracias, Javier —añado, sorprendido por el nudo que se ha formado en mi garganta.

Hay un momento de silencio, cargado de emociones no dichas pero palpables. Entonces Elena, con esa intuición maternal suya, da una palmada en el aire para movilizarnos a todos.

—Bueno, nosotros nos vamos al hotel a celebrar —declara—. Vosotros id a... hablar. Y venid a comer mañana, ¿de acuerdo? Tenemos mucho que festejar.

—Y muchos detalles que queremos conocer —añade Adrián, moviendo las cejas sugestivamente.

—¡Adrián! —esta vez el regaño de Elena suena más firme.

—¿Qué? Solo tengo curiosidad por saber cómo estos dos han pasado de querer matarse a... esto. Aunque no es la primera vez que los veo al lío… —se defiende, señalándonos.

—Es una historia larga —responde Lucas, con una sonrisa que ilumina todo su rostro—. Te la contaré. Algún día. Quizás.

Después de más abrazos, más bromas (principalmente a nuestra costa) y más felicitaciones, finalmente logramos despedirnos. Mientras la familia Rey se aleja, siento una mezcla de alivio y algo más complicado. Algo que se parece sospechosamente a la pertenencia.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas, cuando nos quedamos solos en el aparcamiento.

—Sí —respondo, y me sorprende lo cierto que es—. Tu familia es... intensa. Maravillosa.

Suelta una carcajada que suena como pura liberación.

—Eso es quedarse corto —dice, pasándose una mano por el pelo —. Lo siento por... todo eso.

—No lo sientas —respondo, con sinceridad—. Es agradable. Que les importe tanto. Que se preocupen. Adoro a tu familia.

Su expresión se suaviza, y hay una comprensión en sus ojos que me dice que entiende exactamente lo que no estoy diciendo. Que entiende lo diferente que es mi propia experiencia familiar.

—Entonces... —dice, intentando sonar casual, pero parece ligeramente forzado—. ¿Vamos a tu casa?

—Sí, a mi casa —confirmo, sintiendo cómo mi pulso se acelera ante la conversación que nos espera.

Nos dirigimos hacia mi coche en silencio, pero es un silencio cargado de anticipación. De posibilidades.

El trayecto desde el Palacio de Hielo hasta mi apartamento transcurre en ese mismo silencio expectante. Después del beso en la pista, después de la explosión mediática que le siguió, después de la efusiva reacción de su familia, este silencio debería resultar incómodo.

Pero no lo es. Es como el momento de suspensión antes de un salto.

LUCAS

Héctor conduce con esa concentración absoluta que pone en todo lo que hace. Sus manos, firmes en el volante, son las mismas que han

sostenido las mías tantas veces en el hielo. Las mismas que han recorrido mi cuerpo en la oscuridad de tantas noches robadas. Las mismas que, espero, volverán a hacerlo esta noche.

Pero primero, tenemos que hablar. Y ahí es donde todo se complica.

Porque estoy enamorado de él. Completa, estúpida, irremediablemente enamorado. Y no tengo ni puta idea de cómo decírselo.

¿Cómo le explicas a alguien que ha pasado de ser tu rival más odiado a la persona sin la cual no te imaginas vivir? ¿Cómo le confiesas que lo que empezó como un acuerdo temporal se ha convertido en lo más permanente que has sentido nunca?

Héctor aparca frente a su edificio. Apaga el motor, y de repente el silencio es total. Durante un momento, ninguno de los dos se mueve.

—Así que... —empiezo, porque siempre soy yo el que rompe los silencios.

—Así que... —repite él, girándose para mirarme.

Nuestros ojos se encuentran, y hay tanta intensidad en su mirada que tengo que contener la respiración. ¿Cómo no me di cuenta antes de lo expresivos que son esos ojos? ¿De cómo pueden transmitir más en un segundo de lo que muchos dirían en horas?

—Hemos causado un poco de revuelo —digo, optando por el humor como siempre que me siento vulnerable.

—Eso parece —responde, con una pequeña sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco—. ¿Te arrepientes?

La pregunta me pilla desprevenido. ¿Arrepentirme? ¿De besarlo delante de cientos de personas? ¿De mostrar al mundo lo que siento por él?

—No —respondo con una convicción que me sorprende incluso a mí—. Para nada.

Su sonrisa se ensancha ligeramente, y algo de la tensión en sus hombros parece disiparse.

—Bien —dice simplemente.

Otra vez el silencio. Pero este es diferente. Más cargado. Más urgente.

—Deberíamos subir —sugiere finalmente.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes. Salimos del coche y entramos al edificio. El trayecto en ascensor es una tortura exquisita. Estamos tan cerca que puedo oler su colonia, esa mezcla de sándalo y algo más oscuro que se ha convertido en mi aroma favorito. Podría extender la mano y tocarlo. Podría inclinarme y besarlo.

Pero no lo hago. Porque lo que viene ahora es demasiado importante para precipitarlo.

Cuando entramos a su apartamento, me quedo momentáneamente paralizado. Es la primera vez que estamos aquí desde... desde esa noche en la que aparecí en su puerta de madrugada, desesperado por estar cerca de él.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta, con esa educación formal que emerge cuando está nervioso.

—No —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que esperaba —. Solo... ¿podemos hablar?

Asiente, guiándome hacia el sofá. Nos sentamos, manteniendo una distancia prudencial que se siente completamente artificial después de todo lo que hemos compartido.

—Lo que ha pasado hoy... —empezamos ambos al mismo tiempo, y luego nos detenemos, sorprendidos.

—Tú primero —dice, haciendo un gesto con la mano.

Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Mira, sé que teníamos un acuerdo —empiezo, las palabras saliendo atropelladamente—. Diversión sin complicaciones hasta la Copa de Reyes. Y técnicamente, ese acuerdo ha terminado hoy. Así que... —me detengo, buscando las palabras adecuadas.

—¿Así que? —me anima, con una intensidad que hace que mi corazón se hinche de afecto.

—Así que supongo que ahora deberíamos decidir qué vamos a hacer después —continúo, frotándome las manos nerviosamente contra los muslos—. Y lo que realmente quiero decir es que... para mí... esto no ha sido solo diversión.

Su expresión no cambia, pero veo cómo contiene la respiración.

—Para mí tampoco —admite, con una suavidad que me desarma.

El alivio que siento es tan intenso que casi me mareo. Pero aún no he dicho lo más importante.

—Bien, eso es... bien —balbuceo, sintiéndome de repente como un adolescente en su primera cita—. Porque yo... tú... nosotros...

Joder, ¿por qué es tan difícil? Solo son dos palabras. Ocho letras. ¿Por qué no puedo simplemente decirlas?

—Lo que intento decir es que tú me... —hago un gesto vago con las manos, como si pudiera conjurar las palabras del aire.

Héctor me mira con una mezcla de confusión y algo que se parece peligrosamente a la esperanza.

—¿Yo te...? —repite, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Tú me... importas —termino, y quiero darme de cabezazos contra la pared. Importas. ¿En serio, Lucas? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Tú también me importas —responde, y hay una sombra de decepción en su voz que me hace querer arreglar esto inmediatamente.

—No, no lo entiendes —digo, pasándome una mano por el pelo en un gesto de frustración—. No es solo que me importes. Es que yo... estoy...

Las palabras se atascan en mi garganta. ¿Por qué es tan difícil? He saltado desde acantilados, he ejecutado cuádruples en el hielo, me he enfrentado a jueces y críticos. ¿Por qué no puedo decirle a este hombre que lo quiero?

Porque tengo miedo. Miedo de que no sienta lo mismo. Miedo de que, para él, esto haya sido solo una aventura temporal. Miedo de que alguien tan perfecto, tan disciplinado, tan brillante como Héctor Roca no pueda querer a alguien tan caótico, tan impulsivo, tan desordenado como yo.

—Lucas —su voz interrumpe mi espiral de pánico—. ¿Qué estás intentando decirme?

Levanto la mirada, y lo que veo en sus ojos me da el valor que necesito.

—Estoy enamorado de ti —suelto finalmente, las palabras me salen en una exhalación—. Como un idiota. Como nunca lo he estado de nadie. Y sé que probablemente tú no sientas lo mismo,

que probablemente solo ha sido algo temporal para ti, y lo entiendo, de verdad, porque ¿quién querría estar con alguien como yo cuando podría tener a cualquiera? Pero tenía que decírtelo porque si no lo hacía iba a explotar y...

Sus labios sobre los míos me silencian efectivamente. Es un beso suave, casi reverente, tan diferente de la pasión desesperada que hemos compartido tantas veces. Cuando se separa, hay una sonrisa en su rostro que nunca le había visto. Una sonrisa que ilumina toda su cara, que llega a sus ojos, que lo transforma por completo.

—Yo también estoy enamorado de ti —dice, con una simplicidad que me deja sin aliento—. Desde hace tiempo.

—¿Qué? —Es lo único que consigo articular, mi cerebro intentando procesar lo que acabo de escuchar.

—Que te quiero —repite, y esta vez hay una confianza en su voz que no estaba ahí antes—. A pesar de que me sacas de quicio la mayor parte del tiempo. O quizás precisamente por eso.

—Pero... —empiezo, incapaz de creer lo que estoy oyendo—. Pero tú eres... tú. Y yo soy... yo.

—Exactamente —dice, con una seriedad que contrasta con la sonrisa que sigue iluminando su rostro—. Tú eres todo lo que yo no soy. Todo lo que necesito. Todo lo que quiero.

Y entonces, como si sus palabras hubieran roto una presa dentro de mí, me lanzo hacia él. Nuestros labios se encuentran en un beso que no tiene nada de suave ni de contenido. Es puro fuego, pura necesidad, pura liberación.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome hacia él hasta que estoy en su regazo. Mis dedos se enredan en su pelo, desordenándolo completamente, y siento una satisfacción perversa al ver cómo el siempre perfecto Héctor Roca se deshace bajo mis manos.

—Te quiero —murmuro contra sus labios, porque ahora que he conseguido decirlo, no quiero dejar de repetirlo—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Cada declaración es puntuada con un beso, cada vez más profundo, cada vez más urgente. Sus manos se deslizan bajo mi

camiseta, explorando la piel de mi espalda, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Deberíamos... —jadea, cuando mis labios encuentran ese punto sensible bajo su oreja—. Deberíamos ir a la habitación.

—Sí —coincido, aunque me cuesta separarme de él incluso por el tiempo que tardaremos en llegar allí—. Definitivamente sí.

HÉCTOR

Llevamos semanas, literalmente semanas, dándonos placer mutuamente de todas las formas imaginables. Hemos explorado nuestros cuerpos con las manos, con la boca, en posiciones que desafían la física. Y sin embargo, mientras guío a Lucas hacia mi dormitorio, siento un nerviosismo que no había experimentado desde nuestro primer encuentro.

Porque esto es diferente. Esto no es parte de nuestro acuerdo temporal. No es diversión sin complicaciones. Es el comienzo de algo real, algo permanente, algo que importa más que cualquier competición, cualquier medalla, cualquier logro profesional.

Lucas me quiere. Lucas Rey, el patinador más brillante, más carismático, más auténticamente vivo que he conocido, me ama a mí. A mí, Héctor Roca, el robot, el témpano de hielo, el obsesivo del control.

Es tan absurdo que casi me río. Y al mismo tiempo, es lo más perfecto que podría imaginar.

Cuando llegamos a mi habitación, nos detenemos junto a la cama, de repente casi tímidos. Hay una reverencia en el aire que no estaba ahí en nuestros encuentros anteriores. Una conciencia de que lo que estamos a punto de hacer es diferente.

La conciencia de que hay una línea que nunca hemos cruzado.

Y ambos sabemos que esta noche la vamos a atravesar.

—Nunca he hecho esto —confiesa Lucas, con una vulnerabilidad que me derrite por dentro—. No hasta el final. Con un hombre, quiero decir.

Su honestidad me desarma por completo. Este hombre, que siempre parece tan seguro, tan confiado, está aquí frente a mí, admitiendo su inexperiencia, confiándome algo tan íntimo.

—Iremos despacio —prometo, acariciando su mejilla con una ternura que no sabía que poseía—. Y podemos parar en cualquier momento. No tenemos que hacer nada que no quieras.

—Quiero todo —dice, con esa intensidad que lo caracteriza—. Todo contigo.

Sus palabras encienden un fuego en mi interior que amenaza con consumirme por completo. Lo beso, intentando transmitir con mis labios, con mi cuerpo, todo lo que siento por él. Todo lo que no puedo expresar con palabras.

Nos desnudamos mutuamente con una mezcla de urgencia y reverencia. Cada prenda removida revela más piel que adorar, más territorio que explorar. Aunque hemos visto nuestros cuerpos desnudos decenas de veces, esta noche se siente como la primera.

Cuando estamos completamente desnudos, nos detenemos un momento, simplemente mirándonos. Lucas es glorioso. Sus músculos están definidos por años de entrenamiento, su piel dorada que parece brillar bajo la luz tenue de la habitación, sus ojos me miran con una mezcla de deseo y vulnerabilidad que me deja sin aliento.

—Eres perfecto —digo, porque es la verdad más simple y a la vez más profunda que existe.

—Tú también lo eres —responde, y hay tanta sinceridad en su voz que no puedo dudar de sus palabras.

Nos tumbamos en la cama, nuestros cuerpos encontrándose como si hubieran sido diseñados el uno para el otro. Piel contra piel, calor contra calor. Mis manos recorren su cuerpo con adoración, memorizando cada curva, cada plano, cada pequeña cicatriz que cuenta una historia.

—Te deseo tanto que me duele —confiesa contra mi cuello, su voz ronca por la necesidad—. Desde hace tanto tiempo...

—Yo también —admito, porque esta noche es para por fin decirnos las verdades que llevan tanto tiempo escondidas—. Desde mucho antes de lo que estaba dispuesto a admitirme.

Sus manos, siempre inquietas, siempre explorando, encuentran mi erección. El primer toque es eléctrico, enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Respondo con igual fervor, envolviendo la suya

con mis dedos, estableciendo un ritmo lento, tortuoso, que nos tiene a ambos jadeando en cuestión de minutos.

—Quiero sentirte —dice, su mirada encontrando la mía con una determinación que me vuelve loco—. Dentro de mí.

La mera idea hace que mi cuerpo se estremezca de anticipación. He fantaseado con esto, lo he soñado, lo he deseado con una intensidad que me avergüenza admitir. Pero ahora que el momento ha llegado, la responsabilidad me pesa.

—¿Estás seguro? —pregunto, porque necesito saberlo. Necesito que esté tan seguro de esto como yo lo estoy.

—Nunca he estado más seguro de nada —responde, y la convicción en su voz disipa cualquier duda.

Me inclino para besarlo, un beso profundo y prometedor, antes de alcanzar el cajón de la mesita de noche. Saco el lubricante y los preservativos.

—Déjame prepararte —digo, mi voz apenas es un susurro.

Asiente, sus ojos nunca se separan de los míos mientras abro el lubricante y lo extiendo sobre mi mano. El primer dedo es recibido con un jadeo sorprendido. Me detengo, dándole tiempo para adaptarse, observando su rostro en busca de cualquier señal de incomodidad.

—Estoy bien —asegura, con una sonrisa que es puro Lucas: valiente, desafiante, llena de vida—. Más que bien.

Continúo con paciencia infinita, añadiendo un segundo dedo cuando su cuerpo me lo permite, luego un tercero. Sus gemidos, sus jadeos, la forma en que su cuerpo responde a mis movimientos, todo ello me dice que estoy haciendo algo bien. Que le estoy dando placer.

—Héctor —jadea, después de lo que parecen horas de esta dulce tortura—. Te necesito. Ahora.

No necesito que me lo diga dos veces. Me coloco el preservativo con manos que tiemblan ligeramente, por el nerviosismo, por la anticipación. Me posiciono entre sus piernas, alineándome con su entrada, pero me detengo un momento para mirarlo a los ojos.

—Te quiero —digo, porque necesito que lo sepa. Necesito que entienda que esto no es solo sexo para mí. Es una conexión, una

promesa, un compromiso.

—Yo también te quiero —responde, y hay tal sinceridad en sus ojos que siento que podría ahogarme en ellos—. Ahora, por favor, hazme tuyo.

Sus palabras me desarman.

Entro en él lentamente, con un cuidado infinito, observando su rostro en busca de cualquier señal de dolor. Hay incomodidad, sí, pero también determinación, deseo, confianza. Confianza en mí. En nosotros.

Cuando estoy completamente dentro, me quedo inmóvil, dándole tiempo para adaptarse, dándome tiempo para no perderme en la sensación abrumadora de estar finalmente, finalmente unido a él de la forma más íntima posible. Es la sensación más increíble que he experimentado nunca.

—Muévete —susurra después de un momento, sus manos aferrándose a mis hombros, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura—. Por favor, Héctor, muévete.

Y lo hago. Lentamente al principio, estableciendo un ritmo que nos tiene a ambos jadeando, gimiendo, pidiendo más. Sus manos recorren mi espalda, dejando marcas que probablemente veré mañana y que llevaré con orgullo. Mis labios encuentran los suyos, su cuello, su pecho, cualquier parte de él que pueda alcanzar.

—Más rápido —exige, y ¿quién soy yo para negarle algo?

Aumento el ritmo, cada embestida más profunda, más intensa que la anterior. El placer se construye en la base de mi columna, una presión que aumenta con cada movimiento, con cada gemido que escapa de sus labios.

—Tócame —suplica, y mi mano se cierra alrededor de su erección, moviéndose en sincronía con mis embestidas.

Es demasiado. La sensación de estar dentro de él, de verlo completamente entregado al placer, de saber que soy yo quien lo está haciendo sentir así... es abrumador.

—Lucas —jadeo, sintiendo que estoy al borde del precipicio—. No voy a durar...

—Yo tampoco —responde, su voz entrecortada por el placer—. Juntos. Quiero que sea juntos.

Y como si nuestros cuerpos hubieran estado esperando esta señal, el orgasmo nos golpea casi simultáneamente. Siento cómo se aprieta alrededor de mí, cómo se derrama sobre mi mano, y eso es todo lo que necesito para perderme completamente. El placer es tan intenso que veo estrellas, mi cuerpo entero tensándose antes de colapsar sobre él.

Nos quedamos así, entrelazados, jadeando, durante lo que parecen horas. Finalmente, me retiro con cuidado, preocupado por causarle cualquier incomodidad. Me deshago del preservativo y busco algo para limpiarnos.

Cuando regreso a la cama, Lucas me está mirando con una expresión que no puedo descifrar. Hay vulnerabilidad allí, sí, pero también algo más. Algo que parece peligrosamente similar a la adoración.

—Ven aquí —dice, extendiendo los brazos hacia mí.

Me tumbo junto a él, atrayéndolo hacia mi pecho, sintiendo cómo se acomoda contra mí como si fuera el lugar donde pertenece. Y así es. Siempre lo ha sido.

—Eso ha sido... —empieza, pero parece quedarse sin palabras.

—Lo sé —respondo, porque lo entiendo perfectamente. No hay palabras para describir lo que acabamos de compartir.

Nos quedamos en silencio, simplemente existiendo juntos en este momento perfecto. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi pecho, y los míos se enredan en su pelo, ese pelo perpetuamente desordenado que tanto me irritaba antes y que ahora encuentro irresistiblemente encantador.

—¿Sabes qué es lo más raro? —dice finalmente, su voz suave en la penumbra—. Que no me arrepiento de nada. Ni siquiera de haberte odiado tanto tiempo. Porque si las cosas hubieran sido diferentes, quizás nunca habríamos llegado a este momento.

Sus palabras resuenan dentro de mí, porque he estado pensando exactamente lo mismo. Nuestra historia no ha sido convencional. Ha sido complicada, caótica, a veces dolorosa. Pero cada momento, cada discusión, cada competición, cada palabra hiriente nos ha traído hasta aquí. Hasta este momento perfecto.

—Yo tampoco me arrepiento —admito, besando la parte superior de su cabeza—. Aunque me has vuelto loco más veces de las que puedo contar.

—Y seguiré haciéndolo —promete, con una sonrisa que puedo sentir contra mi piel—. Es parte de mi encanto.

No puedo evitar reírme, porque es tan típico de él. Tan Lucas. Tan perfectamente imperfecto.

Y entonces, como si el universo quisiera recordarme que la vida real sigue existiendo fuera de nuestra burbuja, mi teléfono suena. Lo ignoro, pero sigue sonando, insistente.

—Deberías contestar —murmura Lucas, aunque no hace ningún movimiento para soltarme—. Podría ser importante.

Con un suspiro, extiendo el brazo para alcanzar el teléfono en la mesita de noche. Miro la pantalla y siento cómo mi estómago se contrae ligeramente.

—Son mis padres —digo, y hay una resignación en mi voz que no puedo ocultar.

Lucas debe sentir mi tensión, porque se incorpora ligeramente para mirarme.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta, y hay tanto amor en sus ojos que me desarma.

—No —respondo inmediatamente, sorprendiéndome a mí mismo con la firmeza de mi respuesta—. Quédate. Por favor. Te necesito a mi lado.

Asiente, volviendo a acomodarse contra mí mientras contesto la llamada.

—Hola, padre —digo, intentando que mi voz suene normal, como si no estuviera desnudo en la cama con el hombre que amo.

—Héctor —la voz de mi padre suena tan formal como siempre—. Tu madre y yo acabamos de ver las noticias. Tu actuación en la Copa de Reyes.

Hay una pausa, y me preparo para la crítica, para la decepción, para el recordatorio de que he fallado de nuevo.

—Estuviste impresionante —dice finalmente, y la sorpresa me deja momentáneamente sin palabras—. Tu técnica fue impecable, y

la sincronización con tu compañero fue notable considerando el poco tiempo que habéis tenido para preparaos.

—Gracias —respondo, aún aturdido por el inesperado cumplido.

—Sin embargo —continúa, y ahí está, el «pero» que siempre sigue a cualquier elogio—, ese... gesto al final fue bastante imprudente. No es el tipo de comportamiento que esperamos de ti.

Por «gesto» se refiere al beso, por supuesto. El momento en que le mostré al mundo entero lo que siento por Lucas. El momento en que decidí que ser feliz era más importante que ser perfecto.

—No fue imprudente —respondo, con una calma que sorprende incluso a mí mismo—. Fue honesto.

Siento cómo Lucas se tensa ligeramente a mi lado, probablemente sorprendido por mi respuesta. Normalmente, ante mis padres, soy deferente, complaciente, ansioso por cumplir sus expectativas. Pero algo ha cambiado en mí. O tal vez siempre ha estado ahí, esperando el momento adecuado para emerger.

—Héctor —la voz de mi madre se une a la conversación—. Entendemos que tienes... sentimientos. Pero hay formas más apropiadas de expresarlos. Formas que no comprometen tu imagen pública.

—Mi imagen pública está bien —respondo, y hay una firmeza en mi voz que nunca antes había usado con ellos—. Y mis sentimientos no son algo que deba ocultar o de lo que deba avergonzarme.

Hay un silencio al otro lado de la línea, tan denso que casi puedo sentirlo a través del teléfono.

—Esto es por ese chico, ¿verdad? —pregunta finalmente mi padre —. Rey. Te está influenciando.

Miro a Lucas, que me observa con una mezcla de preocupación y algo que parece orgullo. Y me doy cuenta de que mi padre tiene razón, aunque no de la forma que él piensa.

Lucas me ha influenciado. Me ha mostrado que hay más en la vida que la perfección técnica, que la disciplina rígida, que las expectativas ajenas. Me ha enseñado a reír, a sentir, a vivir.

—Sí —admito—. Me está influenciando. Me está haciendo mejor. Más completo. Más feliz.

Otro silencio, este aún más pesado que el anterior.

—Esperamos que sepas lo que estás haciendo —dice finalmente mi madre, con ese tono suyo que sugiere que claramente no lo sé—. Las decisiones impulsivas rara vez terminan bien.

—No es una decisión impulsiva —respondo, mi mano encontrando la de Lucas y entrelazando nuestros dedos—. Es la decisión más meditada que he tomado nunca.

La llamada termina poco después, con promesas vagas de hablar más adelante, cuando las cosas se «calmen», pero no sé si tendré ganas de volver a hablar con ellos cuando no me aceptan tal y como soy. Imperfecto. Humano. Cuando dejo el teléfono, me siento extrañamente ligero. Como si me hubiera quitado un peso que no sabía que llevaba.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas, su pulgar trazando círculos suaves en el dorso de mi mano.

—Sorprendentemente, sí —respondo, y es la verdad—. Mejor que bien, de hecho.

Me mira con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Tus padres no parecían muy contentos con... nosotros.

—Mis padres rara vez están contentos con nada. No es por nosotros en particular —digo, con honestidad—. Pero ¿sabes qué? Ya no me importa tanto.

Y mientras lo digo, me doy cuenta de que es verdad. El peso de sus expectativas, de su aprobación, que ha sido una constante en mi vida desde que tengo memoria, de repente parece mucho menos significativo.

Porque ahora tengo algo más importante. Tengo a Lucas. Tengo su caos, su pasión, su luz. Tengo su amor, que es más cálido, más real, más significativo que cualquier aprobación condicional que mis padres me hayan ofrecido jamás. Y también me tengo a mí mismo. A esta nueva versión mucho más cálida que he descubierto en mi interior.

—Te quiero —digo, porque necesito que lo sepa. Necesito que entienda lo que significa para mí—. Y eso es lo único que importa.

Su sonrisa es como el amanecer, lenta, brillante, transformadora.

—Yo también te quiero —responde, acercándose para besarme—. Y por cierto, has estado impresionante hoy. Eso es algo en lo que tus

padres y yo estamos de acuerdo.

No puedo evitar reírme, porque es tan típico de él, inyectar humor incluso en los momentos más intensos. Es una de las infinitas razones por las que lo amo.

—Tú también has estado impresionante —digo, atrayéndolo más cerca—. Siempre lo estás.

Nos besamos de nuevo, lenta y profundamente, y siento cómo el deseo comienza a construirse nuevamente. Es asombroso cómo, a pesar de lo que acabamos de compartir, mi cuerpo ya anhela el suyo otra vez. Como si nunca pudiera tener suficiente.

—¿Sabes qué? —murmura contra mis labios—. Creo que deberíamos intentarlo otra vez. Solo para asegurarnos de que lo hemos entendido bien.

Su sonrisa es traviesa, sus ojos brillantes de deseo y afecto. Y mientras lo atraigo hacia mí, mientras nuestros cuerpos se encuentran nuevamente, tengo la certeza absoluta de que, sin importar lo que venga después —competiciones, medallas, éxitos, fracasos— esto, lo que tenemos aquí, es lo que realmente importa.

Lucas Rey. Mi rival. Mi compañero. Mi amor.

Mi todo.

CAPÍTULO 30

UN ACCIDENTE AFORTUNADO

HÉCTOR

La nieve cae suavemente sobre Jaca, cubriendo las calles con un manto blanco que amortigua los sonidos y transforma el paisaje en una postal navideña. Desde la ventana de la cocina, observo cómo los copos descienden perezosamente, bailando en el aire antes de unirse a sus compañeros en el suelo.

Ha pasado un año. Un año desde que me vi obligado a pasar las Navidades con la familia Rey como parte de un castigo que, irónicamente, resultó ser el mejor regalo que he recibido jamás.

—¿Estás soñando despierto, Roca? —La voz de Lucas interrumpe mis pensamientos mientras sus brazos se deslizan alrededor de mi cintura, su pecho presionándose contra mi espalda—. No me digas que estás calculando el volumen de nieve por metro cuadrado.

—Por supuesto que no —respondo, incapaz de contener una sonrisa—. Estaba estimando la velocidad de caída en relación con el viento y la densidad de los copos.

Suelta una carcajada, ese sonido que se ha convertido en uno de mis favoritos en el mundo, y apoya su barbilla en mi hombro.

—¿Sabes? No puedo creer que lleve un año soportándote.

—¿Soportándome? —Me giro entre sus brazos para mirarlo de frente—. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien insistió en que nos mudáramos juntos después de llevar solo tres meses saliendo.

—Detalles, detalles —dice, con un gesto desdeñoso de la mano—. Necesitaba a alguien que me recordara que tengo que pagar las facturas a tiempo.

—Y que limpiara el desastre que dejas en el baño cada mañana. Y que te despertara para los entrenamientos. Y que...

Me silencia con un beso, una táctica que ha perfeccionado durante estos meses y que, debo admitir, funciona infaliblemente.

—Te quiero —murmura contra mis labios, con esa intensidad que siempre me deja sin defensas—. Incluso cuando eres un listillo insufrible.

—Yo también te quiero —respondo, y las palabras, que una vez me parecieron tan difíciles de pronunciar, ahora fluyen con naturalidad—. Incluso cuando eres un desastre andante.

—¡Héctor! ¡Lucas! —La voz de Elena nos llama desde el comedor —. La mesa está lista. ¡Venid antes de que la abuela empiece a cenar sin vosotros!

Lucas me roba un último beso antes de tomarme de la mano y arrastrarme hacia el comedor. La casa de los Rey está, como siempre, decorada hasta el último rincón. Luces de colores, guirnaldas, figuritas de Navidad y un árbol tan cargado de adornos que parece a punto de doblarse bajo su peso. Es caótico, excesivo, completamente diferente a las decoraciones minimalistas y elegantes que preferían mis padres.

Y me encanta. Me encanta cada centímetro de este caos navideño.

La mesa del comedor está dispuesta para la cena de Nochebuena, con la vajilla especial que Elena solo saca en ocasiones importantes. Pilar ya está sentada en su lugar habitual, con Copito de Nieve acurrucado en su regazo. El gato, que milagrosamente ha dejado de intentar asesinarme mientras duermo, me mira con lo que podría interpretarse como tolerancia resignada.

—Ah, por fin —dice Pilar, con esa sonrisa pícara que siempre presagia algún comentario mordaz—. Pensábamos que os habíais perdido en el camino. O encontrado una ocupación más interesante.

—¡Abuela! —protesta Lucas, aunque sin verdadera indignación—. Solo estábamos hablando.

—¿Es así como lo llaman ahora? —interviene Javier—. En mis tiempos teníamos nombres más específicos.

Lucas pone los ojos en blanco mientras nos sentamos, él a mi lado, nuestras sillas tan juntas que nuestros hombros se tocan.

—¿Y Adrián? —pregunta preocupado, notando la ausencia de su hermano.

Un silencio incómodo cae sobre la mesa. Elena y Javier intercambian una mirada que no logro descifrar completamente.

—Está arriba —responde finalmente Elena, con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Dice que bajará en un momento.

—¿Y Erik? —vuelve a preguntar Lucas. Lleva haciéndolo desde que llegamos. Por lo que me ha comentado esta es la primera Navidad que el mejor amigo de Adrián no está presente.

Otro silencio cae sobre la mesa, este aún más denso que el anterior.

—Adrián nos ha explicado que no ha podido venir este año —dice Javier, con un tono que sugiere que hay mucho más en esa simple respuesta—. Se ha quedado en Suecia.

Lucas me mira, y veo en sus ojos la misma confusión que siento. Sabemos que ha pasado algo entre ellos, pero, por más que insistimos, nadie parece dispuesto a contarnos el qué. Y claramente, ahora no es el mejor momento para insistir.

—Bueno, ¡empecemos con esta maravillosa cena! —declara Elena, rompiendo la tensión con su entusiasmo habitual—. Héctor, cariño, ¿te importaría servir el vino?

La conversación fluye entonces hacia temas más ligeros: los entrenamientos, la próxima competición, las anécdotas del pueblo que Pilar colecciona como quien colecciona sellos. Pero noto cómo Lucas lanza miradas ocasionales hacia las escaleras, esperando la aparición de su hermano.

Adrián finalmente se une a nosotros cuando ya estamos en el segundo plato. Hay algo diferente en él, una sombra en sus ojos normalmente chispeantes, una tensión en sus hombros que no encaja con su habitual despreocupación.

—Siento el retraso —dice, sentándose en su lugar habitual, frente a Lucas—. Estaba... terminando una llamada.

—¿Con quién? —pregunta Lucas inmediatamente, ganándose una patada bajo la mesa de su madre.

—Nadie importante —responde Adrián, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Me pasas las patatas?

Lucas parece a punto de insistir, pero una mirada de advertencia de su padre lo detiene. En su lugar, le pasa la fuente de patatas a su hermano y cambia de tema, preguntándole sobre los últimos partidos de hockey.

La cena continúa, y poco a poco Adrián parece relajarse, aunque no recupera completamente su habitual energía bromista. No hace ni un solo comentario sobre nosotros, cuando normalmente habría aprovechado cualquier oportunidad para avergonzarnos.

Es después del postre, mientras ayudo a Elena a recoger los platos, cuando finalmente obtengo alguna pista de lo que está pasando.

—Gracias por no preguntar sobre Erik —me dice en voz baja, mientras cargamos el lavavajillas—. Es... complicado.

—No es asunto mío —respondo, aunque la curiosidad me corroe.

Elena me mira con esa expresión maternal que todavía me desconcierta a veces, acostumbrado como estaba a la frialdad de mi propia madre.

—Eres parte de la familia, Héctor —dice, con una firmeza que no admite discusión—. Por supuesto que es asunto tuyo. Pero Adrián necesita tiempo. Ya sabes cómo son los hombres Rey: cabezones hasta la médula.

—¿Qué ha pasado? —pregunto finalmente, incapaz de contenerme.

Suspira, cerrando el lavavajillas antes de responder.

—Erik y él tuvieron una pelea enorme hace un mes —hace un gesto vago con la mano—. No conozco todos los detalles. Adrián no habla de ello. Pero sé que está destrozado, aunque intente disimularlo.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio. Aunque Adrián siempre me ha vacilado sin piedad, le tengo un genuino afecto. Y a Erik también.

—No te preocupes —responde, con una sonrisa más cálida—. Los Rey son tercos, pero también saben reconocer cuando se equivocan. Solo necesita tiempo.

Asiento, pensando en lo mucho que he aprendido sobre el amor y el perdón desde que estoy con Lucas. Sobre cómo a veces el orgullo puede ser el peor enemigo de la felicidad.

—Por cierto —añade Elena, cambiando completamente de tema —. Tengo algo para ti. Un pequeño regalo anticipado.

Saca un sobre del bolsillo de su delantal y me lo entrega. Lo abro con curiosidad, y dentro encuentro una llave. La miro, confundido.

—Es la llave de la casa —explica, con una sonrisa que ilumina toda su cara—. La tuya propia. Porque esta es tu casa también, Héctor. No solo cuando venís de visita, sino siempre. Quiero que sepas que siempre tendrás un hogar aquí.

El nudo que se forma en mi garganta es tan intenso que por un momento no puedo hablar. Miro la llave en mi mano, este pequeño objeto metálico que representa mucho más que el acceso a una vivienda. Representa pertenencia. Familia. Hogar.

—Yo... no sé qué decir —consigo articular finalmente.

—No tienes que decir nada —responde, envolviéndome en uno de sus abrazos característicos—. Solo quería que lo supieras. Eres la mejor adición que esta familia ha tenido en mucho tiempo.

Y mientras le devuelvo el abrazo, con la llave firmemente apretada en mi mano, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida en un año. En cómo pasé de ser el solitario Héctor Roca, obsesionado con la perfección y el control, a ser parte de esta familia ruidosa, caótica y maravillosamente imperfecta.

Todo gracias a Lucas. A su caos, a su luz, a su forma de ver el mundo que ha transformado completamente la mía.

LUCAS

Algo raro está pasando con Adrián. Y no me gusta ni un pelo.

Mi hermano, el rey de las bromas pesadas, el que siempre tiene un comentario sarcástico para cada ocasión, lleva toda la noche comportándose como si le hubieran cambiado por un clon defectuoso. Apenas ha hecho chistes, no ha vacilado a Héctor ni una sola vez, y lo más alarmante: no ha mencionado a Erik desde que llegó.

Erik, que ha pasado siempre la Navidad con nosotros. Erik, que es prácticamente otro hijo para mis padres. Erik, que es el mejor amigo de mi hermano desde que tengo memoria.

Algo ha pasado entre ellos, y me frustra que nadie quiera contarme el qué.

—Deja de mirar a tu hermano como si fueras a taladrarlo con la mirada —murmura Héctor a mi lado, mientras observamos a Adrián ayudar a mi padre a traer el postre—. Si quiere hablar, lo hará.

—Pero es que no lo entiendo —respondo, manteniendo la voz baja—. Erik y él son inseparables. Son como... como nosotros, pero sin la parte de odiarse primero.

Héctor arquea una ceja, divertido.

—¿Cómo nosotros? —repite, con un tono que me hace darme cuenta de lo que acabo de insinuar.

—Bueno, ya sabes... —balbuceo—. Mejores amigos. Compañeros. Inseparables.

—Ajá —dice, con esa sonrisa suya que indica que sabe exactamente lo que estoy pensando, pero va a dejar que me retuerza un poco más.

—No estoy diciendo que... quiero decir, nunca he pensado que ellos... —sigo cavando mi propia tumba verbal, hasta que Héctor, apiadándose de mí, me interrumpe con un beso rápido.

—Relájate —dice, con una suavidad que contrasta con su habitual precisión—. Sea lo que sea, lo resolverán. Como nosotros resolvimos lo nuestro.

—Nosotros no resolvimos nada —protesto—. Nos obligaron a estar juntos, nos enamoramos en contra de toda lógica, y terminamos besándonos delante de toda España. Eso no es resolver, eso es un accidente afortunado.

—Un accidente afortunado —repite, con esa expresión pensativa que pone cuando está considerando algo seriamente—. Me gusta esa descripción.

No puedo estar más de acuerdo.

Le doy un beso cargado de amor y pienso en lo mucho que ha cambiado todo en un año. En cómo pasamos de ser rivales a ser esto: una pareja, un equipo, una familia.

En cómo a veces los mejores regalos vienen en los paquetes más inesperados.

Y en cómo, a veces, el odio es simplemente el primer paso en un camino que lleva directamente al amor.

EPÍLOGO

¿QUÉ ES EL AMOR?

LUCAS



El amor es...

... real.

Es una puta pasada.

Lo más intenso que me ha pasado en la vida.

Es emoción.

Es felicidad.

Es encontrar la calma en la otra persona.

No una exageración, sino la verdad más profunda que he conocido.

No es un cuento inventado, sino la fuerza más poderosa que he sentido.

No es una teoría bonita, sino la realidad más tangible que existe.

Lo que creía que era odio, resultó ser amor disfrazado de rivalidad.

Lo que pensaba que era obsesión negativa, era atracción en su forma más pura.

Lo que confundí con irritación constante, era mi corazón reconociendo a su otra mitad.

Lo sé porque estoy tumbado en la cama observando a Héctor mientras duerme. Su respiración es profunda y acompasada, su pelo (siempre tan perfecto) está revuelto contra la almohada, y hay una paz en su rostro que hace que mi corazón se hinche de una manera que antes habría ridiculizado.

Mi abuela Pilar tenía razón. Cuando encontrara el amor, lo sabría. Sería como la primera vez que me puse unos patines: aterrador y emocionante a partes iguales, pero innegablemente real.

Y vaya si lo ha sido.

Ahora entiendo que el amor sí existe. Que sí es como lo pintan, incluso mejor.

Que suena bien no solo en las canciones, sino en los susurros compartidos a medianoche.

Que no solo queda genial en las películas, sino en cada momento vivido juntos, incluso en los difíciles.

Lo que siento es más potente que cualquier cosa que haya experimentado antes. La adrenalina de un salto perfecto ejecutado juntos. El orgullo compartido cuando terminamos una actuación y sabemos, sin palabras, que ha sido extraordinaria. La complicidad de una mirada que contiene toda una conversación.

Y sí, el amor acelera el pulso, seca la boca, eriza la piel. Te hace estar pendiente de cada gesto, de cada palabra, de cada movimiento de la otra persona. Pero no es odio, como confundí durante tanto tiempo. Es algo completamente distinto, aunque la intensidad pueda engañarte.

Héctor se mueve ligeramente y abre los ojos. Ese color oscuro que antes me parecía frío e impenetrable ahora es el lugar donde más me gusta perderme.

—Buenos días —murmura, con esa voz ronca por el sueño que me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Buenos días —respondo, sin poder contener la sonrisa que se forma en mis labios.

Su mano encuentra la mía sobre las sábanas, nuestros dedos entrelazándose con la familiaridad de un gesto repetido mil veces y que, sin embargo, nunca pierde su magia.

—¿En qué piensas? —pregunta, leyéndome como siempre hace.

—En cómo confundí durante tanto tiempo lo que sentía por ti —confieso—. En cómo llamé odio a lo que en realidad era amor.

Su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano, ese pequeño gesto que usa para darme valor cuando sabe que estoy siendo vulnerable.

—Yo también lo confundí —admite con una sonrisa—. Pensaba que eras el caos que debía evitar, cuando en realidad eras exactamente lo que necesitaba.

Me besa, y es como patinar la coreografía perfecta. Cada movimiento fluido, cada toque preciso, cada sensación amplificada por la conexión que compartimos. Nuestros cuerpos se conocen, se complementan, encajan como si hubieran sido diseñados el uno para el otro.

Quién iba a decir que Héctor Roca, el hombre al que juré odiar eternamente, sería quien me enseñaría lo que es realmente el amor. Que esa obsesión, esa fijación, esa intensidad que sentía no era odio, sino el principio de algo mucho más profundo y verdadero.

Ahora tengo claro que, además de nacer para estar sobre el hielo, nací para estar con él. Para convertir la rivalidad en complicidad, la competencia en colaboración, el fuego y el hielo en algo nuevo y hermoso que solo nosotros podemos crear.

Y aunque mi vida siga siendo un completo caos la mayor parte del tiempo, en esto tengo absoluta claridad. El amor existe. Es real. Y tiene el nombre de la persona que menos esperaba.

Héctor Roca. Mi rival. Mi compañero. Mi amor.

La línea que antes no me atrevía a cruzar se ha convertido en el camino que más felicidad me ha traído.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a que llegue a más personas dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.



O pulsando AQUI


Mil motivos
para
no estar juntos
Arianne Martín

¿CONOCES LA HISTORIA DE NIK Y ANDER?

💫 EL AMOR PROHIBIDO MÁS ADORABLE QUE VAS A LEER 💫

«No hay nada más bonito que enamorarte de tu mejor amigo...»
...hasta que resulta que ese mejor amigo es tu hermano adoptivo.

Nikanor: Lleva cinco años luchando contra un secreto que lo consume.
Ander: Tiene un plan perfecto para conquistar a su hermano adoptivo.

Nik había conseguido mantener las distancias... hasta que vuelve a casa por Navidad.
Ander lleva esperando este momento demasiado tiempo.

Uno lucha por resistirse
El otro va a por todas
Los dos están perdiendo la batalla

Porque cuando Ander decide que el espacio personal no existe y sus miradas duran más de la cuenta, Nik descubre que cinco años de autocontrol pueden venirse abajo en una sola Navidad.

¿Quién tendrá más fuerza de voluntad? ¿Ander para conquistarlo o Nik para resistirse?

🎄 **TROPOS QUE TE ESPERAN:**

- Amor prohibido adorable
- Hermanos adoptivos enamorados
- Best friends to lovers
- Años de enamoramiento secreto
- Romance navideño que derrite
- Slow burn perfecto

CONSÍGUELO AQUÍ



ACERCA DEL AUTOR

ARIANNE MARTÍN



Acerca del autor Arianne Martín ¡Hola! Soy Arianne Martín, amante de la lectura desde pequeña, crecí entre libros de magia y misterio. Me encantan las historias de amor y fantasía. Desde muy pequeña empecé a crear historias en mi cabeza, pero no fue hasta hace unos años que comencé a trasladarlas a papel, cuando me di cuenta de que quería escribir mis propias historias de amor. Actualmente compagino mi trabajo con mi pasión por la escritura. Soy autora de la bilogía de Urban Fantasy «Protectores» y «Prodigios», así como los libros «Una sirena en Hawái» , «Mil motivos para no estar juntos", "Juntos somos magia", «Juntos somos perfectos» y «Aprendiz de príncipe».